

Miguel  
Fernández

**Poesía  
completa**

**(1958-1980)**

Prólogo de  
Guillermo Díaz-Plaja

**Selecciones**  **Austral**  
Espasa-Calpe



Retrato del poeta, por el pintor José Lucas

MIGUEL FERNÁNDEZ

POESÍA COMPLETA  
(1958-1980)

PRÓLOGO DE  
GUILLERMO DÍAZ-PLAJA

ESPASA-CALPE, S. A.  
MADRID  
1983

Edición especialmente autorizada para

SELECCIONES AUSTRAL

© Miguel Fernández González, 1983

© Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1983

—

Diseño de cubierta Alberto Corazón

—

Depósito legal: M. 41.087-1982

ISBN 84-239-2109-3



Impreso en España

Printed in Spain

Acabado de imprimir el día 3 de enero de 1983

Talleres gráficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.

Carretera de Irún, km. 12,200. Madrid-34

# ÍNDICE

Páginas

PROLOGO de Guillermo Díaz-Plaja .....	17
---------------------------------------	----

## POESÍA COMPLETA (1958-1980)

### I

#### CREDO DE LIBERTAD

1958

### I

1.	1.-Si el deseo nace de esta libertad, .....	43
2.	2.-RESURRECION .....	44
3.	3.-LOS CLAROS HABITANTES .....	45
4.	4.-AQUEL TIEMPO .....	46
5.	5.-LA COSECHA .....	48
6.	6.-NINO CELESTE .....	48
7.	7.-HISTORIA DE UN INSECTO .....	49
8.	8.-EL MUCHACHO DE CHALECO ROJO .....	50
9.	9.-PASIÓN INUTIL .....	51
10.	10.-LOS MENDIGOS .....	52
11.	11.-LAS TUMBAS DE LOS JUDIOS .....	53
12.	12.-ESPAÑA VERTEBRADA .....	54
13.	13.-LA LLANURA .....	56
14.	14.-CARTA A UN CURA RURAL .....	58
15.	15.-ELEGIA PARA UN SUICIDA .....	61
16.	16.-LA MADRE .....	63
17.	17.-ANTIFONA PARA COMENZAR UN TIEMPO NUEVO .....	64
18.	18.-CON LOS OJOS CERRADOS .....	64

### II

#### DOS SALMOS DE ACEPTACIÓN

19.	19.-SALMO DE LA GOTA DE AGUA .....	67
20. y	20.-SALMO DEL NUEVO AÑO .....	68

## 2

## SAGRADA MATERIA

1967

## I

Páginas

21.	1.—Como el salterio, que los dedos rozan, .....	73
22.	2.—Allá en la avenida donde alzaban el brazo .....	74
23.	3.—Dispusieron la mesa, manteles albos, hilados .....	75
24.	4.—Alinearon sobre la tapia .....	76
25.	5.—Dicen que fue llegada la hora de la huida .....	78
26.	6.—Me han extendido el brazo, firme, sobre la mesa .....	79
27.	7.—Cada mañana venimos a trabajar, .....	79
28.	8.—Cuando una congoja está en silencio .....	80
29.	9.—Recuerdo que fuimos al gran ceremonial .....	82
30.	10.—Cómo decir ahora, en la mitad del vivir, .....	83
31.	11.—En esta horizontal costumbre de rendirnos .....	84
32.	12.—A hora ya es necesario volver al campo .....	85
33.	13.—Cuando recuerdo tu lento porvenir, .....	86

## II

34.	14.—Dame tus hijos, por amor de todos, .....	89
35.	15.—PLAZA CON VIEJOS .....	90
36.	16.—EN LAS ALTURAS DE IFRAN .....	91
37.	17.—El niño escribe, en el vaho del cristal, .....	92
38.	18.—EL DIENTE .....	93
39.	19.—MUCHACHA SENTADA TRAS UNOS CIRIOS .....	94
40.	20.—EVASION CON BACH .....	95
41.	21.—HABITACION POBLADA DE SOMBRAS .....	96
42.	22.—EL HEROE .....	97
43.	23.—NIEVE HAY EN LAS CUMBRES .....	100
44.	24.—Cómo la levadura y su fermento .....	101
45. y	25.—LAS BIENAVENTURANZAS .....	102

## 3

## JUICIO FINAL

1969

## I

46.	1.—Dulce es el júbilo, el himno de los hombres, .....	107
47.	2.—PRIMER HOMBRE .....	109
48.	3.—Cuando en los plintos duermen las serpientes .....	110
49.	4.—Quién que no sea un dióscuro radiante .....	111
50.	5.—Pensarían los nobles que aquel estado iba .....	112
51.	6.—Antes que de los hijos le llegaran sus crótalos .....	113
52.	7.—Aunque los evangelistas lo olvidasen, .....	114
53.	8.—Cuando entonaron las corales al órgano, .....	115
54.	9.—Aquellos que en la plaza .....	116
55.	10.—Dómine, gloria, .....	117
56.	11.—Fue pesaroso el caminar. En andas .....	118
57.	12.—Cuánta pasión quisiera ver nacida .....	120
58.	13.—Porque la caridad obliga, rostros alicaídos .....	121
59.	14.—Allá, en el centro del versículo, .....	123
60.	15.—He visto, por mis sueños inventados, .....	124

61.	16.—Quien retuvo en sus ojos el paisaje nativo, .....	125
62.	17.—Extranjero en la plaza, tus ojos se aposentan .....	126
63.	18.—Delante de las llaves, al amparo de las interminables puertas ..	127
64.	19.—Mientras sucede la resurrección de la carne, .....	128
65.	20.—Hay cada tarde, entre el sosiego, una bruma de mártires, .....	129
66.	21.—Talla el rayo su garra en lentos nimbos .....	131
67.	22.—Tú, mi caudal, mi río sosegado, .....	132

## II

68.	23.—ATRIBUTOS HEREDITARIOS .....	134
69.	24.—Como el fuego que dora su opulencia .....	134
70.	25.—Partir la fruta, sazonar viandas .....	135
71.	26.—Estaba por venir esa alianza .....	137
72.	27.—Subían hacia el campo, romería gozosa, .....	138
73.	28.—Mediodía del banjo, .....	139
74.	29.—Era un luto entornándole los ojos, .....	140
75.	30.—Cerca del mar anclaba el pueblo sus líquenes .....	141
76.	31.—Hunde el albatros su potente vuelo .....	142
77.	32.—El cruel trabajo de apresar los días .....	143
78.	33.—Vienes a la oración, entre sumisas .....	144
79.	34.—LA SEQUIA .....	145
80. y	35.—Memento de los vivos, piedad deshabitada .....	146

## 4

## MONODIA

1974

## I

81.	1.—VIGILIA DE LA NOCHE .....	151
82.	2.—EPITAFIO .....	152
83.	3.—HIJO DEL PUEBLO .....	153
84.	4.—AMIGO UN DIA .....	154
85.	5.—NUNCA POR HOMBRE .....	155
86.	6.—TABERNA .....	155
87.	7.—SALA CON RETRATOS .....	157
88.	8.—EL EXTRAÑO .....	158
89.	9.—IGNOTO CABALLERO .....	159
90.	10.—AMANECER EN LA CATEDRAL .....	159
91.	11.—HIMENEO DE LA MUERTE .....	160

## II

92.	12.—DI .....	162
93.	13.—TIFFANYS .....	163
94.	14.—EL FURTIVO .....	163
95.	15.—ROSA-ROSAE .....	164
96.	16.—REDIL .....	165
97.	17.—LA CAZA .....	165
98.	18.—INCESTO EN YASINEN .....	166
99.	19.—AMOR ENTRE CIEGOS .....	167
100.	20.—ACTEON .....	168
101.	21.—ODA AL MINOTAURO .....	168
102.	22.—CIRCUNSTANCIA DE LOS ROEDORES .....	169

		Páginas
103.	23.—SOBRE COSTUMBRES DE LOS BRAHMANES .....	170
104.	24.—MODULEMA .....	171
105.	25.—MODULEMA Y CULMINACION EN NAUFRAGIO .....	171
106.	26.—ULTIMAS VOLUNTADES .....	172

## III

107.	27.—HONOR QUE TRAE LISONJA .....	174
108.	28.—DONDE EL AVE AGONIZA .....	175
109.	29.—SOMBRA DEL CANDIL .....	175
110.	30.—UN AROMA TAN SOLO QUEDO ENTONCES .....	176
111.	31.—TEMA SOBRE EL SILENCIO .....	177
112.	32.—ROSARIOS DE VIDRIO .....	177
113.	33.—EN PROPIA TIERRA .....	178
114. y	34.—TABLA ESMERALDA .....	179

## 5

## ATENTADO CELESTE

1975

## I

## PAISAJE PRÓXIMO A SIDEL

115.	1.—CONSECUENCIAS DEL EMBRUJO .....	183
116.	2.—PRELUDIO A UNA SOLEDAD .....	184
117.	3.—QUIEN OYE SUS VERDADES .....	184
118.	4.—EN TIEMPO DE SEQUIA .....	185
119.	5.—LLUVIA SOBRE ALHOCEIMA .....	185
120.	6.—PERSECUCIÓN DEL JABALI .....	186
121.	7.—PANORAMA DE FIESTA .....	187
122.	8.—GALERNA SOBRE LOS RISCOS NATALES .....	187
123.	9.—MURGA DE SALDIGUERA .....	188
124.	10.—CONCIERTO DE UN DIA UMBROSO .....	189
125.	11.—IRACUNDO PODER .....	190
126.	12.—EXTERMINIO DEL ANGEL .....	190
127.	13.—HISTORIA ANTIGUA DE SIDEL .....	191

## II

128.	14.—JUEGO DEL TAROT .....	193
129.	15.—DICK-JOCKEY .....	193
130.	16.—POETICA .....	194
131.	17.—OBEDIENCIA A LA LLAMADA .....	195
132.	18.—RETRATO .....	195
133.	19.—DOCUMENTOS APOCRIFOS .....	196
134.	20.—CONSTRUCCION DE LAS PIRAMIDES .....	196
135.	21.—BODA DE ANAXIMANDRO .....	197
136.	22.—INTRODUCCION A PINDARO .....	199
137.	23.—BAÑO NOCTURNO .....	199
138.	24.—MASCARAS COLGADAS .....	200
139.	25.—RIÑA DE GALLOS .....	200
140.	26.—ESCENA DE DISCIPLINANTES .....	201
141.	27.—CIRCUNCISION .....	201

142.	28.—JOVEN INDIA, ATAVIADA CON SARI, BAILA UN SON DE OCCIDENTE .....	202
143.	29.—PALOMAS DE PICASSO .....	202
144.	30.—LLAMADA A LA PUERTA DE ISIDORE DUCASSE .....	202
145.	31.—PULPITO DE FRAY LUIS .....	203
146.	32.—TEMA DE PIGMALION .....	204
147.	33.—VISITA AL MUSEO .....	204

## III

148.	34.—CIMA DEL DESPERTAR .....	206
149.	35.—HUELLAS .....	207
150.	36.—HUESPED SOLO .....	207
151.	37.—RAPTO SIN LICENCIA .....	208
152.	38.—CAUTIVERIO DEL CUERPO .....	208
153.	39.—APOLOGIA BARBARA .....	209
154.	40.—TRINO PARA OFRECER DISCULPAS .....	209
155.	41.—QUIEN MEDITA .....	210
156.	42.—ELEGIA EN VIVO .....	210
157.	43.—GRITO EN EL AIRE .....	211
158.	44.—ÁRBOL CON INSCRIPCIONES .....	211
159.	45.—PESCA DE ALTURA .....	212
160.	46.—SOBRE RIOS DIVERSOS .....	212
161.	47.—OBJETOS PERDIDOS .....	213
162.	48.—PUZZLE .....	213
163.	49.—CARTA CERRADA .....	214
164.	50.—DESAMOR .....	215
165.	51.—CONTESTACION RESERVADA, A UNA CARTA DE AMIGO, EN GRAVE ESTADO .....	215
166. y	52.—ATENTADO CÉLESTE .....	215

## 6

## EROS Y ANTEROS

1977

167.	1.—El vals, <i>La valse</i> , por rabel tañido .....	221
168.	2.—Anteros, hijo de Afrodita, pasa .....	221
169.	3.—Genuflexa y redonda, la rodilla .....	222
170.	4.—Qué angosto encaje por orfebre tallas .....	222
171.	5.—Que secreto no fuera, en palio vienes. ....	223
172.	6.—Tu cuerpo tallo y en caricias yerro .....	223
173.	7.—Por la mesa, plegada la camisa; .....	224
174.	8.—Cumple bravo el sexo lo que doma, .....	224
175.	9.—Si hacer pude por cierto lo que duerme .....	225
176.	10.—Venas trenzadas de rugiente hoguera .....	225
177.	11.—Por contemplarte, fiesta hubo en la fronda; .....	225
178.	12.—Vea si por luciérnaga es vidente .....	226
179.	13.—Si tuve y fui perdido al no tenerme .....	226
180.	14.—Si el hueso yace y enterrado besa .....	227
181.	15.—Quien sus batallas vence y a saqueo .....	227
182.	16.—La boca abierta, balbucir sonoro .....	228
183.	17.—Náufrago fui, por río en tus orillas. ....	228
184.	18.—A solas descante en rabia places .....	229

	Páginas	
185.	19.—Plumón helado, el desnudo breve, .....	229
186.	20.—Por más que se afanare a larga vida, .....	230
187.	21.—Quien centinela hogueras alimenta .....	230
188.	22.—Si de mi mano a pasear te apenas, .....	230
189.	23.—No olvidar pude y el gozar pedía .....	231
190.	24.—De naufragio coral, soñando y roto, .....	231
191.	25.—Huye de sí, quien pena por tu sombra .....	232
192.	26.—Si oscuras vences, sombra de aposento, .....	232
193.	27.—Izada en talle, por volar desnuda, .....	233
194.	28.—Abrazada quedó besada cera .....	233
195.	29.—En yerma piel se abunda la tal tierra .....	235
196.	30.—Tú, sueño innoble, irreal bravío, .....	235
197.	31.—El blondo pelo que en cuidar despeinas .....	236
198.	32.—En horas menos cuartos, más o menos, .....	236
199.	33.—Quien calla otorga voz, si hablando pierdo .....	236
200.	34.—Grité por noche, lóbrego sustento, .....	237
201.	35.—Corteza no fue piel, piélagos ignoto, .....	237
202.	36.—Tu carne quieta al caminar olvida .....	238
203.	37.—Desvelada oquedad, lisonja oscura, .....	238
204.	38.—No por muerto pequeño el hueso llueve .....	239
205.	39.—Si asedio has sido en blondas paseante, .....	239
206.	40.—No fuera derrotado quien entrega .....	240
207.	41.—Adiós, lúcida entraña, altas auras, .....	240
208.	42.—Lavando el cuello espumas esponjaras .....	241
209.	43.—De tanta mocedad, trenzas floridas, .....	241
210.	44.—¡llo clamé, nombré lo que se ignora, .....	241
211.	45.— <i>Mujer del abanico</i> , contemplabas, .....	242
212.	46.—Descalza por la yerba y caminante .....	242
213.	47.—Blúes que tú bailarás como oyente .....	243
214.	48.—Con el tabaco hablo si estoy solo, .....	243
215.	49.—Bañistas doran pieles en terrazas, .....	244
216.	50.—El cuerpo del delito deleitoso, .....	244
217.	51.—Cautiverio me dieran de tu lado, .....	245
218.	52.—Quieta y posando a la fotografía; .....	245
219.	53.—Por culpar los incendios forestales .....	246
220.	54.—Cierran puertas, las jambas se doblegan, .....	246
221. y	55.—Adiós, Eros nupcial, erosionado .....	247

## 7

## ENTRETIERRAS

(Abril-Mayo, 1977)

## I

222.	1.—GUARDA Y SOSIEGO .....	252
223.	2.—DE UNA LENTA AGONIA .....	253
224.	3.—LA ÚLTIMA PALABRA .....	254
225.	4.—VELACION EN LA NOCHE .....	254
226.	5.—ESCENA EN LOS ARRABALES .....	255
227.	6.—EL OFICIO .....	256
228.	7.—CAMPO DEL VERTEDERO .....	257
229.	8.—EL ESCARNIO FINAL DE AQUEL RESPIRO .....	258

230.	9.—LA LARGA AUSENCIA QUE ME HABRAS DEJADO .....	259
231.	10.—UN VACIO CONTEMPLIO .....	259
232.	11.—RELIQUIAS .....	260
233.	12.—VIVIDO ENTRE LAS HUELLAS .....	261
234.	13.—RESURRECCION .....	261

## II

## CUERPO

235.	14.—CONVERSACIONES CON HÖLDERLIN .....	263
236.	15.—POSTURA PARA ABONO DEL CUERPO .....	265
237.	16.—MANO AFLORADA .....	265
238.	17.—DE LA MANO QUE PUDO .....	266
239.	18.—DE LA BOCA QUE MUDA .....	267
240.	19.—CIEGO SOLO .....	268
241.	20.—MIRANDOSE A LOS OJOS .....	268
242.	21.—SMETANA .....	269
243.	22.—POSTURA FINAL .....	270

## III

## CAPTURA

244.	23.—PAJARO SILENTE .....	271
245.	24.—GUSANOS DE SEDA .....	271
246.	25.—EPITAFIOS GUERREROS .....	272
247.	26.—MUERTE DE AQUILES .....	272
248.	27.—SIESTA Y SUEÑOS DE PARIS .....	273
249.	28.—QUIEN DE OTRO MUNDO LLEGA .....	273
250.	29.—FALLIDA CAPTURA .....	274
251.	30.—COMPROMISOS DE FIESTA .....	275
252.	31.—ÚLTIMA VISION DE CASIOPEA .....	275
253.	32.—BOVEDAS .....	276
254.	33.—LA AMISTAD, SI FENECE .....	277
255.	34.—PALIDA ARMONIA .....	277
256. y	35.—REENCARNACION EN LA PALABRA .....	278

## 8

## LAS FLORES DE PARACELSO

1979

257.	1.—JARDIN .....	281
258.	2.—ACACIA .....	282
259.	3.—ARTEMISA .....	282
260.	4.—CAMELIA DE SALON .....	283
261.	5.—CAÑA .....	283
262.	6.—CILANTRO .....	284
263.	7.—CENTAURA .....	285
264.	8.—ENEBRO .....	285
265.	9.—HELECHO .....	286
266.	10.—HLIOTROPO .....	287
267.	11.—INCIENSO .....	287
268.	12.—LAUREL .....	288

	Páginas	
269.	13.—LIRIO .....	288
270.	14.—MANDRÁGORA .....	289
271.	15.—MANZANO .....	291
272.	16.—MELISA .....	291
273.	17.—MIRTO .....	292
274.	18.—MUERDAGO .....	292
275.	19.—NARCISO .....	293
276.	20.—OLIVO .....	293
277.	21.—ORTIGUERAS .....	294
278.	22.—ROMERO .....	295
279.	23.—ROSA .....	295
280.	24.—SERPENTARIA .....	296
281.	25.—HOJA DE EUCALIPTO .....	297
282.	26.—INFLUJOS DE LA MENTA .....	297
283.	27.—SEMILLA YACENTE .....	298
284.	28.—POLEN .....	299
285.	29.—BOTANICA OCULTA .....	299
286. y	30.—PALINGENESIA .....	300

## 9

## EL JAZZ Y OTROS ASEDIOS

(Febrero, 1978)

287.	1.—Una vieja cochera, en Magstr 14, .....	305
288.	2.—Impávido el trompeta alarga el trino .....	306
289.	3.—Tu cuerpo en la escena, .....	307
290.	4.—Sobre el ombligo un cisne se humedece. ....	307
291.	5.—Aleve y ya en rumor de labios .....	308
292.	6.—Olvida el son. ....	308
293.	7.—Blasfema el levitón desde el estrado .....	309
294.	8.—Como un temblor que <i>adiós</i> dijera, .....	310
295.	9.—FABULAS PARA ANIMALES MANSOS EN UN PARQUE DANES .....	311
	I.—El topo ahuyenta el herbolario .....	311
	II.—Quebró la rama de abedul ya seca .....	311
296.	10.—Quien el ánimo aparta del cuerpo .....	312
297.	11.—A caso sea verdad, .....	312
298.	12.—El desafío constante del huracán sobre el Averno, .....	313
299.	13.—Ama la soledad expiatoria, .....	314
300. y	14.—El jazz es creación sobre el concierto. ....	315

## y 10

## TABLAS LUNARES

(1980)

## I

## GALERIA DE EXVOTOS

301.	1.—DESCUBRIMIENTO DE LA NIEVE .....	319
302.	2.—JAULAR .....	320
303.	3.—LA ARMONIA DE UN AIRE .....	320
304.	4.—EMISARIO .....	321
305.	5.—TAN SOLO EL CÁNTICO .....	321

	Páginas
306.* 6.—UN TORCAZ ARREBATO .....	322
307. 7.—GENERACION .....	323
308. 8.—LOS CREPUSCULOS SEPIAS DE MI TIERRA .....	323
309. 9.—EGLOGA PATRIA .....	324
310. 10.—EL DOMESTICO .....	325
311. 11.—ATRIBUTOS DINASTICOS .....	326
312. 12.—PLAZA DIVIDIDA .....	327
313. 13.—ACTUALES MOTIVOS DEL LOBO .....	327
314. 14.—BOLERA .....	328
315. 15.—DEL INCIERTO HOSPEDAJE .....	328

II

LAMENTACION DE DIONISIO

316. 16-I.—Estas ruinas fueron .....	330
II.—Hirsuta testa guarda .....	330
III.—Por dolerme esta patria .....	331
IV.—Es un vacuo deseo solamente .....	331
V.—Hablar de dos en dos siempre me ha sido .....	331
VI.—No es posible que ya el discurso narre .....	331
VII.—¿Y bien? .....	332
VIII.—Dicta quien antepuso sus principios, .....	332
IX.—Clamé solo, en acecho, .....	333
X.—Nada ocurría. ....	333
XI.—No fue esa paz que en celo ambicionabas; .....	333
XII.—He sido arruinado en la peor riqueza .....	334
XIII.—Miro el poder yaciendo, .....	334
XIV.—Dime qué herencia queda de tal contemplación; .....	334
XV.—En un olvido de consagraciones, .....	335
XVI.—Violante de oficio, .....	335
XVII.—Aunque mediato fuera el desenlace, .....	335
XVIII.—Para quien guarda así sus velaciones .....	336
XIX.—Busqué tropa que holgara por ser fiesta .....	336
XX.—Ha existido una vez cuernicabra galante, .....	337
XXI.—Tenía largos campos que arar .....	337
XXII.—De aquella mocedad que el aguanieve flagelara, .....	338

III

TABLAS LUNARES

*Primer interludio*

317. 17.—RECUERDO DE LA PATRIA .....	339
318. 18.—DEL HUECO DE UNA IMAGEN .....	340
319. 19.—RETRATO DE UNA DAMA .....	341
320. 20.—DE LUZ AYUNA .....	342
321. 21.—REGRESO DEL VIAJE .....	343
322. 22.—DEL USO DEL MARTILLO .....	344
323. 23.—SOBRE OFENSAS Y ESTRUENDOS .....	344
324. 24.—ESCENAS DE PERDICION .....	345

*Segundo interludio*

325. 25.—PIEDRA SOLA .....	346
326. 26.—DONDE EL SUEÑO ENVEJECE .....	346
327. 27.—CAUTIVERIO .....	347

	<u>Páginas</u>	
328.	28.—ACCIDENTE .....	348
329.	29.—VENCEDOR DEL HIPODROMO .....	349
330.	30.—SOBRE PIEDADES .....	349
331.	31.—LLUVIA DE PURIFICACION .....	349
<i>Tercer interludio</i>		
332.	32.—EL PASO DE LAS NUBES .....	351
333.	33.—CONTEMPLACION DE LA NAVE .....	352
334.	34.—EL DISCO DE PHAESTOS .....	352
335.	35.—FIESTA DEL PERDÓN .....	353
<i>Interludio final</i>		
336.	36.—PÁRAMO DEL EXTASIS .....	355
337.	37.—SOBRE ESCRIBAS .....	355
338.	38.—AURA .....	355
339.	39.—LOS SIGNOS .....	356
340.	40.—ALIMENTOS .....	357
341.	41.—CABALA .....	357
342.	42.—TRÁNSITO .....	358
343.	43.—ASCENSION .....	359
y 344. y	44.—TABLAS LUNARES .....	359

## PROLOGO

*La personalidad literaria de Miguel Fernández presenta rasgos de singularidad desde la raíz misma de su contorno biográfico. Melillense, nacido en 1931, el ambiente en que se mueve con emocionante fidelidad toda su vida, lo sitúa en un ámbito cultural especialísimo (¿medio andaluz, medio africano?) aunque su obra no trasciende color local, ni pintoresquismo de frontera. Por el contrario, una cierta «asepsia» le impide (salvo en algunos textos muy escasos) apoyarse en una realidad más o menos precisa, pero, en ningún caso, folklórica.*

*Y quiero subrayar todo esto, porque quien firma este prólogo realizó también esta experiencia vital en los años de la adolescencia, y bien puede decir que aquella noción fronteriza se le quedó en el alma, y acaso ella explique una parte de su vocación de trotamundos, su específica receptividad para el mundo africano que ha recorrido a lo largo de su vida, desde Marruecos, Gambia y Senegal, hasta Túnez, Egipto, Etiopía, Kenia y Uganda: mundo de olores grasos y de policromías luminosas.*

*Por otra parte, inciden en Melilla realidades culturales muy específicas, ya que en su pequeñez geográfica actúa de bastión de frontera y puesto avanzado de Europa, desde el siglo XVI, y ahí sigue, impávidamente, dando sentido a todas sus actitudes vitales y a su vocación cultural, alentada por iniciativas políticas como la de los «Premios de Poesía Ciudad de Melilla» en cuya concesión he tenido el honor de participar reiteradamente.*

*Quiero decir, con ello, que aquella ciudad chiquita y provincial que yo conocí de adolescente, se ha mantenido impávida como una torre de vigía, que ha alumbrado vocaciones literarias y ha creado una conciencia cultural sobremanera interesante.*

*En ese singular caldo de cultivo ha crecido la vocación temprana del poeta Miguel Fernández, que, sin moverse de su ángulo roquero, ha ido abriéndose paso a través de sucesivas distinciones literarias*

como el Premio Adonais (1966), el Premio Nacional de Literatura (1977) y últimamente el Premio Ciudad de Melilla (1982) con el que el poeta devuelve a su origen los laureles que supo ganar.

En su ángulo recoleto, pues, Miguel Fernández rodeado de sus libros y de sus sueños, ha ido trazando un ya copioso itinerario lírico; diez volúmenes hasta la fecha, que suponen un cuarto de siglo de tenaz trabajo poético.

En este punto, y bien merecidamente, «Selecciones Austral» ha resuelto incorporar su nombre a su prestigioso catálogo. Acompañarle en este trance ha sido, para mí, un honor tanto como una alegría.

Ofrezco, pues, un itinerario poético rico en singladuras y calidades, que, en conexión con la brújula del cambio de los gustos y de los tiempos, permite al prologuista pasar revista, bien que esquemáticamente, a una serie de programas y de realizaciones que pueden situarse, a todo honor, dentro de la poesía española contemporánea.

Paso, pues, al examen cronológico y pormenorizado de esta ya extensa obra, con la esperanza de que su estudio contribuya a clarificar el perfil de uno de los más considerables poetas de la España del siglo XX.

### Credo de libertad (1958)

¿Cuál es la situación estética colectiva desde la que inicia Miguel Fernández su obra? Cuando publica, en 1958, *Credo de libertad*, se ha producido ya el gran aluvión lógico después de la guerra civil, de una literatura más bien tendiendo a lo popular: la poesía social, que aparece confusamente pero sin duda certeramente, como una especie de reacción secreta contra el medio ambiente político de la posguerra. Una de las maneras de eludir, de evadirse de una cierta mitología política que se enlaza con el mundo de «Garcilaso». Toda la poesía neoclásica de los años 40, 41, 42, va a ser sometida a un duro análisis por la poesía social.

Es un intento de escapar de esta poesía minoritaria; pero es un intento también fallido. Evidentemente, el poeta que hace poesía social, no tiene más remedio que confesar que esa poesía de intención social en la que se habla del sudor del obrero, y de la alpargata del campesino, no les interesa nada a las masas que prefieren leer *Los Tres Mosqueteros*, o una novela de aventuras.

Por una razón de fatiga histórica, esta etapa de la poesía social va declinando, y surgen una serie de actitudes poéticas que todos conocéis, como —el neobarroco veneciano o algunas otras formas de restablecimiento de otras fórmulas retóricas.

Cuando Miguel Fernández lanza su *Credo de libertad*, nos encontramos con un poeta que renuncia, al menos aparentemente, a esta actitud de poesía social, que llegó a extremos tan ridículos, como el de que, en una antología de poesía contemporánea, se suprimiera el nombre de Juan Ramón Jiménez; sino que, lo que hace, es abrirse camino entre la problemática de este mundo social, para reclamar lo que el poeta lírico debe resolver por encima de todo: su expresión íntima, su expresión vital de dentro afuera. La actitud es una actitud sollozante, expectante de petición, que el poeta refleja con una idea que se repite en algunos de sus poemas; es el concepto de «sed».

Pero, lo que da originalidad a este concepto inicial es el hecho de que se trate de una «sed necesaria», por lo que el poeta la demanda, la «exige» como una urgencia del ánimo en tensión.

Miráis con la pureza por el amor del sol  
 y yo os bendigo con todas las fuerzas heredadas  
 del dios que en su soplo hizo crecer las rosas  
 y perpetuó un rayo congelado en los volcanes  
 pero nunca en mi sed,  
 por eso os pido un vaso colmado de sed,  
 para que en la nueva experiencia,  
 vea mi nombre unido al hermoso fuego que alumbraba los valles  
 donde alzáis una copa de plata a mi salud.  
 Yo os pido la salud de mi libre designio,  
 para que un día seamos fuego de nuestras ruinas  
 y sintamos esta terrible sed.

Y en otro lugar,

... descubrimos que el corazón es libre  
 en la paz, que el amor nos hacía  
 radiantes, sencillos como el agua  
 y la libertad era ese amor...

Interesante este doble juego conceptual que aparece en el título del primer libro de Miguel, *Credo de libertad*; por otro lado, es una realidad fervorosa: la palabra «credo»; lo indica.

Recordemos que este, es el mismo concepto que aparece en la comunicación de D'Ors, en el Congreso de Filosofía de Heidelberg en 1911, que se titula «Religio est Libertas» —«la religión es la libertad»—; una manera de ascender a la libertad.

El poeta intenta comunicar con el mundo, amparado por su sed, amparado por su ansia; y este primer libro, que es un libro

muy hermoso (que se ha reeditado, 1979 en la colección «Rusadir»), nos abre una serie de caminos.

Porque aquella fe inicial se desgrana sobre una realidad hermosa y diluida, la del mundo visible y concreto, que se hace visible en la realidad vegetal («La cosecha») o telúrica («La llanura»), intenta fundirse con la miseria circundante («Los mendigos») de suerte que todo ello convierte el mundo en una presencia universal, mensajera de una realidad invisible, que sólo alcanza virtualidad concreta dentro de una difusa imaginiería religiosa, como la que apunta en su poema *Niño celeste*.

### Sagrada materia (1966)

Pero Miguel nos va a acostumbrar enseguida a otra constante dinámica de su expresión poética.

En 1966 publica *Sagrada materia*, en la cual aparece un concepto que a mí me es muy caro, y creo que importante: es la poesía culturalista. Es el tema de mi Discurso de Ingreso en la Real Academia Española.

En síntesis, el tema es el siguiente:

Una persona cultivada, una persona que tiene el hábito de la cultura, puede producir una poesía lírica de fondo cultural. ¡Cuidado! No estamos hablando de poesía didáctica; no estamos hablando de poesía pedagógica. Lo que pasa es que la vigencia íntima de un poeta formado culturalmente, se nutre de la cultura.

Pero no por pedantería, no por exhibir saberes, sino porque de su corazón surgen elementos estéticos que sirven a la intención lírica; que sirven a la intención más profunda, la de la intimidad del poeta, y entonces se puede hacer poesía culturalista, (en mi Discurso de Ingreso hay centenares de ejemplos), y en que un tema musical, un tema pictórico, pueden servir de base. (¿Es que en el momento que Manuel Machado escribe un libro llamado *Museo*, está haciendo una guía del Museo del Prado? No. ¿O Alberti?, tampoco, cuando publica su monumental poema *A la pintura*, en el que nos transporta a la emoción de su sabiduría, su entendimiento de los problemas culturales.

Análogamente en Miguel se puede hablar de Palestrina, Albinoni, Juan Sebastián Bach, Corelli. «Y si es primavera —digo— alzo un vaso a Vivaldi»

De manera que se incorporan los elementos culturales al elemento lírico sin que por esto, insisto, pueda hablarse meramente,

de una poesía de tipo didáctico, educativo o profesional. No tiene nada que ver.

Sobre esto sigue existiendo la palabra. *Sagrada materia*, también nos lleva a una subcorriente religiosa; la palabra «sagrada» es bien expresiva; por ejemplo:

Nieve hay en las cumbres,  
nieve por Tu mirada,  
por el inabarcable ventisquero de Tu pecho...»

dirigido a Dios.

En realidad, pues, nos encontramos con un poeta que ha empezado a iniciar unas apetencias de tipo «sed», ¿se acuerdan de su primer libro?, para intentar ya una cosmovisión del mundo con una vertiente hacia lo religioso.

Dice, por ejemplo, el poema V de *Sagrada materia*:

Dicen que fue llegada la hora de la huida  
y andaban todos comprometidos con su sangre.

Es una vivencia histórica, muy melillense, que a mí me parece que tiene un trasfondo histórico vivido; o al menos, narrado a él y que ha recibido de niño y lo que representarían un poco ciertas formas de la cultura, están ligadas a las formas de la emoción colectiva. «Deshabitada escuela del corazón» —sigue diciendo el poeta—, «los papeles aguardan la diaria homilía / de saber de memoria la lección del olvido» (hermosísimo verso éste).

Y cuando fueron todos a buscarle,  
en la estancia vacía brillaba un solo nombre  
escrito en el oscuro silencio de pizarra.  
Y era el nombre de España.

He aquí pues, que este poeta, lanzado a la metafísica, se interesa también, cada vez más, por su contorno físico; por su contorno entrañable; por su contorno colectivo.

A partir de este momento, observaremos en la poesía de Miguel una intensificación del elemento culturalista, no porque haya unas citas de pintores y artistas, que todavía encontramos, sino en la medida en que el laberinto interior de Miguel, en su laboratorio de alquimista poético, hay cada vez más ingredientes de sabiduría poética. Entonces Miguel entra en una especie (se lo puedo decir a él porque le quiero mucho), de callejón sin salida, en la medida en que va intensificando los elementos de sabiduría

que obligan al lector a una operación de búsqueda demasiado compleja, corriendo el riesgo de perder humanidad.

Pero, por otra parte, a mí me interesa que en esta actitud de vigía de la cultura humanística que supone la presencia de la obra de Miguel en Melilla, hasta qué punto extrema las condiciones didácticas de su presencia; hasta qué punto se constituye en mensajero de una tradición humanística que va, desde el siglo xv, hasta el xx, y que por lo tanto, es una forma de batir su propio récord, en el cual el poeta lanza, entrega a sus contemporáneos, todo el mensaje de tradición de la cual se siente de alguna manera responsable y que debe repartir de un modo generoso; aun a sabiendas de que el público no va a entender. Pero yo sí, y creo que vosotros también.

Yo sí que entiendo lo que hay de heroico en esto; es un rizar el rizo de lo cultural, es una entrega de siglos densos de cultura: conocimientos gongorinos, operaciones barrocas del espíritu.

Hay una barroquización constante e intensificada, que llega ya en «Eros y Anteros», a ser verdaderamente prodigio de álgebra poética, de destreza literaria, de sabiduría lírica. En este sentido, hay una especie de conciencia, de necesidad educadora. Como por otra parte, hay una porción importante que no debe ser la más popular de su obra, y él lo sabe, pero de la cual, nosotros tenemos el deber de destacar lo que tenga de lección importante.

### Juicio final (1969)

*Juicio final*, el tercer libro poético de Miguel Fernández, es, a mi juicio, un juego diversivo. Dueño ya de los resortes de la dición versal, entregada a la expresión urgente y necesaria de sus raíces emocionales y religiosas, Miguel Fernández ensaya sus posibilidades en un ejercicio retórico de grandes vuelos. Para ello pone en movimiento un despliegue de música; una «teoría» —en el sentido griego de la palabra que indica «procesión» o sucesión de figuras—, convirtiendo así el libro en una fiesta ceremonial, por la que desfilan personajes históricos —historia sagrada y profana— con la noble tiesura de los mosaicos bizantinos de Ravena, que él evoca en uno de esos desfiles sonoros que constituyen sus poemas.

El despliegue versal es ya significativo, con un juego de esdrújulos que merodean en torno de los acentos dominantes que escanden en los pies rítmicos de la noble retórica antigua:

Dulce es el júbilo, el himno de los hombres  
majestuoso salmo que en los labios se orea  
cuando cantando vienen las razas hacia el altar (46).

Sobre este armazón melodioso, y a compás de esta «liturgia» de resonancias históricas, el desfile «procesional» inicia su andadura desde aquel «Primer hombre» que protagoniza el segundo libro:

Primera criatura dormida a la sorpresa  
eras tú, cuando alzaste la mirada en el bosque.  
Se incorporó tu cuerpo del barrizal ardiendo  
y te naciste sólo con el sople de Dios (47).

versos en los que el dodecasílabo pone un ritmo de majestad caminante.

A partir de esta etapa inicial, el despliegue continúa hacia los mitos y la historia del mundo antiguo, medieval y renacentista, por medio de alusiones sonoras a figuras ilustres del pasado, por ejemplo:

Pensarían los nobles que aquel estado iba  
acorde con sus almas  
cuando Felipe, Duque de Borgoña, vistió de negro el cuerpo  
y de negro aterido sus mastines de caza,  
y en negrura opulenta enjaezó sus corceles... (50).

Una evidente intención evocadora, nos sitúa esta etapa en la poesía «culturalista» que yo he intentado definir en mi «Discurso de Ingreso en la Real Academia Española» (1967), justificando la existencia de una conciencia lírica a partir de un estado cultural que inserta unos conocimientos en la intimidad del poeta, hasta el punto de que no se trata de ninguna forma de prosaísmo «didáctico», sino de una realidad fusionada que da un carácter emotivo —y, por ello, «lírico»— a la evocación de mundos poéticos albergados y adentrados en el alma del escritor, todo ello dentro de aquella trilogía de «luxe, calme et volupté» que reclamaba Baudelaire en uno de sus poemas.

Cuando entonaron las corales al órgano,  
raudos esquiadores fueron trizando nieves  
despojando sus clámides.

El viento meneaba  
allá, sobre la fiesta, los vestidos nupciales  
y era grato el paisaje por donde Van der Weyden  
inspiró su retablo de siete sacramentos.

Y el gran maître ordenaba las viandas, prodigios  
del plácido jardín que césares orlaban  
truncando samotracias (53).

De alguna manera, estos versos recuerdan un poco aquel «latin mystique» que Rémy de Gourmont puso de moda en el simbolismo francés (léase, «europeo») que gustaba hallar giros actualizables poéticamente en los códices medievales, así como aparecen en estos versos de Miguel Fernández:

Dómine, muerte.

Heraldos se santiguan.  
Portan los arzobispos tu código y linaje  
y el pueblo se anonada sobre el atrio llovido.  
Palafreneros tristes van otorgando dádivas  
al romero que sigue su estrella, la henchida calabaza  
de una sed peregrina... (55).

En qué medida, toda esta retórica trasunta un brote rezagado del posmodernismo español, nos obliga a retener estas características estilísticas, como fácilmente habrá deducido el lector.

### Monodia (1974)

La quinta entrega poética de Miguel Fernández ofrece, desde su dedicatoria —«A mi mujer»— un cambio de rumbo.

Nunca por hombre, más que maniatado  
de mudez anda cauto y algar parece  
su voz jamás sonada en prójimos,  
sino dentro de sí,  
rumiada tempestad.  
Oh el callado de ofensas  
aprieta su discurso y deseara  
clamar en grito, hablarle  
al que parvas aventa y esparcirse  
como polen que vuela (85).

Un proceso de progresiva desnudez parte de la etapa retórica anterior.

Como ya indica el título del libro, el cante *monódico*, «canto en el que interviene una sola voz con acompañamiento musical» (según el Diccionario académico), sustituye al despliegue retórico de la etapa anterior.

Operación difícil que intenta ahondar, hacia lo intenso, lo que era multiplicada —pero acaso superficial— pluralidad temática, como acontece en la sobrecarga de formas expresivas del barroco plástico. Pero ya sabemos que, en el campo de la literatura, junto a enriquecimiento verbal del culteranismo, surge, en jugoso contraste, la intensidad del verbo que coincide con la desnudez conceptista, aun cuando el imán de una tentación escenográfica —en forma muchas veces de alusiones mitológicas de la antigüedad clásica grecolatina—, actúe como contrapunto de un desnudo dibujo lineal.

El poema es, pues, monólogo. La receta gongorina se ahíla en el decir delgado, delicado; es decir, sutil. La estética propende entonces a reducir a la ética.

Honor que trae lisonja, no redime  
del oprobio, pues ¿quién así marchita la verdad?  
Fuese mudo y dejara huellas nobles,  
aliento de aquel cuerpo blasonado de exvotos,  
mano caliente alzada  
y unos ojos que queman los naufragios,  
la galerna interior.

El disfraz de la pez que apenas luce en pánico,  
no basta, ni el pecho en su retablo  
da bronce a las campanas.

Silbidos huecos que músicas remedan  
fuera el diálogo,  
y el cantar se impusiera  
al hombre que velando las armas de blasón,  
su estirpe aniquilara  
en esa pobre usanza del verbo que fue signo  
de una hombría de bien (107).

La economía del vocablo se traduce en intensidad expresiva. Al culteranismo sucede, pues, el conceptismo. Y buscando textos que sirvan para el caso, como definición del poeta, estos versos ciertamente expresivos:

A quien la voz refrena y no le asiste  
más grito que el silencio  
interior,  
y así postrado  
la edad de su denuncia ve pasar,  
lengua de herrumbre, abejerro que punza,  
verbo roto,

porta su engaño y queda en testimonio  
 y ya él mismo lo cree  
 y le conforta vivir en paz fingida,  
 no en palabra caliente  
 del que exaltando clama aunque le ciegue  
 ballesta y fiera púa,  
 herido para siempre el canto en su garganta.

Dime, joven mudez, desenterrado y cálido  
 conocimiento,  
 qué lenguaje se aprende  
 tan sólo con miras  
 mordiendo las palabras.

### Atentado celeste (1975)

Aparecen, también, conceptos de culteralismo en *Atentado celeste* (1975) y buscamos desesperadamente un hito de salida a ese laberinto barroco en que Miguel está metido. Pienso que él va a encontrar su camino por un regreso a lo elemental, el cual no significa abandono o renuncia de ninguna de las conquistas adquiridas; pero por un regreso a las formas elementales de la poesía, alcanzará un hito que al final habrá de compensarnos a todos y espero con interés enorme su nueva producción.

Hay un libro que no veo muy citado por los críticos, *Entretie-rras*, y en el cual hay un poema que me ha conmovido, «Conversiones con Hölderlin». Ha escogido a un gran poeta romántico alemán, Hölderlin. Este poeta, sería un poco Europa.

Te escogí, entre los de tu habla,  
 a ti,  
 por africano de mesta bien estéril,  
 a descifrar la cábala que encierran  
 los versos que por vírgenes,  
 no fueron nunca hollados...

Me parece que ahí se dibuja el futuro programa de la poesía de Miguel, desde un contexto cultural muy exigente, muy laborioso, muy barroco, muy sabio. Hay necesidad de acudir a pensamientos claros en los cuales no hay renunciaciones, pero sí hay una prelación expresiva. Él lo dice en el mismo poema de este libro:

Entre el canto y el alma,  
 mis exégetas sólo adivinaron;  
 mas fieles a la voz no pronunciadas  
 quedó truncado el rezo de mi voz.

En esto quiero señalar la enorme conciencia lírica de Miguel Fernández y hasta qué punto se encuentra en una encrucijada decisiva.

No sabemos lo que nos depara el destino; pero sabemos ya lo que ha aportado en la mitad del camino de su vida en la que se encuentra ahora, como Dante al llegar al infierno de la *Divina Comedia*.

Miguel ha terminado una etapa importante, que podíamos llamar de acumulación de fuerzas estéticas, en la cual, corriendo el riesgo de meterse en abismos impenetrables, va a partir de este nuevo escalón, de esta nueva plataforma, para intentar caminos de luz y de poesía en los cuales espero y deseo tranquilo va a producir obras como las que hasta ahora. Y además, con intención trascendente de primer orden.

### Eros y Anteros (1976)

La evolución que estamos señalando en el itinerario lírico de Miguel Fernández cobra, ahora, un giro caprichoso e inesperado. Aquel camino que le llevaba a constreñir la expresión —en una tentativa «creo que lograda», dice el poeta— deja paso a una etapa de alguna manera inesperada y crítica. Empezando por el título del libro, que se fabrica de dos conceptos contradictorios: *Eros* (el amor en soledad) y *Anteros* (o el amor compartido).

La segunda novedad sorprendente es la adopción radical y continua de un decir riguroso, actitud que Miguel Fernández presenta muy escasamente en su producción anterior. El libro, en efecto, está todo él escrito en la más cerrada y rigurosa de las formas estróficas: el soneto.

En tercer lugar, maticemos que esta decisión de apariencia férrea y compacta, servida con inquebrantable disciplina, se adopta en su poesía como un «divertimento» de vacación estival. «Dado mi concepto de la fenomenología poética —nos declara Miguel Fernández— considero el libro como una especie de camino vecinal en mi poesía; ha sido, repito, un juego.»

Señalar que la destreza personal del autor se transparenta en esta colección poética con una perfección de escolar impecable, parece obvio. Pero aun moviéndose —como sola libertad— en un juego único, el escritor se permite variar en alternancia de las rimas de los tercetos finales, en un juego verbal que se produce con una habilidad sistemática e implacable. Son, pues, medio

centenar de sonetos, caligrafiados con la perfección de un maestro de retórica, en contraste con la intención lúdica, de juego de palabras y de música endecasilábica, que acaba de declarar como único proyecto de su creador.

A esta sorprendente riqueza de fórmulas e intenciones corresponde, también, por vía de ejemplo, la flexibilidad de la estructura interna que se permite romper la cárcel rígida del soneto, procediendo cuando conviene a romper la unidad de cada verso en la forma que se llama «encabalgamiento», y que consiste en trazar una línea seguida y sinuosa, por la que el sentido del poema salta de un verso a otro, rompiendo la unidad de cada verso, para dibujar una serpentina verbal, como en el caso de los primeros cuartetos del soneto siguiente:

Anteros, hijo de Afrodita, pasa  
junto al odre de Naxos, rubio vino  
enlutado.

Despójate el albino  
coronante joyel.

Tumba en la casa  
la sierva más indómita y amasa  
en ácidas artesas un destino.  
Hiende el arco la liebre sobre el pino  
abatido del rayo...

Huye escasa  
las mies sobre estos prados tan nupciales...

El juego retórico a que se entrega el poeta nos produce asombro, al observar la capacidad de mimetismo que nos ofrece en relación con los modelos que adopta, que, evidentemente, espiga en el siglo xvii español: en Góngora y Quevedo especialmente. Son efectivamente estos patrones los que nos ofrecen un más perfecto magisterio ya que, tanto del lado culterano como del conceptista, permiten al modelo ofrecer la lección perfecta de su propia síntesis expresiva. A la que habría que añadir la peculiar expresión de lo erótico, juego a que se entrega la poesía del barroco español cuando (abandonando las evanescencias de la mujer idealizada del *dolce stil nuovo*) la describe en su realidad carnal inmediata. Tal fue la aportación por mí descubierta en 1941 en unos de los ensayos recogidos en mi libro *El espíritu del Barroco*.

Veamos un ejemplo en el que puede advertirse, a la vez, lo que hay de comprensión estilística barroca y de visión de la mujer como objeto carnal convertido en materia poética:

A solas deseante en rabia paces  
por no morder, hendir lo placentero,  
que si en burla te ronda, cerco espero  
y paz no haya si haces lo que haces.

En tal guerra y presidio haciendo paces  
templan cuerpos su acero en el acero  
pues quien antes cedió, gime en su estero  
y si luego le sigue muerto yaces.

En tal letargo, carne se condena  
y deseante perdición ha sido  
rasgar encajes perdonando afrentas.  
Germina el vientre su fecunda avena  
de espliego cubre herida por vestido  
y en sábanas desnuda te aposentas.

### Entretierras (1977)

La estremecedora dedicatoria de este libro reza así:

*«Entretierras» queda escrito en la  
meditación de la imagen de Ana González  
Cortés, mi madre, ya que ciertamente ella  
no murió, sino yo, su espectro.*

Este es un libro sencillo y hondo; estremecido. No le adornan esas flores de papel de que se hacen los artificios de los poetas. No contiene juegos retóricos.

Su decir es lineal y, a la vez, profundo. Se inicia como querían los preceptistas antiguos que ordenaban comenzar, *in medias res* las descripciones de la epopeya. La noble dama ha muerto. He aquí la imagen penúltima de la noche en que su sencillo hogar se convierte en templo de la angustia acongojada:

Queda la sala con la resonancia  
de los relojes musicales.  
Cubierto el edredón, luces arpegia  
que allá el tumulto de los vivos queda  
cuando aquí es silencio y un sahumero  
inmola así la estancia a tal meditación.

Cubren los paños tanto desarraigo  
y un frutero con limas,  
ramos de albaricoqueros  
y el ficus trepador sobre sí mismo  
es lo que sólo vive

mientras duermes velada sin respiro  
y ausente, donde ya la gracia tuvo  
otro rostro distinto andando en mocedades  
cual el retrato aquel con gargantilla  
de turquesas de Ceilán  
y un pericón abierto sobre el halda.

Oh quebradizas alas  
sostenido  
tanto río de pena.  
Cuarema eterna sobre las barandas  
de la edad del terror, como un zureo  
palomar; igual que un alfabeto  
velado a quien oyere  
las inicuas verdades de la muerte.

Así de simple; así de hondo. Todo el libro es un largo monólogo musitado; una meditación ante una muerte cierta y cercana, que parece casi imposible. Todo está dicho de una manera simple y grave; honda y resignada. Retórica, ¿para qué?

Paseamos los dos al conjuro del agua  
hablando de esas tibias verdades encubiertas  
mientras blasfema un pájaro en tanta algarabía  
porque es bella la tarde y conforta el dosel  
que hemos llamado cielo.

Como en la visión poética juanramoniana, después de nuestra muerte «se quedarán los pájaros cantando», en un cielo en que «Dios estaba bañándose en su azul de luceros» como sucedía cuando la «carbonerilla quemada» se consumía en las llamas implacables.

El poeta, a lo largo de su bello y hondo monólogo, enfrenta las dos realidades: vida y muerte. Y la vida está representada por la tierra. Hay algo de amor terruñero, de juego de contrastes que el poeta transporta como elemento constante a lo largo de todo su sollozante libro:

### PÁLIDA ARMÓNIA

Hay soles que anohecen tanta alba  
pues de agonía el hombre se libera.  
Campo vedado fue el valle de oro  
para quien vivo el pasear inquieta  
y así apresura el devenir, la gracia  
que unge su frente en bálsamos y hurta

más vida a quien contempla y más al polen  
la pálida armonía de la rosa.

Tumbado de esplendor levanta el vuelo,  
alma y sosiego, muerte bien amada  
y yace así en el aire; un mal rocío  
que desciende y le hiela la pupila  
al pétalo velado, pero es savia  
que nutre tales venas de la escarcha  
y ese frío mortal húmedo impone.

Este es, pues, un libro sincero y patético, en el que cualquier juego retórico tendría el acre sentido de una blasfemia. La muerte es «perfectamente seria» como reza el decir de Antonio Machado, el meditabundo; y Miguel Fernández lo sabe, y lo dice con palabra desnuda y lacerante. Veamos, para terminar, uno de los más hondos poemas de este libro:

### CIEGO SOLO

Miro hasta donde llega la mirada  
y en ojos queda como herencia hermosa  
lo que nunca vedado fuera entonces.  
Cuán tácita se queda así la gloria  
que es el portento de mirar. Y luego  
si la noche se comba, queda siempre  
la silueta que el recuerdo viste  
y agrada de esplendor y le conforma  
pues luz fue antes que la sombra hubiese.

Cómo tu devenir de ciego solo  
viaja y se acomoda con el báculo  
y en laberinto sin traspies caminas  
al seno acogedor del goce.

Espera  
que te acomode con mi mano.  
Siéntate aquí, junto a los arriates  
donde al menos oler puedes fragancias  
que al venero patricio te han llevado.  
Oh las pupilas vacuas de su agua.

Dime cómo se muere en tal belleza  
vivido en cripta sempiterna y dura  
si el lagrimal ya es lava, ya es recinto,  
pues quedáronse muertos los colores  
y así inventas el mundo que no has visto.

### Las flores de Paracelso (1979)

En la trayectoria lírica de Miguel Fernández vamos encontrando cimas y abismos. Son episodios diríamos que «necesarios» en la gran andadura de su obra.

A veces, sin embargo, el lírico se receta «un alto en el camino». *Las flores de Paracelso* son un ejemplo de esta distensión voluntaria en la que la poesía se convierte en juego.

De la misma manera que, en el Barroco pictórico, surge el gusto de los «bodegones» —basta con que recordemos a Zurbarán—, esa temática la repetirán los poetas que, como aquel delicioso granadino del siglo xvii llamado Pedro Soto de Rojas, escribió un libro encantador, bajo el título de *Paraíso cerrado para muchos, jardín abierto para pocos*, que es un maravilloso conjunto de «cuadros florales».

Análogamente, Miguel Fernández, borda un «divertimento», un juego lírico bajo el signo del «Jardín», que sintetiza en este delicioso poema:

Sobre la tierra yérguese.  
Es el jardín.  
Tan sólo vive lo que aroma.  
No el tallo o cuerpo  
y sí el olor del alma  
es lo que asciende.

Ese rocío de la escarcha  
es gracia, fe no menguada;  
bebida ya la sed  
del hediondo estiércol que germina.

Raíces tuvo, más secretas fueron  
por arcanas, fluyendo bajo tierra.  
¿Quién las recordará?

Quedó el ungüento del candor,  
gota en el cáliz;

  flores  
que si quemadas, nunca  
nos dejaron ceniza;  
sí la consumación de la fragancia.

Cuando llegado el trance,  
quebrada la vasija  
el agua clara ya vertida en bruces  
por tierra roja abreve,  
tú me reencarnarás.  
Jardín del ansia.

Este poema podría ser símbolo de una constante que a mí me parece que tiene un sentido ético: la flor del jardín, la gracia estética de su línea, es un resplandor de la gracia suprema por la que la belleza es un eco de la hermosura de Dios. «¿Quién te enseñó el perfil de la azucena?», le preguntaba a la majestad celeste el poeta Argensola, interpretando esa noción neoplatónica, por la que la belleza del mundo es una resonancia de la perfección divina. Y el hecho alcanza una trascendencia específica en un tema que se repite como una constante en ese breve y delicioso libro.

La belleza de la flor, viene a decirnos, es una consecuencia de la tierra nutricia; la maravillosa metamorfosis del estiércol; el milagro cotidiano que hace surgir la gracia de la miseria pútrida del terruño. Así lo expresa, más claramente, en su poema *Caña*, ejemplo suficiente:

Lo que fermenta en el mantillo,  
es lo corrupto.  
Mas espere la hoja  
que el fuego avive la entretierra  
y disponga.

La savia de la encina  
ascenderá su trópico  
luego que de esa muerte luz se eleve  
y ya vertida por las torrenteras,  
frutos alumbre...

### Del «jazz» y otros asedios (1980)

Este libro poético —novena entrega de su autor— tiene, creo que deliberadamente, una intención marginal dentro de su total producción. Lo cual no implica que sea un libro insignificante.

Por el contrario, es una pieza menor de un *puzzle*, en el que todo tiene su significación. Empezando por la dinámica dispersa del verso libre, que avanza, vertiginoso, en la misma disposición de los poemas neorrománticos de Vicente Aleixandre.

Presentado como unas notas líricas escritas a lo largo de una excursión por el norte de Europa —Holanda, Dinamarca— acusan la sorpresa que se deriva del contraste de sus experiencias cotidianas (en el remoto rincón melillense) con un mundo frenético y amoral en el que el erotismo tiene un sentido y una significación propia, dentro de una catarata de rebeldía que el autor precisa en

el primero de sus poemas de una manera precisa: «Mayo del 1968».

Desde este extremo límite de riesgo (el más grave a mi juicio de toda la historia de Europa) el poeta establece una conexión con el jazz, como ejemplos correlativos de rebeldía. Así:

¿Dónde y por qué la ira?  
Cantan una canción que no entendí,  
mas medito.

La pálida muchacha de preñez,  
rompe bolsas de agua en el estrado;  
allí desmaya el vientre.  
Y su hirsuta melena se derrama  
en violeta palidez; ojeras;  
gestación mutilada.  
Canción de gesta es  
pues al poder apremian.

El despliegue de un mundo rebelde, tiene también una faceta estética, que el poeta traduce en audaces metáforas, como esa que trasunta el mito de Leda y el Cisne:

Sobre el ðmbligo un cisne se humedece.  
Es de coral el pico, mas de rubí la talla.  
En el centro del mundo, carne que así se ondula.  
Y apriétala una mano o un beso la despierta.

Cae la túnica ajada y ya es emblema el pórtico  
que se anuncia tan pronto Venus sube a su monte.  
Mejor baño no hubiera que aquel que del rocío  
hiela el recinto cálido que reclama sus goces,  
si esponjado su cuerpo, tumba su laxitud.

Erguida queda.  
Tarde ya.  
Sola en prisión.

Pues sí percibe  
que violada fuera sobre la hierba húmeda.

En *Del «jazz» y otros asedios* percibimos una oscura multiplicación de luchas interiores, de fuerzas oscuras, que, como los ángeles de Rafael Alberti, gritan, asedian, azotan, amenazan.

Otras fuerzas acusan, sin duda posible, las demoniacas, a los que corresponde irresistiblemente las fuerzas de la negación:

Pliega sus alas Azrael  
sobre el magma sin flores de este mundo  
tan pronto mengua su labor.  
En su lunada postración, bien duerme  
y ese sosiego es noche.  
Jamás mortal halló cobijo en ella;  
pues si es sueño la muerte, nadie vive,

De alguna manera, se diría que el poeta quiere reducir a un breve manojito de poemas una realidad cósmica combatiente, con una ambición ciertamente temeraria, pero, por ello mismo, admirable. Entonces el poeta se repliega a una soledad, es decir, a la incomunicación absoluta:

Entierra el paño  
de los viles o oficios;  
narra la historia de los faraones;  
cambia la faz por otra ya riente  
y hondero, abate ya cornejas, raudas  
que cercaron tu patria de osadía.  
El incomunicado del escarnio,  
acércate hacia el borde.  
Contempla así tu tierra.  
Salta al abismo de la mar gritando;  
nadie recuerda ya las profecías.

El libro, ese libro tumultuoso e inquietante, se cierra con el *leit motiv* de su título:

El jazz es creación sobre el concierto.  
¿Quién, pues, va a dirigir la melodía?  
.....  
El público se incendia en su alboroto  
y canta.  
A solas la canción siempre es tristeza  
mas dada en compañía es iracundia.  
Himno se llama la figura,  
antorcha.  
Y aquél bebiendo un lento alcohol  
yérguese sin saberlo.  
Y precipita  
su enloquecido rostro en la avenida  
de lentos eucaliptos  
donde se inventa el pánico.  
Noche has sido, oquedad sobre los mártires.  
Calle abatida y juventud luchando.

Una ruina vaga y se detiene  
 por recoger la música que arpegia.  
 Banjo mordaz, deshecho por las balas.

### Tablas lunares (1980)

La publicación de este libro, décima entrega de la bibliografía poética de Miguel Fernández, cierra el ciclo de los textos que se ofrecen en este volumen y, al mismo tiempo, puede considerarse como el término de una evolución lírica que abarca un cuarto de siglo, en el que el poeta despliega una interesante gama de posibilidades y de realizaciones retóricas de tal suerte que, en algún sentido, podemos —en una visión conjunta— considerarlo como un importante despliegue en el que coinciden, a la vez, la unidad de origen y la multiplicidad de los caminos elegidos.

Analizar este itinerario ha sido la finalidad de las páginas anteriores, que, al enfrentarse ahora con la etapa más reciente, permiten trazar una curva de totalidad abarcadora, en la que pueden dibujarse unas «líneas de sentido» que son, a la vez, programa vital y experiencia retórica.

La etapa final que vamos a analizar ahora nos da, en efecto, la noción evidente de que el poeta llega a una situación-límite, en la que —por la vía de los estilos barrocos— alcanza las cotas últimas de un proceso de concentración de recursos estilísticos, que van marcando, paso a paso, el camino del culteranismo al conceptismo. Diríamos de Góngora a Quevedo; o, si queréis, de Alexandre a Jorge Guillén.

En posesión de todas las maestrías retóricas, Miguel Fernández parece deleitarse en este juego de dificultades crecientes, que se inician en el verso-librismo neo-romántico, de galope a rienda suelta por la vía versal, y termina con la comprensión de los valores significativos, hacia la contención verbal y la intensidad expresiva. Como en los poemas guillenianos, el intento lleva a cimas irrespirables a fuer de perfectas; porque «todo en el aire es pájaro», grito de éxtasis, relámpago de luz iluminadora, como bien lo prueba este texto del poeta melillense:

Cómo remoto, pájaro en custodia  
 jaular.

Si encarcelado plumón,  
 si agua y grano, tu libertad aleteas.

¿Habr  otras ramas de abedul al fondo?  
No sabes, no, que queda de ese aire  
no volado; tal vez respiro de otros que se fueron  
al rubio candel de tales céfiro; puede que el júbilo.

Obsérvese, de paso, el juego gongorino, tan usado por nuestro poeta, que consiste en iniciar frases con el condicional «s » que abre un hueco de irrealidad, que el poeta anula posteriormente.

Este es el tono de la primera parte de este libro cenital, pero difícil, de la poesía de Miguel Fernández, quien conscientemente ( o no?) raya los límites de lo imposible, y necesita de amplios circunloquios para dar a entender la idea central de sus poemas que, en la segunda parte de este libro, se encuadran en largos conjuntos estr ficos. Roza, pues, aquí su inspiración las fronteras de la comprensibilidad, arriesgándose a naufragar en el ancho piélago (y profundo enigma también) de sus «relatos» poem ticos.  Para ahogarse, en suma? Recordemos que, como lema de unos de esos juegos poéticos, figuran unos versos de Antonio Artaud: clave de una poesía críptica, deliberadamente oscura: callejón sin salida. Pues bien, en este sentido, nosotros debemos precisar la personalidad del poeta desde su torre solitaria y albarana; desde su torre de control cultural en donde va emitiendo, va produciendo su obra literaria. Hasta qué punto es un hombre que est  al día con los movimientos de la poética española y europea contemporánea, no hace falta que lo diga; y además, se da como cosa sabida.

Pero a mí lo que me produce impresión es, por un lado, la tenacidad del esfuerzo, la producción lineal de su producción en una forma que podíamos llamar de círculos concéntricos; y en la cual, no s  si proponi ndoselo, o por razones de incorporación biológica, van apareciendo en su obra los elementos de enriquecimiento est tico. Y, también, las zonas de peligro, pues no hace falta que diga hasta qué punto las tiradas de los libros de poesía son tiradas irrisorias; pero son irrisorias deliberadamente; porque el poeta ha renunciado a hacerse entender de las multitudes. Toda la poesía actual es expresamente minoritaria.

Claro que, consciente de este riesgo (mortal), el poeta practica la fórmula de realizar frecuentes descensos al prosa simo, como fórmula de contactar con la realidad cotidiana de las cosas. Pero la misma amplitud de los despliegues poéticos de este libro, como, por ejemplo, la que titula *Lamentación de Dionisio*, nos dan testimonio en versos como los que siguen:

No es posible que ya el discurso narre  
acontecer que en la justicia viva  
ya que ésta la inventas  
por ser tan deseada.  
Profané tal deseo  
yacente en los mercados  
y lo oculté del foro,  
porque así la semilla fuera lóbrega  
y atadas se quedaron las conciencias más nobles  
por palabras que, vanas,  
para aquellos discípulos que buscaron por siempre  
tanta verdad.

Sí. Otra vez la «cima irrespirable»; el riesgo mortal de la in-  
comunicación. La trampa que el virtuosismo retórico de Miguel  
Fernández coloca en su camino, al llegar a la cima de su más alta  
madurez.

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA  
de la Real Academia Española.

POESÍA COMPLETA  
(1958-1980)

*A mi esposa.*

*A mis hijos.*



1

CREDO DE LIBERTAD

1958

*A Lola*

*La libertad guía nuestros pasos.*

PAUL ELUARD.



# I

1

1

*Si el deseo nace de esa libertad,  
dame el claro deseo de la sed.  
Porque el ahito amará la blancura de las telas  
y la nube que se deshace en los dedos del infante.  
El bienhechor cortará el pan con su corazón  
y otorgará el cuenco de miel al niño más sonriente.  
El cazador pedirá perdón por el venado inútil  
y el fuego que lo dorá sembrará un rubí de Dios.  
Pero por la misma razón que los hombres aman,  
dame un deseo aunque no esté ahito de misericordia.  
Dadme la sed.*

*Esto era en el último tiempo de 1953.  
Mis amigos cantan su felicidad  
sobre las copas de plata.*

*Los músicos golpean un tambor insistente,  
mi querida sombra, esa adolescente que me mira asintiendo,  
canta su felicidad.*

*Pero yo os pido un vaso de sed,  
colmado por vuestra alegría que es como un cristal de colores  
concentrando el sol más amado sobre los puros ojos.  
Miráis con la pureza por el amor del sol  
y yo os bendigo con todas las fuerzas heredadas  
del dios que en su soplo hizo crecer las rosas  
y perpetuó un rayo congelado en los volcanes  
pero nunca en mi sed,*

*por eso os pido un vaso colmado de sed,  
para que en la nueva experiencia,  
vea mi nombre unido al hermoso fuego que alumbra los valles  
donde alzáis una copa de plata a mi salud.  
Yo os pido la salud de mi libre designio,  
para que un día seamos fuego de nuestras ruinas  
y sintamos esta terrible sed.*

## 2

2

## RESURRECCIÓN

¿Cuál es tu anunciación?

Acaso un son, trompetas amarillas  
por la aurora; un planeta entreabierto  
llenándonos de estrellas los países.  
No conozco la paz del aquel mundo,  
acaso nunca exista, en mis hijos  
tal vez, y la cosecha sea  
para esa descendencia que se vierte  
gozosa por los parques.

Se espera  
que tú vengas. Decíamos, «La paz...»  
y a esta invocación, igual que una pared  
que se alarga, te ibas alejando.  
«La libertad quizás», y este era el mundo  
envuelto de aguaceros, suspendido  
a la ley que nos une, como granos  
de arena dorada, como un fósil  
cuajado en una cueva, donde el sol  
le entreabre los ojos que han mirado algún día.  
Decíamos, «Entre la paz y tú  
cogemos lo de en medio». (Nos llenamos  
las manos de vacío, el único habitante  
que quedaba en el centro.

Quizás los hijos  
vean todos los frutos. Acaso miren alto  
y ni las cordilleras les nublen la mirada.)  
Acaso tú ya tienes otro nombre  
sobre cada conciencia.  
Pero igual que la red que llega al fondo  
y su peso es un cofre, una leyenda

olvidada en el mar, que ahora resurge  
 en la boca de un pez plateado  
 y se vuelve a arrojar como un desecho  
 porque no vive el hombre de la historia  
 sino en la realidad de la barca gastada,  
 acaso te perdamos cada hora  
 de estarte adivinando, como si fuera  
 posible comprenderte, ir descubriendo huellas  
 allá donde los vivos no han oído tu nombre.

Invoco aquel país, a sus columnas  
 tan blancas como el miedo,  
 a los niños caídos en las calles  
 con un carbón sobre la dentadura.

A las naciones unidas de la paz  
 y a todos los que esperan  
 la anunciación de Dios y las promesas  
 que hicimos al entrarnos por la vida.  
 Consagrados los años a tu vuelta  
 renacerás sobre la tierra, igual  
 que el sol cada mañana.  
 Hemos visto acercarse la montaña  
 por la fe que le dimos a quien nos mira puro.

## 3

3

## LOS CLAROS HABITANTES

Sucedió, que los dulces animales  
 puestos allí, sobre la estepa, eran  
 como tributos de la piedad. Miraban  
 el sol, postrados en la yerba,  
 sobre las coronas de jacintos; dioses  
 quizás, inútiles, bebiendo  
 en su clara fiereza, a la pradera  
 su tentación de libertad.  
 Y allí, habitantes  
 sin techo de un lar,  
 que los agrupa de igual forma,  
 al venturoso y al tullido,  
 miraban al sol,

suspensos bajo el arco de aquel circo  
de colores, bajo la nieve caída  
por su asombro indefenso,  
bajo la erguida sombra  
de sus blancas estatuas  
habitadas.  
Y a los asnos,  
el sol irisaba sus cuerpos  
y mordían tomillos, y agua dulce,  
campanillas, anís, y de un tajo,  
el corimbo igualaba sobre el césped  
las flores, y los dóciles,  
miraban el sol esperando respuesta.  
Los indómitos  
manchaban la escarcha de pisadas  
bajo el sol hundido  
en la oscura conciencia que les cubre.  
Sucedió, que, cegados,  
como el cuarzo en la roca  
que despide sus rayos apresándolo  
pero habita en un reino que le nutre  
de claridad, y llena luego el mundo  
en soledad brillante al ver su origen  
liberado en la tierra,  
los claros habitantes de este reino,  
semejan la conciencia de los niños  
atónitos, la púrpura amorosa de Dios  
hablando una parábola que les llena de oro  
los valles, y estáticos en la luz  
vuelven sus ojos llenos de agua  
a mirar la dulzura, libertos,  
regresados en paz  
allá donde los hombres no descubren más cielos.

4

4

## AQUEL TIEMPO

No recuerdo qué tiempo  
fue aquel, en que los panes,  
rubios como una túnica  
esperaban tu bendición.

Quizá me mienta la memoria,  
tal vez lo haya soñado  
aunque en las manos tenga  
sus cortezas más duras,  
las hojas quebradas  
de la harina, el sabor  
de la casa en el alma.

El pan era el principio  
de aquel amor; el orden,  
como una ciruela madura  
que engaña en su apariencia,  
pero dentro, su dulce acidez  
nos cubre el cielo de la boca.  
Y cuando todo el orden del día,  
que hereda del anterior su consecuencia  
fue como un rito para nuestra vida,  
llegó, como una piedra, como un charco  
que el sol se bebe, hasta su cumbre,  
descubrimos que el corazón es libre  
en la paz, que el amor nos hacía  
radiantes, sencillos como el agua,  
y la libertad era ese amor  
entre cada vaso de ternura, puesto allí,  
destilando piedad sobre la casa,  
frágil como una cuerda tirante  
que si rompe su centro, aún da un sonido  
y perpetúa su música en nosotros.

No recuerdo qué tiempo fue aquel,  
pero si algo me hace creer en lo que tengo  
es su recuerdo, la paz  
de una memoria que fue pura,  
que nos dejó su alambre dócil,  
su firmamento cuajado  
de pisadas amigas, la libertad  
que era la paz, que era la paz, que era  
la paz.

5

5

## LA COSECHA

La materia sagrada del olivo  
reverdece la luz del horizonte.  
El fruto está en la mano calentando  
su vida en desazón, el duro aceite  
que desciende a la tierra y la transforma  
en un árbol dorado para el hacha.  
Desciende la semilla en la tibieza  
que la mano del hombre comunica.  
Y ya la vida está en ese fuego  
que le crea el que arroja hacia la tierra  
la ciega levadura de los seres.  
Y aquí sobre los charcos, o allá en el hielo  
o en las piernas, o la reja que lo encierra,  
el grano, que ha sentido un aleteo  
de amor, en la mano apretada,  
entreabre su reino, las venillas  
de aceite transparente, aquel misterio  
que fue la pulpa diminuta y frágil.  
Y ya la vida empieza sobre el campo  
verdecido en la escarcha de Septiembre  
a sentir su destino, el nacimiento  
que los ojos vigilan desde un claro  
corazón encendido de alegría.

6

6

## NIÑO CELESTE

Algo subsiste para que tú mueras,  
niño celeste, salvador del orbe,  
crecido como un árbol que alimenta  
su potestad sobre la muerte ajena.  
Naces con la mañana, igual que el día,  
descubriendo tu hacienda entre las cosas  
como un maíz humano que ventea  
la paja rubia, el polvo del insecto,

hasta poner el corazón a salvo,  
hasta que rozas con los dedos núbiles  
la ignorada inocencia del que crece  
igual que un fruto, igual como la vida.

Así la escarcha cubre ya tus ojos  
y te crees llorando sobre el mundo  
si una gota salada pende sobre la carne  
que cubre tu heredad, tu joven cuerpo  
cruzado por un fuego de ignorancia.

Y es tan sólo la sombra de una nevada triste  
sobre un cáliz dorado lo que moja tu vida.  
Mira entonces, no basta que yazcas bajo un árbol  
y erijas tu destino sobre una renuncia  
y deshaciendo días como si fueran nubes  
creas que el mundo pesa porque pesa en tus ojos.

Materia con un vaso de amor que se derrama,  
aquí estaba a la diestra tu rojo corazón  
latiendo porque algo acababa en la tierra;  
y naciendo te has hecho sagrado, dios humano,  
pequeño como un grano, levadura luciente  
apaciguando aquello que hiere tus entrañas.

## 7

## 7 HISTORIA DE UN INSECTO

Un bello insecto, para apretarlo entre las hojas de un libro,  
levanta la tela de sus alas  
como una despedida a estos minutos de Junio.  
Quién dirá que viene de un extraño planeta  
a buscar unos finos estambres para dormirse.  
Ha nacido esta mañana,  
ha procreado a la tarde,  
y va a morir esta noche.

Quién dirá que el insecto no conoce el tiempo  
ni sigue a una ley que no sea la primavera  
ni tiene mayor ascendencia que un reino de colores.

Este bello insecto que viene de un extraño país,  
 tiene un mundo en cada lado de sus ojos poliédricos,  
 un asombro a compartir entre cada minuto de su vida en un día  
 y su fugaz presencia cumple un extraño rito  
 que los hombres pretenden olvidar cuando inclinan su cuerpo  
 hacia la muerte.

Se parece a un grano de centeno  
 que nunca ha de germinar en la tierra  
 sino en la lenta humedad de la atmósfera.

Bello como un cristal desmenuzado,  
 el insecto cumple su pequeño destino secreto.  
 No preguntad qué ley empuja su conciencia  
 para girar irremisiblemente en su vértigo cruel por la lámpara,  
 porque girando en torno a la luz,  
 ha caído cegado para siempre.

## 8

## 8 EL MUCHACHO DE CHALECO ROJO

*(Homenaje a Paul Cézanne)*

A ese muchacho de chaleco rojo,  
 se le ha vaciado el corazón.  
 Si le apretáis los dedos,  
 vais a sentir un guante en vuestra palma;  
 si le preguntáis por su hermana en Aix,  
 os dirá que se ahogó en sus trenzas  
 una tarde que la lluvia era roja,  
 como su chaleco.

Qué triste es tener un pecho vaciado,  
 y unos dedos blandos  
 que le cuelguen de niño por el campo nativo  
 sin sentir que la carne huele a pradera húmeda,  
 y decir:

«Mi hermana está muerta en un parque de Aix.  
 Mi hermana era tan dulce como Francis Jammes...»

Te diré, que si miras a tu suelo,  
 no verás más que un poco de incienso en la yerba

y el viejo libro del mundo  
 con muertas mariposas señalando la hoja de tu historia.  
 Mas si arañas la tierra,  
 verás que allí debajo está tu hermana viva,  
 tu nombre, tu familia,  
 y ese chaleco húmedo por tu sangre, muchacho.

9

9

## PASIÓN INÚTIL

*A José Gálvez*

Igual que aquellos frutos que gotean  
 y derraman su vino por la tierra  
 cumpliendo la curva fatal de la caída,  
 granándose de nuevo en un árbol que nace con su muerte.  
 Igual que las nubes extendidas  
 en su errante letargo  
 deshacen su apariencia en las torres,  
 hermano mío, dime qué piensas, sino en esa certeza que te  
 impone el abismo,  
 en días derramados que nunca fructifican  
 bajo el sol cotidiano que vela tus dorados trajes de domingo.  
 Dime qué harás después de escuchar el órgano solemne,  
 después que te prolongues en un hijo,  
 cuando plantes un árbol,  
 cuando ames a una muchacha que ordena todos tus hábitos  
 y besa el reflejo dorado del ostensorio.

Qué harás más tarde si vas a ser ese péndulo triste  
 que los pueblos encuentran en la huida,  
 balanceando su sombra  
 igual que un vigía en la noche cerrada de los puertos.

Igual que tus vecinos olvidados,  
 hermano mío, pasión inútil,  
 te esperan tantos muertos abonando los campos  
 que es preciso el viaje, desplomado hacia el fondo,  
 donde sueña el océano  
 con cuerpos victoriosos y errantes que pueblen los viejos ga-  
 leones,

que sientan la música de las monedas enmohecidas  
 que guardan entre plantas submarinas;  
 allí los peces han de vagar por tu boca insinuada  
 dejándote cuajada la fría escama de la muerte.

Pero existen galeones dormidos y monedas y sándalos olorosos  
 que justifiquen tu agonía;  
 es el precio, hermano mío, pasión inútil,  
 a tanta frustrada libertad  
 como pregonabas allá, en tu extraño mundo de la tierra.

## 10

## 10 LOS MENDIGOS

Todas las noches veo mi silueta,  
 cinco mil años antes de la era de Cristo  
 y pregunto qué hacía con los salmos de Dios  
 en aquel maldecido mundo de los mendigos.

Cómo una palabra puede hacer que la montaña se acerque a  
 nuestro paso,  
 que un mimbre golpeante haga brotar el agua en la cantera.  
 Y encontramos los días en que la fe se inventa como un rito  
 y decimos amigo Dios —qué extraña vecindad—  
 con toda la tierra clavada en la voz de la renuncia  
 para soñarnos este viaje hacia el bosque  
 que supone la última curva del camino.

Pero veo a este Miguel que llaman cada mañana desde el  
 fondo del tiempo  
 en aquel maldecido mundo de los mendigos de la fe,  
 y los otros mendigos de pobreza diaria  
 repartiendo palabras de limosna que hielan el alma de los pobres.

Oh, apartad del mercado estas sucias escamas  
 de los hombres sin patria,  
 los que saben de Dios por el sabor del pan enmohecido.  
 Cuánto grito se inicia en la corte sin milagros de la miseria  
 cuando los pobres se fustigan contra las duras paredes de las  
 calles  
 y su caravana de huesos tañe el viento de la lujuria.

No es un mercado de carne puesta al sol  
sino la misma carne ardiendo en los rayos de la guerra  
la que desconoce los salmos, porque el suyo  
fue grabado en piedra de sacrificios.

Han oído una voz que los llama los puros, los cercanos, los elegidos:

y asienten, porque la pureza se encuentra en el pan recién hecho,  
la cercanía, en el invierno agobiante,  
los elegidos, porque el tiempo separa en dos la inmundicia y  
la paz

y en el olvido engendran su hábito de misericordia.

Se ríen del bufón que silba un mandamiento en la plaza,  
de las cintas de colores que hemos puesto en esta feria de los  
domingos.

Y en esa libertad de su risa, la vida  
es tan triste como los ojos de un perro.

Todo ello en mi rostro,  
el recuerdo del hombre que acecha la sabiduría,  
la virtud y la paz,  
como un pan que incendiara su costumbre de abismo  
naciendo con su muerte, este hambre de Dios que llevamos  
cinco mil años antes de la era del grito.

## 11

## 11 LAS TUMBAS DE LOS JUDÍOS

Las tumbas de los judíos son planas como una memoria,  
sepultan su recuerdo dentro de un ánfora de inquietudes  
y lloran entre copas de alcohol cubriéndose los cinco sentidos.  
Descalzan su pie y apoyan en esparto las piernas;  
mientras el rito los sacrifica con el tedio de las costumbres,  
prosигuen su llanto por los días interminables de la muerte.  
Los judíos se apoyan para llorar en las paredes eternas del  
tiempo,  
el pueblo nada sabe sino verter su amarilla luz de los ojos empe-  
queñecidos de espanto  
y adoran un decálogo de mármol, frío como una gota de mer-  
curio,  
congelado en sus mismas convicciones,  
perdidos para siempre en la servidumbre de la tierra.

Bajo los campos donde el trigo comba su felicidad,  
 los hombres hacen un culto de la muerte  
 y adoran con una brazada de flores la extinta ceniza.  
 Bajo la inevitable sombra, la tierra se alimenta de la ceniza  
 y andamos sobre ella con la urgencia que la pasión de vivir nos  
 reclama  
 ordenando con nuestra perfección  
 esta inútil jerarquía de existir en un orden que fenece.

Hagamos de los muertos un mito y un destierro,  
 abonemos con su sal las cosechas  
 y un campo de cuarzo donde la luna brille,  
 sea la definitiva tumba de este recuerdo.  
 Piel de mi padre,  
 piel de los soldados y los bueyes,  
 piel del suicida y del infante,  
 niños muertos cuya sola muerte bastaría para redimir al mundo,  
 cabezas congeladas que miran los cielos sin un parpadeo,  
 vosotros sois las leyes que rigen la insólita verdad,  
 pero el hombre es feliz y dulcemente se pone de espaldas a la  
 noche  
 si elige su ignorancia, y a ella inclina la inútil pasión de sus días.

12

12

## ESPAÑA VERTEBRADA

Alguien pregunta,  
 qué existe tras la estepa donde acaba este empeño:  
 si un mar con veleros estáticos, apuntando a las costas,  
 si unas minas abiertas en sus sales nutricias,  
 si unos yunques que afilan los duros pedernales.  
 Alguien que se asoma con sigilo a esta puerta  
 pregunta a los infantes desnudos que descansan  
 qué pasión ha cegado los cielos hasta hacerlos tan puros,  
 qué gota madura hace que la aceituna sienta el peso de su fecun-  
 didad.

Cuando habló de pasión, se le cuajó en la boca la certeza,  
 se nublaron los ojos ante el sol desmenuzado como un pan ben-  
 decido,  
 se echó a llorar mojando con su llanto la verde pradera que habi-  
 tamos

y encontró la respuesta en la indolencia súbita de la tierra ori-  
llada por las piernas,  
en estas duras vértebras gastadas por las generaciones  
que doman potros vírgenes y ocultan su frío  
bajo capas galantes por la redonda plaza de todas las ciudades.  
Hemos estado en silencio porque ha sido el resumen de toda  
nuestra sangre,  
echamos una hora de libertad a ese trébol angustioso del naipe,  
bendecimos la lluvia que riega los sembrados,  
hacemos una vida de cada solitaria cosecha  
y esos ritos por los que preguntas, no son más  
que una ofrenda a los muertos que guardamos como hermosas  
herencias.

Cuando los graneros se colman y los rebaños pastan su verde  
abundancia,  
cuando las iglesias encienden sus constelaciones  
y una canción suspensa en la hora del crepúsculo  
pone los labios rojos de deseo,  
el hombre que aquí habita puede darte respuesta:  
mira los duros huesos,  
la poderosa arcilla; las vasijas llenas de recuerdos;  
los acueductos en la lluvia; los hierros cruzados;  
el carbón y la sal puestos en la frontera.  
Palpa con tu boca el cielo invertido de los campos,  
la estirada piel del animal de sacrificio,  
los fósiles, las cordilleras, los ríos quebrados que cruzan esta  
palma.  
Mira la aferrada constancia a unas piedras gastadas por los días,  
el color diferente de cada mar que nos cerca,  
las máscaras de un vivo bermellón para reírnos trágicamente,  
las viñas que derraman su lumbre en la garganta.  
Mira, estos son nuestros claros dominios,  
la fe puesta en los huesos solamente.  
No preguntes qué ley nos sostiene porque desconocemos las  
leyes,  
estamos en pie desde que existe la memoria,  
sujetos por las vértebras profundas de una ascendencia que se  
puso de espaldas a la vida  
para mejor sentirla en el oscuro rito de la muerte.

Extranjero,  
sólo sé que vivimos a este lado del sol.

## LA LLANURA

*A Mariano Bartolomé Aragonés.*

El hombre se limita con el mar del perdón.  
 Toca con la cabeza los astros norte,  
 en su espalda del Sur se clavan dardos rojos,  
 sus piernas en el Este van cavando en el cuarzo  
 la exacta silueta de un cuerpo maniatado.  
 Esta es la llanura; verdes sombras emergen  
 llamadas bosques en la lengua más pura,  
 árboles donde cuelgan nidos de pájaros ebrios,  
 mazorcas rubias nacidas en la cal de los huesos.  
 Esta es la llanura de la bondad. Te llamaré así,  
 campo a través sin vuelta, vestigio ya perenne en el nombre  
 del padre, el que va ocupando sobre la tierra nuestra.  
 Hermano por mi lengua eras tú, bien nacido,  
 hombre nuevo que llega entre el barro sangrante  
 de un parto entre los días de cualquier otro año.

Te has ido andando con una brizna de maíz en la boca,  
 silbando por los ríos, por los puentes, por las costumbres,  
 por la casa y el pan y estas tradiciones  
 que apagas con la luz de un soplo indiferente.  
 Hablo de la llanura como de un largo cuerpo;  
 extendida cabeza, brazos rozando la yerba  
 bajo un duro castaño, así el hombre dormido  
 sobre la dulce bestia de un planeta obsesivo  
 que no encuentra un buen sitio para parar su rueda.  
 Te incorporas y bebes agua fresca y rocío  
 y te pones a andar. Un nuevo día  
 que bosteza su oro entre los pastos. La llanura no acaba.  
 He aquí el amor, procreas y te sientes feliz cuando suben las  
 voces  
 diminutas de los recién nacidos. Te dicen padre y tú cambias  
 por ello  
 este nombre por lágrimas. ¡Oh, qué monte de pronto, qué inde-  
 cible ladera para dormir!

Te rodean los diablos del sueño, estás soñando  
 y ya no eres otro más que el mito de hombre.

Sueñas instituciones, leyes, cambios de Bolsa,  
jerarquías, epopeyas y construyes tu casa con hijos y doctrinas,  
forjador de conciencias. Al alba te despiertas.  
Ya están aquí los únicos herederos de sangre  
que te aman porque estrenan la vida,  
y tú sigues andando; es la llanura humana  
la que invita al viaje. Sigues, sigues, prosigues  
aún es tiempo que nazca un nuevo patriarca.  
Y así serás, siendo mi hermano, materia mía sagrada  
que comparto por vivo y por conciencia.

He aquí la llanura; por ella andas, hermano, hombre vuelto de  
rostro,  
copiándote los ojos en los mares de enfrente  
donde niños descalzos te ofrendaron cestillos,  
coronas de ternura que tú andabas cambiando  
por entre humanidades.

Allí, sobre la escuela, España se abría con tus dedos:  
«Estas son vuestras islas, vuestras ciudades, vuestra tierra...»

Y los niños llenaban sus ojos con mariposas del patio,  
perdidos en el mundo de las enredaderas  
cayendo igual que ágiles columpios  
que mecías con tu hondo corazón de bondad.

«España se hace amándonos... Mirad las torres, todas  
las agujas salientes, las piedras catedrales.

¡Mirad, mirad...!»

Y el viejo cuero de un mapa de colores  
se les quedaba igual que si España surgiera de repente  
para quedarse dócil para estos infantes.

Quiero ahora contarte, muerto mío,  
que todo sigue igual, que las paredes de tu casa  
están en pie, que la llanura  
va recogiendo el recuerdo igual que un pedazo de gloria  
para que andemos sobre esta costumbre  
de amarte en lo que amas, cada día, los momentos  
sembradores, los que ahora riegan tu cuerpo  
con flores silvestres, con las flores abiertas de la bondad.

Dios del silencio, cómo beben tus dedos  
las viejas criaturas;  
quién redime del duro sacrificio a los hijos;  
nacerán de tu oculta palabra  
para estrenar sus ojos sobre nuevas costumbres.

Yo me iré haciendo un árbol más de la llanura  
que tuvo sangre entre las hebras, alumbrando su corazón en los  
estambres.

Regarán este nombre mío que te llama  
un día cualquiera que tú ordenes.

Y así, sobre el silencio, ya estás, cansada catedral,  
telares negros que ocultan este nombre,  
este nombre tan sólo:

Mariano. Hombre. Y basta.

«Hoy es un domingo de Pascua de la era de Cristo;  
están todos los rayos del sol en la custodia  
y las telas más blancas oliendo a un viejo sándalo.  
Los maizales se doblan ante estas colinas,  
donde el sudor fermenta la frente de los muertos  
igual que el estiércol en la vena secreta de los frutos.  
Hoy están las vasijas rebosantes de vino  
y las cañas de azúcar estallantes,  
semejantes al sumiso tributo de las selvas espesas  
donde los animales son dioses  
vagando en el olvido cruel de los instintos.  
Y este país, vencido por la fuerza de su tedio,  
duerme con las mañanas entreabiertas sobre las costas  
pobladas de veleros con el nombre del Sur en cada movimiento.  
Este es el mundo luminoso donde todos descansan,  
donde los hombres musitan los salmos  
con la vieja constancia de sentir algo bello en los labios.  
Y aquí, apoyado en este cumpleaños que pone música en casa,  
pienso que es muy triste el tiempo que se cumple para quien no  
teme la muerte  
y alegre, para el que sabe que un nudo en la garganta,  
tiene el mismo color que la noche donde no tiembla un astro.  
Irremediable sabiduría  
que nos llega de la muerte  
a fuerza de morir cada vez que la vida nos asiste:  
en esta respiración terrible del aire que nos puebla,  
en el pánico, en la sombra que golpea la conciencia,

en los insectos que sacrifican los días por un solo minuto de sus sexos.

Es cuando, a pesar de toda claridad de las mañanas,  
el volcán que a mi espalda vigila con su imperio,  
y el dorado ostensorio  
donde los cristallitos amarillos fingen un arco iris,  
y esta mirada eterna de mi perro que ronda  
alrededor del cuerpo con recelo, y el maíz desgranado y el agua  
dulce de las cañas.

sirven para traer un recuerdo como el suyo,  
Padre minúsculo para bendecir los días,  
como hace muchos años que no recordaba su voz  
repetida en cada temblor de las hojas del patio.  
Porque todo es luminoso para el niño extasiado  
que en una baranda lejana mira el mundo en su sitio  
y pregunta qué es mayor,  
si la ferocidad del tigre, o el mandato del áspid  
oculto entre las hojas revueltas de las calles.  
Y todo se resuelve como un hermoso número de circo,  
como una alambrada que se pasa sin dejarnos un girón goteante  
sobre su duro metal,

como la eterna vuelta de un redondo molino de madera  
que gira cuando el nordeste trae más fuerza del mar  
que el suroeste de la tierra.  
Mientras existía un peso de niño se escuchaban sus dulces pa-  
labras

acerca del mundo de fuera,  
donde el derecho de ser mortal, era más terrible que estarse  
muerto para siempre en la ignorancia;  
donde la pared fue inmutable a nuestras manos que querían la luna  
y alargaba su cal a medida que íbamos creciendo  
en este hambre de un Dios posible para cada minuto de sed.  
Padre nuestro para bendecir los días,  
todo era hermoso como una mentira que se entrega sin malicia  
en aquel ir y venir hacia un cielo pintado del color de la miseri-  
cordia

cuando preguntaba sobre la ferocidad de las fieras del bosque,  
o sobre la teoría del movimiento continuo  
que lleva el corazón del hombre.

Y así, semejante a la impuesta serenidad,  
cuando todos los jueves íbamos al acantilado  
donde los suicidas dejan resbalar sus cuerpos plomizos,

para ver las gaviotas  
con la serena costumbre suspendida en el mar,  
y Cala Blanca con su pequeña cueva llena de estalactitas,  
me hablaba de bellas teorías sobre el carbono  
que este país ofrece a cambio de su tedio;  
del poderío de la sangre por las abiertas venas que van al co-  
razón;  
de la herencia de los mandamientos que como piedra rodante,  
vienen a dar con la pregunta de nuestro pecho  
y sobre las potestades que vuelan  
de un lado a otro de este firme acantilado  
que se hacía menos triste con su voz de eterna mentira.  
Y sin embargo, Padre minúsculo para bendecir los días,  
yo pensaba que allí no existía más serenidad  
que la angustia de esa orilla donde los cuerpos dulces  
se desploman  
porque han preferido la inmortalidad repentina de un salto  
a irse mortalmente muriendo cada día.  
Creo que todo puede fingirse menos ese mandato  
del corazón acelerado por un ansia,  
cuando tan sólo un acordeón, en la noche cerrada de los  
puertos,  
le basta para que salte como un pez deseoso.

Estos eran los ojos de un niño que el éxtasis olvida  
porque su mortal vacío se poblaba de dudas  
y donde era mayor la ferocidad del áspid oculto  
que el indomable león que avasalla con su poderío.  
Sin embargo, todo tiempo que se pierde es dulce  
y su sonrisa es igual que ese brillo perpetuo del mar.  
Amo su decisiva pasión por estos mandamientos,  
su fe en la ignorancia de los terribles seres que nunca escucharon  
su conciencia,  
amo su sencilla felicidad en Dios.  
Cambiaría mi soledad por la armonía que puebla su casa,  
mis preguntas, por sus dulces mentiras repetidas,  
y su felicidad, por la tristeza de Dios que se alza como una mon-  
taña de preguntas.  
Allá donde habita, usted no puede recordarme,  
con la obsesión de su iglesia,  
tan humilde, que no puede escucharse al dulce Palestrina;  
donde cada mañana se inaugura con el denso sabor de los  
establos;

donde las vasijas de leche parecen presidir el mundo con su tibia  
blancura.

Pero en este país, donde los veleros rezan a un viento que les  
lleve a otras islas,

a un vasto archipiélago donde puedan traficar el carbón por la  
menta,

nada ocurre estos días

a no ser que es domingo de Pascua de un año cualquiera

y que es mi cumpleaños y he pensado en usted,

en los campos que cruzamos los jueves,

en las estalactitas de Cala Blanca que han llegado a quebrarse  
y que es primavera para enviarle mi recuerdo.»

## 15

15

## ELEGÍA PARA UN SUICIDA

*A Vicente Aleixandre*

Están comunicando con el mundo  
las enormes antenas del instinto.

No se puede llamar

a los peces del fondo,

al fuego que alumbra las cabañas,

al carbón de las minas insondables,

y Dios está muy lejos para una respuesta.

Recuerda, aún es tiempo de recordar los días  
que pesaban como enormes templos;

recuerda tu manta de colores para ocultar los desgarros,

las calles con la humedad de su tedio,

la familia y las tabernas y las tradiciones que cercaron tu sonrisa  
para siempre.

Recuerda que todo era diferente dentro de tu hábito,  
que el vino era hermoso en las buenas tardes del otoño  
cuando leías el libro de la angustia.

Destino se llamaba la noche incompleta de los sexos,  
esa fugacidad que amaste apretando el corazón.

Recuerda ahora, que la caricia del pez espada

va horadando tu espalda con una obsesiva demencia,

que todo era igual que tu morosa quietud

de hombre en el vacío.

Los patios con su sombra de laurel donde la infancia es dulce,  
las serpentinas y el caballo de madera y el ómnibus que rueda,  
y la estatua de sal que es una mujer mirando el recuerdo,  
y el odio acelerado del que nada tiene que hacer más que odiarse  
a sí mismo,

se han vuelto muerte con tu salto.

Los pensamientos de un muerto deben matar todo lo pensado,  
las viejas fábulas,

los insectos agradables que tienen la forma de días sucesivos,  
caracolas marinas que repiten vida en su lejano oleaje

y toda la historia de un hombre

has sepultado en tu boca anegada de llanto marinero.

Como un victorioso río que salva sus cauces de barro,  
exterminador de la ley, perdido vestigio de un reino donde estar

vivo sólo supone que la sangre circule,

no desfalleces, inconsistente turbión que sólo arrebatata  
cuando todo es falso y verdadero en un solo minuto de angustia

y cuando tu dentadura crece mordiendo tus mismas convicciones  
hasta desear que la muerte agrande su mandato

y bien muerto, las cosas por ti pensadas mueran

como un bosque que los glaciares abarcan.

Y así, sujetos los años

a esta persistente ley solitaria

que erige sus dólmenes implacables,

has ido preguntando en los ocultos barrios del invierno

donde se hallaba tu desnuda libertad

para cultivar el campo heredado por ti mismo;

dónde la fuerza que hacía levantar el sol de tu albedrío

cada mañana que para ti es distinta

con sus espejos prolongando un rostro envejecido de experiencia.

Y has ido creciendo sobre la patria desolada de tu frente,

en un deseo de aniquilar tus piernas y el corazón,

podando tus mismas raíces hasta llegar a las hondas matrices  
del ser

que te crearon en la ciega noche de los deseos,

como un pez brillante nacido

bajo el mar que ya sabe tus ocultos secretos

porque la muerte se acaba con su misma vida final.

Así, hombre del límite,

un vértigo con fuerza de marea,

te bajará gritando como un trozo de mármol,  
victorioso sin alas hasta el bajo océano.  
Rebotará tu nombre entre las peñas  
y tu fe de bautismo con la vida  
seguirá por su estela como una hoja  
que no pesa en el aire.  
Qué súbito alimento van a heredar las algas,  
las marinas corrientes y el pleamar,  
las arcas ocultas en los barcos perdidos.  
Toda herencia es inútil si el fin no se adelanta  
como tú, victorioso saltador del abismo  
en la tarde cruzada por lejanos disparos.

16

16

## LA MADRE

Tú estás en mi egoísmo como un lazo sagrado  
que une mi corazón con tu clara vehemencia.  
Espera, yo te amo porque así me has nacido,  
alumbradora dulce de mi cuerpo en tu vientre.

Igual que la semilla pareces con el tiempo,  
materia tan pequeña que fermenta la vida.  
Oye el viento en las cañas, todo no se deshace  
si tú quieres, si aprietas los ojos en la niebla.  
Te estoy diciendo madre con la voz más amarga  
la que nunca ha creado más que estas palabras  
que son como ese viento de tu pelo colgando.

Yo miraba la mano sembradora, los dedos  
que apuntaban mi nombre sobre tu corazón,  
allá desde la sombra de mi origen perdido  
hasta que fui lanzado por amor a tus ojos  
donde unos peces cruzan con ternura su agua.  
Y esta es la heredad que te pesa, los días  
que hemos comido juntos sin hablar de las cosas,  
no sirviendo jamás como cansado péndulo  
que no crea la vida, que va otorgando muerte  
cada vez que descansa su mirada en los hombres.

Espera, yo te amo porque eres sagrada,  
 porque existes igual que una piedra o un río  
 y me vas otorgando en cada anuncio  
 la verdad de estas cosas sencillas como el agua.

17

17                   ANTÍFONA PARA COMENZAR  
                           UN TIEMPO NUEVO

Nuestro continente es igual que una soberbia mitigada,  
 nuestros deseos son un osario que ninguna lumbre levanta,  
 nuestros amigos no son más que bebedores tristes,  
 nuestra ciudad es maravillosa cuando estamos dormidos,  
 nuestra libertad es el mito más sacrificado por la fe que nos  
 queda.

Pero, amor mío, nuestra ginebra helada nos dio el hueco de la fe-  
 licidad,

tu acechanza te asemeja a las fieras dulces,

tu abrigo verde de esperanza te oculta el temblor diario,

tu pequeño dios no quiere desearte que existas.

Y si tenemos que avanzar para conseguir un tiempo nuevo,  
 decidme, ¿con qué atributos abriremos el paso?

Las viejas leyes han gastado su inútil oro en el tiempo,

y este pequeño amor nos sirve solamente para mirar los cielos,  
 id los demás hacia la reconquista.

Tiendo mi gabán bajo los cedros y desde allí miro el mundo:  
 me conformo con un buen tabaco,

con esta muchacha dulce

y algo más de aire para respirar la vida.

18

18                   CON LOS OJOS CERRADOS

Hace tiempo que escribo sólo estas mentiras.  
 Cuando leáis mis versos, creed que ya es inútil  
 confiar en la voz de un poeta que canta.  
 No creáis la tristeza que hemos puesto colgando  
 como una mercancía en los labios de un niño.

Crece mucho maíz y se rompen los globos  
y madres dan a luz bajo los acueductos  
para que ponga en verso toda una experiencia.  
Quiero decir que miento cada vez que me sangro  
en esta poesía, cada vez que os escribo  
desde un puerto con niebla y un vago acordeón.  
Os pido que creáis solamente mi cara  
y lo que voy haciendo por la vida que tengo.  
El hombre cuesta caro y el poeta desvía  
todo su corazón hacia el lado derecho.

Creed tan solamente en aquellas palabras  
que os venía diciendo cuando nunca os hablaba.  
(Mientras andamos lentos, mientras vamos bebiendo  
o cuando se tiritita al compás de un mendigo,  
la vida es otra cosa; se transporta, se eleva  
perdida ya en su azul laberinto de dioses,  
sufrientes potestades, realidad de los seres  
que día a día nos dejan su polvillo gastado.)  
Esto es irrefrenable y me pongo de espaldas,  
quise un día dejar de escribir estos versos  
y vivir con la vida todo lo que me otorga.  
Por eso yo os lo juro que estamos engañando.  
Todo esto es mentira. Creed al hombre solo.



Con Camilo José Cela (1963)

## II

### DOS SALMOS DE ACEPTACIÓN

*A Jacinto López Gorgé*

19

#### 19 SALMO DE LA GOTA DE AGUA

*A Francisco Salgueiro*

Esta gota de agua que Tú dejas colgada  
para que el sol la ponga rubia como una uva  
y que encima de mí balancea su universo,  
puede morir, Señor, si empujas con el dedo  
una cinta de aire que le llegue a la entraña  
o le avivas la sed a ese pájaro torpe  
que en torno se desliza.

Mientras tiembla de frío en la esquina del árbol,  
sirve para mirarla encendida de agua  
y de un zumo que, acaso, sea un poco de Ti.  
Ya tienes aquí el mundo submarino del río  
y más lejos el mar abrazando la tierra  
y las fuentes, la lluvia para lavar las torres,  
la piscina cubierta por barcos de papel  
y la saliva Tuya que nos cubre la vida.

Pero arriba, colgando como un recién nacido  
planeta luminoso,

esa gota de agua nos apaga la sed  
 porque Tú nos has dicho que, al verte, la saciamos.

El estío nos cubre de un humo impalpable  
 para entibiar acaso Tus palabras que vuelan.  
 Pasan las flotantes brozas,  
 las uñas afiladas que cortan el cristal,  
 el tren interminable de criaturas,  
 todos los días que llevan delante la letra de Tu nombre.  
 Y te buscamos en las aguas revueltas  
 o en el misterio de una puerta cerrada  
 sin darnos cuenta, Señor,  
 que sonríes delante de los ojos,  
 tan cerca, que rozamos Tu túnica de colores  
 y creemos que ha sido un arco iris o el viento.

Te busco en las cosas pequeñas para verte,  
 ahí arriba, donde la presencia diminuta de la dicha,  
 balancea el milagro, la leve eternidad  
 de una gota de agua.

y 20

20

## SALMO DEL NUEVO AÑO

Como la sabiduría, que ha cubierto toda la tierra del pasado,  
 como esa corona de flores rodeando la frente de una muchacha,  
 como el abrazo por el que se unen los labios,  
 todo aquello que esté por finalizar, tal el pájaro a quien señala  
 una ballesta  
 su diminuto corazón entre plumas.  
 Todo aquello, Señor,  
 es igual que la llegada del nuevo año  
 cuando esperamos en esta girante plaza  
 que asomes por esa ventana del pecho de tu hijo  
 para decirnos que aún se vive con las manos vacías  
 de espaldas a tu ojo dulce, aquí en la tierra.

Y es que quisiéramos volver  
 a sabiendas de que te hallaremos hasta cuando mordamos el pan,  
 de que aún no te has ido de estas estampas diarias  
 como son las mañanas, la casa, los amigos,

y que al volver a nuestra habitación donde soñamos,  
Tú nos abres la puerta con tu dedo invisible.

No hace falta que llegues para verte;  
los años, y esta constancia antigua de amar lo cotidiano,  
nos dirán que Tú empujas la rueda de los hijos,  
y estos libros a medio escribir que nos rodean.  
No hace falta que asomes encarnado en la madre  
porque ya sé que estás en el agua honda de las vasijas  
y en todo lo que queda más allá de los ojos.

Pero para esto, Señor,  
ahora que los duros días quieren seguir cantando  
Tú debes olvidar que sentimos el miedo  
de esos niños que quedan entre las galerías  
oyendo el viento afuera que se enreda en las torres.

Estamos siempre solos  
bajo estas guerras suspendidas por el norte y el este,  
por el sur y el cautiverio,  
por el oeste de afiladas montañas  
y a Ti llegamos, como  
esos ciervos perdidos en un bosque inconcreto  
sin poder gritar, porque las lianas  
se enredan a la voz del que pide el camino.

Mira qué última hora nos separa del pasado,  
qué perdida canción dejaremos a los inmortales,  
qué parque nos recordará con el césped inmarchito...

Al menos, si nos abres la patria en dos mitades,  
y seguimos las calles eternas del desaliento,  
engaña estos trabajos nuestros de cada día  
diciendo: «El porvenir será vuestro milagro»  
para que esta plaza se vacíe,  
para que dejemos de mirar esa torre y sus horas,  
para que alguien rompa a cantar  
y volvamos a casa  
de la que hace años salimos a buscarte.



2

SAGRADA MATERIA

Premio Adonais de Poesía 1966

1967

*Junto a mi madre  
mi esposa  
mis hijos*



## I

21

1

Como el salterio, que los dedos rozan,  
o que el plectro golpea y el músico entreabre  
sus raíces de oculta resonancia  
y sube la ascensión de su lamento  
como un humo sagrado y se estaciona  
en el ámbito oculto de nuestra soledad.  
Y ya colgada por los techos queda  
la melodía, igual que una atmósfera dorada  
que llenará los ojos con su fuego amarillo  
y bebemos de esa antífona, de esa agua llovida  
que alguien, un día cualquiera, puso el nombre de lágrimas...

Como el salterio, abre tu libro, amigo mío,  
y ponte a pensar en la humilde historia que te cubre.  
Caían entonces granos de polen en los parques,  
era el deshielo de los lentos glaciares de tu tierra;  
había una primavera en cada hoja verdecida de ternura,  
a pesar de que llagaban mi país secretas hogueras  
y colgaban mazorcas de pólvora en los mapas de mi patria.

Recuerda el olvidado candelabro de siete muñones  
alumbrando tan sólo el rincón de aquel parto.  
De la alacena subía el olor a alcanfor  
como una vaharada de fósiles,  
como un maleficio para el salterio  
que daba el son más puro  
en tu núbil corazón recién tañido.

De granizos se regaba tu calle,  
oh bóveda del vientre arpegiada por látigos de espanto,  
helando entre las sábanas ventisqueros de relámpagos ciegos.  
Así llegas del cuenco de la vida indefensa  
al cordel que nos une,  
savia nutricia, sangre dolorida en el gozo.

Miguel, sombra mía, ya sabes que te escribo  
desde mayo de mil novecientos treinta y uno.  
Manuel Mateos se ha muerto siendo un niño,  
como toda la infancia que dejaste  
colgada de los viejos eucaliptos.  
Pero aún baila,  
perdida allá en el fondo de su caja en la tierra,  
la peonza girante que lanzabas al vértigo,  
ahora que ya no tienes el zumbel en las manos.

22

2

Allá, en la avenida donde alzaban el brazo  
hombres en desafío,  
el niño está mordiendo los ácidos membrillos  
de la inocencia.  
Juegan a disparar anónimos soldados,  
juegan a muerte.  
Tú, sin embargo, con tu honda de cáñamo,  
miras los pájaros.

Se enumeran los tibios alimentos prohibidos,  
te afilaron los dientes,  
están en este año los campos con el muérdago,  
con tristísimas cepas  
que columpian al sol su vino derrotado.

Has abierto los brazos en la calle, respiras  
la verde humedad;  
no hay nadie que comparta tu círculo de tiza  
y vas solo jugando,  
en soledad le hablas a tu perro de sombra,  
das la mano a Manuel  
ahora que solamente es ceniza habitada.

Así inventas tu oculto paraíso de sueños  
 desde que el mar meciera  
 el rincón de tu historia mojada por un ansia  
 que alguna vez alzaste  
 como una goteante colmena de nostalgias.  
 Es oficio terrestre  
 tensar el brazo y agitar la rueda  
 de tu puño oprimido  
 por la soga y el cáñamo que te ordenan la vida.  
 Pero vuelves a casa,  
 por donde ya no cruzan los disparos del odio,  
 y allí la paz te mece  
 en las sillas de anea y en las muertas sartenes  
 y muerdes tu galleta  
 de sal humedecida y rezas tu oración,  
 aunque sepas al fin  
 que has de jugarte solo tu tristeza de niño.

23

3

Dispusieron la mesa, manteles albos, hilados  
 con dedos de paciència.  
 Colocaron en orden los diarios utensilios del yantar.  
 La jerarquía estaba dispuesta; el rito,  
 sazonado en la mostaza que era el padre,  
 repetía su vaivén sobre el fondo de aquellos alimentos.

Comiendo estamos en silencio nuestros días  
 igual que las viandas, igual que los recuerdos.  
 Miguel mira ese pecho paterno de renunciadas.  
 Va recorriendo el cuello, hasta la boca del padre,  
 suben sus ojos.  
 Se cruzan las miradas de ternura  
 de esposo, a madre, a hijo.  
 Y nadie habla.

Se han vuelto los manteles,  
 sudarios para enjugar el pan de cada día;  
 queda el polen de la casa envolviendo la paz.  
 Se retiran los seres, lentos, a sus oficios  
 de exilados constantes.

La cocina te espera, madre mía,  
 con su fuego incansable, vestal alicaída.  
 Más tarde, las agujas y los trapos  
 se ahuecarán sobre mi cuerpo  
 urdidos por tus manos, porque siempre  
 mi cuerpo fue inventado por ti sola.  
 Y nadie habla.

Tú te has puesto a pensar  
 tal vez en los disparos.  
 No has querido decir, mientras comíamos  
 los tres en soledad,  
 que en el taller los tiempos son difíciles,  
 que el tornero, el aprendiz del hierro,  
 aquellos que enseñaste la mecánica,  
 se han muerto por la guerra sin saberlo.

Levantas la mirada enrojecida  
 y das gracias a Dios  
 porque hay fréjoles y harina que comernos todavía  
 y hemos vuelto los tres  
 a la mesa redonda, como un mundo  
 que pudiéramos abarcar con las manos  
 y las palmas ponemos hacia arriba  
 para acoger en ellas  
 la gota de rocío,  
 de la bondad.

Qué lentamente, padre,  
 apisonando vas la tierra con tus piernas.  
 Te vuelves y nos miras  
 y dices con la voz que yo esperara:  
*Es hora de dormir.*

Alinearon sobre la tapia  
 las macilentas boinas,  
 apretadas las manos a la espalda  
 con la cuerda de esparto,  
 los vencidos gritaban su infortunio,  
 dentelladas al aire de la muerte.

Luego la capa, el saco abierto, la estameña  
fue envolviendo los cuerpos  
arrojando en la flor de un pecho atravesado,  
la sangre torrencera inundando de súbito  
callados hormigueros de labor.

Volvían del campo secreto  
los grises hombres del juicio.  
Explotaban manzanas en las manos,  
surgían las raíces del eucalipto  
hacia la faz abierta de la tierra,  
como queriendo huir, alucinadas,  
de la perdida oscuridad enterrada.

Hablan los hombres con palabras de niebla  
mientras beben su vaso rojas demencias de alcohol.  
En el rincón, telas de araña juegan  
a las cuatro esquinas de la intriga,  
y Manuel y yo hemos callado.  
Sentados en el saco de lentejas,  
vemos los hombres,  
alzamos la mirada, desde sus piernas talladas  
hasta la frente cruzadas por látigos de miedo,  
y ya nadie se atreve a reír  
como en otro tiempo los niños lo hacían por las calles.  
Traficamos nuestras bolas de cristal  
o los secos huesos del níspero,  
mientras que los gigantes del espanto  
fuman y beben sus ocultas violencias.

Nunca supimos luego, de la mano del padre  
cuando a casa hemos vuelto,  
si el disparo que cruza nuestro aire,  
si los gritos dementes en una madrugada sórdida,  
son menos trágicos que el borracho que avanza  
mojando sus zapatos en los charcos  
con la ropa colgada del barro del invierno.

Y así comemos nuestro pan con miedo,  
mientras la infancia crece  
entre el lamento y la estéril llanura  
y los padres piensan que la herencia  
que de la mano llevan,

se perderá llorando mientras busca los soles  
que le alumbren un claro mañana de esperanza.

25

5

Dicen que fue llegada la hora de la huida  
y andaban todos comprometidos con su sangre.

El maestro abrió entonces las ventanas  
y aspiró por última vez el puro aire del alba.  
Las cariátides comenzaban su cansancio de piedra  
mientras se desnudaba de sus antiguos hábitos.  
En la lámpara puso su incierto escapulario  
y le vio largamente balancear su cuerda.  
Luego se fue a copiarse en los espejos  
para saber que andaba con un rostro irredento.  
Paseó por la casa dejándose las huellas  
en la brillante caoba de las bancas,  
tal vez como queriendo así perpetuarse,  
manchando con un vaho de humanidad,  
el reflejo del orden, aquello que moría.

El puntero y el mapa cuarteado, la insondable pizarra  
con su panel de negrura  
y las vírgenes tizas nevando con su yeso las baldosas  
le esperaban igual que cada día,  
y allí, en la soledad sin niños de la última hora,  
se puso a escribir en la tabla oscura del mundo  
palabras, llanto escrito y sangre volteada:

«La última lección es la que no se aprende,  
y hoy es fiesta, hijos míos;  
podéis reclinar vuestra frente en el brazo  
y dormid mientras hablo.  
Sólo existen palabras donde el hombre ya nunca  
puede mirar los cielos y callarse en el sueño.  
Ayer dijimos sólo lo que oiréis mañana.  
Adiós, adiós, amigos; un nuevo tiempo nace...»

Deshabitada escuela del corazón,  
los papeles aguardan la diaria homilía  
de saber de memoria la lección del olvido.

Y cuando fueron todos a buscarle,  
 en la estancia vacía brillaba un solo nombre  
 escrito en el oscuro silencio de pizarra.  
 Y era el nombre de España.

26

6

*(Análisis de sangre.)*

Me han extendido el brazo, firme, sobre la mesa.  
 Me han tensado las venas,  
 han puesto a flor de piel sus raíces violáceas  
 y ahora busca la aguja el reguero más hondo  
 de mi sangre.

Es un humilde análisis para ver en qué grupo  
 pueden encasillarme con dos manchas rojizas.  
 (¿La sangre se encasilla, Evtuchenko?)  
 Voy pensando en tu extraña juglaría  
 de voz en voz y en grito mientras sube el termómetro  
 de la jeringa y voy donando vida  
 en centímetros cúbicos.  
 Ahora, sobre esta savia de mi árbol pequeño,  
 manipulan y ordenan una fauna  
 y ya la intensidad que nos alumbra el cuerpo  
 está quieta esperando,  
 sobre un cristal caliente,  
 su incierto resultado.

Evtuchenko, tú estás cantando en vilo,  
 y yo, postrado con el brazo sujeto,  
 aguardo, mientras miro ese triste aguacero  
 que lava los guijarros.  
 Pero al fin me ha servido para algo esta espera,  
 me dicen sonriendo,  
 que la sangre que tengo es sangre universal.

27

7

Cada mañana venimos a trabajar.  
 Hago la misma genuflexión de mis hermanos de raza  
 cuando el sol me despierta su naufragio  
 en las pestañas que tiemblan.

Venimos a trabajar sin maldecir a la historia,  
con el recuerdo del café y la rebanada de manteca amarilla,  
en el cielo de la boca;  
justo en la hora que los carros avanzan su lenta mercancía  
de verduras brillantes de rocío,  
cuando en la lonja del pescado vociferan los tristísimos peces  
capturados  
entre un vaho de frío, de ginebra y de menta.

Seguimos igual que los antepasados del jornal,  
mi soleada estirpe heroica,  
aquellos que los domingos hacían colada de sus ropas,  
y por la calle abajo,  
donde el verdín de la humedad preparaba sus cauces,  
se arrastraba el río sucio del sudor.

Inmensa es la fortuna del sueño,  
porque tan sólo en los oficios del trabajo nacen alas de súbito  
y el hombre se transporta hacia un reino inventado  
y allí contempla los días que jamás existieron,  
sólo por su deseo  
de que el trabajo un día fuera fiesta en sus almas.

Voy repasando mi linaje de obreros,  
Padre, abuelos, hombres de los que nunca fueron una clara noticia  
y que jamás me hablan desde su muda ceniza.

Esta es la humilde historia del trabajo  
y sigue el tiempo y pasa  
un relevo de manos, de oscuras cicatrices.

Cuando una congoja está en silencio  
en cualquier casa,  
allá, en el rincón de la alacena,  
y los habitantes del lar  
tienen fijos los ojos en la esquina,  
petrificados, contemplando  
con las pupilas llovidas de amargura  
la yedra ascendente del presagio  
y la mejilla en la mano del padre  
siente el frío morir en sus dedos obreros

y aparta con el bastón  
la ceniza dispersa en las rojas baldosas.  
Y la madre, sobre el vientre cruzadas  
las manos,  
acunando el instinto en sus secretos latidos matrices,  
muerde la sal de una perdida lágrima,  
absortos en el fuego del hogar,  
en donde purifican los felices recuerdos de otros días.

Sentados en soledad, a juicio  
convocados en vida,  
han roto las palabras, aguardando  
que un golpe quiebre el viento,  
mientras mustia el perol  
el gazpacho diario,  
y allí, sobre las brasas,  
arracimadas manos juntas,  
como si ahora volvieran a posarse de nuevo  
en la alianza de los anillos nupciales,  
unen su frío solidario,  
no en la muerte, sino en esta  
lentísima espera de que golpeen la puerta  
por donde ya salieron y de nuevo  
volverán a cruzar los hijos de regreso.

Está el suelo barrido de grano,  
trilla para que el hombre  
sienta cómo el descanso se sube por las piernas  
y acomode su justa silueta de pana  
al trono de la anea, junto al fuego.  
Éxtasis de la humildad, limpia  
disposición de los enseres  
y una albahaca fresca que aroma las cucharas.

Pero quien nos redime,  
a pesar de que estamos a un orden convocados.  
La hoguera que débil tiembla,  
tal vez, si acrecentara sus cauces  
y en los campos prendiéramos nuestras teas humanas.  
O aventar los graneros  
y dejarlo a los pájaros  
volar su libertad, el hambre  
de saciar en el aire lo que falta en la tierra.

Cuando una congoja está en silencio  
aguardando nuestra llegada,  
puede que sólo sea la última esperanza,  
desear que golpeen la puerta  
de la resurrección.

29

9

Recuerdo que fuimos al gran ceremonial  
y en nuestras bocas una ancha herida  
hacia sangrantes las palabras.  
La lucha comenzaba.  
Aquel desconocido, al que nunca  
rocé con oraciones ni blasfemias,  
fue avanzando hasta mí con sus manos extintas,  
y yo le estaba viendo llegar, desde antes  
que la celesta con su timbre convocara al descanso,  
y la sombra de su capa llegaba mucho antes que él hasta mi  
puesto de centinela obligado.

Fui preguntando entonces, a quien pudiera responder,  
por qué era necesario que hirieran mi quietud,  
esa paz que mendigo igual que un alimento;  
que yo aportaba al mundo un poco de cansancio,  
del que estábamos tan necesitados  
y pudiéramos repartir nuestra heredad,  
esa sonriente dádiva, la avena del tamiz,  
ya limpia para todos.

El miedo nos hizo que aceptáramos el pacto,  
porque iban a herirnos con el oprobio.  
Con el carcaj dispuesto y el alma por el aire,  
nacía igual que un vino el pánico, indefensa  
criatura convocada  
a la ceremonia de sacrificar lo más virgen  
al ídolo tenaz, que llegaba cada vez más cercano  
a la casa en sosiego de tus antepasados.

Van a sembrar de sal los campos,  
las gavillas  
se quedarán en brazos de orfandad  
como el esparto, sin vivir, hiriéndote.

Abrimos el arca, el tesoro tribal, guardado  
 entre alcanfores insistentes,  
 para ofrecer lo único amarillo que podían codiciarnos.  
 Derramamos las telas olorosas,  
 la plata labrada, el encaje enrollado  
 y alfombrada quedó la baldosa de barro  
 por ver si la sombra cercana prefería traficar,  
 mejor que con la carne,  
 con el oro perplejo.

Se han mojado de lágrimas  
 los terrones más secos;  
 cegados por la sombra,  
 campo mío,  
 cordillera exaltada de herrumbres escondidas,  
 hemos tenido que recoger nuestra historia  
 igual que una cosecha que el granizo amedrenta  
 porque así fuera escrito,  
 que aunque siembres los panes de la misericordia,  
 días vendrán, cellisca flagelante,  
 en que el ceremonial del tributo a tu tierra  
 cambie frutos caídos por manzanas doradas.

30

10

Cómo decir ahora, en la mitad del vivir,  
 que la dulce memoria melancólica  
 sirve para adorar sólo los ciegos ídolos del recuerdo.  
 Es tal vez justo parar el corazón a voluntad,  
 volver a acelerarlo cuando el ansia nos redime,  
 amar, odiando un poco las derrotas diarias,  
 darte en todos, respirando la vida de los lejanos seres  
 y olvidarte a su vez de que existes para rozarte en la piel de tus  
 hermanos,  
 cuando yaces feliz por tu ancha soledad.

Responde el torno, brazos giradores  
 golpean la pulpa cálida del barro.  
 El alfarero extiende su inmensa libertad:  
 hiende, ahueca, redoma  
 una tierra sumisa, roja de extintos fuegos,

y así, sagradamente, la materia por ello no es más pura  
tan sólo con ser forma en las manos del hombre.

Más bien, en su letargo  
de ceguera indefensa,  
purifica ya todo lo que roza,  
ese contorno encallecido  
de los dedos buriles de quien inventa formas,  
y ya, vasija o vaso, tinaja al sol,  
extraño ayuntamiento de vida y cuerpo inerte,  
recobra su sentido la materia  
y el hombre se conforta y al fin comprende el trance,  
de que jamás su vida fue lanzada al azar,  
sino al as fulgurante de fundirse en las cosas.

31

11

En esta horizontal costumbre de rendirnos  
sobre los lechos, reposan nuestros cuerpos.

Sé que miramos todos al techo  
como si fuera un cielo inabarcable;  
con las manos cruzadas en la nuca,  
soñamos bien despiertos.

Es esa realidad del sustento cercano  
la que nos va restando el dominio del mundo.

Puede que alguna vez el corazón resuene como un arpa,  
que la ilusión nos llene una copa vacía,  
que trémulamente digamos  
palabras de bondad.

Sin embargo, hemos aprendido el juego de golpear los vidrios  
sonoros

y resulta bello rescatar un sonido perdido que tiene un lento  
sosiego como de agua estancada.

¿Esto es el sueño? Laberintos ocultos,  
avenidas que avanzan hacia la noche mojadas por su verde  
frescura,

o acaso la humilde realidad pueda estar en aquello que ciega los  
sentidos,

el constante rasgueo de unas tensas cuerdas,  
nervadura de despeñadas aguas que al caer levantan un  
splendor de incienso.

Tú, realidad que me invento para seguir la vida,

deja colgando sobre la cal del techo  
 tu música purísima,  
 el hermoso danzar de unos pies que resbalan  
 sobre el mármol rojo de los justos.  
 Danza tú, realidad que me acoges  
 cada noche que alzo la mirada prohibida,  
 inventándome así mi extraño paraíso.  
 Ellos están dispersos por mi sueño más ebrio  
 y cuentan sus reposos diarios, las jornadas  
 necesarias para llevar la casa por delante  
 ahora que los ruidos horribles asonan nuestra paz  
 y no hay nadie que pueda entornar los ojos  
 como si fueran dos alas recogidas.

32

12

Ahora ya es necesario volver al campo,  
 las urdidias parameras de las calles,  
 siempre vienen a dar con una plaza encarcelada  
 por la que fuimos gastando los años recorriendo el soportal llo-  
 vido,  
 iglesias en las que uno espera en soledad escuchar un triste gre-  
 goriano  
 que no vuela de la garganta al aire,  
 sino de un corazón anónimo hacia el tuyo.

Aquí están los pinares, las arañas  
 reflejan soles quietos,  
 y si te surge de improviso  
 la idea de que eres hombre de tus calles,  
 encenderás un círculo de fuego  
 para ver el rebelde suicidio del alacrán.  
 Tal vez el montaraz disparo ahuyente los vencejos  
 o la pedrada quiebre puras ramas de cedro.  
 Está aquí tu barbarie,  
 tensas nervios y saltas por recoger la piña  
 apretando sus leves granos cenicientos;  
 es el cuerpo, la nervadura indómita, el deseo  
 de que tal vez el odio te recorra en acecho  
 y así muestres tu estado de poseso.

Oh, no traiciones el fuego que allá lejos te espera,  
 acaso crees que así la libertad

abre su soterrada torrentera  
en las almas.

Puede que entiendas,  
que a veces los hombres se convocan  
tan sólo para cantar los viejos salmos  
o elevar un cercado donde los animales puedan  
abrevar esa lengua siempre llena de sed  
y el dinero se trueque en utensilios,  
o en esa invariable taberna que añeja entre sus odres  
vinos calientes.

Quien adivine el bosque y su acechanza  
sabe que todo es sueño;  
hasta el dolor en tu piel del agujijón oculto,  
y es tan hondo el reguero de tu roja sustancia  
que ya el miedo te sueña,  
y así tu curso paras  
cuando la realidad empuja tu cuerpo entre los árboles.

Detén tu destrucción, aunque tan sólo  
sea voltear guijarros en las linfas,  
si es sueño este mudar  
del campo verdecido, ya liberto en tus ojos,  
no es la primavera,  
sino un inmenso sueño que colora la tierra.

Cuando recuerdo tu lento porvenir,  
que es aquel que escribía la golpeada experiencia,  
los sucesos de entonces retornan con su niebla  
y vuelves a vivir transfigurado,  
como si nunca hubieran desplazado tu imagen.  
Pueden quedar yacentes los sentidos,  
igual que cuando dejas caer un guijarro al estanque  
y los círculos nacen de tus dedos  
para agrandar su rápido poderío en las aguas.  
Se pierden en la linde de la yerba,  
puede que avancen por la tierra, puede  
que caigan más allá del vacío.  
Mas tú sigues sentado recordando  
y tan sólo ha pasado una gota del tiempo

y has muerto viejos ideales  
tan sólo con soñar.

Nunca pasó aquello que retorna  
y te ronda tu aire  
y aprehendido se queda en los ojos,  
como Manuel, que llega con su cara amarilla  
a traficar contigo su antigua soledad.  
Tú piensas en la historia fenecida,  
en la húmeda calle de eucaliptos,  
en los columpios de las hojas del otoño  
y crees que todo fue una sola noticia  
surgida por la ascensión de la niñez.  
Y piensas.

Mas aquello te nace nuevamente al conjuro  
de un silbido delgado que alguien lanza,  
de un temblor en los vidrios  
cuando un coche te rasga la calle solitaria,  
y sabes que todo lo que vuelve  
es dulce como un pífano  
y que puedes tocar los recuerdos  
igual que las tiernas naranjas que por la mesa ruedan  
y que nada puede morir,  
si vuelves a la lumbre de aquellos atributos  
que dora, como un fuego,  
tu epílogo de hombre.  
Porque tan sólo muere  
aquello que ya nunca nos crece en la memoria.



Casa natal del autor, en la calle General Mola, 11, de Melilla

## II

34

14

Dame tus hijos, por amor de todos,  
que aquí siembro los míos con ternura.  
Ya corren por tu suelo,  
por tu pan generoso germinado.  
Gamos tocados de la gracia, saltan,  
rozan hojas, se llenan de verdura  
apoyando sus plantas en la tierra  
como turbios ijares.  
Vuelan raudos,  
ya nadan por la orilla  
llenándose los hombros con la espuma más lenta de tus costas.

Están aquí los hijos, levantando  
la gran casa de todos con andamios  
llovidos de inocencia.  
El pastizal ya crece,  
ímpetus derramándose en el gozo  
de un polen que se oreá en las ruinas.  
Cuánta furia quebrada en rayos óseos,  
cuánto estiércol perdido sin abonar tu pecho  
fue aventado en tu historia.  
Dame tus hijos,  
abre los parques que se doran en su fiel mansedumbre,  
balanceando lianas de promesas errantes.

Están aquí, trenzadas  
sus manos al zumbel,

girando la peonza, turbonada  
 que gira en girasoles.  
 Como ebrios  
 miramos la ilusión alucinada  
 girantes en tu vértigo, sin verte.

Oh pueblo mío, deja que así invente  
 mi otro porvenir, mirando en ellos  
 crecer la yerba de la paz,  
 ver el humo del sueño que se posa  
 sobre la frente pura del infante  
 purificándome los ojos, como siempre  
 que los alzo hasta el viejo Guadarrama.

Preparemos la casa,  
 damos los hijos a tu patio, crecen  
 en la piedra patricia sus edades.  
 Ensánchate, prolóngate en la risa  
 que han dejado colgando como un cielo.  
 Esta es la hacienda, la cosecha sea  
 igual que tus trigales de esperanza.

15

35

## PLAZA CON VIEJOS

*A Francisco Salgueiro.*

Como duros enebros soñolientos,  
 racimos de orfandad, negros menhires,  
 por la cal de la plaza nevando sus espaldas,  
 viejos al sol se fuman lentas misericordias.  
 Al cuello unguida la bufanda roja,  
 coronan su cabeza, la débil almenara de las sienas,  
 boinas cenicientas que su color gastaron  
 tanto polvo de trilla, tanta cellisca lóbrega.

He aquí el testamento: el agua ya pasada  
 mueve con el recuerdo los molinos del tedio.  
 Esa espera, la muerte, va otorgando en la tarde  
 migas de pan caídas por amor de los pájaros.

Por mis pueblos de adobe, hondos cáñamos tensos  
 dejan al sol su vida, la cálida derrota  
 de duras y maduras inocencias  
 de la jarra del vino y de la hornada.  
 Sagrados huesos, piel enaltecida,  
 alzan el brazo al transeúnte, ¡amigos!  
 saludo a lo que pasa y no detiene  
 su curso por la orilla de sus hombros.  
 Ruinas de mi patria, claustro de enredaderas  
 y siglas den la piedra de canteros remotos,  
 un friso con ancianos de ternura  
 calentando su carne en las mañanas  
 aguarda tu andadura.

Aquí yacen,  
 yacentes almijares, vivas piedras  
 de sacrificio, donde el grano  
 va exprimiendo el sudor de su fermento.

¿Así será mi historia, pasajero  
 fluir de mansedumbres, parva extendida  
 que el sol reseca en roquedales prietos  
 esperando ya ser gavilla eterna?

Y ya, secretos mármoles, anónimos  
 trapos de sueño por la plaza umbría,  
 se invocará otra vida, aquella infancia,  
 o el devenir, su duende paseante,  
 anciana y soleada soledad.

No es posible volver a Ifrán,  
 ha cortado la nieve los caminos perdidos en los cedros  
 y los silencios solemnes andarán petrificados en sus cumbres.  
 Puede que la forma de nuestros pies quedaran como fósiles  
 allí, junto a la orilla,  
 donde encontramos cristales de roca  
 veteando fulgores de custodia.  
 Puede que las telas de oro

que alfombraban las calles, florecieran  
 como arpas inmensas extendidas:  
 hilos sonoros de araña  
 colgando entre los cedros.

Tú y el dormido humo del alba  
 y la mirada posándose lenta en el valle,  
 eras un dios en soledad gozoso,  
 paralelo tu cuerpo al águila en volandas.

Hermoso reino el de la tierra,  
 cuando, postrado sobre su cuerpo, muerdes  
 un rojo terrón de savia  
 y tus pies en la arena semejan las raíces  
 que han de soterrarse en regueros ocultos.

Tañe en tu gozo las sonoras lianas,  
 raudos por el bosque, en Ifrán cae la nieve  
 tal vez como en el corazón de tus hermanos.

Ha pasado aquel tiempo  
 y ya no es posible volver al bosque de Ifrán;  
 por eso, en esta tarde,  
 me quedaré escuchando a Arcángelo Corelli.

37

17

El niño escribe, en el vaho del cristal,  
 su nombre: Pedro, de lluvia.  
 Reclina allí la frente y contempla tan breve pronunciarse,  
 que es piedra,  
 aquí, guijarro lavado de aguacero incesante,  
 y a través de sí mismo ve pasar la calle interminable  
 y, alzando los puros ojos, el campo,  
 montería dispersa que derrama su verdor  
 bajo el venado enloquecido por los gritos de hemisferios gue-  
 rrreros.

El cabalga en el sueño  
 entre aguijones veloces de turbios vendavales,  
 y es quien doblega al ciervo  
 cuando llegan los perros a romper los maizales.

Ahora le vuela la mirada  
entre las lilas. Le llaman los coros de sus antepasados  
y Pedro escribe sobre la humedad transparente,  
como un grano de luz, su piedra nombre.  
Sólo para que así le llame  
el padre,  
la secreta alianza del amigo,  
las voces que le irán repitiendo,  
mientras su vida clame,  
esa palabra escrita en la nada  
y que ahora el sol disuelve en un poco de agua.

18

38

## EL DIENTE

*A Manuel Alvarez Ortega.*

Por esa interrogante comisura del labio  
que al sonreír se abre  
en la pendiente roja del belfo,  
se adivina un instante  
la blancura diabólica del diente,  
hueso al fin para el sesgo  
del tallo de la caña  
o de aquella palabra ya nunca pronunciada.

Resume la cabeza su destino en la boca.  
Arriba, van los ojos navegantes  
de este desasosiego, a aquella calma,  
y da vueltas la vida por sus troneras hondas,  
y cuando al fin se acaba la andadura,  
la mano más cercana  
nos cerrará los párpados blanqueados de muerte.

Pero tu dulce boca inagotable,  
que un corazón partido semeja en su delirio  
y en donde está la sed de su aljibe parado,  
voz delgada que asciende  
y de allí se derrama  
en palabras,  
aunque a besar se mueve,

muestra el tajo calcáreo,  
la pared de los dientes,  
de que al final de todas las sonrisas  
aguarda el esqueleto delgado de los huesos.

19

## 39 MUCHACHA SENTADA TRAS UNOS CIRIOS

Te exaltas con la música,  
esa plumiza y lenta melodía  
que desciende del techo  
como un humo parado,  
que llenará los vasos con un tedio embriagante.

Te quemas con la música,  
igual que el gastado cirio que ha cubierto de cera nuestras  
manos,  
dejándonos la huella caliente de un sabor a recuerdos.  
En el tedio te quedas,  
suspirada muchacha de un pasado que ignoras,  
viviendo este momento  
un destino que tal vez perpetúas  
en palabras cansadas, en tabaco inocente,  
en sonrisas que nunca nacieron del pozo de la dicha,  
sino en la menguada soledad de ese oscuro rincón  
donde lentas guirnaldas condecoran tan triste vacío.

Muchacha, para todos  
los que van a quemar su ignorancia en la noche,  
tu cabellera pende,  
lentísimo niágara de rizos desplomados,  
como todo lo dulce que de súbito expira,  
que se nos va quemando  
porque la fe se aleja  
como el ágil trapecio que se roza,  
pero que no ha bastado ese toque preciso,  
sino la fuerte garra de unos dedos crispados  
que fueron suficientes para fijar la vida.

Te exaltas, te desplomas,  
te alejas mientras tanto,

te pierdes para siempre  
allá, remota, muerta,  
como la lenta tórtola que desploma su vuelo.

20

40

## EVASIÓN CON BACH

*A Carlos Alvarez Santaló.*

Hila, teje tus trajes  
de danza.  
Calza las sandalias veloces,  
aroma los vitrales  
y asciende,  
resurrección del órgano,  
de blancas voces vírgenes,  
hasta el románico estacionarse  
de la piedra colgada.  
Rueca, girasol,  
que todo se arracima  
en Brandemburgo  
y está lenta volando  
la última paloma  
de la paz.

Van doblando los albos  
paños de oficiar  
y se derrama al aire  
la campana del júbilo.  
Hila, calza y aroma  
mi antiguo corazón:  
ya es mía la ceniza  
del cielo de tus ojos.

Los ríos se nos viertan,  
porque somos libertos  
como llamas de aceite  
y un óleo nos redime  
de estarnos profanando.  
Ven los ojos las nubes,  
su feliz andadura

ahora que el músico levanta  
 la jarra de su amor,  
 y bebe el hombre  
 de su alma vertida,  
 mientras transfiguramos  
 el súbito aleteo  
 de aquello que nos hizo  
 por una vez dichosos.

21

## 41 HABITACIÓN POBLADA DE SOMBRAS

Cuando hago recuento de las amadas sombras,  
 por qué tú, Francis Jammes y Pablo Cézanne,  
 y el otro Pablo de la plaza de la Merced,  
 que allá, frente a mis costas,  
 llegó descalzo como un verdial  
 a presidir la gran plaza de la discordia de mi tiempo,  
 igual que el otro Pablo,  
 efímero anticristo  
 del Señor,  
 llegáis a esta sala que pinté entre el amarillo y el verde,  
 a escuchar a los viejos camaradas  
 que han puesto solaz en la frente de esta tribu adorada  
 y que vienen llamándose,  
 para mí y para el mundo,  
 Palestrina, Albinoni, Juan Sebastián, Corelli,  
 y si es primavera alzo un vaso a Vivaldi,  
 y si hay un superviviente del caos,  
 aquí está Schönberg.

Hundo entonces mis manos en la raíz del hombre  
 y la mina habitada del carbón, alza el fruto  
 más negro del abismo  
 para sentir la sogá  
 que entre cada garganta anudan los diablos.  
 Oh los amigos trémulos, sentencian  
 bebiendo ya a mi par  
 que las voces escritas en este vendaval que nace entre los versos,  
 son palabras antiguas de otros hombres,

surgidas nuevamente como de otra cosecha,  
que sólo es nuevo el grito, según sangre la herida.

Y así distinguen la equívoca apariencia,  
como si nuevos seres alumbraran la tierra  
y no aquellos que en soledad rezan el mismo coro.  
Sagrada polifonía  
del hombre distante,  
cantando entre la púrpura ojival de los claustros  
que ahora te llega viva,  
tan presente, como el vuelo fugaz de los astros cercanos,  
útil para el diario menester de vivirse,  
porque ya nada cambia a este lento volverse  
de cara a la pared del hombre volteado  
por las cosas y Dios.

Oh mis amigos demenciales,  
alzan su vino lleno de palabras  
como si fuera posible poner puertas al campo  
de lo que siempre fuimos:  
hombres en transmisión dorada a otras laderas.

## 22

42

## EL HÉROE

Fue cabalgando el héroe  
hasta la bruma de su dominio,  
flagelando al corcel su indómita osamenta.  
Allí, donde la fuente es solaz  
y el cedro acuna  
su catedral perenne,  
sacudió las sandalias  
y fue a alfombrar la yerba con su cuerpo extendido.

Las gavillas estaban a la diestra  
y en lo alto los cirros pastaban sus praderas azules.  
Acarició la tierra de labor:  
la espiga,  
desgranada en su palma,  
puso su grano cereal, dispuesto  
a trascenderse ya en la piedra del molino.

Lo aventó con un soplo  
y el polvo germinado fue a otros surcos  
donde la reja hendida prepara nuevas vidas a la resurrección.

Tal vez pensara  
que el sesgado morir  
no termina en la cal que purifica,  
sino que perpetúa su inerte silencio  
en otra latitud,  
allá, donde el coro dorado de los evangelistas  
ponen al sol sus túnicas y funden  
oros en ellas.  
Pero el héroe descansa  
como si ahora soñara  
en el *Adagio* de Albinoni  
y palpa su diestra, la férrea costumbre  
de sostener el carcaj, el acero fulgente  
demoledor de tallos,  
de sonrisas,  
cercenada en los dientes.

La jornada recuerda.  
En el alba,  
ablandó su garganta con las moras silvestres,  
cuaresmales de luto,  
pero en ácido devenir por sus labios.  
Luego posó sus manos en las tablas  
de la ley.  
Era el templo de nieblas y el cilicio  
estaba en la cadena de cobre,  
colgando como el tiempo de su fanal oprimido.  
Inclinó su frente hasta el candelabro  
del símbolo.  
Qué frío tabernáculo, qué aceite  
para signar la frente, qué látigos  
reptiles fueron anudando sus piernas.

Bebieron largos tragos de aguardiente de frutas;  
las capas yacentes, sobre el césped,  
aguardaban la forma de los cuerpos  
del conciliábulo.  
El héroe trazaba  
sus signos en las capas de lana,

extraña orografía de la tela en la tierra,  
 mapa de guerra y perdición urdidos  
 por la ignorancia.  
 ¡Oh sinrazón del azogue escapando,  
 reptando hacia el olvido de un charco de abandono!

Los enemigos venían de un claro baluarte  
 indefenso.

*Bienaventurados los mansos*

(y el Señor hablaba en la Montaña  
 resbalando su céfiro en las almas).  
 Mas el héroe urdía la ceguera  
 de que mi fe es más justa si cercena  
 tu extraña creencia,  
 de que mi trigo es único para un pan colectivo  
 y es justo si aventamos hacia la hoguera trémula,  
 todo aquello que escapa a mi muda conciencia

Así el héroe reposa  
 su jornada de vidas que yacen bajo un palio  
 de bienaventuranzas.  
 Yergue ahora su estatua,  
 desanuda el corcel;  
 la bestia humilde escapa  
 hasta la bruma del homicidio.  
 Ya tensa su ballesta, el cuerno tallado  
 en las vidas que fueron,  
 cabalga su mordiente furia,  
 esgrimida deidad de un Dios que en zarzas llameantes  
 se muestra.

Es cuando el rayo surge,  
 petrificada sal que calcina el helecho,  
 y Saulo yace  
 y el corcel ya libera su bestia encadenada  
 y deja el orden el resplandor más puro.  
 Cuando el Señor se abre,  
 mostrando así su pecho  
 cruzado por la sangre del hombre perseguido.

## 43 NIEVE HAY EN LAS CUMBRES

Nieve hay en las cumbres,  
nieve por Tu mirada,  
por el inabarcable ventisquero de Tu pecho.  
Nieve de purificación cubren los pastos;  
por la meseta agavillada y parva  
se encienden las espigas.  
En los lares del sueño,  
la lucerna ilumina  
Tus dos ojos cuajados de vacío.  
Con el barro y el cobre,  
llaves de herrumbre y óxido,  
sartenes de espanto como redondas noches que has dejado  
colgando.  
Llaves cruzadas para el maleficio,  
salmueras y tomillos,  
ajos silvestres,  
soledad.

Y el manto  
cubriendo el cuerpo dulce,  
el luto de la yunta,  
del sarmiento tronchado por vientos de la furia.  
Y el manto  
de vertical desgracia, de estameña  
desgastada en los cirios del recuerdo.

Sube el vaho de la casa hasta los riscos,  
donde Tu nieve condecora.  
Se resiste la encina, se doblegan  
las hachas del perdón,  
talan raíces de tu misericordia.  
Y el manto  
cubre a la madre,  
arropa la tristeza,  
como el aceite del candil,  
como si fueran  
los alimentos cociéndose en la lumbre,  
crujiendo en la oquedad de las cazuelas.

Pero Tu nieve  
 está en las cumbres esteparias,  
 pace quieta en mi sed  
 derramando su blanco pez por el manto.  
 Y así te yergues,  
 transparente, Dios mío, por mi pueblo,  
 glaciár de mansedumbres,  
 salvando el maleficio,  
 la salmuera, las llaves que se cruzan,  
 para que el manto pueda  
 sentir Tu blanca mano desliziándose.

44

24

*Arroja tu pan sobre la superficie del agua.*  
 Eclesiastés.

Como la levadura y su fermento  
 eleva la materia, y así es ya útil  
 el condimento; igual que la semilla  
 en el surco prepara las futuras almendras,  
 antiguo Camarada de los días brillantes  
 y de las noches en soledad,  
 viejo como un ajado cuero,  
 novísimo cuando el miedo te acerca a mi lámpara,  
 quisiera llamarte, Señor,  
 con la misma voz del tullido  
 o con la salmodia del ciego  
 a la puerta de los mercados de arena.

Era por Tiberíades  
 donde dormí la dulce cercanía,  
 sabiéndote varado como una red que el agua  
 llena de peces.

En el suelo quedaba,  
 flotante majestad de las sandalias,  
 de Tu barba perlada por una sal marina,  
 la vida tan segura.  
 Y así el justo salario repartido,  
 de la hogaza de pan, saciada el hambre  
 y fue limpio el reposo,  
 extendido letargo del obrero,

luego que la jornada de labor  
amedrenta los ojos.

Como si con la fe salváramos la tierra,  
solamente,  
tuvimos el derecho de temblar,  
aunque un instante sólo,  
el necesario para mojar la frente,  
fuera en las almas  
aquel de los relámpagos,  
y de la mar partida por los vientos que no Te conocían.

Camarada del éxtasis,  
deja que explique ahora,  
cuando tan sólo eres una remota llaga  
de la crucifixión,  
que no fuimos avena de tu pan en las aguas,  
firme harina imbatida,  
más bien huérfanas migas de esta sucia corteza  
que Tu mano bendijo camino de Betania.

y 25

45

## LAS BIENAVENTURANZAS

Y entonces, haciendo una raya en la arena,  
quedó así la frontera signada:

Bienaventurados los pobres del secano, los de la tierra de pan  
llevar, porque de ellos será el reino de la igualdad.

Bienaventurados los que lloran su mortaja diaria, su espanto  
en las aceras, las vidas en un hilo, porque ellos serán conso-  
lados en la paz.

Bienaventurados los mansos, los que se echaron a jugar en los  
parques con los niños del júbilo, porque heredarán su niñez  
para siempre.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, los  
que clavaron a un muro sus cuerpos y fueron lapidados por  
los enanos y puestos de cepo a las cetrerías de los pode-  
rosos, porque ellos exterminarán con el perdón a los diablos.

Bienaventurados los misericordiosos, los que no partieron su capa, sino que la dieron entera y ahuyentaron el hambre del pueblo, porque jamás hambre y frío asolará sus cuerpos.

*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

Bienaventurados los pacíficos, los que enterraron la ballesta y fueron a esgrimir ramas de almendro que nevaran dulcemente el aire, porque serán llamados hijos de Dios y de los hombres.

Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia y en la cárcel arañan sus días por amor a la libertad, los que fueron calcinados en Auschwitz, la piel troceada y los vientres hundidos, porque de su ejemplo será el reino de la tierra.

Bienaventurados cuando el vituperio y la persecución por la causa del Hijo del Hombre os lleve a los circos, a la crucifixión o al destierro, porque la mentira dura sólo el instante de ser inventada y la verdad es eterna.

Sal de la tierra, hermanos a quienes asoló la maldición  
de unos días terribles en el campo,  
no os ahuyentéis hacia el suicidio,  
porque un hombre tan sólo,  
clavado en el paisaje con sus manos tendidas,  
siempre os redimirá con su amor por delante.



3

JUICIO FINAL  
(1969)



# I

46

1

Dulce es el júbilo, el himno de los hombres,  
majestuoso salmo que en los labios se orea  
cuando cantando vienen las razas hacia el altar.  
Aquí, donde lavo mis manos entre los inocentes  
para acercarme al ara que besa el oficiante  
de aquel dios hecho en ébano,  
del ídolo con cabeza de perro y garras de águila,  
del sacrificio de las vírgenes o del venado grácil,  
de la comunión de la sangre y la pureza del fuego.

Dulce es el cántico que al conjuro del miedo  
alzan los pueblos donde el hombre se entierra  
bajo tu excelsa sombra, Dios igual y distinto  
alzándonos de un soplo en el letal mediodía del mundo.  
Aquí las criaturas pacen eriales angostos  
para afanarse en esta costumbre que hemos ido llamando vivir  
desde el momento que tu dedo  
vino en separar la espuma de la arena  
y la ortiga del fruto.

Cómo cantar el júbilo,  
si a cada lado pones las diásporas trémulas  
y tan sólo te acierta quien balbucea el nombre,

único silabario, singladura certera,  
que es el decirte Padre, repitiendo este germen  
hasta que ahogue el pecho esa cuerda partida  
de la garganta humana.

Descubierto está el mundo secreto de tus velos;  
golpea el corazón su instrumento sonoro.  
Igual que un milagro, ya nacido y presente,  
nos fuimos a la incierta madrugada del odio  
porque todo quedaba por hacer:  
Construir a los hijos, la casa y los rebaños,  
fertilizada raza bendecida en las fiestas  
puestas a tu recaudo.  
Hicimos los oficios y alzado quedó el templo  
para tu guarda, aposento de llantos y de súplicas,  
donde dejamos voces colgando de las lámparas,  
porque el recinto era bien pequeño,  
y el pueblo,  
ancho y sin tiempo.

Qué mejor oración  
que la voz de alegría del muchacho que canta;  
en los hombres que beben cuando llega el descanso;  
en quien muestra su mano de humildad,  
o cuando ella viene por la noche  
con el vaso de leche que se endulza en sus ojos,  
luego que la labor  
le ha puesto una cansada herida por los párpados.

No serían verdad los días que me diste  
si no te hablara siempre en las voces de ellos;  
igual que en la Pasión,  
nunca tendrías medida del abismo,  
si los amigos últimos no guardaran tu huella  
en el claro sudario de la muerte.

Descubierto está el mundo secreto de tu nombre,  
es aquí donde alzo la verdad derramada,  
ahora que sé decirte, Dios para la agonía,  
que la oración más viva es aquella que cantan  
hombres en soledad, *memento homo*, vida.  
Memento de los vivos.

## PRIMER HOMBRE

Primera criatura dormida a la sorpresa  
eras tú, cuando alzaste la mirada en el bosque.  
Se incorporó tu cuerpo del barrizal ardiendo  
y te naciste sólo con el sopro de Dios.

Eran allá secretos letargos la caricia  
de olorosas maderas, y mordías los brotes  
y el jugo de la vida primera rezumaba  
sobre el desnudo pecho de tu alba morenía.  
El hombre que inaugura las edades  
no puede recordar el padre hirsuto,  
ni la maternidad de los cobijos,  
ni el amor que le llega de una grácil muchacha  
acodada en el tiempo que no existe en su historia

Padre de las tormentas genitales,  
vuelve el rostro hacia el pasado; nunca  
llegan de entonces músicas, una sed, la marea  
de no llevar colgadas medallas, compromisos,  
o un camarada enfrente cerrando la llanura.

Pienso que de esta guerra, la alegría se inventa  
tan sólo en la esperanza de que la paz nos llegue  
y el futuro se siembra de estas absoluciones  
bendecidas, si un gesto, una risa, una lágrima,  
aceleran el bronco corazón sorprendido.  
Pienso que tras las brumas que esconde mi montaña  
otras tribus fabrican sus útiles: tatuadas cerámicas,  
un candor en el barro,  
y tal vez cuando vuelan las cigüeñas,  
retorna así una nueva estación a la tierra.

Nunca a tu frente llegarán recuerdos,  
el hervidero eterno del panal de la infancia,  
la candela que guarda tu humano sacramento.  
Nunca los cánticos.

Caminas en el bosque,  
duermes entre leopardos,

sumergen linfas claras tu cuello en la frescura,  
oh padre derribado al exilio constante;  
así tu perdición y tu martirio.  
Porque nunca triunfa aquel que no comparte  
en los otros de al lado su propio paraíso.

48

3

Cuando en los plintos duermen las serpientes  
y la rauda maleza del centauro  
holla así, profanando el recinto del canto,  
el dios asoma su mano ensortijada y esparce  
desde la ojiva sideral sus preces  
como un vaho que detiene; tal vez como el mandato  
de que la bestia abreve en ciénagas y lúpulos  
y el hombre entone laudas  
separando del caos la cantiga del trueno,  
y al odio de los ángeles portando sus violas.

Soñó sus parques húmedos  
resbalándose en dones de injertos y de pámpanos,  
y punzando los dedos,  
dio un cálido alimento a las turbias abejas,  
su sangre en holocausto.  
Así es dulce el mandato:  
la deidad coronada por redondos racimos,  
su cuerpo iluminado que una hopalanda oculta  
de la negra vertiente del mal y los aprobios.  
Hermoso dios para ondular el coro  
que del dulce ofertorio se alza en la abadía;  
y paseando solo por los claustros,  
el avellano cortas y rasgas mimbres dúctiles,  
igual que Guido D'Arezzo creando aquella escala  
virginal de la música.

Él prende faisanes por su vuelo  
y la torcaz paloma posa extáticos aires.  
La majestad detiene sus cingulos de oro  
y hacia el Norte contempla,  
y allí bendice el verbo letal de los creyentes,  
y el toro de la furia hunde un dócil testuz  
y a la pira se acerca.

La daga de diamantes,  
como hiriente custodia de reflejos,  
abre la sangre.

Oh torrente nutricio ardiendo en forestales  
bosques humanos. Ojos despiertos, cuerpos ya fundidos  
en la amatista última de la rubia tiara.

El primer sacrificio vuelca esquilas de júbilo.  
Sangre y sangre decoran todas las epopeyas,  
y una lluvia bendice, dioses,  
vuestras diademas.

49

4

*Para Helena y Narciso Merino.*

Quién que no sea un dióscuro radiante  
puede ordenar destinos y hacer que la crisálida  
su vida en ninfa ordene, y así termine  
una anchurosa especie que la seda aprisiona.  
Quedaría así el rey perplejo en los inciensos  
que la coronación potesta. Y erige sus mandatos  
del vasallo al venado; de la ley a la justicia,  
mas no a la naciente larva que enhebra  
ciegos sueños perdidos en su huevo primario,  
y allí desata mínimas primaveras de polen  
y en soledad camina por la savia del árbol.

Sólo un dios crea los sueños  
y el ministril quien canta,  
cuando el fuego decora los blasones orlados  
y el tapiz del jerarca muestra ciervos heridos  
por ballesteros rojos de una impía clemencia.  
Más nunca aquella mano de caliente cobijo,  
mano solar lloviendo una luz derramada,  
candil para el adviento,  
avivará jamás sobre la carne dócil  
que inocente en la escarcha purísima del bosque  
pace así su dulzura  
en tornillos y yerbas o entre linfas heladas.

Tañe un rabel y rucas hilan túnicas,  
y portan caballeros lanzas, borlas y códices,

y absortas quedan huérfanas sus miradas violetas.  
 (Corte de Justiniano sobre un friso de Rávena,  
 enmudecidas almas a una muerte invocadas.  
 Las sandalias reposan  
 y el tiempo va comiendo esos panes de oro  
 que su mortaja impuso entre escudos de bronce.)

Mientras que la crisálida de nuevo engendra el orden  
 de la ciega criatura que un dios, allá, ilumina.

50

5

Pensarían los nobles que aquel estado iba  
 acorde con sus almas,  
 cuando Felipe, duque de Borgoña, vistió de negro el cuerpo  
 y de negro aterido sus mastines de caza,  
 y en negrura opulencia enjaezó sus corceles.  
 Pensarían amores enlutados,  
 tiernos epitalamios bajo oscuros doseles,  
 a pesar que en la plaza un festón amarillo  
 y un almenado cielo siempre celeste, hundía  
 sus astros en la anchura  
 como duras monedas derretidas.

Pensaría la corte que el orden era un lento  
 silencio de donaire,  
 y a la hora del cónclave, un solo candelabro  
 ilumina el sitial  
 donde la voz suprema viene a dictar las leyes.

Sólo el halcón extático vive sueños de ciego  
 con sus ojos ocultos, mientras posa en la alcándara  
 y ya liberto, un blanco resplandor de paloma  
 le nublará sus garras cuando el aire volado  
 deje a la muerte un pálido desgarró entre las plumas.

El juego así separa lo oscuro de la risa.  
 La reverencia impone sus pactos, cuando cruzan los nobles  
 entre las galerías guardadas por los antepasados  
 y en brocados ocultos, un áspid o una daga,  
 prestan su centinela a la vida que puede  
 fenecer bajo un palio o alzarse entre la gloria.

Cuando en la porticada piedra que agrupa al pueblo umbrío  
 los mercaderes tienden sus telas, o los vasos de especias,  
 y hunde la madre el puño en la masa del trigo,  
 o el jornalero apero se aposenta en cansancios;  
 nadie entiende que el orden sea otro que el trabajo,  
 el sudario del limo cubriendo las pestañas  
 y las ajadas piernas agrícolas del campo.  
 Pensarían tal vez que era el solaz momento  
 de agruparse en la hoguera y cantar sus misterios,  
 cuando la monocorde vihuela arpegia sus silencios,  
 y Guillermo de Aquitania trova historias felices.

Manos nobles, zafiros y tiernos cascabeles,  
 levantan por la plaza un oscuro cadalso.

51

6

Antes que de los hijos le llegaran sus crótalos  
 igual que campanillas de una misa con pájaros,  
 acarició el marfil, los camafeos  
 con efigies sagradas, yacentes relicarios  
 donde una sola hebra de estameña retuvo  
 el roce de una piel macerada en cilicios.

Apoya así en su vientre curvado de latidos  
 los lúgubres exvotos. Humedece sus blondas  
 en vinagre caliente y ceniza de fresno,  
 mientras el hijo duerme sus recónditas nubes  
 ajeno al exterior plañidero que muda  
 de llanto las alcobas, de sábanas cruzadas.

Cómo nieva en los pórticos San Silvestre enlunado.  
 Trae un duro granizo rodando en los alféizares  
 y apaga las lucernas con sus soplos de cierzo.  
 Así el miedo convoca sus diablos;  
 y espesan a la noche cortinajes de yute,  
 porque el vientre no fuera rozado por los dardos,  
 aspavientos del jazz de la tormenta,  
 sino tan sólo por la jiba y el paño  
 del bufón que así ordena cómo la madre tiende  
 su desgarró; sus ingles florecidas  
 sobre un campo de gules cruzado por los rayos.

Este que así se ofrece, tierna asunción de espermas,  
sobresalto de terso plumaje entre jazmines  
por donde se desatan alvéolos de júbilo,  
viene a perseverar un linaje de mitos,  
una guardia iracunda de altivos estandartes.  
Y el pueblo entona cánticos,  
y gallos y clarines  
rasgan blandos silencios del hombre que en la parva,  
ve pasar al cortejo que anuncia al nuevo príncipe,  
y cede así su plato de primogenitura.

52

7

Aunque los evangelistas lo olvidasen,  
claro está, que aquél cuyo oficio es el canto,  
lleva el pecho signado por señales amargas.  
Cuando el patricio noble mojó su tierna mano  
luego que escanció vino de Naxos en los búcaros,  
la asamblea inmoló sus corderos pascuales  
y la mitra bendijo el cenáculo ebrio.

Hubo una lluvia lenta de pétalos dormidos,  
porque gozoso fuera ver nevar al estío.  
Fueron sueltos los pífanos y rasgadas las túnicas.  
¿Quién canta que no sea la voz en el desierto?

Oh maloliente esparto de sudor, sed abrevada en charcas;  
el asno que se ahuyenta porque es dura la carga,  
la lluvia bautizando los secos costillares  
igual que un arpa eólica vibrando con los céfiros.

Llueven pétalos dulces, almendrales nevadas  
sobre los condestables hombros de la lujuria.  
Allí la hacienda guarda sus parques opulentos,  
estatuas de los dioses, alazanes de África,  
y un topacio destella su límpida nobleza.  
El tedio juega un dado con desnudos esclavos;  
jugaremos la vida bellamente con sangre,  
y así, por juego irrumpen oscuros condotieros  
y al alba de la fiesta hunden garfios, manoplas,  
sobre los inocentes degollados que exhalan  
aquel canto que hervía imposible en sus pechos.

Cuando entonaron las corales al órgano,  
raudos esquiadores fueron trizando nieves,  
despojando sus clámides.

El viento meneaba  
allá, sobre la fiesta, los vestidos nupciales  
y era grato el paisaje, por donde Van der Weyden  
inspiró su retablo de siete sacramentos.  
Y el gran maître ordenaba las viandas, prodigios  
del plácido jardín que césaes orlaban  
truncando samotracias.

La victoria festejan con vencidos despojos  
que en un campo calcinan calaveras y harapos;  
o una mano que agrupa su muerte y su medalla,  
como final recordación del lar;  
aquél, donde aún esperan mujer, hijos; dementes  
descendencias de sangre labradas al amor  
del tálamo rojizo de la aurora.

Regresarán. Esperan la esperanza  
del patriarca que trocó la azada  
por arcabuces broncos o ballestas.  
Y es allí donde la procesionaria  
va recorriendo vides, embebiendo los zumos,  
y el chacal ya se atreve a beber en la acequia  
y nadie más que el hijo es un triste vigía,  
espantaaves, carne de encinar sin raíces.

Felices bailan gráciles, rubios esquiadores  
y a su paso se apropian del cáliz, y allí beben;  
y donan reverentes su triunfo, y blasonan  
una nueva señal a sus escudos,  
amparándose en tristes epitafios  
que alguien que cambió sus últimas monedas,  
fue a grabar en un mármol dócilmente funesto.

Sobre las carnes de la hacienda, dime,  
victorioso vasallo de otro tiempo,  
si mi último pan, o el odre en que arracimo  
la sempiterna sed que bebes como justo,

será igual en el hondo devenir de esta tribu  
 que no puso a recaudo sus simientes,  
 mas sí a las letanías de Berceo.  
 Y cubrió con su muerte este manto que alguien  
 impuso desde el día primero de los dioses.

54

9

Aquellos que en la plaza  
 sus indolentes cuerpos balancean,  
 ajenos al clamor transeúnte que roza  
 la extraña vestimenta nacida nuevamente  
 de un arca entre alcanfores;  
 y dejan resbalar sobre la nuca oculta  
 desplomadas melenas de tedio  
 y apretando en el pecho sus guitarras  
 igual que un alimento de cadencias,  
 observan, y no hablan más que de sinrazones,  
 duermen al sol a veces sus casacas de húsares,  
 sus gorros frigos, o cruzan botas escandinavas,  
 ocupan sin un gesto los limpios habitáculos  
 de las gradas de mármol del museo romántico.

Era costumbre, luego del vals de los domingos,  
 alimentar palomas con la miga del pan.  
 Descendía en volandas la bandada, nevando  
 su alboreo en los dedos sagrados de la infancia,  
 mientras por las rasgadas celosías del claustro,  
 veneradas reliquias iluminan vitrinas  
 sobre rojos damascos:

medallas, rizos, cartas;  
 la pistola y su óxido de azufre aleteando  
 sobre las galerías del palacio; recuerdos  
 de aquellos rostros ídos; panoplias y retratos  
 y una espineta de caoba con grabados al fuego  
 de la llegada de Lohengrin.

Los letrados hacían genuflexión; saludos  
 al conocido canciller que dulce  
 apacible, delicadamente,  
 pasea bajo el castaño  
 a su devota esposa erguida en los encajes.

Ya no rondan palomas caídos altramuces;  
 ni el herbolario corta hierbabuenas;  
 sus calleras y bálsamos; acantos, celedonias,  
 sobre la balaustrada del museo romántico.  
 Ahora duermen dementes habitantes hirsutos.  
 Abrazada guitarra, extraños en su tiempo,  
 cantan a veces, fuman, beben, aman,  
 delicados tobillos de muchacha en bostezo.  
 Y pasan los letrados con su charol de urgencia;  
 ellos miran las torres  
 y niños importados apedrean sus espaldas,  
 mientras que las palomas sostienen su protesta.

55

10

*A Alfonso Canales.*

Dómine, gloria.

Presta tus brazadas  
 a la corona que yace bajo el palio  
 y al sitial que un vacío ocupa con su huella,  
 deja que pose el blanco perdón de tu mirada.

Dómine, muerte.

Heraldos se santiguan.  
 Portan los arzobispos tu código y linaje  
 y el pueblo se anonada sobre el atrio llovido.  
 Palafreros tristes van otorgando dádivas  
 al romero que sigue su estrella, la henchida calabaza  
 de una sed peregrina.

Hay antorchas que inmolan fantasmas de resina;  
 crujiendo lucernarios de oquedades  
 sobre los nobles rostros; alicaídas penas  
 de infantes reprimidos.  
 Dómine, Señor de los ejércitos.

Un héroe  
 amordaza la furia de un labrado alabastro  
 por donde ya descende con su malla ceniza  
 a combatir el sueño perenne de los claustros.

Dómine, Santo Espíritu.

No cantan los coreutas,  
 gritan su misa negra cuando el bajo reprime

el coro de las monjas, que del riego de albahaca  
del compás con cipreses, han subido hasta el alma.

Oh mi oración, mi historia entre estandartes;  
barrizales hollados por corceles. ¿Cómo ahora el presagio  
de que el héroe fenece puede amparar la hacienda?  
Será el pueblo, inclinando sus renunciadas,  
cuando futuras ferias pongan cerco a la vida;  
y allá, en un rincón de la sala, el dulce clavicordio  
nos deje a medio amar tantos goces pasados.

Canta la ceremonia sus preces. Vacían  
sobre sus pechos los óleos  
y un tambor estirado bata sordos avisos  
como ahuyentando lúgubre corneja a otras almenas.

Esta gloria reside donde la piedra guarda  
sus escudos cercados por nidos o la yedra,  
y una mesa sostiene el pámpano y la harina  
sobre una descendencia de roble y pastizales.  
Dómine, alegre.

Tu victoria se exalta;  
resurrección del cuerpo que un día bata campos  
de verdor y torneos, y allí arroje de nuevo  
su plumaje de oro hacia un aire de triunfos  
y la arena tan sólo sirva para el galope  
de esa muerte que ahora esposan con los cánticos.

Han vuelto los preladados con sus cruces de plata  
y bajan del cimborrio negras rosas de plumas.  
Llueve la pena un dulce, plañidero cortejo.

Dómine, gloria.

Celebran funerales  
en San Pedro de Cardeña.

Fue pesaroso el caminar. En andas  
los tullidos mecían un brazo entre los líquenes,  
y a veces, a su aire, un tomillo quedaba  
como anillo en el dedo

otorgando una mínima y olorosa presencia  
al azogue del cuerpo cubierto de demonios.

Allí el padre transporta  
una angustia llamada inocencia,  
como un morral de sangre, sobre los viejos hombros.  
Y el que avanzando viene de rodillas  
por la piedra caliente,  
con un trozo de hábito de San Tarsicio mártir.

Canta el kirie sus largas sílabas de brillantes.  
Está muda la encina de las apariciones.  
Alguna vez un mirlo canta su gregoriano  
repique entre las hojas.  
Y ya, los apostemas y las vendas,  
entablillados huesos que el molino retuvo  
un instante tan sólo para quebrar las vértebras;  
o las cuencas cegadas del fuego en la calera,  
blanco hervidero donde un infierno presagian,  
cerca el árbol de atónitos rezos enmudecidos.

La caravana impone su doliente espectáculo.  
¿Cuándo vendrá el Bautista que anuncie el nuevo reino,  
con la dura pelliza de animal del desierto...?

Pasa la montería en pos del gamo huido.  
Al aire las gualdrapas donde bordadas armas  
dan más presteza al ágil corcel que salta y holla  
sembrados y tapices de la yerba del campo.  
Miran así el coro de inmundicias  
que por la encina esplendorosa aguarda  
que el milagro renazca; la tiniebla del ciego  
sea luz de ventisqueros;  
las llagas y la lepra den una carne noble;  
la muleta se mude porque el hombre, al fin, huye;  
o este ciervo que muerden los mastines del noble  
y ballesteros tensa mirando su frenético  
corazón perseguido,  
llegue al dulce cobijo, corte de los milagros,  
y allí le oculte o abreve, de calor o alimento,  
ahora que las jaurías van cruzando estos prados.

Acto de fe. La última promesa  
queda yacente sobre el martirologio.

Festejan carnes tibias,  
y el sardónice ocupa  
la estameña de aquél  
que clama en el desierto.

Tenemos una sombra de encinar que nos cubra,  
agasajo de un dios sonriendo en el árbol,  
y las víctimas mínimas del perdón  
cantan salmos felices  
ahora que ya los cuerpos no sienten sus heridas  
y ángeles custodios riegan lentos rocíos.

(Mientras allá el venado se dora al lento fuego,  
en la Corte preocupa qué embajada de púrpuras  
ofrezca o no tributo a Roma o Avignón.)

57

12

Cuánta pasión quisiera ver nacida  
como un temblor, que al hoyo de los ojos  
ponga un sosiego.

Al igual que la flor que aroma el agua  
del estanque amarillo, y aun germina  
abriendo su corola para las libaciones;  
y aunque desarraigada sigue viva  
y ofrece el pacto, su tributo al aire,  
el polen trascendente de afanarse en los otros.  
Así las cuencas yertas  
por donde en otro tiempo  
el ciego vio las nubes inventadas  
contando recuas pasar frente a su porche,  
sube lento hasta el último alminar su cabeza  
y allí posa y recrea su invención de la tierra.

Le acomodan al atrio su pliego de cordel.  
Canta y canta a los mártires;  
siempre el protagonista  
será martirizado igual que su mirada.

(«Una doncella era  
de limpia cuna.»)

Y al oyente le duele,  
 más que el vituperio,  
 el saber que existían incólumes linajes.

Llenaron su escudilla, avena de limosna,  
 confundiendo alimentos con monedas de cobre:  
 unos ajos, un pan, un mosto, unas naranjas,  
 sintiendo así otra vez el placer de escuchar  
 nuevas degollaciones:

(«Sus votos profesaba  
 a las llagas de Cristo.»)

Huérfanos de un camino,  
 Lázaro de Tormes,  
 siempre yerra la estampa que se canta.  
 Allí sus ojos rápidos repasan los jubones  
 o el gallo que en la tapia quiere anunciar la aurora.  
 Mas cuando el sol se funde en estas ciénagas,  
 paralizado ver, canta el asesinato.  
 ¿Será porque las sombras adivinan un triste  
 morir siempre de día y sepultar la noche?

Ciega es la memoria del que sólo adivina  
 y pastorea el llano de la mano de Lázaro.  
 Así el mundo se enciende en oscuros designios  
 que van desde el deseo hasta las realidades.

Cuánta pasión quisiera hasta cegarme,  
 y adivinar así, perseguida criatura,  
 que en cercados descansas tu áximo destierro,  
 ver un momento sólo esa mano que dicen  
 que viene bendiciendo a los desamparados.

Porque la caridad obliga, rostros alicaídos  
 dejaron en la sala.

El delirante,  
 se yergue con los ojos, mirando tras los cirros  
 que arriba aprietan llamas a los soles diarios.  
 Sujeto por los brazos de la misericordia,

hombre que de otro mundo transhumante llegaba,  
maldice con su risa y en su llanto nos reza.  
Las mujeres vertían un agua bendecida  
colgando estampas verdes de las sábanas.  
Al hervor del guisado ahumaban yerbas cálidas  
y cortaron sus trenzas.

Los niños en la calle  
ruedan guijarros, alzan sus cometas,  
deshacen su niñez igual que con las piñas,  
la pedrada fugaz abre el leve alimento.

Postrado sobre el yermo de su asfixia,  
el hombre nos miraba sin vernos las heridas:  
(«Señor Apóstol, ¿por qué los túmulos?  
¿Quién llora entre las tinieblas?»)

Mujeres al conjuro, hervían soliloquios  
de oración.  
Los justos, lentamente se beben  
la fresca agua del ánfora  
y el poseso gritando en las tinieblas  
del inventado túmulo, sus mementos inmola.  
Realidad más certera por que la vida estaba  
anclada en el delirio de su cruel agonía.

Niños sobre las briznas de verdor que en los patios  
danzaban en sus juegos, felicidad inocente,  
allá sobre los riscos, guerreros de orfandad,  
fletan barcos de sueño por el río del futuro.

Mientras nos apretábamos las manos,  
el delirante explica su vida entre palabras.  
Hay un temblor presente, nadie aspira  
la locura del hombre. ¿Quién muda su equilibrio  
hacia esta evasión de la demencia?

Tiene que vernos como atónitos gigantes  
que han venido a medir su mortaja;  
dementes impasibles para esta ceremonia  
de andarle contemplando, igual que si anduviera  
por la pista de un circo, extraño a nuestro alcance.

Mientras que el rostro vuelve hacia la lámpara,  
bebe la luz humedecida,

el cristal que le copia un rostro maniatado  
 y devora los gritos, llanto de su presidio,  
 y los niños desatan sus cometas, y el agua  
 naufraga entre los barcos de papel, y la noche  
 le envuelve ya, la exalta, nos apaga las luces  
 y a su muerte quedamos transidos, bestias mínimas.

La oscuridad del mundo nos une para siempre.

59

14

*A Manuel López-Ochoa Ruiz-Bravo.*

Allá, en el centro del versículo,  
 urdían extrañas aves carátulas alegres,  
 o bien trágicas máscaras que el espanto azuzaba  
 sobre el corral de viejas comedias de domingo.

El gallardete indica qué viento reina trémulo  
 mientras el pueblo escucha las historias perplejo.  
 No el actor que así salta y entona cascabeles,  
 y de súbito expira, o canta en su viola,  
 es el que representa.

Los atónitos ojos;  
 los oídos atentos al ancho derramarse  
 del cántico, pueblo que ya silencia  
 tanta acción contemplada sobre las tablas altas,  
 es quien vive o fenece recibiendo el mensaje,  
 del coro enmascarado que así asedia la vida.

Leccionario de altivas oraciones,  
 el hombre escucha el acto primero.  
 La luz es blanca, porque siempre  
 la exposición de aquello que acontece  
 debe ser claro.  
 Le ofrecerán los seres que inician la osadía  
 de inventarse un destino,  
 como si fuera lícito  
 esto de andar a tientas enhebrando otras vidas  
 con la nuestra que a solas ara su estrecho campo.  
 Invitación a otro porvenir;  
 la meditada comunión entona  
 su soledad diabólica,

porque fuimos de niños ya apartados  
en aquella avalancha que la sangre sembrara.

Luego se tornasola una luz de negrura,  
porque el nudo del acto segundo representa  
sólo el caos.

Aquí ponen las gentes sus rostros entre azogues  
y avizoran un lento peregrinar de túmulos.

Por Almagro pasaban pandoras descubriendo  
cajas funestas;  
o una canción feliz, donde el hombre se entrega  
voluptuosamente en mentidas promesas.

Ya se enciende liberta la roja luz del trance.  
Nunca adivina el hombre otras claras promesas  
que no sea el saberse compartido en su angustia.  
Y allá el bufón saluda,  
mientras cae el telón, muerte, del desenlace.

60

15

He visto, por mis sueños inventados,  
otro distinto ser, de ese diario  
cuerpo que va curvando su cansancio.  
Sé que ya no repara en otros habitantes,  
sino que ciegamente sigue el peregrinar  
que crece de sus piernas, y se muda  
en el cuévano indómito del hondo corazón.

Quisiera poseerte sobre una tiniebla,  
oh realidad mudable, y allí bastarme siempre  
de lo que así acontece, para poder decir:  
qué patria; cuál mi casa; qué amistad es la perenne,  
y no andar transformándome cada vez que se inmola  
la vida en tu cortejo.

Te he visto en el fondo del mar.  
Tus cíclopes medusas absorbiendo pequeños,  
diminutos deseos; o en esa catedral,  
caracola del fondo, donde resuena el mundo.

Y pensé que de súbito la noche fue abrazándonos  
cuando la manta-rama nos cubrió con su cuerpo  
y del silencio sólo tu agua nos llegaba.

¿No bastará vivirse en desaparecidos  
mascarones de proa, con sirenas labradas  
sobre panes de oro, ya tumbas donde nadie  
adivinar pudiera tu epitafio en la tierra?

Has de salir a esta superficie anegada  
por tanta vecindad desconocida  
y allí paliar tus días con el mismo lenguaje,  
los vestidos de idéntico color y dorar tus espaldas  
con el sol que amanece sobre la misma isla.  
Aquí es, sombra mía,  
tan extraño a los otros, donde tu reino existe.

Aquí un patriarca entreabre los dedos  
y bendice la espera, su amatista violeta;  
y te acercan reidores carnestolendas ebrias  
y sobre las blasfemias  
vas cerrando los ojos  
hasta cubrirte el cuerpo, tu manto de ceniza.  
Y sueñas otro tiempo  
donde habitante fuiste, perdida realidad.

Quien retuvo en sus ojos el paisaje nativo,  
luego que migratorias cigüeñas presagiaban  
el cambio de estación.

Aquél, desde la infancia  
descalza, feliz corriendo entre húmedas mazorcas,  
detiene ya su vuelo ante el carro de títeres  
y sabe así los trucos y los recitativos  
de tanta letanía, por extasiarse siempre  
mientras muerde los granos tostados del maíz.  
¿Cómo puede más tarde, cuando herede  
aquellos abedules y el viejo semental,  
cambiarse en otra alma?

Siempre tu antiguo aroma será quien restituya  
a la hacienda presente, la cosecha.

Cuando al patio te entras para cambiar el cuerpo  
 y el aposento duro de tu carne descanse  
 entre jilgueros rubios que entonan su salmodia,  
 puede que mires el flotar dulcísimo  
 de Sandro Botticelli,  
 y Ofelias entre blondas, rosas vírgenes nórdicas,  
 custodiadas por ángeles que coronan el pudor de tus prados,  
 den paz a tu paisaje.  
 Así descuelgas la guitarra;  
 se enredará otro viento entre sus cuerdas,  
 pero tú seguirás apacentando el ciervo  
 de la niñez varada en su embozo caliente.  
 Y puede que otro olor, o nuevos alimentos,  
 ronden ya la planicie de tu hombría,  
 pero siempre aquel son,  
 prisionero atributo, alma por siempre erguida,  
 paseará otros cielos, por donde Aldebarán  
 ya no asome a tus ojos,  
 y te cubra esos lentos techos que un día poblaste  
 con una antigua música de quemadas vihuelas.

*A José Luis Cano.*

Extranjero en la plaza, tus ojos se aposentan  
 de la arcada al balcón; del friso a las estatuas.  
 Queda arriba una gloria de excelsitud celeste  
 que hemos llamado cielo.  
 Mas tu recinto es este del soportal. Hay huellas  
 sobre el mojado patio de la alhóndiga.  
 Otros pasos madrugan, otras vidas no vistas  
 surtas ya por la tierra preceden la andadura  
 que soñolienta dejas bajo lámparas rojas.

No puedes apartar esa canción que vuela  
 de otras azoteas. Alguien canta inclemente  
 la horrible letanía impuesta a la quietud.  
 Miras la plaza llovida entre sus yedras;  
 sus amantes ocultos bajo capas; el estertor de la sombra  
 que así puebla el amparo del amor de los otros,  
 y de tu soledad.

Al rey que en la plaza frena un corcel de bronce,  
 el musgo ampara un verde borceguí de guerrero.  
 ¿Quién fue el que pudo perpetuar su rostro,  
 su ropa, sus caballos, su mandato?

Tu habitación es blanca igual que la piedad.  
 Los utensilios portan calor cuando preparas  
 el lavatorio.

Corre el agua en tus ojos  
 y una limpia ternura edifica en la plaza  
 estatuas animadas.

Bailan seres al paso,  
 ceden antorchas,  
 cantan al fin el cántico que nunca  
 romperá tu silencio.

Silbas ahora por la plaza umbría.  
 Y solo con su muerte  
 se queda el soñoliento caballero de piedra.

Delante de las llaves, al amparo de las interminables puertas  
 que era justo franquear; igual que una mano acaricia  
 esa frente ahuyentada y a la pena así borra  
 de hirientes alfileres;  
 y la playa rizada del cabello  
 queda anclada en las blondas  
 del cabezal.

Y ya conforma que el amor, tan sólo  
 fuera un tacto de dedos por las sienas,  
 como un irse hacia el sueño, pero nunca dormido;  
 como cerrando el párpado, peces que naufragaran  
 por bodegas de agua entre ebrios toneles.

Eran tiernos velámenes colgando de los frisos,  
 tan sólo, porque el tiempo cambió telas de araña  
 por espesos brocados. Y el aire de tu cuerpo,  
 perfumando rincones, quedará solamente  
 en el mosto que crean los retratos,  
 cartones verdecidos de humedad,

por donde largamente tus piernas ascendían  
del tobillo de vidrio, flotando hacia las ingles.

Era justo pasar por las puertas vedadas:  
estancia del recuerdo, habitación prohibida.  
Allí los muebles crujen al poniente su ébano  
y siempre este rumor fuera duende en las noches  
porque el día se ahoga con el canto del mirlo.  
Ahora rozan los dedos por la frente  
una fiebre que arcángeles custodios precipitan.  
Cuando tu dedo pasa por las venas,  
asciende así la sangre su bandera;  
mas cuando el oro del anillo nubla  
el pelo derramado,  
vuelven llaves inmensas a vaciar en las sombras  
galerías con geráneos,  
maceteros de barro que lentamente fuimos  
acariciando su arenilla húmeda,  
porque tocar la tierra nos fuera permitido  
en la indómita edad del niño alucinado.

Peregrinar a solas  
de un campo al dormitorio,  
del trigo liberado al alcanfor.  
Cuándo las duras puertas abrirán para siempre  
los tibios corredores donde tu cuerpo aguarda  
ceñido entre las sábanas que mi mano destierra.

Mientras sucede la resurrección de la carne,  
inmortalizar, hijos míos, con rosas tatuadas,  
el túmulo de mármol donde mi ausencia yace.  
Sólo el nombre se queda perplejo en el bautismo.  
Nunca la carne.  
Id poniendo apellidos inventados detrás del nombre puro.  
Una corona emerge sus gladiolos y oculta  
lo que de mí conozco: estaturas anónimas;  
miembros alzados de sostenimiento;  
otros que penden, almenando el pecho  
y así se balancean y adquieren los objetos.

O quedaron hermosos del trabajo  
o bien prostituidos al no darse en los otros.

Vamos a tapiar esa avaricia.  
Aquí la cal que arde cuando el sol la contagia  
va a borrar estas siglas.  
¿Qué importa la nacida criatura?  
¿Qué tendrá de presagio al extinguirse?

Una vez fui dichoso al borde de aquel tajo.  
Lanzaba los guijarros hacia el fondo y, a veces,  
rebotaba en un pez.  
Estaba adormecido por el rumor del agua  
y amaba una figura con palidez de anémona.  
Pero la paz tan sólo fuera así inventada  
porque aún tardaría esta generación  
en escribir sus epitafios.  
Quedaban peces ciegos iluminando el mar,  
interminables cantos rodados,  
o conchas con salitre  
que abatir en las linfas.

Hijos míos, qué felicidad cuando nada nos piensa,  
ni ya entregas de bruces tus ojos a la arena  
por descubrir recónditos senderos de larvas ateridas.  
Pero pensad, hablo de la mortaja,  
mi funerario, mi agotado mar.  
Sobre él oficiaron entre lentos crespones.

Sólo quedan ahora nuestras vivas espaldas  
combadas como mieses  
que un viento y otro ondula, meneando sus raíces.

Hay cada tarde, entre el sosiego, una bruma de mártires;  
porque aquél que en el fondo deposita sus ojos,  
algo inmola con ellos.  
¿Absolución será? Renuncia  
a dormirse en el frío que deja la memoria.

Allí acodado, con veleros sin prisa,  
dejaste así la carne reprimida; algo de sueños  
quebrados entre el viejo estertor de los días;  
meditaciones sobre el último  
rutilante hemisferio,  
cuando a través del viaje  
no importaba llegar hacia el destino,  
sino gozar airosos en las parvas aquellas,  
o abrazar el desnudo espantaaves  
que en el ciego repecho  
fuera crucificado entre los pájaros.

Será por ello que el martirio existe  
tan sólo en las renunciadas  
y no en un macerado cuerpo de apostasía,  
o en ese desgarrado corazón que se incendia  
cuando la lanza irrumpe sus vértebras tronchadas.

Dame la pena del arrebatado,  
quien es pasión es muerte presentida.  
Se incendia así la aurora porque un sol resucita  
resplandores dormidos.  
Mas nunca los deseos,  
el anhelo truncado, tu país,  
el jinete que cruza los tibios arenales  
dejando en cada huella la promisión que aguardas  
y que nunca se alcanza.

Será como un gesto de verónica; un plante,  
a ese martirologio,  
que da el peregrinar por el sótano angosto  
de aquellos ideales  
por los que nos jugamos por siempre la inocencia.

En cada bruma de un arca,  
con membrillos que aroman las telas de la herencia,  
o en esa habitación que custodia vitrinas:  
el nácar, con su hurto marino de reflejos;  
la porcelana del ídolo; la panoplia, abanicos  
para aventar encalados estíos,  
hay como un sosiego de mártires y olvidos,  
igual que en la inclemente hora de los retornos  
cuando el padre traspone la esquina de la calle

y en sus manos cansadas una mancha volcánica de aceites  
 va puliendo su piel,  
 hasta así adivinarle la mortal delgadez de la osamenta  
 que aún se atreve y acaricia  
 el rizo, el alboroto, que la infancia inmolaba.

Hay cada tarde, por sus brumas,  
 un ceniciento espliego que aroma las corales.  
 Mártir de tus renunciadas, queda sólo  
 un huérfano perfume  
 como un canto transido que se eleva  
 hacia el aire entre lentas  
 palabras derramadas.  
 Sangre del justo, vida.  
 Penada realidad.

66

21

*A José Hierro.*

Talla el rayo su garra en lentos nimbos  
 y en oquedades volteada trueno  
 una eclosión de pasmos.  
 Reptiles van de fuego enfebrecido  
 iluminando noches de angostura.  
 ¿Qué terror edifica tu cobijo?  
 ¿La llamarada que mutila el aire  
 e incendia el almiar,  
 y deja una candela silenciosa en los cielos?  
 ¿Tal vez ese derrumbe mortal de costillares  
 rodando en las cavernas atónitas del valle;  
 explosión de la ira, ruido de fanfarrias;  
 precipitados ángeles?

Iluminas el viejo palimpsesto  
 mientras narras tu vida entre tintas violetas.  
 Escrito el compromiso, puede que el rayo imponga  
 su letargo sangrante;  
 alas heridas del recuerdo; bóvedas  
 para huir; enrejados vitrales  
 que tornasolan luces, mas nunca la del aire.

Esta capitular, orfebrería  
 de colas de faisán,  
 inicia así el capítulo del trueno.  
 Una mordaza desterró la lengua  
 de su puro latir.  
 Habló entre dientes, dio su reportaje  
 de aquello que en la plaza acontecía,  
 sólo a su corazón.  
 Un alimento en voces entredichas,  
 un anegar recóndito de aquello  
 que nunca supo el hombre  
 si fue blasfemia u oración helada.

Dí qué miedo inmoló tus palabras de barro.  
 No el relámpago cruel, no la hecatombe.  
 El terror fue el silencio.

67

22

Tú, mi caudal, mi río sosegado,  
 cuerpo yacente del ansiado vuelo  
 que nubes pastoreas; vieja es la mordaza  
 que el mastín de tu sombra agazapa en la tierra.  
 Así, arrebujado por las tristes piedades,  
 oculto cautiverio, frenesí de ser libre  
 en conciencias tan sólo, mas nunca en la fortuna.

Aquí rotas labranzas diseminan  
 los escombros rodantes de los sueños.  
 Allí alzan, festejan efemérides,  
 guirnaldas a los héroes inventados.  
 Mi anónimo fulgor, ¿por dónde vaga  
 la hazaña de vivirse entre los otros?

Rendida está la carne sobre el campo,  
 habitación del pájaro, aire domesticado.  
 Prende el nido; tu alma ahuyenta halcones.  
 De bruces meditabas: un hormiguero cruza  
 el arenal del pecho; portan reinas dormidas.  
 Todo será del menester nutricio,  
 trigo que avent a un céfiro pequeño,  
 miga caída, insecto derrumbado.

En los charcos, amebas resucitan  
sus letales inviernos; un estertor empuja  
la cenicienta guarda de los siglos.  
Ahora avanza su lento pie sin paso.  
Mover la vida. Vierten, multiplican  
cromosomas libertos.

Allí, sobre las ciénagas, un mosto engendra el orden,  
la penumbra entre soles eclipsados de agua,  
degollación del canto por canciones talantes.

Tiberio corta un dulce rosal.  
Corona sienes en el circo;  
mueren hombres desnudos.  
Tú, mi caudal, mi río en arrecifes,  
pones tu cuerpo al lado de los justos.

## II

*A Arcadio López Casanova.*

23

68

### ATRIBUTOS HEREDITARIOS

Como el signarse la frente con óleos santificados  
y apostrofar al ciudadano que tropieza inocente.

Como acompañar en el sentimiento del muerto fronterizo  
y dejar sin compañía el blanco bastón del ciego.

Como el recitativo del decálogo pétreo  
y no hablar de la pura desnudez de la gracia.

Como beber un lento alcohol de circunstancias,  
mientras cierra sus puertas la taberna del pueblo.

Como esto de andarse escribiendo la vida,  
cuando sólo la vida se escribe por sí sola.

69

24

Como el fuego que dora su opulencia  
y cruje en la retama y vuela en ascuas  
y expande humos de olvido y colora la noche,

esta mortal resina de los cuerpos  
 aguarda en la aterida corteza que se yergue,  
 que el incendio libere la carcoma que nace  
 desde el brote primero de la humana raíz.

Purifican los hombres su cruel incertidumbre  
 quemando hojas de vida, lentas yemas  
 que brotarán en frutos si el lento invierno fuera  
 menos mortal al alma que el frío a las cerezas.  
 Así templan doctrinas; así el duro  
 porvenir fragua en fuego su templanza,  
 expiatoria sumisión que crece  
 desde el niño al atónito concierto de los mundos;  
 llagada espera, crecimiento en vilo,  
 hasta irse llamando hombre según las hondas  
 cicatrices que marquen su extraña fe de vida.

Sube el humo, aire hermoso,  
 ofrecido en la pira del transido homenaje  
 y los ojos remontan ese vuelo en su ofrenda  
 tan pura del mirar.

Ojos míos quemados  
 contemplando la tierra, ciegas aguas  
 paradas en la luz de las pupilas,  
 mudos aljibes del corazón  
 que buscan la templanza, perdiéndolas allá,  
 sobre la cinta última, ensenada del tiempo  
 que regresa y se evade eternamente,  
 portador del Ulises que navega en nosotros.

Con el fuego en los ojos, la promisión aguardas,  
 y vamos hacia el hondo viaje de los días  
 quemando en el deseo los crueles paraísos.

Partir la fruta, sazonar viandas,  
 cuando el fuego enternece al horno los manjares,  
 y hay un olor crujiente de piñas al anafe  
 que aroma así la estancia de un perfume a familia.  
 Viva recordación,

donde una larga claridad difunde  
por el ámbito aquél su aroma de cantueso,  
hasta que nuestra ropa huele como entonces  
y de súbito pares  
este peregrinar,  
para extasiarte ahora del rincón encontrado  
en esa hospedería que la noche te obliga  
a aceptar. Y allí encuentras  
el zaguán, o el cerrado gabinete,  
o una antigua botella con pasas y aguardiente  
que en alacena espera el madrugar temprano  
del que inmola sus días al trabajo.

Dulce carga sin peso  
esta llamada que te obliga y puede  
detener la andadura, por degustar siquiera  
el sabor encontrado, o la colcha con flores  
que allí extiende el bordado jardín de una paciencia  
hilando entre la seda las pestañas maternas.  
Qué importará que pierdas los caminos,  
que nunca sirvas para nada útil,  
que hayas llegado tarde cuando todos regresan,  
si te has puesto a pensar alicaído  
tras labradas cancelas que el sueño abre a tu paso.

Apóstata del último  
juicio de conciliación de tus extraños  
hermanos que te rozan,  
te sientes ya cansado de buscar dónde muere  
aquella olvidada, viejísima María,  
que a diario limpiaba la escalera de mármol,  
con su velo amparando la cabeza que tiembla,  
encorvada del uso de la friega del suelo;  
negra vestida, negramente débil,  
viviendo de rodillas.

Cómo un sabor, un roce, un aroma indefenso,  
que a tu reino se llegan, pueden mudarte.  
Vas pasando jornadas, mudándote de trenes;  
idoltras conciertos, pero, al fin, sólo cuenta  
que tu misericordia se estremece en la vida  
que allá lejos tuviste.  
Y por el campo pasas buscando viejos símbolos.

Estaba por venir esa alianza  
de las últimas sombras con el alba,  
y callejeros perros aguardaban  
beberse los rocíos ya cuajados  
en ese invernadero de la flor.  
El paseante aprende puros aires  
que le llegan del puerto y la montaña.  
Solicito a la escarcha, paseando  
sus primeras gaviotas despertadas,  
va oyendo así el rumor  
que la vida entreabre por las casas.

El llanto aquél alado del infante;  
la persiana que izada por una mano ausente  
va a poner en la alcoba  
tibios soles domésticos.  
La gente que abluciona esa pequeña muerte  
diaria del dormir  
y prepara su fuego primero  
para aliviar el hambre.  
Y los olores tibios y el ruido  
orquestal del comienzo de los días  
que inaugura el establo y muere entre las fábricas,  
desde el heno al carbón  
o del pan y la leche a los hierros turgentes.

Tú, solitario, habitante sin sombra,  
bajo el farol de herrumbre que la plaza silencia,  
buscas leves hormigas insaciables  
que porten el perdón  
hacia el reino escondido, tu mundo soterrado.

No es la luz la que inventa así los resplandores,  
paseante de oscuras guirnaldas de llovizna;  
será tu pie en los otros, tu mano en la faena,  
los ojos obsesivos entre la multitud  
y la boca entreabierto al común de los cánticos.  
Así llegas al día; así el sol entre juncias  
y el sudor, y esta gloria de Pentecostés  
te va dando la vida por tu vieja tristeza.

Ya que tu soledad existe solamente,  
cuando tu noche trémula compartes  
entre todos los gritos solitarios.

72

27

Subían hacia el campo, romería gozosa,  
porque mayo empezaba su égloga en los frutos.  
Discípulos del cántico,  
el pueblo avanza en lentas  
carretas de guirnaldas.  
Parcelan césped, hunden su risa en los alcores;  
extendida colmena, limpia humildad del hombre  
que aquí se sienta en coro  
cercando así la tierra,  
habitación del brezo y del castaño  
amparando la carne feliz de la alegría.

Siempre es nuevo el afluyente,  
porque el agua que pasa  
no retorna jamás hasta su origen,  
y la dicha se expande entre los pastos  
como si fuera ésta la primera sonrisa;  
la copla en voz alzada,  
ágil volando, desde la garganta,  
al oído distante, al alma de los otros.

Grana la fiesta su ilusión de oro  
cuando ruedan felices cuerpos en la pradera  
y allá paran gritando, o aquí yacen  
la inocente avalancha de su día permitido.  
Mienten así la libertad que sueñan,  
trocando aquella idea que les nubla  
a diario la frente,  
por esta realidad del campo entre la anchura.

Es mayo quien comporta  
la deidad pasajera coronada de mirtos  
y esa procesionaria vida del hormiguero,  
ajena al mundo, vela su futuro  
bajo su ciego orden que dominan las leyes,  
no el hombre, no la risa,  
no el cántico del vino que se inflama en las brumas.

Cuando el hombre retorna su cansancio a las calles,  
y el día es un recuerdo,  
siguen negras hormigas portando los desechos.

73

28

Mediodía del banjo.

Descalza el sol su ebria  
catarata de pánico.

Mediodía del plomo.

Golpeas con los pies sobre el terrizo suelo,  
con tu música colgada del vientre.  
Oh denuncia, ¿hasta cuándo podrás dejar acaso  
de tañer esas cuerdas monocordes?  
¿No ves cómo seguimos escuchando  
sin poder liberar esa congoja  
que en los dedos sangrantes se te abre?  
Te muda el pleamar del rojo morir  
hasta el banjo que asola tu pecho y tañe,  
no música:  
más bien cantan tus vértebras.

Estamos celebrando la boda con dátiles y cordero;  
los esposos perdieron el último tren de la aurora,  
mas lograron franquear las fronteras del júbilo.  
Los comensales asienten,  
te estamos siguiendo la melodía desde vísperas remotas.

Cuelgan las mazorcas del techo y sacos de maíz  
arraciman la eterna pared del cenáculo.  
El músico adormece  
este velar del cirio goteando su nostalgia en la lámpara.  
Sé que andamos mintiendo  
nuestra felicidad,  
que inventamos un cuerpo,  
condecorado corazón del sueño,  
para alzarlo en la cruel victoria de los días.

Pero el banjo, hirsutas cuerdas sonando  
sobre este pecho que anhelara liberarse del sueño,  
guarda nuestro destino, que no es otro que el mismo  
rayo tajante que separa a los hombres  
en posesos y ebrios, en felices y tristes.

*A Carmen Conde.*

Era un luto entornándole los ojos,  
velo mortal ciñendo las mejillas.  
Era labranza en negro germinado,  
erecta flor, estambres en delirio.  
Acercaremos al portal del moho  
nuestras figuras ya deshabitadas.  
Huéspedes de lo eterno, nos miraban  
los millones de ojos ateridos.  
Por el zaguán abierto en otros días,  
donde se entraba aquel olor del campo  
y verdecía en la jaula trinos nuevos  
y refrescaba el agua en las tinajas,  
hemos puesto la planta, la extranjera  
pisada por el pueblo,  
que va mirando el hurto  
que hacemos de la sombra que les cubre.

Sigue el orden su luz desordenada.  
El velador de mármol, con sus grietas,  
nervadura del claro pasar de la limpieza,  
muestra su óxido. Aquí escribí mi nombre  
sobre la costra del hierro envejecido.  
Voy a buscar los datos aquellos,  
mas ya nunca  
encontraré otras señas que no sean  
la del mudar oscuro de una antigua costumbre.

Pregunto por el carro  
por donde paseaba mi humilde tragal.  
No estaba mi sudor del estío;  
otra agua llovida empapaba la tierra  
por donde las pisadas más puras del labriego,  
preparaba su anónima mortaja en los barbechos.

¿Quién pregunta a la entrada del vivir  
dónde están tus señales?  
Acaso vas pensando  
que en los años recuerdan tu dulce verano,

aquel de niño ausente, de asombrado morder  
las cañas del azúcar rezumantes.

El pueblo está tan sólo en el presente  
de sus brasas ardiendo;  
los niños de la zanja se emigraron  
envueltos en los años.  
Tú, tan sólo,  
tienes un equipaje de ternura en los dedos,  
mas sabes que no basta  
pensar en lo perdido.  
Sólo recordarán tus vecinos de hoy,  
estos pasos que vuelven  
por el largo camino que cubre la ceniza.

75

30

Cerca del mar anclaba el pueblo sus líquenes  
y eran redes colgando los crepúsculos;  
allí, en las madrèporas, bienvenidas islas de entrada  
por donde los esquifes aguardan al pescador sediento.  
Tenían estas tardes ese color violáceo  
de vientre de pez;  
la turgencia de un cielo  
color vientre de pez;  
y la plumada, el lazo de captura  
que el pescador dejaba resbalar en las aguas,  
tenía en su color de final de partida,  
el pálido reflejo de vientre de pez.

Cuando estamos haciendo resumen  
del tránsito que media  
del abismo hacia el aire,  
apresada la vida por un oculto anzuelo en la garganta,  
traen nuestros difuntos al rincón del recuerdo  
ese mismo color de turquesa tronchada.  
Y en este pleamar que nos sube hasta el pecho  
o desciende y nos muestra un reino de arenas o de algas,  
decimos, hasta cuándo las vidas que así yacen,  
redimirán su mudo soñar bajo la tierra  
o fueron solamente impenetrables fósiles.

Cerca del mar que nos separa  
 está el pueblo que vive su diario sacerdocio,  
 la ofrenda cotidiana de vivirse entre rostros,  
 desconocidos ojos que ya pasan y jamás miraremos.  
 Aquí podan sus árboles  
 y apresan con las redes  
 y siembran y se inventan  
 y tañen su alegría o cantan su desgarró.

Éstos que aquí vivimos,  
 forzadamente ebrios,  
 con un gesto uniforme  
 y un color que nos une:  
 el violáceo atuendo, rostros vientres de pez.

76

31

Hunde el albatros su potente vuelo  
 batiendo alas que a la caza anega;  
 ave un instante submarina y fría,  
 ya remontada.

Flotan desechos, carne de otras vidas,  
 navegantes de pánicos osarios.  
 Acercando al coral su confianza,  
 allí la araña enmascarada apresa  
 el incauto vagar del que a ciegas camina.

Esta consumición de un cuerpo ágil,  
 que solo reposaba sobre el lecho del fango  
 a la hora nutricia de sus vísceras tiernas  
 para dejar sus débiles huevos interminables,  
 engendra, alumbra, muere,  
 bajo el fugaz eclipse de las embarcaciones.

Cuánta ajena memoria a nuestro paso  
 alza y derriba la angustiada hora  
 de vivirse en defensa, de inmolar sus osarios.  
 Sigues el vuelo del albatros; nunca  
 una meditación cruza las nubes  
 perlando su ascensión.  
 Bello es el aire de hontanar volado  
 que el mar conforma; quietas van las linfas  
 galopando entre nácares.

Imagen es de aquello que se oculta:  
 derrotadas capturas, tiernos asesinatos.  
 Sólo pasa una brisa que aroma el litoral  
 y el ave, que así eleva el flotante despojo.

Tú, que tendiste el cuerpo de tu peregrinaje,  
 en la orilla contemplas el albatros alzado  
 y crees que la tarde da un descanso a tu pecho,  
 y todo así acontece de un mentido sosiego  
 y te duermes en paz, porque es ancha la tierra.

77

32

El cruel trabajo de apresar los días  
 en un concierto útil, donde vivas,  
 no como el caracol ahogado en peso,  
 más bien edificando a tu aire de estatua  
 una razón de amor, un aspaviento.  
 Como el jinete que ordenando el salto  
 hunde espuelas agudas sin querer que la bestia  
 mortifique su carne,  
 y ya le frena o aviva y temple la carrera  
 y desciende o cabalga, según van sus deseos.  
 Así el alba que llega impone su estatuto,  
 sus tibios cascabeles o sus vientos de sierpes  
 y el hermano se absuelve de veniales dudas  
 cuando entrega su ansiada libertad a la tribu  
 jornalera y precisa.

Hay una gota lenta golpeando los vidrios  
 como un reloj que nunca adelanta su lluvia:  
 escaleras que llevan hacia el aire del barrio  
 y las puertas cerradas de mustia vecindad.  
 Cubos con los desechos de alimentos,  
 uniformes botellas de leche y los periódicos.  
 Puede que una muchacha  
 cante su amor cercano,  
 y así saltas al tráfico obligado del pan  
 con el solo recuerdo  
 de una canción y un vaso aterido en la boca.

Cuando nada transforma  
 la historia repetida de tu lento verano

y es igual hasta el hambre tu empapada costumbre  
y nada exalta el tedio,  
hermano forastero, amigo de estos días  
alucinadamente poseídos,  
quién puede acompañarte en la demencia  
a no ser que los cielos precipiten sus cráteres  
y así tu grito inundas y la tierra te eleva,  
porque ha llegado justo esa hora del juicio  
final de la locura.

78

33

Vienes a la oración, entre sumisas  
blondas caídas por el cuello.  
La losa oye tu paso y los altares  
guardan la plata alzada de los báculos.  
Quién como tú mejor me hablara un día  
entre paños que velan la majestad del ídolo,  
si yo pongo mi cirio de promesas y apago  
con un soplo letal la candela del alma.

Dime, dulce arrebatado de milagro en la frente,  
ojos de limpia lluvia, manos en la ternura,  
si juntos reclináramos lágrimas bendecidas  
nos sería posible seguir en la alianza.

Fuera, baten los gritos jubilosos muchachos;  
danzan su frenesí obsesivas denuncias;  
se retiran a amarse entre las multitudes  
y alargan indolentes cabelleras de tedio.  
Fuera, está la paloma aterida en lo alto,  
y los tibios borrachos, que a solas se pasean  
sobre aquel malecón varado entre las algas  
y un firmamento, miran suspendido en los párpados  
y encienden su tabaco por quemar un recuerdo.  
Fuera estamos con todos, aunque la mansedumbre  
de estas piedras nos guarden  
y el templo así semeje  
separación del mundo, tierra de un archipiélago  
no hollado por el hombre, tal vez un paraíso.

Sé que los vivos postran su tributo en plegarias  
y extienden a la tarde, sobre la inmensa yerba,

su manta de renunciadas y allí viven y odian  
y allí mueren y cantan.

Cuando signas tu frente,  
es a mi corazón al que ponen un agua.  
Te recorro en los años, tiro leves guijarros  
al mar de la costumbre,  
pero de fuera llaman y retorno a mi nombre:  
Quién como Dios me llamo.  
Quién como el hombre busco.

34

79

## LA SEQUÍA

No brotará saliva de tu lengua, Yahveh,  
ni el cárabo que vuela su yerma silueta,  
para encontrar la rama del olivo  
que lleve a la esperanza.  
Alza el pueblo sus ojos a las nubes,  
esa estola que dejas cuando tu luz descende,  
y lágrimas se guardan para el terrón propicio  
que pueda germinar regado por el llanto.  
Mondan cáscaras ávidas  
de aquellos otros frutos que diste cuando el sol  
y la lluvia surgían para todos los cuerpos.  
Ponen su vara de fresno en la siniestra  
y a la diestra la azada se muda de cansancios  
de no alfombrar la tierra en los huertos nativos.  
Y el agua de otros días recorriendo el alero  
con su verdor de húmeda floración diminuta,  
es igual que el recuerdo de la boda, o del hijo,  
o la feria en septiembre,  
donde la primer yunta y los enseres  
fueron mercados  
por aquellas monedas guardadas en el arca.

Las lindes, candeales fronteras de los panes,  
sembradas de sarmientos trocaron sus pavesas,  
en el áspero tacto del barro sin vientre para el parto.  
Tuyo es el quebranto,  
el pozo alucinado que aguarda los torrentes,

pero tuya es la planicie donde el águila impone  
su potestad de sed,  
o su vuelo aterido,  
por aquel resplandor que calcina los trigos.

Está el pueblo entre alambres,  
cerco para que abreve la sed su silueta  
de un cuerpo entre sortijas de retamas ardientes.  
Y he vuelto hacia los años,  
aquellos que llovías tu mansedumbre trémula,  
en un agua surgida  
del alto ventisquero de mi fe,  
necesitada orilla diaria para el fin del viaje  
que impusiste un buen día sobre las criaturas.

Esto es la sequía,  
aparejar la mies y no verla en los ojos,  
y vaciar los graneros de su rubio alimento  
mientras incendia el dardo de la luz tu aguacero.  
Tienen que ver los hombres su quehacer en los dedos,  
oír tienen que ríen sus hijos maniatados,  
pero cómo esperar que la lluvia futura  
pueda cambiar su hambre presente en esperanza.

Mira el pueblo su horizonte quebrado  
y al porche salen las madres  
con una mano anclada en la triste mejilla,  
esperando las nubes.

Yahveh piensa en sus hondas parcelas  
y el corazón del hombre alza o mustia sus júbilos,  
mientras el coro avanza  
en la *Cantata para la Dominica de Adviento*  
y se ofrendan los seres y los frutos  
porque mayo aquí impone su reino de verdura.

Memento de los vivos, piedad deshabitada.  
Bajo el cimborrio alto de los cielos perplejos,  
el ritual impone sus ofrendas.

Alivia

un aire por las sienas el concierto de cálices.

Neófitas miradas van recorriendo el templo,  
la gran plaza, la lonja, los mercados.  
Fieles son los que cruzan su camino de nieve,  
sus huellas en la oblea y saludan  
al vecino deshielo de aquel que les contempla.

El anchuroso manto del sudario,  
cubre el rostro del hombre; así su siesta  
en la paz de los huertos, mientras zumban abejas  
ajenas a la dulce orfebrería  
que hilan del tumulto.  
Incierta posesión de los sentidos,  
cuando a la noche extienden sus letargos  
y construyen la muda lámpara de sus ojos  
al atónito alzarse de su estera en la tierra.  
¿Quién dirá que la gracia incorpora sus ritos  
a este devenir, a aquella huida,  
al signarse los símbolos sobre la frente húmeda?

Estaban los amigos; los lutos plañideros;  
estaban en la mesa las ciruelas dorando  
sus ácidos sabores,  
y como viejas sombras que surgieran  
por nuestras galerías, estaban nuestros muertos.  
Y entre sus oquedades trascendidas  
y la vida de fuera, la eterna potestad remitió nuestra carne  
al último rincón de la patria nevada.

Tú que feliz nos llegas de lejos paseando,  
ajeno a esta mudanza que nos une,  
te diré que empezó la ceremonia,  
la santificación de nuestras culpas.  
Que esa verde campana que tañe entre sus bronces  
música de otros días,  
es lo que cantarán los salmos de mañana,  
vieja Jerusalén de muros lamentados.

Deja aquí tu equipaje,  
no podemos llevar todo aquello que amamos.  
Ven sólo con los dedos  
colmados de piedad  
y reparte esa dádiva  
a los fieles difuntos que la fe nos inmola.



4

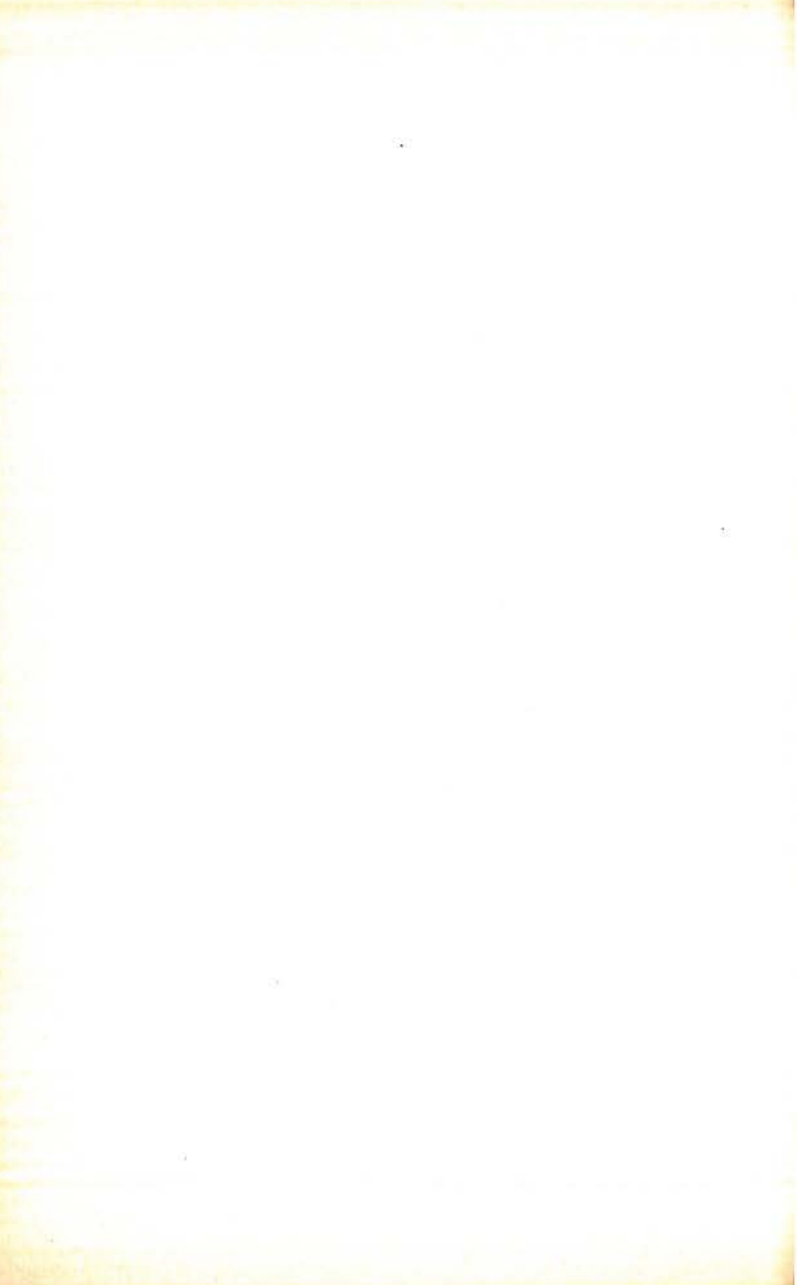
## MONODIA

1974

«Si una misma melodía es entonada al unísono por varias personas, tendremos la forma coral más sencilla: la *monodia...*»

(RAMÓN BARCE, Introducción al disco  
«Música medieval española».)

*A mi mujer.*



# I

## I

81

### VIGILIA DE LA NOCHE

Entre el verdor que empuja en tierra virgen  
hasta el aire flotado y sin aroma,  
la noche extiende pánicos;  
sonidos que el silencio ennegrece.  
En el centro,  
el terror afilaba lentos pasos.  
Una sirena última donde el mar era roca,  
un vacío en la casa que lluvia cubría,  
bostezo de otras ánimas.  
El vidrio en la consola que tañe su agua helada;  
voces perdidas, llanto, cálida arena muerta.  
Soledad.

Alzado allí, qué páramo le cubre  
si no es caja de plumas,  
un manojo de flores donde está la ceniza.  
Cuelga la mano  
que el mastín de la infancia lame;  
olvida ya su gozo  
entre hoces dispuestas  
donde el collar el canto embellecía.  
Cíngulo fue y todo se detuvo  
entre el aire sin vuelo  
y la tierra anegada.

## EPITAFIO

Cómo hablaré de ti, si muda yaces  
bajo el ejido que sin dueño cerca  
tan sólo el sol, o el bronco viento umbrío.  
Si acuchillas la presa y la desplomas  
sin meditar si es huérfana la herida  
que dejas gotear ya para siempre.

Pasó el lebrero olfateando el aire  
por hurgar su reliquia, y nada encuentra.  
Por ti será el bermejil estéril  
y no podré vivirte en la agonía.

Te siento, roedora de mis noches,  
acariciar mi nuca, brincar en las pupilas;  
araña del rincón que tejes lenta  
ese fatal sudario de haber sido.  
Nunca hablaré de ti, sino mintiendo,  
porque la voz se mudará en la oblada  
que he de morder, la rosca de los muertos,  
redonda como el pozo donde esperas.

Cómo serás, mi muerte disfrazada:  
una cegada orgía de desgarros  
o un cornijal que enjuge tanta lágrima;  
igual que el rayo por los olivares,  
o una música tenue que desciende.

No te elijo el instante, pero aguarda;  
quisiera así moverme a la otra nada,  
no bronca, no apacible, mas sintiendo  
que di calor a manos extranjeras  
y que he vivido al menos por bastarme  
dando vida por todos los que esperan  
ser prójimos cercanos a la lumbre.

## HIJO DEL PUEBLO

Más que yo tienes el silbido hueco  
y las uñas con fango. Más que yo.  
Quisiera así cambiarme en la envoltura  
que te cubre la espalda: un araño  
del espino no visto, costra de sangre,  
y la mirada larga para el mapa  
que ya abajo se extiende y que volean  
de una pedrada.

Más que yo  
vivo estás, y no sabes que del cenobio suben  
voces en alto, como elevados humos  
que te ignoran. ¿Oyes el llanto  
cantado así, del hombre del capuz,  
del mendicante solitario en rezo  
que llega hasta tu alcor como un gemido?

Hijo del pueblo, pacedor de bestias  
cercándote en miradas que vienen del instinto.  
Troceas la torta; migas son consuelo  
de hormigas o de pájaros. Bien basta  
desmenuzar un trigo, un zurrón entreabierto  
para que alguien viva de aquello que abandonas.

Más que yo en la lobera vives. Más que yo  
sueñas tus amarillos abandonos.  
Ignorancia juntamos. ¿Y quién vence?  
Cuando al abra retornas y te sigue  
el vasto cautiverio de los seres,  
más que yo abarcas mundos,  
dios de alforja y fracaso.  
Cuelgas tu cuerpo y te vistes limpio,  
ungido por el aire que acuchilla las cumbres.

## AMIGO UN DÍA

Si amigo un día, funesto ya traicionas  
 el nacimiento.  
 Nadie que fuera olor de orza con laurel,  
 ni peceño paladar,  
 olvida a quien recuerda.  
 Cortas hojas y al fin queda la duda  
 del sí para negarte en la certeza.

Plaza cercada, niñez de la liturgia,  
 agrura tan silvestre  
 de andar descalzos nidos de verdor.  
 La hilanza del sudario,  
 se tejía en la estancia.  
 Sé que ocultas oídos cuando de ello te hablo,  
 amigo entre arrecifes,  
 camisa destrozada,  
 perdigones al borde del corazón.  
 Y sólo por beberse el rocío de la parra,  
 masticar asperezas del membrillo  
 y orinar el rosal por ver si germinaban  
 rosas con alma.

Anduvo el cazador y la jauría  
 disparando su odio.

Mejor era  
 morir, porque la pena de trizar el campo  
 te lloraba en los ojos  
 más que de hurtar la fruta  
 y asediar al lechón, carne tan sólo y hambre,  
 luego fiesta en la casa  
 y una cansada pena de alegrar con viandas  
 tanta pascua en tinieblas.

Puede el olvido destrozar la historia;  
 generación hundida,  
 la mentira portando sus máscaras,  
 flautas de caña verde, algarabía,  
 nunca sonora estrofa.  
 Igual aquella vida, tomillo que se pisa,  
 mas extiende su aroma con la muerte en la tierra.

## 5

85

## NUNCA POR HOMBRE

Nunca por hombre, más que maniatado,  
 de mudez anda cauto y algar parece  
 su voz, jamás sonada en prójimos,  
 sino dentro de sí,  
 rumiada tempestad.  
 Oh el callado de ofensas;  
 aprieta su discurso y deseara  
 clamar en grito, hablarle  
 al que parvas aventas y esparcirse  
 como polen que vuela.

Infiel le pareciera a la verdad;  
 sólo por ello  
 evade el canto, porta sus dádivas secretas.  
 En sí lo extraño exalta,  
 es la cercana vecindad del otro,  
 poseso humano traficado en vida  
 mas nunca conocido;  
 como alfaguara oculta  
 donde raíces beben  
 para que nunca el fruto sepa su oculto origen.

## 6

86

## TABERNA

*A José Miguel García González.*

Como si a la mina entraras,  
 pero a la mina del vino,  
 la estancia está vacía.  
 Sólo ruedan  
 toneles entre arañas:  
 el tonel de caoba  
 que guarda un mosto en dulce terciopelo;  
 el castaño, por donde navega el de los puertos;

barril de la solera, con madre avejentada  
 dormida por el vientre de la brea  
 sólo emanando olor, sabor por vieja.  
 Recibe el caldo hijo que le nutre  
 hasta cegar lo por la celda oscura  
 que fue madera de navío un día  
 y ahora otro mar, pero del vino, bruñe  
 el romo acantilado de la cuba.

A tan cercano alcance de locura,  
 el alto vaso con tu nombre ahogado,  
 mata la realidad.  
 Echa las cartas.

No hay triunfos en el lance  
 ni derrotas siquiera.  
 Sólo transfigurar lo que se vive  
 y no pensar en el cadalso presto,  
 en los silos colmados de abejorros,  
 en que ha llovido azogue en los graneros  
 y piden pan para pisar la tierra  
 los niños ciegos que el amor engendra.

Entra al templo de oficio tabernario.  
 El pueblo está sentado con su mosto  
 bautizando la pena con blasfemias.  
 Yo maldigo contigo, yo me canto  
 la petenera con sus tres cascadas  
 y aguardo, y veo pasar lo que no pasa:  
 el mordido alimento, la saliva,  
 y sobre todo el hombre ardiendo siempre,  
 una hoguera de pie que comunica.  
 Así se quedan, o ligeros mueren  
 tales sueños cercados por chacales dementes.  
 La taberna es la casa; buen sueño, hervor solemne  
 que les nubla los ojos,  
 hasta que ellos se llamen a sí mismo felices.  
 Cierran puertas, se abren nuevos soles,  
 la vida es ebria.

Igual que si a una mina  
 entraras,  
 esta es la plaza del perdón.

Que nunca  
 me perdone mi vaso su vino derramado.

## SALA CON RETRATOS

*A Jacinto López Gorgé.*

Entró en la sala y guardó el aroma  
para sí.  
Humos flotaban  
de servidumbre humana,  
como calor de cuerpos en la fronda  
que enceniza el gredal.  
Paró su cuerpo para adivinarle  
que otra carne no vista dejó su olor antiguo  
volando en la penumbra.

Allí el asiento, la cercana mesa de boj;  
el búcaro de alguna dinastía  
que él no atreve a acertar,  
mas la inventa, y se afirma  
que alguna vez anduvo tan cercano al perfume  
que hiera la memoria.

Y sobre el insondable  
nácar de la consola, la sien apoya.

Los retratos espían tras la cera del óleo.  
Estando en soledad, ¿quién se enfrenta a los rostros?  
No pensará, no pensará. Hay ojos negros  
que llueven en su espalda.  
Nos ven los muertos;  
la vida así se enmienda  
y él espera sentado en la penumbra  
donde pueda fingir que aguarda que alguien llegue.  
Y abre un libro, pero se ha olvidado  
de todo lo que tuvo que decir.

Hay un cuenco en azul de Talavera  
que alza en las manos. Hay un candil.  
La trébede de barro y un aroma a su cuerpo.  
¿Te basta sólo acariciar objetos,  
remover el tamiz de aquellos sueños, quebrar  
nubes pasadas, pañuelos por la frente?

Damas de noche se elevan por nosotros,  
ya que es la muerte lo que va pasando  
cuando en la soledad de tu recinto,  
buscas aromas por fingir que tiembles  
de verte solo en soledad soñando.

## 8

88

## EL EXTRAÑO

Vuelve al lugar quien mientes puso al tiempo  
y la voz apresura en saludar.  
Gente alza los ojos  
y humo extraño es.  
Moja la piedra, por si aquel sabor  
existe: ya pavesa.

Herido va el tropel,  
porta mejillas húmedas,  
un ciervo maniatado pace romeros.

Patria distinta que me das,  
no surco del principio.  
Otra en las tejas.

Gente levanta la memoria,  
¿quién camina esta calle?  
Palpa rostros, abraza,  
grita nombres y corre las puertas golpeando.

Has llegado a este viejo regazo de uvas goteantes.  
Gente se mira,  
ceniza pone en boca,  
nadie en tal ofertorio pregonas sus hazañas  
sino que mustio el pueblo,  
contempla lo que pasa,  
muere la menta  
y regresa sus cuerpos  
a la alcoba en tinieblas que ha sido su cobijo.

89

## IGNOTO CABALLERO

Lo que debiera ser estancia,  
 piedra de yerta fábrica  
 mas orgullosa en su firmeza  
 por su pasado heroico; acunando  
 presencias de familia, la faena  
 del respirar caliente, para ensilar  
 semillas, odres que olor transforma  
 en aire de vejez.  
 Muebles con iniciales,  
 un surco de navaja de tal recordatorio  
 que ahora pende un retrato de moho.  
 Ignoto caballero, pero que ellos recuerdan  
 sus señales, el timbre de la voz,  
 el paso lento en el zaguán,  
 su vida que aún perdura por mas que muerto aguarde.

Ah las presencias,  
 a veces saltan peces del rincón,  
 la topera escondida,  
 el testamento de quien dispuso  
 sin justicia,  
 fueros para espinar congojas tan ocultas,  
 que así transido vaga el penitente  
 en su postrada hacienda, un día en majestad,  
 luego en ruina,  
 y hoy ya bastión del áspid y el lagarto;  
 piedra purificada por tanto sol que pasa.

90

## AMANECER EN LA CATEDRAL

Pues en tinieblas, no me roces,  
 que extraño será el gesto.  
 Hallé una huella de sudario ajena  
 de quien ya no sabré.  
 Tierna memoria queda  
 del que velado estuvo y aún yace en los altares.

Entre borlas perdido, un traje yerto.

Por qué, si vida tienes,  
contemplas lo que muere.  
Han pasado dóciles carnes  
con atuendos desnudos;  
como el perdón,  
se cubre de inclemencia,  
llena el ojo de un agua  
que nadie llora.  
De holgura viste moza  
la tristeza  
de quien velara catafalcos de luto,  
esplendores de un día.

Miro la gárgola donde anida el pájaro,  
que trizando el vitral,  
voló aturdido.  
Así es el reino donde fulgen glorias.  
El muerto sueña resplandor,  
y vence  
quien loco así sostuvo su diadema,  
pues en tinieblas roza mano extraña  
y es ésta  
que puertas abre,  
y rostro nuevo  
el que baña una luz de sacrilegio.

## 11

91

## HIMENEO DE LA MUERTE

El *Himeneo Himen* de Catulo,  
la prisa por devorar las gaviotas vencidas,  
el sordo que más música oye con solo adivinarla,  
aquel que se arrebujá de frío en la estación del verano...  
Oh disconforme ser, muerte perpleja,  
fraticida en el pan,  
hogaza que se dora.

Era de ellos,  
paseante de una calle de eucaliptos;  
sordo niño que arrastra su aro a la intemperie,

interrogación en la alcoba:  
zaguán del inventario.  
De estos era,  
con manos mendicantes,  
velando ese cadáver que está vivo en los ojos  
y se exalta y revive,  
hasta mortificarse en el entierro  
inútil de quien yace  
todavía latiendo,  
como espejo de agua trizado por relámpagos.

A la puerta sin luz de la inclemencia,  
un brebaje de hojas germinadas  
se bebe lentamente.  
Allí queda postrado, cuerpo inútil,  
mutilada conciencia;  
más tarde, algo que vuela  
tú mismo lo destrozas,  
hasta nunca saber si es sueño lo que vives  
o viviendo te sueñas.  
Arcángel desplomado, isla para el asedio,  
espera;  
nunca sabrás qué vida te retuvo  
y qué muerte viviste cerrando así los ojos.

## II

*A Francisco Rincón Ríos.*

12

## DÍ

«Lo que no dice  
lo que se dice: ¿Cómo se dice  
lo que no dice?»

Dí...»

OCTAVIO PAZ.

Dí que era negro lo que tú pensabas,  
dí que era noche cuando el sol nacía,  
dime que matas cuando en pana sudas,  
dime que es bello el horno crepitando.

Dí que el ombligo ampara tu conciencia,  
dí que la ciencia con tu ombligo avanza,  
dime que nunca pensarás en nada  
sino es para pensar que somos justos.

Dí que era negro el dios que no sujeta,  
dí que si fuera blanco te ataría,  
dime que restituyes mi futuro  
por un trozo de torta de algarrobo.

Dí.

13

93

## TIFFANYS

Eres tea de luz que ha olvidado su centro;  
 Tiffanys del recuerdo, quién cantara en tu agua.  
 El sombrero de sombra era mi túnel lúcido,  
 y dormía el estrépito su invasión volteando.

Lentos alcoholes bañan la pasión del relámpago  
 y esta muchacha danza con su vientre en la tierra.  
 Luego renace y besa rojos crepusculares  
 y allí queda transida para el hombre y su muerte.

Hay cirios donde escribo la pasión de ese instante,  
 hormiguero de bocas devorantes y tristes.  
 Es sino la tristeza de quien nunca se quema  
 del ajeno extoror.

Oh música en suicidio.

14

94

## EL FURTIVO

Las fronteras cerraron sus ventanas de alambre.  
 Sólo puede llegarse volando, si es que puede,  
 pero con alas nacidas de los huesos;  
 alas de arcángel, hombre alado.  
 Ya pájaro.

Hay riesgo de cazador furtivo.  
 Pero nadie dispara  
 sobre un hombre que vuela,  
 a no ser que desplome sobre la agricultura,  
 un trozo de metralla  
 o un corazón partido.

Es la misma explosión:  
 el corazón se parte cuando hay una congoja  
 y la metralla existe porque hay alguien que llora.

## ROSA-ROSAE

«Appelez les serpents.»

BAILIK.

Declinad la serpiente  
 que va del rosa al rosae.  
 En medio del jardín,  
 limoneros gotean su ponzoña.  
 La nurse lee a Byron  
 sensiblemente coja  
 y olvida en su arrebol la custodia de arcángeles rosados.  
 ¿Quién llama a la serpiente?

Por el rosa rosarum,  
 su traición amenaza.  
 Hay una paz dormida  
 en el jardín.  
 Cruzan tórtolas lentas;  
 sabor a ajonjolí y quebrados hojaldres  
 y un orín que no cesa del cupido de mármol,  
 genital, genitivo.

Rosae de la serpiente;  
 no ve la transparencia del jilguero dormido;  
 el miedo nunca vuela,  
 tiene el color del sueño  
 y pasa y no le ataca.  
 Silba su tempestad,  
 rosa-rosae, la tarde  
 y llega hasta el flagelo de la traición.

El niño cae,  
 tiene un lívido muslo que se agrieta:  
 veneno para el mártir.  
 Era rosa el color,  
 algo agoniza siempre en el tumulto.

Quién dijera que aquí, sobre la siesta  
 de este jardín en éxtasis,  
 la serpiente se llama  
 rosa-rosae,  
 para engañarnos.

16

## REDIL

96

*A Ramón de Garciasol.*

Quien a redil somete, a hierro espere.  
 (Tortolicas las mías desaladas.)  
 ¿Dónde desala el mar su maremágnun?  
 En el redil, pezuñas clavan tierra  
 en la alcoba nupcial del hormiguero.  
 Este derrumbe sucedió al legado  
 de quien a hierro espere,  
 herrumbre sueña.

Llegó un alado porvenir.  
 Entonces,  
 pensó que sólo muerte disemina  
 quien túmulos hereda.

Y tejió reposteros funerarios  
 con los hilos de olor de la albahaca.

17

## LA CAZA

97

Un ojo torpe pasa y se detiene,  
 observa el cimarrón, gírale en torno;  
 le tapa el sol, le tapia el aire puro,  
 le inmola en el tapiz de su aposento  
 y le lapida luego en piedra inerte.

Muestra el fósil más tarde.  
 La secta se entusiasma ante el batracio  
 descomunal del hombre.  
 Qué hermosa cetrería  
 la calle extinta ofrece.  
 Aquí levanta  
 las pérgolas ornadas con cabellos;  
 corta muñones, y con ellos forma  
 emblemas.

Un monóculo esconde el ojo torpe,  
 el azogue del vino inmola la mirada,  
 se abrevan en manteles.  
 Sudarios son, que al cuerpo apiadan luego  
 de que los tiros vengan destrozando los pechos.

18

98

## INCESTO EN YASINEN

Tú, boca enjuta, crisálida del gozo,  
 luna pequeña en medio de un fragor,  
 pierna dócil.  
 Vellón entre las sedas, ópalo que se incendia  
 más cerca del sollozo; éxtasis,  
 claridad derramada;  
 dientes que roen el hombro; alarido del puma.  
 Selva en Yasinén.

Un caracol subía por la espalda desnuda,  
 fuera su baba unguento y la araña una débil  
 mazorca germinando.  
 Tu sangre paralela, qué amargor.

Deshago el corazón, turbio ovillo, pradera  
 del deseo  
 y más tarde, las horcas en el campo.  
 Descalza, talas árboles,  
 descienden por barrancos los gemidos;  
 no hay fuentes ya,  
 ni la sábana verde, ni la cántara ocre.

Sólo tú y mi muerte,  
 turbias horcas frutales  
 por donde pende el cuerpo  
 y estos senos granados como pimientas rojas.

## AMOR ENTRE CIEGOS

La ciega estaba en medio de la plaza  
practicando el desnudo a la usanza cretense;  
miraba el sol por dentro de sus cuévanos  
y era yerta la luz.

La palpaban los ciegos  
que besaban ciegamente la carne.  
El foro fue cercado de invidentes deseos;  
los brazos extendidos para alcanzar el gozo  
cercaban la escultura,  
confundiéndose entre ellos.  
Rotas orejas cálidas,  
atropelladas mientes.

Un palomar vecino alas daba al paisaje.  
«No es el tumulto el cauce»,  
gritan videntes.  
Ella extiende su túnica como un tálamo blando  
y allí procrea y exalta  
y gimen las palomas;  
hunde muslos de mármol sobre la carne extinta  
hasta que pasa un viento con halcones dormidos  
y la gran carcajada satisfecha ensordece  
tanto placer sediento.

En los parterres de Yasinen,  
ha ocurrido este hecho.  
Se ayudó al desvalído  
que en el miedo engendraba,  
a incorporarse de los gladiolos destrozados.  
Asistida delicadeza  
para no herir los ojos de infortunio.  
Las conclusiones han sido varias  
dentro de tanta oscuridad:  
¿Cómo gozar a ciegas?  
¿Cómo amar si no vemos?  
¿Cómo el pudor o el odio al no vernos desnudos?

100

## ACTEÓN

Funesto fue el lebrél que me cuidara  
la caza un día.  
Más allá de los plintos, corzas tuve  
y solozarme en huertos, donde fresca  
la fuente cuida  
el desnudo de Diana.

Ègola de Acteón, metamorfosis;  
la moral era otra y ver un pubis  
entre juncales, puede que victorianamente  
aquella diosa  
celara en fauno.

Y adúltera tan sólo por ser vista,  
linfas trizó la carne poderosa.  
Alzó la diestra,  
paró el torcal su vuelo  
y el visionario,  
ciervo ya de los pastos convertido,  
quebró tomillos en su ley de fuga.

Pero fue devorado por sus perros  
por contemplar tan sólo la belleza.

101

## ODA AL MINOTAURO

Estuve por hacer una oda al minotauro.  
Pero, ¿quién tejerá el ovillo de Ariadna?

Si logramos huir de estos breñales  
que impone el laberinto,  
sus caminos de cabras,  
las tupidas paredes de serpientes  
sin que el hilo o la vida se nos pierda,

puede que al fin toquemos ese sol de la entrada  
que allí espera encendido  
sin que hayamos tenido que vender la canción.

Cuando el dios pacta en toro su bravío  
poder,  
y en desamparo a su condena acecha  
herir el vuelo que la capa engaña,  
un cuerpo baila en gozo con la muerte  
y se quiebra o se tumba, o invicto besa  
la flor caída.  
Pero si al que madruga el alba muda  
y en sola compañía le sorprende  
el minotauro que asolando vaga  
la historia de sus días,  
¿quién tejerá el ovillo de Ariadna?

Estuve por hablar del minotauro,  
pero ¿cómo lo haría de aquel que se alimenta  
sólo de carne humana?

## 102 CIRCUNSTANCIA DE LOS ROEDORES

Sé que los roedores están en el acecho  
esperando que erguido en mi sitial,  
me venza el sueño.  
Apago el cortinaje; fuentes manan  
sólo para el arrullo.

En aquella mi extraña temporada de dios,  
fuera el ultraje lícito;  
la violada doncella encontraba su gozo en la clausura  
del bosque de los bárbaros  
que allí la festejaban, la bebían,  
y luego el Epicúreo me relataba el hecho entre sonrisas  
y Brueghel halló el justo punto del equinoccio  
para pintar «El gusto»  
de alicaídos faisanes de seda.

No era cuestión de sazonar manjares  
al aire victorioso de aquella majestad;  
dormir puse a mi feudo,  
cerramos engañando los párpados del día,  
y ocultos roedores en vigilia  
violaron nuevamente  
los últimos manteles del festín.

## 23

## 103 SOBRE COSTUMBRES DE LOS BRAHMANES

El brahmán alisó la cabellera  
que era tapiz y lecho de su cuerpo;  
sostuvo la bandeja donde yace  
palpitando en insectos,  
la cabeza enlunada del bautista.  
La concurrencia tañe un *rock* de fuego  
en torno a él,  
la sérica le cubre carnes flácidas,  
hambre y pajarería, soñados bosques.

Mas desconoce qué exorcismos  
cambió su cuerpo de lugar;  
desde el Fisón donde su mano hundía  
para alcanzar un pez,  
a este recinto de Pigalle  
en donde ofrece su bandeja  
por un cuenco de arroz  
a aquellos que salmodian himnos,  
se arañan con espejos las pupilas,  
le han besado su túnica y coronan.

Así extasiado queda:  
coronación del justo. Es el tumulto,  
llega la luz de un óleo por sus ojos.

Él porta su cabeza cercenada  
sin saber cómo fue decapitado.

104

## MODULEMA

La tarjeta, en el tajo del tajamar.  
 Abismo, abisal de vorágine y embudo;  
 se mueve el aire  
 aireado de peces voladores.  
 Pasa un cuervo y la toma con el pico:  
 ya es cuervo con tarjeta de visita.

En el reino animal se impone el protocolo,  
 locos van ateridos animales domésticos.  
 Colocan animados sus colas de colores  
 y una coloración de colibríes  
 viste al cuervo de luces.

El papagayo, que mantuvo virgen  
 su diadema de ópalo, contempla  
 y sobre el tajo abisal de los embudos,  
 desploma su emplumado vuelo yerto  
 suicidándose al fin.  
 Ya no hay colores.

105

MODULEMA Y CULMINACIÓN  
EN NAUFRAGIO

Del coro al cuño en el sentir.  
 Se inflama,  
 la acuñada maleza de melaza;  
 el papiro insondable y la momia entre arañas.  
 La Orestiada.

Fue dulce aquel supremo vencimiento  
 que llamaron acorde:  
 monodia del canto.  
 Igual recitativo para todos entonaron mis gentes,  
 cuando embarcamos sin remedio en galeras que nadie gobernaba.  
 Todo transcurrió entre un San Silvestre y otra Epifanía.

Luego supimos que nunca fue así.  
 Tal vez el gimnasta, por menos reflexivo,  
 mientras forzaba el cabestrante pudo ver nuevas tierras,  
 playas de oro o albatros en suicidio.  
 Los demás, nada vimos.

A esto, mis gentes lo han llamado el engaño.

Cuando ocurrió el naufragio,  
 aquel que pudo anclarse en los corales construyó hermosos  
 sueños.

A los que tatuaron su cintura con algas,  
 les quedó para siempre una viscosa sensación de inseguridad  
 y a los que el pez espada atravesó el corazón con una falta de  
 elegancia,  
 dejaron de practicar la esgrima.

Nosotros anduvimos  
 entre los ahogados por el yodo marino  
 y los sedientos de agua limpia.  
 Es decir,  
 los que han vuelto a nacer sin la placenta,  
 ajenos a una constancia, en un orden creciente.  
 Ahora somos estos que silban de admiración  
 cuando se elevan los ojos lentamente contemplando el gran  
 gótico,  
 la fábrica del pasado,  
 la vida de las termitas,  
 la proeza del gimnasta.  
 La Orestíada.

Fino agujón, esquirra,  
 ponzoña; se habla en odio  
 y odiando me saluda aquel que desconozco.  
 Nada sé, hay un torpe además.  
 Escúchame. ¿Qué pasa?  
 En torno, siluetas que ahuyentan compromisos  
 para el auxilio.

El viejo yace sobre el campo,  
mirar yerto le asiste, ojos se ocultan.  
Auxilio.

Pasa el torrente. Observa  
el río de hombres al caído,  
pasa y contempla al sesgo  
mas luego se detiene ante el arco de triunfo.

Tuvo un gesto irrisorio, sólo de pena enjuta,  
como frío que asolara;  
tal vez un estertor de fugaz vida,  
pánico de la última voluntad,  
si es que se tiene.

Pregonan vendedores ambulantes  
entre salmodia y grito;  
levantan vientos tenues secretos entre encajes  
mientras ríe el impudor.  
Sueltan globos  
se incendia entre pisadas  
tanto vaho de alimentos.

Observan los presuntos roedores  
la carne inerte.  
Si hay vida andante que se acerque al cuerpo,  
es la rata furtiva que la roe  
aquel ojo que viera,  
aquella mano cálida.

### III

27

107

#### HONOR QUE TRAE LISONJA

Honor que trae lisonja, no redime  
del oprobio, pues ¿quién así marchita la verdad?  
Fuese mudo y dejara huellas nobles,  
aliento de aquel cuerpo blasonado de exvotos,  
mano caliente alzada  
y unos ojos que queman los naufragios,  
la galerna interior.

El disfraz de la pez que apenas luce en pánico,  
no basta, ni el pecho en su retablo  
da bronce a las campanas.  
Silbidos huecos que músicas remedan  
fuera el diálogo,  
y el cantar se impusiera  
al hombre que velando las armas de blasón,  
su estirpe aniquilara  
en esa pobre usanza del verbo que fue signo  
de una hombría de bien.

108

## DONDE EL AVE AGONIZA

Duda que no es necesaria  
 porque es falsa la certeza.  
 Desnudez bajo la sombra  
 del cielo que envuelve.  
 Yace.  
 meditando el dormido mientras le invade el mar.

Absorto por la muerte,  
 el ahogado persiste;  
 va con premura su enjoyado pecho,  
 las algas le coronan bajo el agua.

No ha menester el fósil seguir atestiguando  
 que fue araña o helecho,  
 sino vida que punza o extiende su verdura  
 aquí en nosotros, tribu  
 deshabitada en ciernes  
 que aún viaja entre imperios  
 de crueldad.  
 Cazando tapian ojos y la dulce mirada  
 que un día vio llover los pájaros libertos,  
 se vuelve a la caverna y al mastín que le aguarda.  
 Sólo ordena su vida cuando el viento le trae  
 cálido olor humano,  
 entre cañaverales donde el ave agoniza  
 y sumiso la entrega a quien dispara oculto.

109

## SOMBRA DEL CANDIL

Esta lucerna, donde aceite ardía  
 alumbrando oquedad, vida a los ojos,  
 barro de alfar cuajado por quien le sabe hurgar  
 veneros,  
 esparce su diadema.

Hay alguien que la acoge como un sol repartido  
 y a su luz meditada,  
 se canta en soledad.  
 Hervor diría, si a su canto escrito,  
 no llegara el vecino temblor  
 que ajeno espera  
 saber qué rayo incendia  
 la duda, qué torzal unifica  
 el asombro de verse en las tinieblas  
 colgando como lámparas;  
 palomas ateridas que coronan el vuelo  
 sobre la mente fría y el corazón sereno.  
 Busca la luz un cauce  
 y es un hombre que asedia  
 la ceguera; muerte y vida,  
 la carne entre naranjas  
 que estallan de dulzor cuando el candil se inflama.

## 30

## 110 UN AROMA TAN SOLO QUEDO ENTONCES

Algo quedó perdido en el escándalo.  
 Caliente arena para hurgar tesoros,  
 propicia no surgía;  
 más bien un roquedal.  
 Y la joya no estaba.

Se palpaba aridez, saliva seca;  
 la tierra encinta, mas no abierta,  
 y algo se nos perdía como un recuerdo ído,  
 carne volada en céfiros, pezuñas  
 para minar secretos.  
 ¿Dónde lo que se pierde muere en su perdición?  
 Nunca si es vida.

Si la empresa pudiera  
 hallar la antigua luz, su antorcha crepitando,  
 la ceniza que deja en pos,  
 surco de pie parado, otro cansancio  
 que avivar, candela sola,

hubieran comprendido mis gentes  
 que nunca perdimos ese amor,  
 burla triste, piedad del peregrino  
 sino que éramos ciegos y no vimos qué rosa  
 el afluyente llevaba hacia una mar  
 y su aroma tan sólo quedó entonces.

31

## 111 TEMA SOBRE EL SILENCIO

A quien la voz refrena y no le asiste  
 más grito que el silencio  
 interior,  
 y así postrado  
 la edad de su denuncia ve pasar,  
 lengua de herrumbre, abejorro que punza,  
 verbo roto,  
 porta su engaño y queda en testimonio  
 y ya él mismo lo cree  
 y le conforta vivir en paz fingida,  
 no en palabra caliente  
 del que exaltando clama aunque le ciegue  
 ballesta y fiera púa,  
 herido para siempre el canto en su garganta.

Dime, joven mudez, desenterrado y cálido  
 conocimiento,  
 qué lenguaje se aprende  
 tan sólo con mirar  
 mordiendo las palabras.

32

## 112 ROSARIOS DE VIDRIO

Nada repite lo que es,  
 sino que vuelve a descubrirse  
 luego, distinto viajero de plumaje  
 dormido en un brezal.  
 Y allí soñando, atesora vivencias,

el cadáver que fue cuando al Averno vino  
 fingiendo profecías.  
 Busca su vino ácido  
 que tanta carne alienta.  
 Y se arrulla, y es otro tributario  
 de monedas de yerba,  
 cabezal para el sueño,  
 torpe arlequín de trapo desasistido en vida.

Hay una raza que espera y que fenecer  
 en olor animal.  
 Vende rosarios  
 de vidrios tan funestos que al roce araña en sangre  
 la piel de sal;  
 luego sienta su trono en el estero,  
 esculpe menhires fálicos  
 y canta en queja.  
 Por la tierra circula y es un hacha que asola  
 con su aliento;  
 coge peces del mar, los come sobre tejas  
 y devuelve a la orilla tanta espina erizada,  
 que el litoral semeja un osario de hambre.

Se fueron profanando la miseria;  
 un deseo corona las cabezas,  
 aleja histriones,  
 pasa sobre la vida como un halo  
 de ceguera  
 y allí ve, campo liso,  
 panorama,  
 tierra por donde ofician menesteres de obsequios,  
 labradores de espinas.

Pequeño será siempre aquel que yace  
 en vida aquí. Pues si valiera corazón,  
 arrogancia sería su desplante,  
 ajuar quemado y grito en el cantil,

que si maltrecho hastío y luto eterno,  
nunca su cautiverio tuvo alcance  
mejor.

Inunda yodo aquella piel que niña  
le vio en sus parques. Huye y se humilla  
entre sus piedras, más cerco que isla sola  
mira el mar y lo inventa.

Retorna luego  
un paladar de especias, de huevos amarillos  
sobre mantel de espigas; cielo ácimo y duro  
de su sabor.

En Melil rostros juntos se contemplan  
la misma soledad, pero nunca hubo yerba  
donde el cuerpo gozara.  
Su gente aguarda en éxtasis, baila al cortejo  
y le nace un clamor. Tan avaro quedarse  
ante su litoral, que arena invade pechos  
y así los sacrifica; ojo enterrado  
y cuerpos que ya nunca  
por rotos anduvieron.

Sólo la espèra en el breñal,  
de que un naufragio pueda rescatar al suicida.

y 34

114

## TABLA ESMERALDA

Tentación, no me dejes;  
ofensa cruel.  
No olvides que si palpo esta piedra  
que del arroyo guardo y acaricio  
y su pulpa la quiebro por mi piel,  
espero que así sienta un calor indefenso,  
pero mío.

No me dejes, tentación;  
alguien la ha visto  
perdida entre cerezas,  
mas no alzó su custodia de yedra que la inmola.

Yo conozco su óxido,  
lo disemino en mi palma.  
Y la abro.

El talismán se ofrece a tanta espera;  
como hueso de níspero,  
como azufre o gota de mercurio,  
algo aguarda en su centro,  
piedra urdida en el lodo.

Tabla Esmeralda,  
anuncias la promesa.

De cielo a suelo, ¿qué desciende?  
De suelo a cielo, la conciencia.  
Te impongo sobre el pecho  
y así sabré qué oro llovido,  
tierra amarilla de tus oquedades,  
nos darás; no buscada,  
sí como corazón de rosa calcárea.

Tabla Esmeralda,  
de cielo a tierra, ¿qué falta?

Como un pequeño astro que se eleva,  
alguien sopla en el mundo rubia fertilidad  
y quedará más pétrea que la ofensa,  
campo de piedra trasmutado en pánico  
para investir de oro la patria del mendigo.  
Qué falta a tu secreto que desciende;  
al alacrán que busca cobijo en tu caverna,  
las pisadas que hundieron al ofidio en acecho,  
el talismán.

Desde el campo que habitas,  
el fuego esparce púrpuras.  
Danae abre sus muslos para el alumbramiento,  
avispas de ceniza fecundan sus cristales  
y el alquimista espera saber lo que desciende.

5

ATENTADO CELESTE  
(1975)



I

PAISAJE PRÓXIMO A SIDEL

*A José Lupiáñez.*

I

115

CONSECUENCIAS DEL EMBRUJO

Por calendaş que son tiempo de engaño,  
peregrina quien huye de un falso suelo amado.  
Si amor el que camina medita,  
no vive ya, que ahoga con su fuga  
querencias de aquel atrio, el jirón entrañable  
que dejara por siempre como recuerdo suyo.

Aparta con su báculo guijarros de la playa,  
se le va la mirada por donde nimbos vagan  
y que él adivina ser los que así coronan  
torres de apostasía en su cruel territorio.  
Ha bebido otra agua que un frescor le asemeja  
a la sed que allá tuvo, pero por sí dichosa.  
Reconforta el descanso si es pedregal nativo  
donde su cuerpo tumba yaciendo en las mesanas.  
Apátrida por nunca poder gozar lo amado,  
es muerte lo que en gozo posee por ausente;  
costumbre fuera aquella de ofensa y vocerío:  
persecución del justo, desarraigo por noble.  
Mas hay un patrimonio que extranjero reclama:  
el respiro de un aire, que por suyo, le embruja.

## 2

116

## PRELUDIO A UNA SOLEDAD

Por trochas de Sidel, campero va.  
 Sube a las atalayas y contempla  
 la corola, custodia del rocío;  
 el autillo volando.

Sueña  
 ser nauta, anchura del viaje;  
 limosnero de otros países,  
 huidizo en el redil que sólo da breñales,  
 un patio donde el asno circunda aquel brocal;  
 desolación, costumbre del hastío.

No es desamor un cuerpo sin grandeza  
 sino que en otro cuerpo restañe tal deseo,  
 e igual que ya los cirros ocultan el paisaje,  
 nada ves si en pasión tu propia patria ausentas.

En holocausto quedas:  
 puede sólo el que olvida  
 y regresas de nuevo a la tribu, que ajena,  
 afana sus labranzas  
 e ignora que tú sólo sueñas tus soledades.

## 3

117

## QUIEN OYE SUS VERDADES

Tarde queda sin luz vecino oyente  
 de quien hablando, vecindad remedia  
 y agrupa así en su torno manos juntas,  
 chispas de fuego, porque la palabra  
 no hiele su enunciado apenas vuela.

Quien oye ya no entiende,  
 pues nunca fue la entraña  
 de un mensaje que dicho, mensajero no es;  
 no resucita bienes y no porta milagros  
 y sólo pronunciada, ya es eco en los barrancos.

Hogar donde calcinan los cuerpos su embeleso,  
mirando fijamente el fuego que les dora,  
desgranar alimentos que el sabor enmudece  
o tejen en sus sábanas inscripciones de luto.

Habla así quien ya narra los sucesos; mas todos  
tienen ido el recuerdo en otras epopeyas.  
Silencio del que escucha, pues medita otros páramos.  
Ya quien habla, no ahuyenta sus verdades secretas.

## 4

118

## EN TIEMPO DE SEQUÍA

Quedo con el sabor que algo se aparta  
de nosotros.

Primero fue un desánimo, una promesa luego;  
pero tú, realidad, ¿dónde vagaste?  
Mis aposentos fueron calientes,  
el retorno esperado, igual que la justicia;  
tu pregonero andaba por plazas,  
pero nunca  
llegó al hogar en donde arracimados,  
esperaban tus leyes  
gentes de pro.

Oráculo que miente,  
no es vida del que aguarda.

Así el martirio existe,  
engaño fue y han vuelto al sacrificio  
de comer sus mazorcas en tiempo de sequía.

## 5

119

## LLUVIA SOBRE ALHOCEIMA

Llueve sobre el terreno de Alhoceima.  
Por sus quebradas pasa quien de centauro viste  
y es sólo rayo tronador.

El huésped queda incierto y aterido;  
 el cedro en el hogar inmola su resina,  
 hay viandas envueltas en paños de blancor.

Se contempla el suceso  
 como quien se despide de tal lugar por siempre,  
 mas luego en la memoria perpetúa el instante  
 cuando lejano habite ya otros cienos  
 y nunca volver pueda  
 a tanto tiempo mozo.

La verdad caudalosa  
 no está en el desarraigo,  
 sino en quien atesora lo que un día aprendiera  
 y a su silencio vuelve tal meditada ofrenda  
 como una lluvia lenta que grana los cultivos.

## 6

120

## PERSECUCIÓN DEL JABALI

Envuelto por la fronda,  
 dispongo del breñal.  
 Mi mundo es un tomillo que venzo si altanero,  
 liba sus abluciones de panal y de río.  
 Paro mi ejecutoria  
 y contemplo en Sidel cómo artesas amasan  
 harinas candeales.

La trampa está en acecho:  
 brezos silvestres cuidan de cubrir tanta infamia  
 en el hoyo terrero que es la tumba  
 de quien liberto vaga  
 y alunado cual yo de vejez irredenta,  
 sólo dispone un ocio de huir entre las mieses.

Colmillada penetra sobre carne asesina.  
 Hay un grito que cruza mis pantanos de sed  
 y un destino inviolado de la sangre parada  
 de aquel que no aprendiera disparar sobre un cuerpo  
 y luego se derrumba en lóbreo alarido.

## 7

121

## PANORAMA DE FIESTA

Caminante venía quien landó no precisa  
y con vara golpea avellanos al paso.  
Porta reliquias; bajo el cinto ciñe  
rizos quebrados que el amor custodia.

Algarabía es lo que tanto alborozan;  
tocan su rostro y besan el hábito que anduvo.  
El odre de vejez por él vacía sus caldos,  
se arrebujó en solaz quien al fin esperaba.

Tiende la manta y su cuerpo ordena,  
parejo con la tierra en mudez mira en torno,  
se le va la mirada por el pozo y el porche.  
Llegó para morir junto al árbol patricio.

## 8

122

## GALERNA SOBRE LOS RISCOS NATALES

Fue primero un presagio, ya quien así adivina,  
no yerra, pues en guarda coloca su aparejo.

La agorera cubrió el suelo con su manto;  
allí, cola de áspid y diadema ultrajada,  
yerbas en el mortero, tatuajes funestos.  
Por el cielo cabalgan ciegos caballos ebrios,  
la gente en la colina avizora naufragios.  
Se rompe la tal ciénaga e inmolados discurren  
cuerpos y cofres, ajuares tan pacientes,  
que el hilo quedó rubio labrado por el tiempo.

Era el joven en barcas quien así pastorea  
peces veloces;  
el arpón en la diestra fuera maltrecho golpe.  
Partió como tal alba, cocinado el brebaje;  
la caza, por paciente, fuera luego su tumba.

Una madera vuelve al litoral,  
 algas coronan quilla tan funesta.  
 El pueblo la contempla. Nadie supo cual era,  
 mas todos se la apropian por reliquia que aman.

## 9

123

## MURGA DE SALDIGUERA

De sal de higuera, no, que abrevia el pueblo  
 la expresión: *Saldiguera*.

Tronaba  
 su música en la plaza.  
 Grueso va quien dirige la fanfarria;  
 eran tiempos de gozo y se hablaba  
 cantando.

Apostillados quedan  
 inmorales vecinos; letra rimada  
 siempre, romance de burdel,  
 llano el verso de ira,  
 pliegos de cordelada, recitativo  
 con trompetas marcando el asonante.

Gente aplaude por ser diatriba incisa;  
 desfilan entre sonos monocordes,  
 chiquillería descalza le acompaña,  
 visten como de húsar desteñido;  
 baten palmas, soez, y es vilipendio  
 para quien malhechor, su nombre queda  
 del canto en boca así juzgado en burla.

Saldiguera se pierde; sorda murga  
 por el mil novecientos treinta y tantos.  
 Nadie le ha vuelto a ver junto a su óboe,  
 pero cantan aún las letanías  
 si al injusto señalan.

## CONCIERTO DE UN DÍA UMBROSO

Para el que anciano asoma débil mirar  
hacia el parque de abetos  
y no precisa dónde el concierto se eleva,  
pues ya ni flor distingue de paloma,  
sino que sólo escucha que Mozart agoniza  
entre los tulipanes,  
le queda la nostalgia de que un día fue oro  
lloviendo dulcemente sobre aquel arriate;  
que mocedad pregona aunque su voz no exista,  
pero que vuelve luego si por ruina piensa.

Carbón molido pone en brasero que es yelmo  
y calor anda en plantas que no en los corazones.  
Tienta el alfil de óseo marfil que encajes talla  
y sigue la jugada, ajeno a su enemigo.  
Él pierde la nostalgia, pues se encuentra en Sidel  
descalzo por la playa donde tejen delfines  
hilados con la espuma de un extraño atavío.  
El deseo se le va en reyertas y escándalo;  
que más da ya no ver lo que fuera acontece  
si ciego queda el mundo de haberle visto tanto.

Oh soledad del último vestigio del otoño  
incierto en ese trámite que tal vida le exige;  
como quien aguardara que una mano que siembra  
dejara sobre el surco una simiente cálida.

Espesan las cortinas lo umbrío de la alcoba;  
devociones se alzan cuando el tiempo fenece,  
frío que amor ordena, invade el aposento.  
Reclina la cabeza.

Vive el que así recuerda.

## IRACUNDO PODER

Iracundo poder, pues avasalla  
 si la cerviz se alza para un don respirable.  
 Claustro donde reposa el leve epitalamio,  
 tales ansias de amor truncadas se quedaron.  
 Fue la mudez el orden,  
 el lento pasear bajo las arboledas  
 que en cenizas crecían;  
 la nieve sobre el pecho y un ala que se quiebra  
 sin volar en los labios.

Gente afaena el menester,  
 reposa quien altivo, rebelde se inmolará.  
 Siguen aquel cortejo de porta cuerpo roto.  
 Quien canta es un pardillo en la cima del árbol.

Cana es la memoria;  
 fiesta del desconcierto, hay ruinas galantes;  
 artesanos del rito, olvidan lo que hiere.  
 Falso resulta quien otorga honores  
 a quien de honor no viste su linaje.

## EXTERMINIO DEL ÁNGEL

Todavía, ángel de la candela;  
 voraz aniquilaste el sudario paciente  
 que envuelve esta orfandad.  
 Tu predio porta máscaras  
 y es un dominio de la servidumbre  
 que angosta pace estéril  
 y en la noche que tú volabas a otros páramos,  
 miraba ensombrecido una estrella remota  
 y cantaba en los porches  
 bebiendo de las cántaras.

Todavía prevaleces,  
 habitando la herida  
 de aquel hombre lejano,

que su razón dictaba separarse del campo  
y fue a vagar por siempre de aquel lodo  
despavorido y triste, pues su tierra olvidara.

Mi ángel, todavía de arquero,  
cuándo te irás por siempre;  
cuándo muerto custodien tus despojos  
para que así se quede volando una presencia  
y luego de beber,  
mi gente cante alegre,  
porque al fin son libertos.

## 13

## 127 HISTORIA ANTIGUA DE SIDEL

Taciturno fue el último exégeta que habló de las costumbres  
más preeminentes de Sidel,  
puesto que aquella gloria, él no la entendió.  
Pensaba que era notorio si los pueblos pujaban  
por ascender sus rentas, el vellocino,  
laureadas cabezas que una ciencia portaban.  
La eclosión del momento; puertos de estrépito y sirenas,  
olimpiadas del brío, la charanga desnuda.

Era un artesonado bajo el sol cobijante.  
Hormigas de la arcilla, beben sus infusiones  
de yerbas dulces; pardo el vestido tosco,  
duro aparejo arrastra y así adquiere el molusco,  
o camina en la estepa  
para vender los ajos montaraces.

Esteras teje en cáñamo para dormir,  
es suelo tanta sangre postrada cuando sueña;  
de un brinco se le para el meditar  
pues si la tierra es virgen, vano es pensar en nada.

Tortura tuvo el joven por ser infante y plácido,  
su historia es un recuerdo de otro país florido.  
Un bordón le sujeta su reloj corazón;  
si son aires triunfales, medallas acaricia.  
El otro joven llega cabalgando sin bridas;

para su bestia en belfos junto al patio de alerces,  
besa paternidades y su lisonja es eso:  
sonrisa, queso agrio, leche en cuencos; se evade  
pastoreando luego mugidos de su hacienda.

Estos hábitos eran.  
Gente feliz contempla  
que no es miseria lo que ausente falta,  
sino lo que ya nunca fue menester decirlo.

## II

14

128

### JUEGO DEL TAROT

Quien al azar dispone sus cartas o sus actos  
y ahí queda con los signos abiertos  
mirando a su tahir;  
y mudo, pues quien dice es sólo el que interpreta  
lo que ve o remeda, lo que ejercita o piensa,  
sabría si aquellos fueron clarividencia,  
clave de su destino, don de mes as,  
la llamada de un orden que si surge secreto,  
tan sólo el elegido ve su oculto designio.

Lo que nunca has podido adivinar,  
es qué mano invisible los símbolos ordena.  
Y te queda tan sólo el amado misterio,  
gruta de tu cobijo y razón que no entiendes.

15

129

### DICK-JOCKEY

Quien ordena el concierto  
 por qué oculto dispone?

La tiniebla le cubre  
 con el haz y la antorcha;  
 da furor o arrebató  
 mas si muda el deseo,  
 nacerá una canción  
 delgada cual quebranto.

Contempla a quienes danzan  
 y el que danza le ignora.  
 Hay tumulto en los cuerpos,  
 frenesí de ser vivos;  
 recinto de los ecos,  
 curvo templo de escándalo.

Nunca la luz descende  
 ni él se yergue en su púlpito.  
 Al menos la alegría  
 mostrar debiera el rostro.

16

130

## POÉTICA

Este momento es sólo  
 la eternidad.

Acontece el suceso y contemplado  
 se queda ya por siempre.  
 Ojos que no han de ver,  
 lo miran si lo inventa.

Pasa la realidad y siempre es otra  
 pues ya por meditada se transforma.  
 Y nace el sueño, más real que aquélla.  
 Si sólo se quedara lo que vemos  
 tal como así discurre,  
 sería finitud lo que acontece,  
 no eterno devenir.

(No es la flauta entonada lo que miran tus ojos,  
 sino su música lo que oyes.)

17

## 131 OBEDIENCIA A LA LLAMADA

Secreto ha sido el orden que así llama  
 de oculta selva ignota a tu alfabeto  
 y presto reconcilias tus instantes  
 ante esa voz que ignoras, mas conoces.  
 Por dónde vino idea a tu recinto  
 y así lo modificas escribiendo  
 palabras que son tuyas, mas te dictan  
 soplo que no es susurro y sí es herida.  
 Hablar en plazas y gritar los trinos  
 tu oficio es y menester por noble.  
 Quien no oyere esa voz feliz se absuelve,  
 mas el que las medita, se destruye.

18

## 132 RETRATO

No es altanero tal placer,  
 se basta sólo a sí mismo  
 ya que su gozo no se aparta  
 de los demás,  
 sino que para asirlos,  
 debe buscar su gabinete,  
 cerrar el cortinaje, beber descompasado,  
 ocultar el estrépito,  
 mirar al quiebro nubes de presagio,  
 hablar entre voz alta con aquello que inventa.  
 Papeles son, que el sueño moja y fía  
 en dejar entre ellos palabras,  
 música escrita,  
 la otra realidad, que por sagrada existe  
 tan sólo en su labor,  
 y que los otros nunca verán si ciegos viven.

133

## DOCUMENTOS APÓCRIFOS

Documentos apócrifos son,  
 nunca estudioso anduvo por legados  
 descifrando su verdad.  
 Quien más cercano queda,  
 fue mester de clerecía;  
 pero el abad no admite  
 por peligro de heterodoxía.  
 Divaga el claustro pues pudiera  
 ser algún sueño;  
 desliz de Leonardo  
 tal vez.

A alquimias se someten.  
 Pero el humo no es blanco,  
 que alquitrán de retorta en el aire se vicia.

Una capitular iluminada  
 de orfebre pendolista deja mudo el tratado.

Si no se supo que la historia es cierta,  
 el esfuerzo bien vale en ser creída.  
 Se inventa el hecho.

Siempre el axioma estuvo  
 en manos del poeta.

134

## CONSTRUCCIÓN DE LAS PIRÁMIDES

El arquitecto que midió los cielos  
 con sólo ver qué astro en noche oculta  
 cuelga del mundo el caminar eterno,  
 fuera emisario de los que vendrían  
 más tarde a su nacer.

Pues el lugar medita; aparta huertos  
 y riega así la piedra porque aflore  
 cual ciprés apuntando.

Avizora presagios y señala  
 el vértice de punta, la cuchilla  
 que atravesara nubes, ya que siempre  
 se hiere lo que vuela y nunca gime.

Un ícaro le eleva y ya contempla  
 el macerado arrastre del granito,  
 el sarcófago ignoto con sus odres  
 que si vino fermentan, lagar en tierra fueron.  
 No es tumba sólo para cuerpo regio  
 en brazadas de perlas orlando los muñones,  
 sino caverna donde tañe el mundo  
 historias de la muerte y sus conquistas.

Extraño espanta aves del Averno,  
 es obra eterna lo que prevalece.  
 Y di por qué no muere lo que es culto  
 de la muerte incorrupta y con diademas.

## 21

135

## BODA DE ANAXIMANDRO

Qué angosto epitalamio para gozar  
 es éste,  
 ya que por mucha entrega de los cuerpos,  
 siempre varón será quien aguerrido  
 nazca en la corrupción.

Desdeño tal placer; nunca se une  
 el gozo,  
 ya que así se separan los deseos  
 y siempre rompe el hombre con su grito  
 la sosegada cítara tañida.  
 No es columna tan sólo quien sostiene  
 tal plenitud,  
 sino redondo mundo, esfera loca  
 en derredor las almas derritiendo.

Aparta pues, desnudos;  
 regresa al clan nativo y procrea en tu especie.  
 Repudio descendencia y vago en esta noche  
 ya que infinito soy, pues el mundo es bien curvo.



En el púlpito de fray Luis de León de la Universidad de Salamanca (1975)

136

## INTRODUCCIÓN A PÍNDARO

Lúcido fuera si la gloria exaltas  
y el vitor cuelgas de la sien ardiente;  
si en el gimnasio yaces y pregonas  
que es héroe quien ya muere compitiendo.

No hay más vida que el vuelo, si extendido,  
cruza los arenales del humano rincón  
y trasciende a otras ansias y un salterio  
le acompaña por trémulo en su huida.  
Noble milagro el que a la pira llega  
victorioso de sí y del tumulto  
quien desviste la clámide y reposa  
su triunfo de arquero y su jadeo.

Nunca por menestral, sino por jueces,  
aterido quedara tal mundo sin la llama.  
Dioses contemplan la conquista  
y el victorioso ya, dioses comparte.

137

## BAÑO NOCTURNO

Me has dado plena luna  
para ver qué acontece.  
Los bañistas hundían sus cuerpos en las linfas,  
el abismo guardaba sus medusas  
y era gozo flotar entre la nada  
que un murmullo repite cuando en la orilla muere.

Quien los ojos penetra por ignoto coral,  
adivina tan sólo lo que encierra el misterio.  
Allí sobrecogido aguarda el relicario  
de quien su vida ahoga,  
cofre que fue pasión y sales ocultaron,  
placer de hundir las manos y nada queda asido.

Cuerpo tuyo acaricia un despojo infinito  
y sumerges tu vida en un mundo que ignoras.  
Tan sólo un resplandor en los cielos preside;  
plenilunio en la mar, la tiniebla en lo alto.

24

138

## MÁSCARAS COLGADAS

La del rictus amargo, un bufón cortesano;  
la de la pena, huérfano en los atrios ducales;  
aquella cabellera fue quebradiza alfombra,  
los ojos de azulaque fueron ciegos por siempre.

Quien el rostro remedia, cubre sus penitencias.  
Caras conozco, nunca, pensamientos ocultos.  
Quien un río desola su sed le acompañaba;  
da el rostro su verdad, pero jamás su estirpe.

25

139

## RIÑA DE GALLOS

Corto vallado es para cercar el rito.  
Un aceite que hierve, los ojos embalsama.  
Garfios de apoteosis circunda el circo en cirros;  
jadeo va, saliva lenta cae.

Torres del artificio en la arena se encelan.  
Un medirse los pasos, como quien firme danza.  
Torbellino de pronto: el encrestado hiende  
tal saña en el plumaje, que la pluma ya es roja.

Coro apremia y se envidia en no ser contendiente;  
deseara trocarse en animal sin vuelo,  
pero capaz del último alarido si inmola  
en otra vida ajena, su vencedor triunfo.

140

## ESCENA DE DISCIPLINANTES

Torso de una sirena en tatuaje,  
 costillares endémicos, hombros alicaídos,  
 vientre desbotonado y fajín sin costura,  
 degollación del plexo, arañazo de esparto:  
 sangre de la carcoma.

En el salón decoran inscripciones de Tiépolo;  
 la mesa ornamental, tiende sobre su mármol  
 dispuestas disciplinas.  
 Aquel que el garfio escoge, mortal pecado guarda;  
 quien la soga de lana, amedrentado vive;  
 si el látigo fustiga, será espalda de obseso,  
 más el quejido brota, que es oración el aye.

Tan dura es la iracundia que el vinagre se tiñe  
 y la piel de apostema quiebra su delgadez.

El campanil advierte y la secta se yergue,  
 no habla quien se inmola, pues la palabra hiere;  
 cantan un mismo arpegio de aire macerado,  
 la luna se universal y restaña el dolor.

En la umbría soledad, cuando el mundo no hiere,  
 idolatran el gozo de saberse aventados;  
 flagelo para un cuerpo, ya que conciencia olvidan  
 y esta vuela en la paz del jardín y los claustros.

141

## CIRCUNCISIÓN

Pasteles de verdura, fría gallina en trufas,  
 almendrados de azúcar, huevos amarillentos,  
 espiga en los manteles, sal en cuencos de plata,  
 ácimo pan y vino bendecido,  
 fermentada pimienta.

Se entonan melodías.

Descansa el circunciso sobre una hopalanda.  
 Cobija así su sueño quien de amor le creara,  
 gozan si en él esperan ser cuerpo resurrecto.  
 La esperanza es del pueblo, pues vive quien aguarda.

28

142 JOVEN INDIA, ATAVIADA CON SARI,  
 BAILA UN SON DE OCCIDENTE

La perla por la frente ya es carbón,  
 nunca joya.

Has de quemar el sándalo, pues varón se te acerca.  
 Vuelve a tus latitudes y medita en la alfombra;  
 hermoso paraíso fue la tierra que portas;  
 ofrece tus despojos y sé carne en la selva,  
 nunca palafrenera de este reino de obsesos  
 que jamás vio de cerca tus misterios hermosos.

29

143 PALOMAS DE PICASSO

Una hacia el Este mira, por donde llega el sol.  
 La compañera observa qué poniente es propicio  
 para que el astro imponga tanto azul que ellas portan.

La alcancía está plena; tal moneda dorada  
 se para sobre el cénit y allí alumbraba la sombra  
 que siempre queda al pie de todo ser que vuela.

30

144 LLAMADA A LA PUERTA DE ISIDORE  
 DUCASSE

«Pero, en resumidas cuentas,  
 es un libro tirado al agua.»

LAUTREAMONT.

Es maltrecho el jergón donde está la presencia,  
 hueco de un cuerpo alzado que el ventanal enciende.  
 El anafe, en su cisco, tufa el ambiente pálido;

sobre el piano abierto, un trémolo medita.  
Ya nieva sobre el mundo y una capa caída,  
oculta aquel desgarro: el frío está en los otros.

Escucha, es una estrofa de cabaret,  
arpegia la botella su ajenjo alucinado.  
Mira desde un ignoto bosque donde los ojos,  
constelación semejan colibríes en llama.

Hierve un té en samovar que inciensa tal estancia.  
infusión del letargo, pues el humo ennoblece  
ya que rostros oculta y es la voz quien preside,  
estertor o lamento, discurso del que crea.

Llama quien necesita ser huésped de un momento.  
El Conde abre las puertas; se le va la memoria  
y postrado se queda delirando su éxodo.  
Maldoror es feliz. Son años de esperanza.

## 31

145

## PÚLPITO DE FRAY LUIS

Si así subes caramelo tan dichoso,  
madera que de añosa se quejara,  
nunca de pie profano tuvo en celo  
profanar tal recinto.  
Si no es luz que se usa,  
cobija en su labrado voz que queda;  
oscuro artesonado,  
declive del quebranto,  
encina, que por rota, fue tal púlpito.

Dirás mañana lo que ayer no has dicho;  
pues la palabra en rejas fuera presa.  
En grillos quedó lengua y nunca verbo  
su discurso ocultó;  
pues quien esconde  
voces que dentro en grito enmudecieron,  
mudez dejó por siempre ya marchita  
y sólo habla quien verdad proclama.

146

## TEMA DE PIGMALIÓN

No desees aquel cuerpo, mármol era.  
Galatea al desnudo, la túnica desviste.  
Si creador de formas, era prohibido el goce  
y menos el amor.

Quien de alfar alza templos,  
en solaz los contempla.  
No ora quien inventa,  
sino quien fugitivo pasa en los eriales  
y se le prende al vuelo  
la música yacente.

Por amar lo creado,  
la estatua tuvo vida  
y tal progenitura anduvo por la piel  
de quien la palpa y late  
y ya descende,  
del pedestal que existe por mantener lo inerte,  
a la ancha tierra abierta.

Pues quien la pisa, vive.

147

## VISITA AL MUSEO

La belleza no es fija, que ágil se contorna.  
Rebelión del sentido es la escena colgada;  
mueve ya sus figuras, habita nuestro feudo  
desciende y dialoga con aquel que contempla.  
Palabras que no entiendes pues otros mundos fueron:  
adoración, corceles, paisajes de ceniza,  
bufonadas de cieno, Nicolás Pertusato,  
lebrél que en tal descanso a sus amos medita.

Luego queda el desnudo flotando entre los mármoles,  
haz de luz por los pórticos la gracia va otorgando,  
éxtasis de la diosa que el barro diviniza.

Pasea la opresión su tapia fusilada  
y hay un desgarró en blanco que en sangre condecora.  
Los alquimistas muelen sus morteros de especias  
y las salas se cierran con lo irreal expuesto.

Así el mundo entre lienzos sus verdades proclama  
a quien la mano empuja por escribir su historia.  
Tal arrebató es, que solo se medita  
cuando la tierra inventas por haberla vivido.  
Llevas a tu rincón lo que en ojos se queda  
y pasa ahora un cortejo: criaturas han sido.  
Invaden tus dominios y no sabes si sueñas  
o es que soñando vistes pasando la miseria.

### III

34

148

#### CIMA DEL DESPERTAR

Como la escarcha, el día abre sus hielos  
y ya despierto queda  
el sueño de tal rostro.

Ojos miran el techo;  
no es cielo lo que cubre  
tal alba, sino augusta  
manera de nacer  
de nuevo al sortilegio.

Un instante quedó suspensa tanta vida  
sin acertar qué orden renacía,  
de la noche yacente,  
al gallo mediador.

Erguido el cuerpo,  
ya es vivo en la faena;  
tórrido clama su celaje el mundo.

Nacer, nacer:  
letales laboreos  
para de nuevo asirse a la noche que aguarda.

## HUELLAS

Perdiéronse las huellas que no eran  
 mas que recordatorio.  
 Añejo por los años, el lar se fue al derrumbe:  
 la infancia toda, objetos y retratos,  
 la medalla que el moho roba sus inscripciones,  
 el sabor de los nísperos.  
 Truhán el polvo invade la alacena,  
 oculta no el manjar,  
 sino el recuerdo de sus apetencias  
 y aquella mano, que caída,  
 destejía el cabello y fue caricia,  
 ademán de iracundia y gozo:  
 rostro del padre.

Quién peregrino de tu amor,  
 anuda las sortijas sobre el damasco  
 y así contempla tan feliz alianza,  
 absorto en esa luz que la tarde deslía  
 flotando por la alcoba  
 y preguntas, qué sueños turban los pensamientos  
 ahora que es calma.

Oh, no; es nuestra soledad,  
 la ceguera que advierte  
 que las huellas han sido nuestro sino.

## HUÉSPED SOLO

Descreído queda quien no inventa sus sueños.  
 Y así, cuando contempla el rostro en el espejo,  
 no se cree, sino que es otra ánima  
 que porta su verdad es lo que piensa;  
 mas luego cuando ignora el no ser contemplado  
 qué carne igual semeja su impostura,  
 quién rechaza su ofrenda o no cruza sus labios  
 con una despedida,

nubla ojos y vuelve a la alcoba en que sueña  
y contempla la lluvia oyendo fuera el mundo.

Cómo ensordece el ánimo y su triste desgana  
de una paz que no es suya,  
sino del gran concierto que enmudece.  
Mas él no participa y así ocurre la muerte.  
Sólo muere, quien vivo, se aloja en su quebranto.

37

151

## RAPTO SIN LICENCIA

Si por apremio llevarán tu vida  
a un lar ignoto donde nadie  
pueda saber qué flor será la seña.  
Si a sueldo el poderoso ordena el rapto  
sin licencia de ti, que es quien pervive  
y opción no deja para que repartas  
recuerdos, besos, gargantillas, llanto;  
antes del abandono,  
pon en orden los sueños,  
vida que un día en su portento amaba.  
Si sucumbes será por crimen de otras hoces,  
que nunca fue el deseo más hondo que el juntarse  
y andar por los altares que tus años alzaron.

38

152

## CAUTIVERIO DEL CUERPO

Cárceles fueron, nunca desamparo  
las que de andar en mientes te nacían;  
ondulabas el cuerpo ante el asedio  
que del varón cercaba tus moradas.  
Colcha con flores, mantoncillo en senos;  
jauría va en tropel hasta tu embozo;  
mariposas de aceite en las repisas,  
devociones de estampas.

Sortilegio  
del vientre que no acepta lo aceptado.

153

## APOLOGÍA BÁRBARA

Quien de secta ya sólo lo que es secta proclama  
e ignora lo que en torno acontece y es vivo,  
miente por siempre.

Discurso del esteta.

Viejo el lobo demanda rebaños de vellón,  
así arracima en torno coro que bala unido  
y ya queda inmolada la idea del bostezo.

Defiende al fugitivo que en su estancia perdiera  
lo que allá acontece, pues de allá nunca vino  
y solo en el sabor del orujo y los fuegos,  
su cántico construye entre piedrás lunares.  
Inviolado queda quien así porta el alma  
y centinela guarda de sus luces perpetuas.  
La idea nunca es una como el bárbaro clama,  
sino que en cada cosa el mundo se infinita.

154

## TRINO PARA OFRECER DISCULPAS

Febрил el párpado y la mano en nácar  
quien del sueño regresa su yacente despojo  
y al verme en mí, descubre su quebranto  
y vuelve así los ojos a cerrar tanta pena.

Mejor valiera en caz ser aventado  
lo que tanta ceguera confunde sus virtudes;  
pues si una congoja preludia ya la muerte,  
mata el que en ira irrumpe tan sagrado descanso.

155

## QUIEN MEDITA

Fallece el que a la vera de lo ignoto  
ve las sombras pasar y las medita,  
el que atesora luego tanta umbría  
y agónico presagio son sus sueños.

Murmura entonces lo que en negro has visto;  
viejo deseo del hombre fue la empresa;  
en hoyo sempiterno se lábrara  
tal aposento donde mora y yace.

Erguía así la esfinge sus miradas:  
quien eterno se llama, fugaz será lo visto,  
mas el que apuesta finitud por vida,  
inventa ya sus mundos en la anchura.

Zagal que hondero aciertas al venado,  
feliz te va el silbido cuando cantas;  
quien la luz pastorea, así discurre,  
y es quien vivo remeda la sombra de aquel otro.

156

## ELEGÍA EN VIVO

No son dioses aquellos que el amor nos conforta;  
no es solo el mundo, sino las cicatrices  
que lo ajeno enajena.

Luego, por nacimiento  
parto de horror y sábanas manchadas,  
regresarás a tierra.

Allí verás quién caza;  
alguien acierto al tacto  
y a tientas hunde piedra en la frente altanera.

Pasearás tu pena de malecón que hiere,  
ola rota que vuela y luego se desploma,  
recoger en la palma aquello que se eleva,  
siempre quema en los dedos tan ascenso a lo alto.

Vino de cara angosta a pasear su duelo;  
 humedece la plaza sus líquenes secretos,  
 le nace una humedad por los ojos y es llanto.  
 La tierra siempre tiene la razón de sus lloros.

43

157

## GRITO EN EL AIRE

Grito en el aire queda  
 y así espanta los pájaros.  
 La noche para el curso,  
 su devenir de sombras.  
 Sobresaltan los sueños,  
 cual niños que incorporan  
 con ojos aventados  
 tal pavor.

## Preguntas

a tí mismo  
 si fue tu voz aquella  
 que gritó sin saber;  
 o ha sido extraña pena  
 que ya nunca sabrás.  
 Si alarido fue el trance,  
 si nacimiento de algo,  
 o tal vez un dolor  
 de alguien que soñara.  
 Ya que es costumbre el grito,  
 por remedar la noche  
 sus azogues de espanto.

44

158

## ÁRBOL CON INSCRIPCIONES

Es aquí donde anduvo lenta procesionaria  
 con sus pies infinitos hollando la resina  
 que endulza el nombre aquel que escribiste en el árbol,  
 y que sólo es corteza de un tiempo tan ajado.

En savia que le asciende va la tal efemérides  
 y nunca le llegaron tus dedos a rozarla;

es tiempo que se evade por más amor que pongas  
en dejar en las huellas un hondo relicario.

El jilguero se encona, pues descubre tu asedio;  
la floresta es su bóveda donde alígero canta.  
Allí trepan tus ojos por descubrir la cita  
y no sabes que todo lo que en árbol se hiende,  
florece con el polen que tus manos dejaron.

Así el mirar lo alto nubla párpados trémulos.  
Un día fue el suceso, perpetuaste el ansia.  
Sólo el mármol, por muerto, conserva su legado;  
mas el que vive eleva su herido tatuaje.

45

159

## PESCA DE ALTURA

La aventura sería si navegante a ciegas,  
con el nudo marino tu poder desataras;  
si la carnada fue un cuerpo de naufragio  
que el trasmallo retorna a su patria primera.

Mas no esta quietud que es yodo por silente  
olvidado a la mar y atónico en la niebla,  
sintiendo el sortilegio de un pez que vaga en cieno  
y muerde así su muerte pensando asir la vida.

46

160

## SOBRE RÍOS DIVERSOS

Hablar; quien mucha agua, poco aprieta,  
pues de caudal, el verbo lleva orillas.  
Todas a un fin se vacían, riegan huertas  
mas nunca germinó discurso estéril.

Gallarda voz, proscenio de la escena;  
afluentes rumorosos le alimentan.

Torrenteras del foro.

Quien por mudo  
sabio es, paternal, todo gran río:  
inunda de estupor  
y fertiliza  
palabra aquella que la voz no dijo.

47

161

## OBJETOS PERDIDOS

Si pérfido raptor llevóse aquello  
que necesario fuera de sustento  
pues lo que el tiempo dio no lo remedia  
sino tiempo vivido y recordado,  
busca la mocedad, que en ferias tuvo  
linaje tan bravío y que ya pierdes.  
Que si historias fenecen, años fueron,  
y un temblor quedó entonces palpitando.

Miras el devenir de agrura altiva;  
horcas forzando va quien se destina  
a un legado que es hoyo y malvas cubren  
y así entierras tesoro o existencia.

Tuvo sólo quien dio lo que posee,  
cuerpo altanero y risa en los cantiles,  
onda que tensa y salta, ya que es libre.

Y ahora el clamor reclama, cuando sólo  
es el comienzo de tus epitafios.

48

162

## PUZZLE

Descompongo el amor.  
Es vasto, nada ordena sus partes;  
se arracima en un tallo, exalta pleno,  
mas luego sólo quiebra.  
¿Quién despierta los odios?

Veniales caricias restituyen el orden.  
 Cuerpo se entrega, goza  
 un pleamar, embate;  
 el placer quiebra vidrios, custodios de su muerte  
 luego feliz se rinde  
 o ya es la agonía.

El origen fue aquel del abandono.  
 Los bosques se ocultaron fenecidos,  
 carbón luego otorgaban.  
 ¿Quién compone tal muerte para vida?

Como el amor que odio porque así me reduce,  
 o ese odio adorable que rompe tus crisálidas.

## CARTA CERRADA

Hoy que no podré  
 tocar las almohadas donde va tu melena  
 flotando por el sueño  
 y ausente así medito  
 que tu carne es un hoyo que en sábanas se queda  
 y no hay geografía que ríos bañen luego  
 pues tu cuerpo está allá  
 y espera los retornos,  
 paseo largas noches con charcos que se hielan  
 y me acompaña ignoto lebrel del que no supe  
 cómo llamar si mira  
 o mirar si me habla.

Tal custodia sostengo, pues mi amor ya no es otro  
 que el verte como pliegas paños y soledades,  
 el cristal de una copa que por muda refleja  
 sólo perdidos soles y nunca aquella música.

La llave aguarda fría entre ojos de ópalo;  
 mi cansancio del día sube peldaños ciertos;  
 se abre así la estancia mas tu risa me hiere  
 pues sombras adivina, como yo sueño sombras.

50

164

## DESAMOR

Niña que no serás, pues siempre en vano  
 fue tu dolor mujer.  
 Airecillos custodian tu melena ondulando,  
 de verdín sombras cuidan las ojeras de luto.  
 Ven al cobijo. Nunca  
 llores el desamor.

51

165 CONTESTACIÓN RESERVADA, A UNA CARTA  
DE AMIGO, EN GRAVE ESTADO

Fieras felices funden sus fronteras,  
 rompen en selva su acomodo verde;  
 alas sacian con hambres esteparias,  
 no son, sino despojos que se inmolan.  
 Cada mirar tras la ventana, era  
 irse de vuelo, sosegado el aire;  
 sana el provecho, pero no el estado,  
 cual si savia en el árbol se mediara,  
 o en sangre nunca carne se creciera.

Sueña así quien postrado cuerpo mece  
 al aire que le ronda y es agonía;  
 lava en sus ojos la funesta historia,  
 gozando en su martirio al ver la vida.  
 Una mano se rompe si acaricia  
 el cuerpo en palidez que deseara;  
 ira de su presidio en tal letargo,  
 romper por siempre lo que así sujeta.  
 O ser calma en la tierra entre los brezos.

y 52

166

## ATENTADO CELESTE

Todo lo que discurre, fue invención del que llora.  
 Salud para quien nace muriendo en maravilla  
 pues lo que ve, adivina en su refugio eterno  
 y de un soplo en el barro, resucita el letargo.

Fueron otras monedas lo que en bolsa vacía  
y allí le queda sólo arenilla fugaz;  
el nácar de una concha donde el iris ya tiembla.  
Tan vasto cielo es, que allí está su universo.

Gracias es el insecto que germina las rosas  
si porta con su vuelo tal polen a otra vida;  
así como tu mano que se extiende y recorre  
de un éxtasis al hondo misterio de quien siembra.

No es templo lo que inerte ya la luz petrifica,  
si no tú que paseas la templada orfandad;  
embuste de saber que nada así acontece,  
pues ceguera del mundo es claridad contigo.

Igual que dientes hienden una pulpa salobre  
y es fruta porque algo derrama su dulzor,  
aunque la empresa fuera llegar hasta el recinto  
que es sólo, lo que dentro, estalla en su fragancia.

Siempre en frío aposento una lámpara vela.  
Custodia aquella nieve que fuera invade tierras,  
mas si oculto atesoras plenitud encendida,  
quién será ventisquero rodando por tus sienas.

Método es tan sólo quien anda en las ruinas  
por construir en ellas los hogares que fueron,  
sintiendo carne ajena guardar en su cobijo  
tiemblo y altanería en su soplo viviente.

Cada instante perdura si así lo perpetúas  
dejando huella honda en su fango infinito,  
no como quien altivo en los bosques pasea  
presto el disparo solo, raudo el reno vencido.

Nunca fue realidad lo que sólo te hiere,  
sino lo que te daña luego de meditado,  
pues tal don es un hondo talismán si lo portas  
como carne irredenta, cubriéndote la sangre.

Y así fantasmas vienen a la melancolía,  
acunan ellos sueños por ser sueños que vagan  
y es la verdad tan sólo lo que un humo ennoblece,  
pues puro, más que el aire, es sólo lo soñado.

Así avizoras cuanto en Sidel acontece;  
dios oculto entre odres, ya que ignorado moras  
del piélago que cubre tal prisión y secreto,  
ya que nunca se supo que dioses imitaras.

Te basta quebrar fresnos y hacer flautas con ellos,  
silvar la desventura cuando pasa el profeta.  
Trono de tus dominios, cierras las soledades.  
Tus ojos, por cegados, otros mundos han visto.



6

## EROS Y ANTEROS

Premio Álamo 1975

Premio Nacional de Literatura 1977

«Serán ceniza, mas tendrá sentido;  
polvo serán, mas polvo enamorado.»

FRANCISCO DE QUEVEDO.



El vals, *La valse*, por rabel tañido  
de Ravel.

Cuando Eros se destapa  
con ojos glaucos por el verde mapa  
de un cuerpo al lado en desnudez tendido.  
Ízalo pronto para el baile ardidado,  
que cerviz y pavesa cubre en capa  
y absuelve así la mano que se escapa:  
ajados terciopelos del vestido.

Abluciones serán del ejercicio  
de amar a solas juntas soledades;  
quebrado el himen, quebrantó el oficio.  
Así resuelven valeses de aguaceros  
por alcobas de espasmo y orfandades  
el Eros solo y el plural Anteros.

Anteros, hijo de Afrodita, pasa  
junto al odre de Naxos, rubio vino  
enlutado.

Despójate el albino  
coronante joyel.

Tumba en la casa  
la sierva más indómita y amasa  
en ácidas artesas tu destino.

Hiende al arco la liebre sobre el pino  
abatido del rayo...

Huye escasa  
la mies sobre estos prados tan nupciales  
por el viento carnal de la agonía.  
Oh hijo, compartido en esponsales.

Lunado fue tan débil nigromante  
en vestales calendas, que se hacía  
dócil la carne y el amor menguante.

169

3

Genuflexa y redonda, la rodilla  
se esponja en savia y yerba tan labrada,  
que columna del muslo, por cansada,  
cerco de carne deja si se humilla.  
Roma el césped, apriétalo y mancilla;  
encinta queda huérfana morada  
de hormiguero trepante por la azada  
de la pierna incorrupta.

Se arrodilla  
el cuerpo comulgante en los despojos  
de su tierra pariente y paridora.

Placentas van de lava por los ojos,  
anillos quedan de oferente suelo:  
criatura que nace mientras llora  
y es sangre de alianza para el vuelo.

170

4

Qué angosto encaje por orfebre tallas  
dentro del cuenco que en el vientre anidas  
si en hijo así se cumplen renacidas  
huesos tejiendo y leche en tiernas mallas.

Por prietos calendarios donde vayas,  
nueve meses de gesta gestan vidas  
y templos son las ayes; mas que heridas  
en cóncavo recinto llanto ensayas.

Vendrá varón por ley enrojecido  
 a una sábana helada que le acoge  
 si campo yermo, estéril camperío.  
 Que viviendo, así nace lo vivido  
 y el fruto irrumpe cuando en tierra moje  
 tanta sangre labrada en tanto brío.

171

5

Que secreto no fuera, en palio vienes.  
 Oculto el rostro, por custodia pasas;  
 guarda son de tus ojos más que brasas  
 el lento velo encubridor de sienes.

Te pisas la mirada, pies rehenes,  
 caminante pudor, tierras escasas,  
 limosnera de llagas por las casas  
 que tristes cierran luto de sus bienes.

Mira el dolor que viéndote no veo;  
 guerra pasó y queda en las ojeras  
 huella por llanto, yermo lagrimeo.  
 Manos alzadas, vacuas de bravura  
 en cárceles enjutas prisioneras  
 reo son del letargo en tu cintura.

172

6

Tu cuerpo tallo y en caricias yerro  
 si carne ocultas deshilando paños;  
 huidos pies, peanas de tus años,  
 estatua majestad, lluvia en el cerro.  
 Si cabe amor que menoscabe, entierro  
 manos raptoras para tus engaños  
 que manirroto y ciego, cuántos daños  
 compañía me harán en tal destierro.  
 Fiel quedara quien muda, la voz sella  
 y queja así levanta en triste coro  
 y ya vencido en desamor se inclina.

No tu cuerpo flotando por aquella  
la imposible batalla del decoro,  
yaciendo hermosa en desnudez marina.

173

7

Por la mesa, plegada la camisa;  
los blondos brazos, pectoral abierto;  
tu mano pasa plancheando a muerto  
arrugas de una carne tan remisa.  
Si fuego pones, la fogata avisa  
que no almidón se yergue, sino yerto  
cuévano de un osario tan incierto  
de holganza en telas que incendió la prisa.  
Tórrida palma tuya en calentura  
que el ansia aviva y el ropaje inmola.

La carne tañe su deseo ardiente,  
victorioso el desnudo se procura.  
Sudarios son del lino que me cubre:  
tu vida transfiguran con mi muerte.

174

8

Cumple bravío el sexo lo que doma,  
oferente se rinde y a destajo  
si vida cercenada por un tajo  
agoniza a la par de cuanto toma.

No mancilla si hiere, sino roma  
laxitud infinita; sueña bajo  
los ojos de la puente su trabajo  
de alzar ruinas y escombrar aroma  
de abatidas columnas en desnudo.

Pasó jauría, por piafante, impura,  
cercana al lecho silenciado en velos  
y el hechizo rasgó por cuanto pudo.

La gubia penetrante en la cintura  
silencio advierte y estertor en celos.

175

9

Si hacer pude por cierto lo que duerme  
 volver a despertar, pues quien despierta  
 mañanas cubre si por alba yerta  
 inmola al cuerpo en su reposo inerme,  
 párpados bate para estremecerme  
 si desnudo pudor cubre la puerta  
 de la carne transida, mas que muerta  
 letal envío ofrece al ofrecerme.

Así en reposo cuerpos paralelos  
 ven aves anidar en las alcobas;  
 luego de aquel letargo, en lecho penas.

Placer de dos, indómitos de cielos  
 y abrasados de pánico, si robas  
 rugiente hoguera de trenzadas venas.

176

10

Venas trenzadas de rugiente hoguera  
 el páramo calcinas cuando pasas  
 si manos trenzas y en caricia abrasas  
 rastrojo mío que de parva era.  
 De qué cuerpo blasón yo me quisiera  
 por tu campo de gules que traspasas  
 tumbando ciervos y dorando en brasas  
 la túnica cendal que te cubriera.

No rías por ya verme sin despojos  
 persiguiendo tu caza en cuerpo huido,  
 que en cetrería ciegos van los ojos.  
 Y presa ya, delirio al alcanzarte,  
 rasgando juncos tu desnudo ha sido  
 fiesta en la fronda para contemplarte.

177

11

Por contemplarte, fiesta hubo en la fronda;  
 dioses del abejuco raudos vuelan  
 por ver si ven lo que ya viendo anhelan:  
 pubis en linfas, desnudez redonda.

El césped cuida que la diana es onda,  
 ondina al río que desnudos hielan  
 y entre espumas y peces se cincelan  
 yacente estatua en soledad tan honda.  
 Tape el tapiz, pues roba del paisaje  
 el suelo verde y el junquillo altivo,  
 cuerpo en descanso y mudo sin ropaje.  
 Que noche venga y cubridora sea  
 del abandono que por viva, vivo,  
 y luciérnaga alumbra cuanto vea.

178

12

Vea si por luciérnaga es vidente  
 que el suelo toco y tierra me apresura  
 en subir piernas alzas de tan duras;  
 enebrados enebros tienden puente  
 para que pase al fin, quien de repente,  
 de brocal indeciso se procura  
 compañía al caminar.

Dura y madura  
 el agua cae del pelo de su frente.  
 Ya cascada le cubre por vestido;  
 melena al suelo, por detrás, no verte  
 y viéndola de frente en niebla anduvo.  
 Resuelto el bosque, ajeno va el sentido.

Era hora muy justa en ver lloverte:  
 perdido fue, quien tuvo y no retuvo.

179

13

Si tuve y fui perdido al no tenerme  
 en pie, pues caminar no pudo el cielo,  
 que pase el lance y se desplome el hielo,  
 nevero ha sido el frío de perderme.

Laberinto tu goce al ofrecerme  
 altivas sierras en nevado suelo;  
 luego el jardín, umbrío del anhelo  
 y tarde el muslo o valle donde arderme.

Voraz quien sed ya bebe y se suicida  
 y esparce así la yerba aprisionada  
 de un cuerpo desplomado que fue vida.  
 Pues la muerte ya es otra en tal sudario,  
 que letal va el desmayo y muerte es nada  
 si beso entierra en su yacente osario.

180

14

Si el hueso yace y enterrado besa  
 la raíz que de humana fue transida  
 epopeya de carne, cuando en vida  
 paseaba el talle, la cadera ilesa,  
 qué dirá, no, la reja que por esa  
 ensemillada tierra al surco herida  
 topa el hueso, levántalo y se olvida  
 y arado sigue y vase y ya regresa.  
 Pues algún día quedará recuerdo  
 que vivo anduvo lo que grácil siembra  
 y avento así tomillo y frutas bate.  
 Del hueso flautas hizo, acordes muerdo,  
 ya que esqueleto fuera de tal hembra  
 victoriosa de sí en el combate.

181

15

Quien sus batallas vence y a saqueo  
 hurga reliquia en boca del vencido,  
 llámese beso o menoscabo ha sido  
 de esa muerte olorosa del jadeo,  
 por siempre así perdone como reo  
 de ser victoria en otro fenecido,  
 pues si desmayo y lance tan temido  
 da igual que muerto por amor me veo.

Torneos van, a cuerpos almenados;  
 quien torre escala, hunde la bandera  
 y blasón así abate en furia alzada.  
 Ya tus hombros se rinden traspasados  
 por dientes que le roen la frontera  
 que agónica se va a la boca ajada.

182

16

La boca abierta, balbucir sonoro  
dice no dice ayes suspirados  
que no perdón o afrenta traspasados  
por pico que en ballesta hunde canoro.

Lagar que tú germinas siempre en lloro  
cuando de núbil le pasaste a nados  
de andar púber, vestal en los estrados,  
al cauce que orillado en vientre moro.  
Así de virgen a lechal violento  
por leche va manando su descote  
y senos se arrebuja apretados.  
Generoso y redondo el alimento  
y el grano cuerpo queda, muerto a flote,  
entre ríos de leche naufragados.

183

17

Náufrago fui, por río en tus orillas.  
Tú, quieta al borde; linfas van en vilo  
como quien teje espumas por un hilo  
que madeja no sabe cuando ovillas.

Teje impasible si al amor humillas  
a ser ahogado y cercenado al filo  
donde ojos bajos, sin mirar, a estilo  
van del pez ciego: ciega maravilla.

Rescate fuera asirse a la madeja  
que de tu pelo Ariadna blondo bañas  
o trepar a tus piernas rompeolas.

Cobijo halle quien te cerca y deja  
su cuerpo nauta que tatuando arañas  
placer en rabia y el deseo a solas.

184

18

A solas deseante en rabia places  
por no morder, hendir lo placentero  
que si en burla te ronda, cerco espero  
y paz no haya si haces lo que haces.

En tal guerra y presidio haciendo paces  
templan cuerpos su fuego en el acero  
pues quien antes cedió, gime en su estero  
y si luego le sigues, muerto yaces.

En tal letargo, carne se condena  
y deseante perdición ha sido  
rasgar encajes perdonado afrontas.

Germina el vientre su fecunda avena,  
de espliego cubre herida por vestido  
y en sábanas desnuda te aposentas.

185

19

Plumón helado, el desnudo breve,  
un seno tiembla por transida mano;  
el fuego, que por fatuo, foga en vano  
pues hielo aventa si al calor se atreve.

Cómo el chapín no calzas si tan nieve  
el suelo queda y agujón el llano.  
Te portaré por fiebre y por cercano,  
tu carne fui cubriendo mientras llueve.

Si en tropel tanta nube se atropella  
y encono en tempestad resuelve airado  
y el rayo rasga la piedad dormida,  
te cubriré si pisas tanta huella.  
Pues por frío, la tórtola, si alado,  
plumón volando esparce de por vida.

186

20

Por más que se afanare a larga vida,  
corto fue lance tal a contradiente;  
minar axilas y morder el diente  
chasquido en boca o beso en desabrida.  
Así postrada, ofrenda y sacudida,  
del pasmo queda, náufraga y silente  
letargo en nido por cendal caliente  
a muerte se asemeja por dormida.

Fustiga la piedad, mi cuerpo mío,  
que abejorros te hostigan desvelada  
y en sangre punzan tu abandono invierno.  
Cuideme ya la ropa tanto frío  
y regresa por lenta y despertada  
que el lado yazgo en centinela eterno.

187

21

Quien centinela hogueras alimenta  
por ver en noche sólo ojos ardidos,  
el brazo cuida de rescoldos idos  
quemado y ya pasión tu cuerpo ahuyenta.

Traición la guarda que abandone sienta  
y persígala caza entre gemidos,  
que abandono de ti van los sentidos  
a campo ciego, a ciénaga irredenta.

Cómo hurtar el regazo donde tejes  
profecías o llano e hijo nuevo  
o un halda entre madejas que destejes.  
Quien la guarda no tuvo, busque en vano,  
que perderte de ver es lo que llevo  
penado paseante de mi mano.

188

22

Si de mi mano a pasear te apenas,  
camino tuvo quien llorando anduvo  
y si libre, a despojo, no retuvo  
el calor que de abrazos encadenas,

huye entre cedros, fúgate en condenas,  
que perdido y atrás, mi busca tuvo  
huellas del paso, desnudez retuvo  
el velo que olvidaste en juncos apenas.

Vendrás a tal estancia en donde arde  
leña del tilo y aroma sosegado  
y fresas en racimos a endulzarte.  
Pues soledad persigues cada tarde,  
compañía de vientres y enlazado,  
reyerta en fuga y goce de olvidarte.

189

23

No olvidar pude y el gozar pedía  
si escándalo por noche oscura anegas;  
ruido tenebroso cuando llegas  
clámides despojando, estatua fría.  
Que si piedra trocaras, quedaría  
siempre en carne aquel aire donde entregas  
la estatura perpleja, cuerpo a ciegos  
que en pedestal, mi cuerpo yacería.

Descansa sobre el plinto de las piernas,  
esparce cabellera por la ojiva  
del pecho tatuado en signos tuyos.

Eros se erosionaba por las tiernas  
caricias que en tu carne a la deriva  
galerna ahogaba en los naufragios tuyos.

190

24

De naufragio coral, soñando y roto,  
en playas del amor, mar que te humilla,  
tu baño esponjas cuando el cuerpo ovilla  
desnudo el frío en tu flotar remoto.

No linfas viste pues nadando azoto  
iras de quien no alcanza tu alba orilla  
y allí sesteas en la mojada quilla  
la espalda en yodos, cruel del maremoto.

Si el rapto fue por obra de delfines,  
toros de Europa con su cuerna embisten  
asolando la arena de los peces.

Huyes por deseante a otros confines;  
riendo corres y con algas visten  
salados senos, pezonadas nueces.

191

25

Huye de sí, quien pena por tu sombra  
cuando el suelo su imagen va y repite  
y la sigue, lebrel, jugando al quite,  
ruinas cubre y el camino escombra.

Si ciega en velos su volar de alondra  
y mirando no dice lo que admite,  
dí por ciega a qué lecho me remite  
tantan mudez cegada que me nombra.

Hallé tu huella enmadejada y mía  
en cárceles desaires donde callas  
si arañas tejen imposibles muros.  
Y cerré de por vivo cuando abría  
historias de otro tiempo, con batallas  
vencidos ambos y a placer oscuros.

192

26

Si oscuras vences, sombra de aposento,  
que entre hogueras pasó, luce nublando,  
tambor por mudo y sin batirlo blando  
sigilo fue por cauto y de por lento.  
Hundes de pronto boca con aliento  
y beso queda en flor, casi temblando,  
pues vigía dormido hallóse cuando  
gallos despiertan a traición del viento.

Clavando risas y en despojo erguida  
en brasas leños por la piel trizada,  
la hoguera sube en áspid sacudida.

Calmó la tempestad, quemóse a flote;  
quien oculta cazó, fuera cazada.

Montero la levanta y luego olvida.

193

27

Izada en talle, por volar desnuda,  
pudor cubre de párpados callados.  
Baile a puntas, más vuelo que volados  
cuerpos yacentes danzan por la duda.  
Una espineta en vales presta ayuda  
a tal flotar, de asidos, abrazados;  
luego música en torsos, por danzados  
el cuerpo tañe nota tan aguda.

Quebró el acorde, mas la estancia suena  
al trémolo que en carnes resonaran  
y ya la portan, musical, en brazos.

En soledad conjunta va la pena  
bebiendo el labio como si sonaran  
mejor que besos hondos, los abrazos.

194

28

Abrazada quedó besada cera  
pues tortura hubo rota de por llama  
alumbrando los cuévanos, si ama  
en carne extinta su extinción certera.

Muerte en brazos. Mas viva. Queda entera  
si así el sonrojo asoma y se oriflama  
y pánico caído, ausente dama,  
se incorpora más tarde y sonriera.

Tan sólo el colibrí, testigo mudo,  
espiondo su polen, voló a tantas  
flores diciendo lo que alado viera.  
Y el vencedor, si pudo lo que pudo,  
el rostro cubre por secretas plantas  
vedando a tal jardín su primavera.



Con el académico y «Premio Cervantes» 1982, Luis Rosales (1977)

195

29

En yerma piel se abundan la tal tierra  
celosa por la flor, cultiva sola  
lo que en alcobas vaga y se desola,  
esperando que noche cele en guerra.

Corcel que a corta brida el freno yerra  
y liberto se ansía y desarbola,  
lunado paces, si paciente inmola  
vibrante azogue que tumbado aferra.

Escapa si esperase el desafío  
del balcón asaltado, al musgo asido  
y violante antifaz, seguro puerto.  
Soñada fue la escena y nunca mío  
ese trance, tal hora y alto nido.

Despierta, realidad, que nada es cierto.

196

30

Tú, sueño innoble, irreal bravío,  
fustigada que en péndulos se mece,  
emisario de horcas que estremece  
si colgado agoniza en desafío.  
Ya sé que muerto fuera el poderío  
de tal carne arropada, si ennoblece  
vestido absuelto que flotando mece  
limonero en agraz, agrio amor mío.

Desciendo y embalsamo tanto gozo,  
pues aprendiera en enterrar la pena  
de aquello que fue aroma en tiempo mozo.  
Y nunca quedó bálsamo y batalla,  
pues porto así tal cuerpo por la arena;  
tendida en brazos, horizonte ensaya.

197

31

El blondo pelo que en cuidar despeinas  
 si el viento dejas que arrebate y mueva,  
 banderas es, si tremolando nieva  
 canas ya, que entre peines, solo peinas.  
 Vedejas tales alfombras tiernas  
 por plumas del nevero oscura cueva;  
 rastro fuera de ti, por más que llueva,  
 como el tiemblo, por roto, de entrepiernas.

No medites si pasa fenecido  
 carne por tiempo y años por agrura.  
 Quedará siempre y bien lo bien vivido.  
 Que más allá, por huella caminante,  
 fuese melena o cuerpo, sólo apura  
 saberse invicto o vencido amante.

198

32

En horas menos cuartos, más o menos,  
 tú, que del tiempo nunca, apenas nada,  
 tejes y ovillas, cárcava y espada  
 menos que nunca, apenas brazos llenos.  
 Portas embozos que embozada en plenos  
 poderes diste a quien oculto enfada  
 no verte en más de cuartos desnudada  
 y así ropas tejer, cubriendo senos.

No asome al ajimez tanto desnudo  
 que hiele el embarazo de la espiga  
 por grano, que apretado, al fin estalla.  
 Por más o menos vientres, dí si pudo  
 destejer y ovillar cuanto se diga  
 de verte en cueros la encubierta malla.

199

33

Quien calla otorga voz, si hablando pierdo  
 la palabra secreta de tu nombre;  
 conjuro fuera si a decirlo en hombre  
 responde en ecos lo que callo y muerdo.

Del breve silabario, bien me acuerdo:  
 linguodental, dos tonos, y tu nombre  
 y aquél que lo escuchare sordo asombre  
 de que al decirlo loco, fuera cuerdo.

Secreto en bocas, cruel el vocerío  
 por calles paseantes, si a destajo  
 el labio rapta, el lóbulo trenzado.

Mentira fuera si a la voz me fío,  
 mordaza en cárcel por bocado ultrajo  
 y a voz en grito clamo lo innostrado.

200

34

Grité por noches, lóbrego sustento,  
 lo que perdí por siempre si no estabas:  
 huella del vaso, colcha en que soñabas,  
 blues de Bechet, hervor del alimento,  
 geranio altivo, pozo del unguento,  
 toallas que entre piñas apiñabas,  
 melaza en tarros, cuenco en que dejabas  
 especias agrias que endulzaba el viento;  
 cordeles goteante de lejías,  
 la alacena aromada, el limpio paño,  
 cal en paredes, llaves de desvanes,  
 aroma de hijo, alfombras que tejías,  
 marinas grises y la hogaza en años,  
 corteza nuestra y miga de tus panes.

201

35

Corteza no fue piel, piélagos ignoto,  
 sino lo que te envuelve cubridora;  
 cenizas parvas, manto que se dora,  
 si cuerpo aprieta por temerlo roto.

Yace, mortal, que estatua humilla al loto  
 ya que mordido olvida patria y llora  
 de vagar sin destino, igual que ahora  
 a ciegas yazgo por letal remoto.

No por castigo ausencias me depares  
 en plazas volteado, en fuentes ciego  
 y escudilla sin amo mendicante.  
 A puertas golpeó cuando afanares  
 pues si atrios busqué, posada luego  
 encontrara en tu carne caminante.

Tu carne quieta el caminar olvida  
 pues fuera siempre esfinge meditada;  
 geografía natal, surta en la nada,  
 como si nada en derredor fue vida.  
 Despojo entre telares ya vencida,  
 irredento pleamar, túnica ahogada,  
 por miradores cantas la balada  
 de arqueros traspasados de tu herida.

Quien buscare caminos por tu siesta  
 que pañoletas cubren de atavío  
 anduvo peregrino y desnortado.  
 Que dormido fue el goce y no hubo fiesta  
 por la pradera de tu angosto río,  
 duermevela del pubis desvelado.

Desvelada oquedad, lisonja oscura,  
 valle del vellocino y la turgencia,  
 por laderas afluentes la demencia  
 derrumba rayos, selva de espesura.  
 Si recogida guarda se procura  
 velo encubierto que a cubrir se agencia,  
 tape la geografía y su querencia  
 pues montaraz paisaje caza apura.  
 Así cuenco de espliego y laberinto,  
 más abrasado que la cal remeda  
 y más lava que agónica desata.

Volcanes fueron, árdidos recintos  
 y luego fuentes, si acabado en seda  
 éxtasis gloria y muerte en catarata.

204

38

No por muerto pequeño el hueso llueve  
el líquen interior que en vida apresada  
sino que paralelos, ya es pavesa  
de hoguera tal que en derredor se mueve.  
Calcina mies, que parva no se atreve;  
ceniza fuera y carne que embelesa,  
rastros dispuestos, la aventada mesa  
donde manjar si hubo, fue tu nieve.

Cantamañanas del rociado frío,  
ventisquero que indómito se hiela  
si torpe rozas el desnudo asueto,  
tal plenitud nació del amor mío.

Y quien ultraje dádiva, fue vela  
entre rotas galernas ya sujeto.

205

39

Si asedio has sido en blondas paseante,  
bodoques que ornamenta interiores,  
sedas custodias, pistilos de flores  
orfebre encaje por tus ropas de ante.  
Quién truhán pudo ver lo que ese instante  
vedado fuera a tantos miradores  
si pasabas meciendo surtidores  
y agua en vaivén sentíase tu amante.

No olvides que manando manantiales,  
brotan ellos secretos entre adelfas  
y la íntima fuente fuera ignota.

Dirás, no dices, mas callando sales:  
la porticada plaza de tus güelfas  
y gibelina luchas en derrota.

No fuera derrotado quien entrega  
 el vencido blasón a quien durmiese  
 traspasado a su vera, si éste fuese  
 malherido en la trampa a donde llega.

De holocausto común, común entrega;  
 vencido el vivo, vencedor naciese  
 de las cenizas que aventó y durmiese  
 junto al laurel que por invicto lega.

Hembra que juncias riega y sustentare,  
 tridente hunde mas hundido apena  
 aquel plexo latiendo en venas tuyas,

Si por mármol la nieve tanto helare  
 la túnica que vista, cubra en pena;  
 cuerpo remiso por las tierras tuyas.

Adiós, lúcida entraña, altas auras,  
 gacelada parábola sin dianas,  
 tensa ballesta por florestas llanas,  
 piel que por tensa, la tensión centauras.  
 Al trote hollante, que a galope instauras  
 dinastías y tiaras entre canas  
 y luego olvidas, lo que en fuentes manas  
 sed que posesa en sierva te restauras.

Mas luego llegas si el cobijo puede  
 destrozando heredad y el alto silo,  
 la guerra entre naranjas que se estallan.  
 Tu cetrería por el lecho ruede.  
 Que más que caza, me buscaste asilo  
 y asido quedo en muslos que batallan.

208

42

Lavando el cuello espumas esponjaras  
 si copos bañan senos cordilleras;  
 lento alud se desploma en torrenteras,  
 alpino el hombro, axila que nevaras.  
 Tatuado el mapa por vellón en jaras,  
 ventisca pasa por tus ventisqueras;  
 piernas abajo ruedan jaboneras  
 y en leche el baño al fin te arrodillaras.

Reclinatorio por jofaina niegas,  
 estatua limpia y comunión ha sido  
 el agua que al mojar te se encendía.  
 La hoguera en pie del cuerpo si lo riegas,  
 que no apagarse pudo si encendido  
 saciar no pudo el agua lo que ardía.

209

43

De tanta mocedad, trenzas floridas,  
 por espaldas se mecen, vaivén lento,  
 si al mar que enyodas huyes sin aliento  
 una ola más entre olas repetidas.

Talones hundes entre arenas idas  
 y llegadas de nuevo por un viento;  
 huellas me dan razón del nacimiento  
 y sonrazón del rastro en tus huidas.

Como quien siendo orilla no arribase  
 y en caracola el eco se repite  
 de tanta mocedad, nadando a solas,  
 florida trenza que la mar ahogase  
 y en melena archipiélago desquite  
 el prieto pelo, piélago en las olas.

210

44

Ilol clamé, nombré lo que se ignora,  
 nombre de grito en esteparios lares;  
 calcina un bierzo su iracundia en mares  
 mas tu prisa en jadeo cerca llora.

Túnicas alzo que arrebató ahora.  
 Por qué, por qué lejana si dejas  
 incienso aquí, escapulario, altares,  
 y allí, vueltas girando, tal señora.

Halcón que por paloma se desvela  
 y en alcándara hiende pico altivo  
 por cubrir de otro vuelo tal donaire.

Te hallé, Ilol, te hallé en la duermevela,  
 del porche a oscuras con tu cuerpo vivo  
 que en carne tiembla y sobresalta el aire.

211

45

*Mujer del abanico*, contemplabas.  
 Cual tú, azul el traje, diestra en alto  
 parando el tiempo; arlequín de un salto,  
 cofia que cinta rosa, sólo usabas.

El aura de perfil, ya perfilabas,  
 picasso amor, nariz del sobresalto;  
 lánguido queda abanicado el alto  
 rebozo que entre el halda sujetabas.

Desciende de tal lienzo; quede muda  
 la atmósfera redonda de su esfera  
 y cinto, de cintura, yo te lleve.

Galería de exvotos.  
 Y la duda  
 si a mi cuidado va la verdadera  
 o fue ya la pintada quien se atreve.

212

46

Descalza por la yerba y caminante  
 a nunca sé qué fuentes donde apuras,  
 copiado el rostro si en brocal procuras  
 linfas bebiendo de menguar menguante.

Descalza por mi pecho; va el diamante  
que uñas en nácar trizan de tan duras,  
danzantes dedos e ingles aventuras  
labrando surcos con la sangre errante.

Descalza penitencia de extramuros,  
rasgadas plantas de arañazo espino,  
sandalias de abandono descuidado.

Descalza entre avellanos y conjuros,  
calza al fin uva prieta para el vino,  
la danza ebria del lagar bailado.

213

47

Blúes que tú bailarás como oyente  
de un hotel en la costa, aguamarina.  
Hay voces en inglés, ingle vecina,  
cercana inglesa de pamelá hiriente.

Cabeza a pájaros, de piar piente,  
porta por tiara nido y golondrina;  
furia de cazador tras de una esquina,  
arboledas dispara impenitente.

Ríes del suceso y la mar se agita  
cuando el trompeta aturdes con su trino,  
jazz rompenota del tambor acorde.  
Nos expulsaron del recinto.

Y grita  
tu risa que no supo cómo vino  
y se fue con la inglesa en desacorde.

214

48

Con el tabaco hablo si estoy solo,  
compañero de aroma ceniciento;  
sabor de lentisquero, tos de ungüento;  
tu ausencia guardo lo que en humo inmolo.

Recado va y le dice al alvéolo,  
celdas de abeja y mieles de alimento;

para qué trono en pira; expira el viento,  
ahumado flota de oferente y solo.

Dice recado ciego el mensajero:  
vendrá si a tales tardes, tardo talas  
aquella servidumbre de la espera.

Y mal vestida llega en aguacero,  
como un llanto de lluvia por las calas  
donde la espera siempre desespera.

215

49

Bañistas doran pieles en terrazas,  
balconadas al sol de la piscina;  
talle ondulado en morenez marina,  
al aire pechos, mamas de amenazas.  
Tendida y ya turgente, le atenzas  
rayos solares que el torsal calcina.  
Saltas de un salto, si agua saltarina,  
la tal hoguera de tu cuerpo avanzas.

Prendido incendio se quedó ya a flote,  
por más paños menores que te vistan  
la desnudez fue a pique carbonera.  
Pero emerges, rescate del descote,  
por soles negrecidos que te insistan,  
carne adorada y cuerpo en la bañera.

216

50

El cuerpo del delito deleitoso,  
yerto está, cubridor en cubrecama,  
luego del goce que por vientre inflama  
por mor de aquel espasmo y de este gozo.

Tendido apagaluces presuroso,  
dormida y jadeante, venció en dama  
que es ser vencida cuando el amo ama,  
dueño erguido más tarde al lance airoso.

Contempla ave tal de montería  
por el dardo señor bien traspasada,  
tendida y prócer, pero siempre viva.

Guantelete acaricia carne fría;  
abre los ojos que en soñar soñada  
rescate ha sido porque fue cautiva.

217

51

Cautiverio me dieran de tu lado,  
cuerda de presos a cordel tirante;  
pócima de evasión, cárcel instante  
que ya por siempre fuera aprisionado.  
Balletero en ballestas ocultado  
reo fuera de sí, traidor infante;  
en gleba montaraz pasa piafante,  
odios dispara a olvidos disparado.

Quedo con tal estancia y escudilla,  
rejas que tú no has puesto, sino el lento  
tiempo avispero punza en desamores.  
Igual que yedra trepa, al muro humilla,  
liquen voraz, arracimado siento  
ser cubridor de ojos cuando llores.

218

52

Quieta y posando a la fotografía;  
recostada en glicinas, mar al fondo,  
la duna por cintura sobre el mundo  
y lirondo plañir del agua fría.

El cartón amarillo veré un día  
con tu efigie perdida en lo más hondo  
de aquel verano; en pléyades respondo  
que en playas arenales respondía.

Cómo fuera en recaudo tal escena,  
años de mocedad tus muslos prietos  
de un cuerpo meditado entre las flores.

Fuera como un recado por la arena  
que el tiempo ya cubrió, con sus aprietos,  
espléndida entre paños tan menores.

Por culpar los incendios forestales  
que pirómana nunca tú encendías  
a cosa hecha y hecha cosa ardías  
si al mimbre le rozaban tus costales,  
qué culpa el bosque tuvo si en bancales  
a tu paso las parvas encendías  
y rastrojo y tomillo, hogueras mías,  
del campo fui apagando en manantiales.

Jurados guardas baten batidores,  
entre jaurías de pelambre azufre  
y antorchas de resina resignadas.

El disimulo de tu fuego ignores,  
culpable por pasión de cuanto sufre:  
nadar guardando ropas enropadas.

Cierran puertas, las jambas se doblegan.  
La luz, la luz; oh espasmo, se apresura.  
Nos queda ya un amor a estancia oscura  
y a sábanas heladas que se pliegan.  
Un cántaro caído. Llaves niegan  
moradas lentas, dulce criatura.  
Huellas recoge, dúrate en la dura  
ciega memoria que los ojos ciegan.  
Porta en brazos espliego de equipaje,  
argonauta de bruces, no hables nada;  
cuerpo de soledad cobijo ultraje.  
Aquel lento suicidio meditado,  
aquella mar que envuelve en su brazada,  
vivir a flote tanto amor ahogado.

221

y 55

Adiós, Eros nupcial, erosionado  
cuerpo de pie quebrado estatuario;  
portadora de exvotos, incensario  
camafeo por péndulo colgado.

Verano de aguanieve por tu lado;  
adiós, remota, cerco necesario,  
que a cuerpos juntos fueron tal osario,  
flauta tañida en hueso bien sonado.

Salobre fue la ola que nos trajo  
a este atavío que costero pena  
la carne acantilada en que te meces.

Náufrago queda tu ahogador trabajo,  
masaje boca a boca por la arena  
y resurrecta al fin por tantas veces.



7

**ENTRETIERRAS**



I

ENTRETIERRAS

(Abril-Mayo, 1977)

«ENTRETIERRAS» queda escrito en la  
meditación de la imagen de Ana González  
Cortés, mi madre, ya que ciertamente ella  
no murió, sino yo, su espectro

«Ciertamente, puesto que aquel no ha muerto,  
sino yo, su espectro.»

LUCIANO DE SAMOSATA.

«Amadas voces ideales  
de aquellos que han muerto, o de aquellos  
perdidos como si hubiesen muerto.»

KONSTANTINO KAVAFIS.

«Calla. Quien habla escucha. Y quien calló ya ha hablado.»

VICENTE ALEIXANDRE.

## GUARDA Y SOSIEGO

Están los ojos quedos de mirar  
lámparas que no son;  
una glorieta  
al sol del mediodía,  
puede que un estallido de nácares,  
tan pronto,  
la red rompe la linde al agua mansa  
y emerge la captura de la pesca.  
Acaso fuere el robledal del alba  
cuando el búho se evade, pues no es noche;  
o la capa desmaya de tal cuerpo  
que del frío cubriera.

¿Dónde esa luz; quién mira si interroga  
a la araña que teje su rincón de captura?  
¿Quién al morir su ánima se incendia  
pues ya es fuego evidente de lo oscuro?

Roza el cuerpo candel que así se agota,  
baja el párpado helado a su frontera  
que inerte va y contempla suelo árido  
pues ya sabe quien topa hoyos vacíos  
donde lombriz que de amarillo viste  
pasea su letargo.

Sé de la claridad que vieron ellos  
cuando el lance les cumple.

Dan pañuelos  
de empapada resina de la vida  
a quien custodia ese dolor.

Les miran  
con la helada humedad del sacrificio  
y dicen: *Sosegaos.*

Ellos dicen  
sosiego, pues se colma  
el embeleso de la tal urgencia  
que hubo cuando de vivos practicaban.

Aprende, mi compañia, el silabario  
 de esa anunciación, cuando brazadas portas  
 de alhehies festivos a ese cerco  
 de ruindad postrada, donde un yermo  
 va y se agita y apriétale y levanta  
 el cónclave floral del velatorio.  
 Que postrada por siempre, ya le dices  
 qué palabras de luto, qué conjuros  
 que sólo sé yo hablar por visitarte  
 al pie de la montaña, donde cruza  
 un lento caracol de baba y unguento.

## 2

223

## DE UNA LENTA AGONIA

Casa es, donde el reino del sufrimiento  
 meció la invalidez.

Un álbum trae estampas de carnaval:  
 goce sobre los parques.

Primeras piedras  
 del mausoleo.

Barquillos de canela:  
 la hermosa gusta del sabor.

El automóvil acharolado  
 deja su hollín minero al guardapolvo.

Mientras se escucha *Aida*  
 en los parterres se desmayan vírgenes.

Repasa aquel vivir, ahora que es pálida  
 frente que en rosa carne dibujaba  
 un agua de azahar.

Que una hirsuta pelambre  
 redencillas no acunan pues ya queda  
 desmadejada la melena triste,  
 encanecida testa que se dobla  
 por pesarle el dolor.

Arropa tanto tiempo a la delicia  
 del fuego que calcina lo que existe.

Mira qué ardido mundo se empavesa  
 como algaida que el brezo cerca y doma  
 y pasto es de todo lo que muere  
 por la consumación del sacrificio.

## 3

224

## LA ÚLTIMA PALABRA

¿Por qué la voz se quiebra en esa hora  
 del cántico final? ¿Quién va a decirnos  
 que de extramuros huecos son cobijo  
 del hurón acechante? ¿Quién bosteza  
 y maldición afana cual si fuera  
 el tuero asolador y la postrada  
 orfandad para siempre del que muere?

Solo en el campo del ejido siembra  
 pavesas y pozuelos por si un día,  
 la arcilla del alfar su silueta  
 dibuja en tierra amiga, y su esperanza  
 calma ya y restituya la mortaja.

## 4

225

## VELACIÓN EN LA NOCHE

Queda la sala con la resonancia  
 de los relojes musicales.  
 Cubierto el edredón, luces arpegia  
 que allá el tumulto de los vivos queda  
 cuando aquí es silencio y un sahumero  
 inmola así la estancia a tal meditación.

Cubren los paños tanto desarraigo  
 y un frutero con limas,  
 ramos de albaricoqueros  
 y el ficus trepador sobre sí mismo,  
 es lo que sólo vive  
 mientras duermes velada sin respiro,

y ausente, donde ya la gracia tuvo  
 otro rostro distinto andando en mocedades,  
 cual el retrato aquel, con gargantilla  
 de turquesas de Ceilán  
 y un pericón abierto sobre el halda.

Oh quebradizas alas,  
 sostenido  
 tanto río de pena.  
 Cuaresma eterna sobre las barandas  
 de la edad del terror, como un zureo  
 palomar; igual que un alfabeto  
 velado a quien oyere  
 las inicuas verdades de la muerte.

Más allá de las culpas,  
 contemplo así tu pelo que cenizas labraron  
 y peino con los dedos tanta sabia vejez  
 arrinconada en palios,  
 sobre esa arena que voraz sumerge  
 el talado muñón, la dentadura,  
 la infiel memoria de aventar el duelo  
 y el escándalo cruel de nuestras sombras.

## 5

226

## ESCENA EN LOS ARRABALES

En la puerta colgaron lazos mundos  
 sujetados de yute en negro tinto.  
 Pasea la mujer el relicario  
 con ese diente atroz del áspid ciego  
 por las espaldas de las plañideras.  
 Revueltas da sin que el cansancio abreve  
 tanta espera sentada por la anea  
 hasta que alguien grite y así posea  
 curve su vientre y desmayada vierta  
 el cuerpo de enlutado promontorio  
 por la baldosa roja de la sala.  
 Aullidos, que no rezos, se derraman  
 de la garganta que cantar no sabe.

¿Quién así oye si las profecías  
se inventan para el vivo?  
Jaculatorias en dorada estampa  
cuelgan en el dosel.

Agua bendita,  
cuando el agua por pura se bendice,  
y el cirio de labrada abeja negra  
vierte su finitud en cera ardida  
ahora que en el hogar, tilos se incendian  
y siempre queda sobre el basamento  
la tizne de ceniza que al fin fuera.

## 6

227

## EL OFICIO

Aquellas que otras abluciones huera  
del oficiante en la hora última,  
¿qué decían de ti, mi mansedumbre?  
El rito mendicante sobre el túmulo,  
gesto procesionario, llanto de tal plañir,  
cuando sé que a dos solas soledades  
nos bastaba el silencio, la mortaja  
en sábanas de hilo. Mas rostro dado al aire  
como llevaste siempre, sin pañoleta de encajes  
y solo la caoba que doraban los ángeles  
de una escayola rubia, como esplendor mentido  
devoran ya la palidez  
de una carne que mía siempre tuve  
en paseos del puerto, en sartenes morenas,  
en los tostados panecillos  
que cubrió la melaza de aquel agrio dulzor.

Huye donde las lindes nunca sepan  
qué secreto refugio custodió nuestros juegos  
prohibidos  
(tales como el morder los membrillos más ácidos,  
enterrar los rosarios de vidrio,  
el papagayo de plata sobre las alamedas  
y los evangelios apócrifos de tanta sed  
como tuvo tu gloria, infiel trabajo.  
Oh mi desmadejada quietud, mi apacible hogaza).

¿Por qué hablan los oficiantes?  
De tanto sentimiento acompañado  
queda sólo descampado sentir.

Abandono el cortejo, pues ya sé  
que vas a reprocharme en la entretierra  
tanta impostura.

Vamos, hacia la ruta del zaguán,  
en donde la perdiz tanta quiebra sostuvo  
por liberar sus alas  
o quedar sosegada sobre el heno vertido.

## 7

228

## CAMPO DEL VERTEDERO

Cerca del vertedero de los cuerpos,  
allá en el cantil, donde las alas  
en la tarde fascinan tanto vuelo,  
tu campo queda.

Verdad es que los élitros  
acongojan de miel las velaciones  
de quienes yacen.

Te pregunto  
qué reino ahora vives bajo el mantillo  
donde las larvas agasajan  
a quien hospedería halló para lo eterno.

Se nubla así la voz, pues quien respira  
es sólo el que interroga y nunca hablara  
la materia, si inerte, duerme en vela  
su aguafiestas de bruces con el dólmen  
que de rocío cubre el aposento,  
el plexo siniestrado, y ya es mordaza  
pues de muerte se cubre en su letargo.

Polvo es el rostro que mostrado queda  
a la intemperie de mi voz.

Comprendo  
que es un mudo callar lo que acontece  
al arriate vivo, aquí a la vera,

alimentado por tus vejaciones  
que entretiembras sucumben.

Dejo así la vasija  
con monedas que habrás para el viaje;  
con alimentos de verdura, un manojito de espliego,  
para ahuyentar la avispa ponzoñosa.

Oh dormida en mis brazos, cómo cuido  
de ensemillar tu lecho para el sueño  
ahora que siempre es vigilia triste  
la roma huesa que te va quedando.

## 8

## 229 EL ESCARNIO FINAL DE AQUEL RESPIRO

«Tengo la creación entre mis garras.»

TED HUGHES.

Una comarca, donde tejen ríos  
aluvión de detritus, nos queda ya de herencia.  
Antes de que posase las pezuñas el toro  
en los bancales que cisternas daban  
esa savia venero a tanta fruta,  
corrió la mocedad, se alzó la vida,  
saltó el lebril por los maizales raudo  
olfateando caza desalada.  
Hoy es cetrero todo pues pasó la sequía  
de los años.

Colgados epitafios  
sobre desnudos lechos, recuerdan a quien tuvo  
un yacer cotidiano.

Si vive quien despierta,  
¿cómo posterga ahora tanto sol  
la mano vacua que prender no puede  
la esfinge muda del retrato ajado?

Contemplo losa cruel que alberga el alma,  
nunca la podredumbre ya enterrada;  
sólo el cáliz voraz, la dulce muerte,  
el escarnio final de aquel respiro.

230 LA LARGA AUSENCIA QUE ME HABRÁS  
DEJADO

¿Cómo será quien magnifique el tránsito  
que de mi vera va hacia lo eterno  
en un raptó traidor y talado se queda  
para siempre en ceniza junto a mi desconsuelo?

Paseamos los dos al conjuro del agua  
hablando de estas tibias verdades encubiertas  
mientras blasfema un pájaro en tanta algarabía  
porque es bella la tarde, y conforta el dosel  
que hemos llamado cielo.

Qué ajeno tu fluir  
a lo que meditado tanto inquieta,  
pues es palpitación que ya se miente  
para que no desmayes, si te nombro  
lo que apena la vista si te miro.

¿Será, cuando te vayas, una estela de apóstol  
que dejó su parábola florecida en el aire;  
acaso el testamento de una huella fundida  
que siempre portaré?

O acaso la amargura  
de saber que tu cuerpo se me irá para siempre.

## 231 UN VACÍO CONTEMPLÓ

La ventana, que abierta, fija el aire  
a un éxtasis que el vuelo no conturba,  
mira el mundo.

¿Qué ves en el cerrado  
abismo que en celeste el cielo copia  
y ya límites pone a la mirada  
pues sólo se contempla lo vacío?

Cruza un candor volando, mas no es pájaro.  
 Alma será irredenta, que hostigada  
 su huesa busca por los arenales  
 y caña abierta sólo entre los céfiros  
 descubre y se acomoda en sus adentros  
 hallando así cobijo, pero en vano.

Tal paisaje lo observo.

Pasa un río  
 que llamamos dorado, pero nadie  
 su pena en él ahogó como martirio.  
 Serán patinadores de la nieve  
 quienes trizan la vida en sus heladas,  
 pues frío sí que hace en este páramo.

Miro lo que acontece porque es lóbrego  
 viéndome regresar; como si nunca  
 partido hubiera de esta matriz seca  
 que es la tierra que piso y que contemplo.

## 11

232

## RELIQUIAS

Estas reliquias son fruto de amante;  
 el júbilo de ayer es hoy pavesa  
 que el tacto puede urdir y ya vejarlas  
 a una tenue ceniza.

Si adorno fue de su clamor en vivo,  
 talismán en su carne, pura harina,  
 quede así quieto en la custodia.  
 Mírenla ojos que al plañir indagan.  
 Inventen aquel cuello y su alabastro.  
 Sueñen su aire, nunca lo respiren.

El cenotafio guarda sólo el sueño.  
 Si el vacío perdura, es la luz que se quema.  
 Aquí los utensilios mostrados sobre el raso  
 esplenden su fulgor: son las huellas amadas.  
 Tan sólo una garganta su cingulo retuvo:  
 aquella que cantó su himno en las praderas.

12

## 233 VIVIDO ENTRE LAS HUELLAS

Era la atroz persecución del justo,  
años de sagrada materia;  
hasta perdióse ya el recuerdo.

¿Cómo eran  
aquellos cuerpos rubios de la infancia  
que la niebla rescata,  
los nidos del verano, el eucalipto y sus columpios?

Topé la geografía que yo amara  
por ver si un rostro ajado en tal espejo  
vuelve de nuevo al légamo las huellas.  
Una profanación de herencia guarda:  
miradores que fueron, cales tapián;  
solana tempestad del arrebato  
inmoló inscripciones, muérdagos enlazados.  
Oh aquellos mimbres, nuestras lanzas raudas.

Ya nadie aparta el cortinaje espeso  
por mirar lo vivido y humos fueron  
prédicas del espanto a quien recuerde.  
Violó la historia su esplendor  
y en la espesura vagan, muerto el cáliz,  
que el mosto en otra época vertiera.

13

## 234 RESURRECCIÓN

¿Dónde podrán ahora recoger el designio  
que mostrada dejó tanta orfandad?  
Culpable fue el hechizo.  
O es lo irremediable  
que igual que helada gota se filtra en las cavernas  
para tallar así su estalactita.  
Como aquello que vive y manso se desliza  
sobre ese ajimez y le humedece

hasta esplender el hervidero glauco de la larva  
que ciega, y ya irredenta,  
conquista y se trasciende  
dejando atrás la muerte al devorado.

Nunca la redención vino del aire  
pues por inerte, dan los cuerpos vuelo  
al que entretierras en mortaja porta  
y llamamos alondra.

Es otra tierna vida,  
como aquella  
donde se porteaban los pellejos  
del lagar.

Fuese la juventud,  
la poderosa,  
quien sus fermentos baila y espabila  
y es menoscabo del dolor por prieta.

Tumba el presagio que el designio insiste,  
aparta el lienzo que a enjugar se presta,  
sudor de nieve por la frente pálida  
moja la pena de letales lluvias.  
Mas fuese en la hora justa del concierto  
cuando paróse tanta algarabía.

II  
CUERPO

14

235 CONVERSACIONES CON HÖLDERLIN

(En las que el poeta aclara al autor los dos versos, ilegibles en el manuscrito, de su poema «A la madre tierra. Canto de los tres hermanos, Ottmar, Hom, Tello».)

Te elegí, entre los de tu habla,  
a ti,  
por africano de mesta bien estéril,  
a descifrar la cábala que encierran  
los versos que por vírgenes,  
no fueron nunca hollados.  
En el contexto hablo  
de los cantos antiguos  
y luego queda dicho  
que *a pensamientos claros,*  
*el alma preparé.*

Entre el canto y el alma,  
mis exégetas sólo adivinaron;  
mas fieles a la voz no pronunciada  
quedó truncado el rezo de mi voz.

Lo que escrito y febril dejé en la página  
que nunca nadie adivinar podía,  
fuese el cuerpo.

Advierte: fuera el cuerpo  
que vi ya en menoscabo.  
Sentíme avaro de lo que es la vida,  
y renuncié a cantarla;  
por eso añado luego en el poema  
*que no interesan a diario*  
*los atuendos de fiesta.*

Mas cómo confesar la muerte propia  
viéndome respirar en la opulencia  
de mi palabra.

Estaba en el secreto  
del quehacer más hermoso, el que fustiga  
la antigua tabla roma de los dioses  
para que ellos te coronen lúcido;  
es decir, inmortal,  
hablando ahora contigo.

Hay una playa de abatida arena:  
alzada carne en su esplendor;  
ella camina y ama y se conduele  
y ríe al fin y luego se posterga  
la catedral portátil; bien hermosa  
aunque tullida fuera,  
pues tan sólo,  
su movimiento es quien gira al mundo.

Oh cuerpo, mi sarmiento,  
la piel quebrada por la zarza,  
el grito  
que es la gota de sangre si lo punza  
la esquirra ya, traidora, que le quiebra  
el aspotema sobre el vientre cuando  
nace por él más vida y allí la suelta  
entre bolsas de agua al fin nacido.

Advierte,  
lo no dicho fuera el cuerpo.  
Nadie conforma y en muerte se reclina  
cuando fenece siempre aquél que canta  
cada vez que le unge un cruel rocío.

15

## 236 POSTURA PARA ABONO DEL CUERPO

No es así la postura.  
De este lado, crece la yerbabuena  
y más allá, donde gotea la pócima  
que del cántaro vierte soledades,  
va un río de penumbra hasta tanta oquedad.  
Luego una blonda en sábanas labrada  
velará la inscripción.

Tape la carne  
no mancillada; recoja el hueso aquel,  
como de níspero,  
y custodie su savia.

Entretiembras se funda;  
esperemos el día donde un pájaro  
abreve en él la sed.

Pues ya rescata  
una mano que porta la diadema  
y así queda fundida por la yerba  
dando a la tierra el agua que no tuvo.

16

## 237 MANO AFLORADA

¿Por qué, pequeña mano que del trébol  
sólo dejaste enjuto estambre leve  
cuando un manso calor como cinabrio  
rojo puso tu pecho?  
Despojaste el anillo hacia la uña  
y huérfana quedó tanta alianza  
pues nadie a nuevas nupcias portaría  
el blondo cabezal que al lado yace.

Queda una huella paralela al cuerpo  
en el lecho ya exánime  
del amante que hubo más amado  
y por siempre.

Invicto ahora resurge  
de los bancales que le acunan lejos

en un perdido planisferio ausente;  
 su casaca incorrupta allí se cuelga  
 donde a posarse fueron tus dedos cada noche  
 por así rescatar ese latido.

Quién vencedor será de la agonía  
 de la ley que te nimba su corona de sombras.  
 Quién ha puesto una oblea para cerrar el párpado  
 y perfuma la carne que extingue así su pira  
 si es adversario y corvo el desafío  
 que de los patios suben, y se ahogan  
 aquí a la vera cierta donde ya palidece  
 esa mano abatida que custodian violetas.

17

238

## DE LA MANO QUE PUDO

Manos acerca el baile, y las rechaza  
 para acogerlas luego al remolino.  
 Aprieta el talle; espaldas acaricia,  
 palpa el rostro hurgando en la melena  
 por descubrirlo ya y besar la frente  
 hasta los labios de oquedad olorosa  
 por donde el beso bebe sus rocíos,  
 mientras fundido queda el cuerpo amante  
 por la caricia que la mano cumple.

Fuera la noche, que en el goce miente  
 lo que el pacto selló.

Fuese la furia  
 del guante que por mano se tenía  
 por no dejar su aceite violado  
 entre muñones de engarrada ira,  
 para abatir al gamo entre las plácidas  
 verduras de los parques.

Y huyó a la soledad  
 de la denuncia.

Hurtó más tarde aquel temblor de dedos  
 y apretó largamente una garganta.

Pudo abrir una puerta a los mastines  
que denunciaban el terror.

Apretóse al timón,

alzó la nave,  
al paroxismo blanco de las nubes  
y en el vacío de los cielos puso  
la bomba sobre el mapa.

Y meditó el instante.

18

239

### DE LA BOCA QUE MUDA

La boca, que por pura, nunca hablara  
de maldición, mengua su acento.  
Sumida en rictus, comisura abate  
hacia la delgadez de piel ajada  
por el veneno de la muerte.  
Si el labio rosa fue, ya es violáceo  
el color aprendido en el misterio;  
que por enjuto, el silbo entrar no puede  
a la garganta aquella que cantó  
los salmos.

Un espejo le acerca quien le amara  
por ver si aliento queda y así le enturbia  
el limpio azogue, pues manchar sería  
ahora la vida. Cuando en almidones  
su blancura dejó y paños tersos  
cubriéronse de ungüentos  
por bendecir tal boca bien pintada.

No habla quien reposa,  
y no es sólo  
la carne quien ya canta.  
Si la palabra ha muerto,  
la tierra dormirá.  
Que nunca hubo  
más alfabeto amado que la risa.

## CIEGO SOLO

Miro hasta donde llega la mirada  
 y en ojos queda como herencia hermosa  
 lo que nunca vedado fuera entonces.  
 Cuán tácita se queda así la gloria  
 que es el portento de mirar. Y luego  
 si la noche se comba, queda siempre  
 la silueta que el recuerdo viste  
 y agrada de esplendor y le conforma  
 pues luz fue antes que la sombra hubiese.

Cómo tu devenir de ciego solo  
 viaja y se acomoda con el báculo  
 y en laberinto sin traspíés caminas  
 al seno acogedor del goce.

Espera  
 que te acomode con mi mano.  
 Siéntate aquí, junto a los arriates  
 donde al menos oler puedes fragancias  
 que al venero patricio te han llevado.  
 Oh las pupilas vacuas de su agua.

Dime cómo se muere en tal belleza  
 vivido en cripta sempiterna y dura  
 si el lagrimal ya es lava, ya es recinto,  
 pues quedáronse muertos los colores  
 y así inventas el mundo que no has visto.

## MIRÁNDOSE A LOS OJOS

El óvalo del rostro, recogido  
 entre palmas de manos tan amantes,  
 hondo contempla los ojos cercanos  
 que le beben de amor sus aguas negras.  
 Nunca más cercanía fue lejana  
 pues abismo es la poza donde queda  
 flotando siempre así la vida en ellos;

ojos astrales del hachón ardido  
 llama que salta, si discurre el hálito.

Posterga la visión al que mirase  
 otra frente albeada que no ésta;  
 deje ceguera si codicia el lóbulo  
 o los labios que exhalan; quede inerte  
 esa mano que reptá por la espalda  
 y la nuca acaricia.

Mirándose ya van  
 a esta obediencia. Pues sí viven.  
 Pues sí el clamor mirándose conjugan.  
 Oh el goce de ver lo deseado;  
 que nadie se contempla en lo que muere.

## 21

## SMETANA

242

La crianza no tuvo más quehacer  
 que el acompañamiento de los trinos.  
 Acordes de celesta suenan dulces  
 tan sólo en su pensar.

Enmienda páginas  
 de música no escrita.  
 Sigue el ritmo del pájaro  
 por si arpegiado tal volar, sonara.  
 Mas nunca el son.  
 Mas nunca suena el mundo  
 al final.

¿Quién así canta?  
 Lo que por mudo existe.

Bastonea el arbusto y hojas caen.  
 La ira del que crea,  
 siempre resuelve el caos en melodía.  
 Mas no la oye,  
 y el caos cubrirá su glaciar yerto  
 con la roja bebida y el salterio,  
 con el silencio atroz de sordo ausente  
 ya que al fin sólo escucha quien es bárbaro.

243

## POSTURA FINAL

Ocioso y ya indulgente, el cuerpo expande  
su gloria.  
El bronce estatuario  
de su altivez;  
oh carne en vilo,  
poseedora.

Allí está; contemplad sobre el risco  
cuanto mira.  
Luego genuflexa  
los miembros y se sienta.  
¿Qué medita su frente?  
Acaso nada; es sólo  
que se ajusta al descanso.  
Huelga el cruel pensamiento,  
que es flácido el sentir  
y un deseo le acuna  
para tumbarse al sol.

Así poseo en el vaivén del agua,  
cierra párpados.  
Ya declina el cansancio y al fin duerme.  
Pasan albatros sobre testa hirsuta,  
oleajes dormidos se le adentran  
por los recodos de ese territorio  
de su carne postrada.

Postura final es  
ensayada por siempre,  
de la materia en su descanso eterno.

### III

## CAPTURA

23

244

### PAJARO SILENTE

El pájaro silente,  
el que a oscuras evade los murciélagos  
y en la postrimería del sol poniente canta  
tanta salutación a la negrura.

¿Qué canta ese pájaro de la noche  
cuando el murciélago se evade en la oscuridad  
y el sol resurge en otro planisferio  
para alumbrar su luz sobre lo oscuro?

24

245

### GUSANOS DE SEDA

Vientos secos existen;  
portan la furia de otros días  
como reencarnaciones de crisálidas  
que contemplamos para ver qué insecto  
brotará de esa muerte, allí en el cóncavo  
capullo de pelusa  
para que así nacido ya camine  
a la hoja de morera y la devore.

El gusano de seda fue quien tuvo  
sombrió su quehacer; pues mortal vida  
es de quien teje su cordel en torno  
y así mortaja va perpetuando  
mientras camina torpe por el árbol

## 25

246

## EPITAFIOS GUERREROS

¿Acaso fuera gloria mejor esta que aquella  
del instante mortal, cuando el plexo  
hendido por tu empuje pudo  
batir la cruel lisonja del invicto?  
Pero ya alzado el desafío, ¿rompes  
cotas de alma y malvas florecidas  
y ahí paróse la vida?

¿Quién jinete  
espuelas espolea huyendo raudo  
al confin de los campos de conquista?

Hasta que en el acecho,  
el zafio que reptante se apostaba,  
pudo más.

Nunca la muerte viene hacia la cara  
como un sol que en el alba se interrumpe  
y reparte su luz a valle abierto.  
Espera que la trampa el musgo cubra  
para así sepultar la gloria presta.  
Ya en hoyo por ballestas traspasado.

## 26

247

## MUERTE DE AQUILES

Puede sernos igual que otra historia sagrada:  
la muerte es una historia particular.  
Nunca jamás cantó,  
quien delatase al fuego  
sus purificaciones,  
cuando Peleo engendra  
la cólera de Aquiles.

No un hombre: una vorágine;  
 un vivir a la muerte y un carcaj predispuerto  
 el venablo mortal que hundido quiebra  
 el costillar del héroe sagrado.

27

248

## SIESTA Y SUEÑOS DE PARIS

Velado el cornijal, tape mi rostro  
 para ahuyentar la maldición del bárbaro.  
 Fuéralo por no usar mujer tan fiel  
 que denunciase a Menelao mi oferta  
 de amarla entre los bueyes,  
 y en el rapto,  
 incendiar sus establos.

Estrangulan

mi garganta las gentes.

Arrebato

yo ahora, pues a muerte convoco por amar.

Tan sólo eso,

por amor a la infiel aunque hospicio me diera.

No es gratitud, oh amor, sino ceguera

cuando por su desnudo escribí el compromiso,

que muerte así prefiero que gratitud al patricio.

28

249

## QUIEN DE OTRO MUNDO LLEGA

Era una majestad de dióscuro,  
 gravitados del orbe en su nave extranjera  
 mirando nuestra faz de carne blanda  
 mientras él esplendía una rubia aureola  
 de poder.

Posó sus alas invisibles  
 en las coníferas; recogió aquel vaho  
 de tierra para el parto y habló en su alfabeto  
 que era meditación.

Los apátridas  
 escondieron sus hembras y punzaron  
 las bayonetas sobre el porche.

Hablaba en su alfabeto,  
que era meditación.

Ellos trenzaron dardos  
asegurando hacienda tan ruin.  
Esparce la mirada y bien le basta,  
pues es bondad.

Hace un signo en el árbol  
y sus frutos da presto.  
Atónitos contemplan lo que yermo en zarzal  
se debatía  
y alumbra pulpa hermosa.

Deja así testimonio  
que es vida sólo,  
pues aquello  
que encontró en este mar le fue vedado,  
ya que la muerte habitó en las gentes.

## 29

## FALLIDA CAPTURA

Es épica la aurora  
que al pleamar suicida con sus dardos  
pues vida existe en derredor.

Desierto  
quedóse el mar en postración tardía  
arrebatao sólo por el tajo  
que la luz amortaja.

Hervir.

Fúndase toda  
criatura que yace en su herbolario  
profundo.

Nada al arrecife  
el humano, que ahogándose en la espuma,  
huye de los abismos y contempla  
tumbado ya sobre el coral, la savia  
que tal sol en su dádiva reparte  
ahuyentando al escualo que blasfema  
la fallida captura.

Qué lisonja recibes, dios de tal soledad,  
 pues es la luz quien vence y el argonauta  
 eleva el sacrificio ya salvado.  
 Que es noche todo acontecer, y queda  
 vivo tan sólo quien la luz contempla

30

251

## COMPROMISOS DE FIESTA

Soñé otra fiesta; no esta orgía,  
 guerra para el sentido;  
 el acto perdurable en el conocimiento;  
 la extática luz y no la tralla  
 que golpea.

Pensé en el compromiso, por vivido,  
 que luego se perdura. Mas fenece  
 todo el afán que en la reyerta puso  
 quien a solas contempla  
 otro deseo que del mundo entiende,  
 no al retiro del cuerpo, no a tu nada.

Quien la pértiga alza y ya vadea  
 la vejación del agua, así se oprime  
 su sentir que por vivo menosprecia.  
 Mas cae de nuevo, aunque otra orilla fuere  
 quien su salto recoja,  
 al mudo lecho que la yerba expande  
 dando acomodo igual al inconforme.

31

252

## ÚLTIMA VISIÓN DE CASIOPEA

Ocurrió que era lóbrego el malecón  
 y el viscoso silencio de medusa  
 flotando inerte con su enorme baba  
 golpeando el pretil.

Allí la mancha combustible,  
 las brozas que horadaron tantos peces espadas,  
 el abismo que surge de la mar

cuando ejerce la noche su demente cerebro  
depositando sus huevos de gelatina,  
el dedo con anillo de un naufragio.

Nadie con fe ejerce el pastoreo  
de sembrar las olas con sabor a petróleo  
y trocear un pan para pasto de peces  
cuando brama el terror con sus trompetas  
de huesos huecos de ballenato,  
llamando como a juicio.

Círculos en el fuego  
como un látigo envuelve.

Casiopea es de flores,  
(mira a lo alto).

Contempla así sus piernas infinitas  
y aposenta en sus ingles madrêporas reptantes.  
Ocurrió que era lóbrego el malecón  
de la ansiedad.  
Nublos de la agonía y un vagar entre cíclopes.

Fueron estos los últimos pensamientos  
que tuvo el ahogado.

## 32

253

## BÓVEDAS

Sobre el tímpano donde no florece  
nada que no sea gélido recinto,  
gruta de los vacíos,alzada queda  
errante momia en la caverna  
velando el lucernario y sus aceites  
bajo bóvedas mondas, que el murciélago  
aletea en el frío del espasmo  
buscando el claraluz, y la hendidura  
que un aire puro traiga hacia la cripta.

Losa con inscripciones tatuadas,  
símbolos extranjeros por el pórtico,  
bienvenidas otorgan.

Que pase el viandante  
al cuévano remoto y allí se postre

con ávido candil, al pergamino  
que señales promete.

Todo encierro  
si es pirámide hueca, guarda pura  
la inmóvil majestad de quien pervive  
en sagrada postura al sol mirando.

## 33

254

## LA AMISTAD, SI FENECE

Quien duda, también muere,  
Amigo en otras tardes de pasear silencios  
portando cada uno su custodia fulgente,  
vencedores del zafio ademán,  
de la ruina blanda  
que es podredumbre en otros.

Veo mi mortandad  
mientras contemplo,  
la gloria  
de quien esclavo liberó el presidio  
coronada su testa en el estadio.  
Laurel levanta y clámides posterga  
al histrión que valor le retuviera  
los golpes de tridente tan macizo,  
empozoñando tanto albero cárdeno.

Busca si ya vencido, el hormiguero  
que bajo el pecho de tus ronquedades  
pasa y portea su diario exilio;  
vida letal, mas siempre necesaria.

Quien ignorancias laborea, vive,  
y es quien ya nunca de la muerte duda.

## 34

255

## PÁLIDA ARMONÍA

Hay soles que anohecen tanta alba  
pues de agonía el hombre se libera.  
Campo vedado fue el valle de oro  
para quien vivo el pasear inquieta

y así apresura el devenir, la gracia  
 que unge su frente en bálsamos y hurta  
 más vida a quien contempla y más al polen  
 la pálida armonía de la rosa.

Tumbado de esplendor levanta el vuelo,  
 alma y sosiego, muerte bien amada  
 y yace así en el aire; un mal rocío  
 que desciende y le hiela la pupila  
 al pétalo velado, pero es savia  
 que nutre tales venas de la escarcha  
 y ese frío mortal húmedo impone.

y 35

256

## REENCARNACIÓN EN LA PALABRA

La poesía es lo que no se descubre;  
 parecida a la muerte, pero en vivo.  
 Ella surge del fondo de un negro tabernáculo  
 que es la meditación.

Lleva túnica tosca  
 en la idea primera, mas se viste  
 si así arropa tal carne en la palabra cálida  
 que el sueño teje y fía a tanta desnudez.  
 Das la vida en aliento, pues calor sólo impone  
 quien lo real inventa  
 ya que lo que transcurre, fue creado por otros.

Es igual que ese cuerpo que tendido fenece,  
 lerdo en las profecías que redimen su aura  
 y es soez fingimiento ya que tan sólo existe  
 aquello que libera tanta muerte diaria.

LAS FLORES DE PARACELSO  
(1979)

A  
*Aureolus Phillipus Theophastrus*  
*Paracelsus Bombastus,*  
*y a su Botánica oculta.*

*Chaque fleur est une âme à la Natura éclosé.*

.....  
*Souvent dans l'être obscur habite un Dieu caché.*  
*Et, comme un oeil naissant convert par ses paupreres,*  
*Un pur esprit s'acroît sous l'écorce des pierres.*

GERARD DE NERVAL.

¿Quién te enseñó el perfil de la azucena?

PEDRO ESPINOSA.



## JARDÍN

Sobre la tierra yérguese.  
Es el jardín.  
Tan sólo vive lo que aroma.  
No el tallo o cuerpo,  
y sí el olor del alma  
es lo que asciende.

Ese rocío de la escarcha  
es gracia, fe no menguada;  
bebida ya la sed  
del hediondo estiércol que germina.

Raíces tuvo, mas secretas fueron  
por arcanas, fluyendo bajo tierra.  
¿Quién las recordará?

Quedó el unguento del candor,  
gota en el cáliz;  
flores  
que si quemadas, nunca  
nos dejaron ceniza:  
sí la consumación de la fragancia.

Cuando llegado el trance,  
quebrada la vasija  
el agua clara ya vertida en bruces  
por tierra roja abreve,  
tú me reencarnarás.  
Jardín del ansia.

## 2

258

## ACACIA

El jugo de la flor,  
sobre las tintas  
de la capitular,  
su infolio escribe.  
De tal madera fuese  
el crucifijo  
donde las piernas quiebran.  
Oh delgadez  
del mártir.

Quién se clava  
a tal calvario cruel.

Y en la scriptoría  
el mutado latín, cuaderna vida,  
por la acacia vertida da y enseña  
las sacras escrituras.

El pergamino es piel  
de sacrificio.

## 3

259

## ARTEMISA

La artemisa colgada,  
volverá al árbol fértil.  
Si en medio de tal páramo se alza  
corteza hermosa un día,  
mas hoy vejada por el rayo,  
prendedle la artemisa entre sus brotes.

Un ramo de cerezas que la sombra custodie,  
pócima ponga y néctar a los pájaros.  
En esa algarabía del silencio,  
donde la araña cuelga sus telares,  
la artemisa fecunda.

Ventre tuyo, doncella de preñez,  
alumbre seas.  
Si así, ya paseante de mi mano,  
un pectoral te viste  
de artemisas.

## 4

260

## CAMELIA DE SALÓN

Las lámparas votivas,  
cuyo aceite  
el abad ignorado elaboró  
de las camelias,  
alumbran el salón.

Llamad a los espíritus.  
Razías  
ciego vuela en el Arno;  
tropieza en las columnas  
de la plegaria.

Bondadosa  
oración.

Enjugado el espasmo,  
con la blonda sutil de tales pétalos,  
los ángeles descienden.

Nunca el hechizo  
se rompe en las fragancias.  
Tan sólo en esa mano del ácrata furtivo  
que el encanto deshace con su pira.

## 5

261

## CAÑA

Lo que fermenta en el martillo,  
es lo corrupto.  
Mas espere la hoja,  
que el fuego avive la entretierra  
y disponga.

La savia de la encina  
 ascenderá su trópico  
 luego que de esa muerte luz se eleve  
 y ya vertida por las torrenteras,  
 frutos alumbre,

Un sol mojado en la verdura,  
 hierve;  
 acomoda el nidal.

Pastor que abajo cantas,  
 cuánto ignoras.

Mas sabio es  
 pues sabe cómo hacer pasar la leche  
 de las nodrizas,  
 hirviendo las raíces de la caña.

## 6

262

## CILANTRO

El azafrán, que es sangre apenas  
 en la tintura de las túnicas,  
 es ornato al manteo de la toga.  
 Pasa el perfume que entre Venus huelen  
 esos filtros de amor.  
 Se brinda doncellez en las alcobas  
 si amuletos de cilantros cuelgan  
 en cornucopias,  
   lámparas,  
   joyeles;  
 en esa porcelana del lavabo  
 que la blancura exalta.

Ya es el lavatorio.

Desmadejado el cuerpo  
 amó.

Que si el sahumerio esponja tales carnes,  
 allí el hechizo colmará sus goces  
 y nunca desamor anduvo en ellos.

7

263

## CENTAURA

Tú, pequeña abubilla hembra  
 ruin del odio;  
 con la torva mirada  
 sobre esos ojos que por verdes  
 la inocencia contemplan.  
 Has dejado una gota de sangre  
 vertida en el aceite de la lámpara  
 para que así el hechizo cumpla  
 el mandato más cruel:  
 verlo poseso.

A aquél que paseante,  
 contempla el glauco azogue  
 cual la vida feliz.

Mas no le dejas,  
 pues envidias su vuelo.

Sangrándote  
 así vas con la centaura,  
 a tronar el paisaje y hundir sus éxtasis.

8

264

## ENEBRO

Luciente el áspid era  
 que entre breñas huyó,  
 tan sólo cuando el pardo anciano,  
 alzó la rama  
 del *juníperus*.

La Santa Trinidad  
 es quien fustiga  
 la serpiente maléfica;  
 de la mano enebrada  
 de ermitaño.

Puede su aroma que en incienso lía,  
 ahuyentarle al poseso el maleficio;

dejar la pajarera en alas aladinas  
columpiándose al aire,  
Y sobre todo destilar,  
oh mi amor, la copa de ginebra;  
que cuando cae la tarde,  
subo a mis labios.

## 9

265

## HELECHO

No es por yacer  
lo que en el lecho yace  
del helecho,  
sino su luz  
                  humilde.

En choza alguna,  
cuando apóstol descende,  
colocan sus manteles  
por la hierba tullida.

Un círculo alberga  
la bondad;  
nunca el hechizo  
en la plaza redonda del conjuro,  
hizo a Luzbel danzar en la quimera.

Que ángeles custodios  
dejaron así el ala del murciélago;  
ese negro batir,  
ya en tierra apresurado  
para que hurgando la simiente,  
fiesta le sea.

Hay quien termina en ángeles su rezo:  
hermosa letanía.

10

266

## HELIOTROPO

Amara, la sonámbula  
que amara  
al dios aquél erguido,  
¿qué nos dice?

Un tallo de heliotropo  
alza en la diestra.  
Sueños descifra en el letargo Amara,  
Mi oído entre sus labios,  
oye secretos  
de quien más sabe.

Aquella Amara que girando vaga  
por no ser nunca noche  
del sol paterno que rociando el polen,  
úngenos la cabeza con sus dardos.

11

267

## INCIENSO

El sol matraz,  
matriz de cuanto ordena,  
te orea,  
Incienso niño por amor de Apolo,  
arbolé enmenudado,  
brizca de la liturgia se oriflama;  
voluta en ascensión.  
Así es el hálito.

No hechices al conjuro  
talles núbiles.

No llamad  
a quien muerto es errabundo  
sobre los ventanales.

Quede tan sólo así,  
volando el órgano.

Voces por blancas ya invioladas  
en la polifonía.

El almizcle feliz,  
el ámbar áureo,  
perfume de quien vivo así se inmola.

## 12

268

## LAUREL

Como el laurel  
que invicto condecora  
a quien erguido paseó su estirpe,  
los hechizos le mudan para el odio.

En la cazuela donde olivas vierten  
su aceite, allí el laurel en cruz  
reposa.

Propicio al trance,  
viértese  
para la imprecación.  
Letanía blasfema de tal mártir  
que ha de caer redondo sobre un piélago  
sin saberlo jamás.

Paracelso enmudece.

Por esta tarde afable de los pájaros  
así lo narra,  
a los que reencarnaron  
en estos años del laurel.

## 13

269

## LIRIO

La Señora es quien lleva  
el emblema.

Párese el fuego  
por el agua remansa.

Del suelo es el exvoto:  
 los amantes concilia.  
 Oh el aire en castidad,  
 volando en lirios.

No abejas enceradas  
 celdas blanquean.  
 Mas fueron necesarias.  
 (Candores vagan).

La estancia fuera templo  
 de la fragancia.  
 Polen de la agonía.  
 Surge feliz del parto  
 quien ya naciera.

## 14

270

## MANDRÁGORA

Con el orín del ahorcado,  
 rociemos la mandrágora.  
 ¡Oh talismán!  
 Los dioses lares abundáronme.  
 Creció en el pastizal cuanto el deseo  
 soñó.  
 Haciendas bien granadas,  
 tuve opulentas.  
 Jabora del hechizo,  
 qué poder.

Por algo su raíz  
 es como el hombre.

Si la hoz la mutila,  
 si la hoz,  
 se verterá cellisca,  
 fuego en dardos.  
 Y el negro perro que quebró aquel tallo,  
 hecho pavesa, envés, quedóse yerto.



Encuentro de los dos melillenses: Miguel Fernández y Fernando Arrabal.  
En el centro, la esposa del poeta (1979)



17

273

## MIRTO

Como un alcohol que lento descendiera  
de esa contrita mente antes ebria  
y reposada ahora en velación;  
así el mirto, aromándose,  
la estancia ya embalsama  
y el cuerpo para el goce  
desnudos cubre.

Qué llama se embelesa  
en ese fuego.  
Quién arderá.

Zarza quemante.  
Carne la que ansías;  
así tendida, espera.

18

274

## MUÉRDAGO

Anduvo en el sosiego,  
pues la mar contemplaba  
y sus confines.  
Qué solo meditando  
en el cantil.

Brumas le invaden,  
oleajes, áncoras.  
Pasa la vida por su frente,  
moja esponjas en ella  
y advierte cómo vagan por el fondo,  
peces cegados, los recuerdos.

Así el muérdago.  
Seco  
por ser tierra yacente.  
Frío  
pues a cubrirle van.  
Quién sacrifica;  
quién,  
su permanencia.

Tan sólo el que a la vera  
 da sus panes  
 y todo descende cual granizo  
 amedrentando tanta carne dócil.  
 Espíritu serás  
 si palio elevas.

Salta ya,  
 que el júbilo te viene y condecora  
 la meditada orilla de la muerte.

19

## NARCISO

275

Cómo la amistad vence  
 la negritud del odio.  
 Por ello, dóranos,  
 fría flor, de tu cáliz  
 rociado.  
 Llegarán con las vírgenes  
 las yeguas,  
 los tronos píos,  
 la fiesta.

Mirándose contemplan  
 en una flor, el mundo.

Así Narciso en la narcisa linfa  
 su puño hunde:  
 la belleza es fugaz,  
 arcana,  
 honda.

Y una vez ya mirada,  
 ciegos van los sentidos.

20

## OLIVO

276

El reto que maldijo del tirano  
 el cruel fusilamiento,  
 en la pólvora queda.  
 El mártir muere el olivar.

¿Le véis?  
 En la alba camisa  
 la roja flor de sangre se enarbola  
 y cuaja allí el venero.

Quedó como si nunca verdeciera  
 para nadie.

Mas no.

Llegó rama sabiéndose de savia  
 y le cubrió los ojos;  
 adentrósele el pétalo en la boca  
 y brotó por la oreja el tallo virgen.  
 Que anciano el tronco,  
 un día fuera cueva  
 de la oruga;  
 hasta que sobre el muerto nació al fin  
 la oliva.

El ramo portan,  
 qué pavor.  
 El hijo invicto nace de su aceite  
 pues siempre la paz fuera cruel fermento  
 del ramo aquel de olivo,  
 que el héroe mordiera.

21

277

## ORTIGUERAS

El viento ya no pasa, pues no hay viento  
 que despeina la frente aquí, en la ortiguera.  
 Un céfiro menea tallos núbiles  
 ya que la calma monda es como extática  
 mano abatida en un regazo y muda.

Cuanto pudo extender sus ojos, fuése;  
 lo que miró en la ancha tarde cárdena  
 fuera polvo flotando; fuera nada.  
 ¿Quién entonces aprehende, doma o corre  
 sobre el suelo tullido de otras yerbas  
 si fue la vida vejación?

Tablas lunares son.

Y era esto lo antiguo que soñara  
allá en el cantil, cuando por vivo,  
paseaba su cuerpo junto al agua  
de negra densidad, mas siempre viva.

22

278

## ROMERO

¿Por qué, ciervo que ahuyentas  
la vida y ya al morir te tumbas  
sobre el barro lechal  
y el lodo arañas,  
lloras?

Si postergado ves la extinta selva  
que fuera aquella patria de tu trote  
cuando joven testuz  
hendióse al aire,  
por voltear los rayos de la aurora.

¿Por qué salobre el lagrimal que viertes  
es sabor de romero?  
¿Acaso el llanto aromas?  
¿Cómo tenaz el orden de la muerte  
será gozo, si así tendido lates?

Toco tu corazón que no latiera  
y asciende por mi mano la última fragancia.

23

279

## ROSA

Tauro amigo,  
bajo cuya égira,  
alumbé el hálito primero.  
Aquel lar fuera casa  
de azulejos rosados.

Rosa pues, signo mío;  
pasa distante.

Sé que tu viento viene a bendecirnos  
pues luz me otorgas.  
Ufano desenvuélvese ese pétalo  
de rosa sosegada,  
mas sin tregua.

Un cuenco es Aranjuez,  
oculta espina.  
Aire embriagado  
y germinal la brisa.

Pasa el galgo veloz  
y husmea tus dones:  
siéntese humano.  
Y al fin tu nombre cumple  
su destino de aroma:  
Ser rosa.

24

280

## SERPENTARIA

En los zocos de Arruit,  
la serpentaria es flor de la fascinación.  
El encantador de serpientes, silba;  
vierte así sus raíces  
en la cesta de mimbre.  
El áspid sube en lentitud.  
Dormido  
eleva su veneno al son del cáramo,  
mas nunca ya mortal: sólo espectáculo.

Ahí en traición se yergue.  
Qué humor, si en cascabel,  
arpegia trinos  
que a pájaros emboba.

Palpad su lenta malla y la coraza.  
Mira el reptil extático  
marfiles ya, garganta de la dama.



Mirar lo recorrido si equipaje se porta.  
 Dejarlo aquí en la linde. Huirse luego  
 de aquella propia sombra. Volver hacia el origen  
 de las algarabías.

Reclinada la frente  
 ante la altiva menta que emponzoña los labios.  
 Hurgar en el zaguán tesoros entre arañas  
 Dejarlo todo allí, en abandono  
 y hacia el aire postrarse, pira de sedición.

Para que así se avente y nada quede.  
 Tan sólo el flujo que el olvido guarda  
 del talismán del vivo con sus flores.  
 O la vida en sus pórticos.

## 27

283

## SEMILLA YACENTE

Aciagos en la cripta  
 del mantillo de tierra;  
 acostados al borde, la simiente  
 bajo el oído nuestro, yace enjuta  
 derramando el venero.

Así el polen absorbe,  
 dulcifica el sentir.

Orea la yerba  
 en torno al acostado, al muerto apenas  
 ya comulgante en asperón ardido.  
 Escucha y ve al crepitar del cieno,  
 cómo el fruto se eleva.  
 Evade el pájaro,  
 picoteante en la salud del tronco;  
 le colma su destino, pues invade  
 con su yantar de larvas, aquel vuelo  
 que solo en soledad el árbol crece  
 sin ya otro mandato que la orgía  
 de ser crianza en tierra.

Qué belleza el perfume;  
 inasible es la gracia si perdura.

Flotante queda  
 su cestillo de dones.  
 Nunca la palidez,  
 sólo el llovido sol y el aguacero  
 de la resurrección perpetuándose.

28

284

## POLEN

Esperas de las vísperas.  
 Negros ya los despojos que existieron  
 de un cuerpo alado un día;  
 carne grácil.

    Quién vestida de olor  
 a tierra bien mojada, pasa.  
 Quién deja el halo húmedo de su procreación  
 vertido como pócima.  
 Quién halaga.

Fundiérase en su adentro  
 semen de un dios; acaso lluvia tórrida  
 de oro, cuando postrada en soledad  
 sus muslos abre.  
 No al varón, pues no existe  
 goce y bullir.

¿Cantó, llamó a su tálamo?

Fuese desdén o afrenta, fuese nada.  
 Pues si nacido irguióse y buscó en vano,  
 se llamará Perseo.

29

285

## BOTÁNICA OCULTA

Ángeles míos,  
 rociadores de la oculta botánica  
 si Paracelso duerme.



Un paño virgen su simiente esconda  
y solo el alvéolo de su cuerpo  
lo palpe al tierno aire de los vuelos.

Regad luego a las vísperas con lágrimas  
su campo débil.

Aventad briznas rojas;  
que infantillos de coro canten sus letanías  
y alzad el corporal.

La rosa resurrecta os glorifica.

Nacida queda de la muerte pura.



DEL JAZZ Y OTROS ASEDIOS  
(FEBRERO, 1978)

«¿No tendrá ese hombre conciencia de su oficio,  
pues canta mientras abre una fosa...?»

*Hamlet.* W. SHAKESPEARE.



(Vognporten Jazz.)

Una vieja cochera, en Magstr 14,  
cerca de donde el mar corona sus sirenas,  
es el recinto.

He cogido tu mano ensortijada  
apretando sus nácares cuando el *jazz* más se eleva,  
porque el fulgor no es nunca un enloquecimiento  
si tabernario el templo canta en sus mocedades  
y allí asedia.

La trompeta granándose el pecho enmedallado  
llanto es, no promesa  
de redención.  
Que así ordena el concierto  
la orgía del estruendo de quien vivo, se exalta.

Han pasado una historia  
de ácidas cervezas, espumadas  
en los labios mordientes  
de la revolución.

Tumbó el de rubio acorde en otro día  
barricadas de adobe;  
ellos, los huidos de estocadas  
con el blasfemo frenesí del golpe.

Mayo del 68.

Estos ahora son sobre la escena  
del *Vognporten Jazz*.  
¿Vino la redención de sus conquistas?

El ocio arpegio es,  
blúes amargos.  
La ira detenida.

Quién a bailar se atreve ante los dioses  
que fueron crimen y ahora melodía.

288

2

Impávido el trompeta alarga el trino  
hasta donde no pueda más la sangre;  
pues hay que tronar.  
Llamada es arrebató;  
luces de cirio alumbran hosco el ámbito.  
Vocerío del ácrata  
golpeando la mesa.

Impávido el guitarra,  
muestra dedos sangrantes  
en su arpegio.

¿Dónde y por qué la ira?

Cantan una canción que no entendí,  
mas medito.

La pálida muchacha de preñez,  
rompe bolsas de agua en el estrado;  
allí desmaya el vientre.  
Y su hirsuta melena se derrama  
en violeta palidez; ojeras:  
gestación mutilada.

Canción de gesta es  
pues al poder apremian.

¿Fueron turbión que en ira se modela;  
cantos rodados si cantando pasan  
rodándose por ciénagas?

No sé que torso al lado beso y yazgo.  
Nunca su nombre dijo.  
Volvió luego a la orilla el rostro helado  
y maldijo al poder.

Bate el tambor su *jazz* misericorde.

289

3

Tu cuerpo en la escena,  
desnudándose  
lento al compás,  
aparta así los velos.

Humos envuelven tal estatua móvil.  
Velárase el pudor,  
como esa luz de tarde por las barcas  
varadas.

¿Quién la belleza oculta?

Silbidos en la sala te desnudan.  
Ajados pétalos, loto al sol se entrega;  
Vestal que entorna párpados  
y ocúltase a los ojos que la miran.

Poma redonda que se vierte en todos;  
pues desnudez es don,  
nunca vergüenza.

290

4

(Party borracha.)

Sobre el ombligo un cisne se humedece.  
Es de coral el pico, mas de rubí la talla.  
En el centro del mundo, carne que así se ondula.  
Y apriétala una mano o un beso la despierta.

Cae la túnica ajada y ya es emblema el pórtico  
que se anuncia tan pronto Venus sube a su monte.

Mejor baño no hubiera que aquel que del rocío  
hiela el recinto cálido que reclama sus goces,  
si esponjado ese cuerpo, tumba su laxitud.

Erguida queda.

Tarde ya.

Sola en prisión.

Pues sí percibe  
que violada fuera sobre la yerba húmeda.

291

5

Aleve y ya en rumor de labios  
indulgentes; mostrándose  
la abierta boca,  
hunde su poma carmesí  
al otro labio que le enfrenta lucha:  
sólo amor es poder.

Hasta la entrega que en el beso inmola  
tanto afán,  
uno de ellos vencerá.

Fuera de seda el abandono;  
cumple el deseo la carne  
si abatido está el cuerpo en el espasmo.

Invicto queda aquél;  
yergue su brío.  
Feliz no por amor,  
sino por verle en goce derrotado.

292

6

Olvida el son.  
Tacones bailan  
que los silencios trizan.

Sobre el estrado queda  
aquella majestad.

Fúlgida fuera  
si así quedase siempre,  
como estatua.

Mas no,  
que hiere el suelo.

Ya fustiga el talón de hojas doradas,  
ya las quema en su gozo.  
¿Dónde el baile?

Oh remolino de placer;  
música sedienta  
que se deslía.

Sólo el *croissant* crujiente  
en la boca de seda, muerde.  
¡Oh, muerde!;  
ya bellísimos dientes  
idolatrados.  
Qué hojaldrada maleza deshacen  
mientras contempla el baile.

Calla; pues quien inventa  
esa alegría,  
el trance ya no vive  
aunque es testigo.

Funesta historia fuese  
aquel falso candor de la algarada  
en *Magstr 14*.

Feliz la sala queda  
con el retrato del prócer.

Y nadie, por pudor, ya lo contempla.

Blasfema el levitón desde el estrado  
con la altanera jarra.  
En la poza del vino hundióse cuanto  
decir tuvo y no pudo.  
Gente ahogó sus deseos  
en los alberos con las capas cárdenas.

Joven, joven ya libre  
 huidizo por el mapa.  
 ¿Qué oficio es  
 ser montaraz y héroe?  
 ¿Qué portillo se abre cuando saltas  
 tapias de tulipán de quien descansa  
 en su poder?

Dejaste recuas  
 en abandono de labor.

Lagar que no pisaste,  
 otros mostos fermentan.

Y tú, huido por la noche que embalsama  
 el cuerpo de postura hacia la muerte;  
 quebrando niño entre disparos, piedra  
 en la barranca sorda del desprecio.

Como un temblor que *adiós* dijera,  
 porque la ida nunca resucita  
 lo que a su lado fuera tan vivido;  
 sino que ya tan sólo en ese humo,  
 huellas de pasos, vaso que manchara  
 el rojo tinte de la boca,  
 yace en su atmósfera.  
 Y aquello tan perdido vuelve siempre  
 por la recordación.

Mas nunca  
 ya real; siempre extinto;  
 espacio de aquel cuerpo  
 solo en su nada queda;  
 como velo que ocupa  
 lechos, paisajes, la caricia acaso:  
 mohos del frío.

Tú, realidad, acaso  
 escolta de acechos, seas  
 necesaria.

Un cuerpo que se evade  
 bien por ira o la muerte,

o pérfida renuncia,  
¿dónde espejo le suple?

Amada silueta sobre el pórtico  
que la luz le velara el rostro a veces;  
mirándote a lo lejos, siempre estabas  
desde la humillación hacia los éxtasis.  
Pero ahí, que ya nunca exhalada;  
como si viento en cuajo arrebatase  
esa mutilación: carne de olvido.

295

9

## FÁBULA PARA ANIMALES MANSOS EN UN PARQUE DANÉS

### I

El topo ahuyenta el herbolario  
y sale  
disconforme a la luz.  
Huele y otea la incólume nevada  
y a la almudena huye.  
Allí, raptor del grano, se solaza;  
y devorante el hambre, muerde el tallo  
vaginal de la flor.

En el húmedo órgano,  
en donde ya la tolvanera engendra;  
donde es más cálido el bocado,  
roen los dientes.

Muñones en la nieve son la siembra  
ya nunca florecida.  
Y así el lentisco muda sus colores  
a la parda orfandad  
que el manso topo, en mansedumbre, inmola.

### II

Quebró la rama de abedul ya seca.  
Cruje el mundo con ello si estampido  
leve es; pero en torno se acrecienta

tal rumor; que la hoja tuvo un día  
vivida en sus adentros.

Ya desgajada queda  
talante y rasa del abrazo enorme.  
Árbol suyo subiendo, hoy en vano  
camino de la oruga.

Pero nunca  
fuera mente animal quien discrimina  
si has de alzarle a los pájaros,  
o tumbarte en maleza para fuego de hogar.

296

10

(Azrael.)

Quien el ánima aparta del cuerpo  
es Azrael.

Cuál su oficio.

Olvido ha de llamarse  
quien renuncia a la carne  
y alma ahuyenta.

¿Dónde  
placenta nueva encarnará tal vuelo  
del aura que irredenta no ha cobijo?

Pliega sus alas Azrael  
sobre el magma sin flores de ese mundo  
tan pronto mengua su labor.

En su lunada postración, bien duerme  
y ese sosiego es noche.

Jamás mortal halló cobijo en ella;  
pues si es sueño la muerte, nadie vive.

297

11

Acaso sea verdad,  
que vas dejando de sentir  
lo que fuera antes dolor  
y ahora no;  
aunque el mismo quebranto, el mismo pésame  
y la igual negritud de la conciencia,  
sea por siempre dolorosa.

Me miro entonces por si descubriese  
 dónde el pecar; qué fuerza helara  
 la paz que alzóse un día.  
 Hoy es solo mirada larga y extenuada  
 que va de una pared a otro paisaje;  
 traída va y llevada por mal viento,  
 sin acomodo en el perdón.

Pues fue así como anduvimos años.  
 Crecían otros pétalos, abrojos ya  
 y aires marciales con el abandono  
 de herir, ya que se inmolan.

¿Perdióse entonces el amor?  
 O era el merecimiento de una época  
 que nunca fuera nuestra.

Y nunca  
 nos llegó como viene para el campo.  
 Mas bien como ventisca de la ira.

298

12

(Generación.)

El desafío constante del huracán sobre el Averno,  
 haciendo así temblar de espasmo a las raíces  
 interminablemente en los días que a juicio convoca la naturaleza  
 sin saber qué es lo que pretende con su ira;  
 desgajando de olivares el monte,  
 inundando madrigueras,  
 hundiendo sobre el mar losas rocas volteadas.

Acaso es tan cruel como tu meditación  
 de galerna en los atrios donde fue aquella vida  
 contemplada entre rosas.  
 Hoy ya firme arpillera de lo que por mutante  
 pudo ser; mas fundióse.  
 Quiso llegar, y pérvida la calle  
 le engañó su trayecto.  
 Ordenó sus herencias y de nada ya pudo  
 seguir, seguir la fiesta que es vivirse entre otros.  
 Sino que aquel rechazo, aquí entre sombras,

oteando un paisaje detrás de tales tapias,  
contempla a cuantos fueron en la generación:  
irredentos por tráfugas, malheridos de encono;  
solos de gabinete con su botella siempre  
bebida hasta la hez.

Que así es la soledad.

Ama la soledad expiatoria,  
el homenaje a tu generación;  
la muda, la embozada, y no de frío,  
sino de lengua helada.  
Aquellas las silbadas entre dientes  
palabras y apostemas, no llegaron  
a restallar su música en el aire;  
quedáronse en idea nunca dicha.

Con la hermosa que fuera tanta lengua  
y mas si en grito ejerce su sonido  
del voceo riente y su sarcasmo;  
latido ya, tal vez la carcajada  
ensanchándose al pecho, pues bien canta,  
y fuese la mirada no mirada  
de lo que se contempla.

¿Qué fue entonces lo que el ojo acerca  
hasta aquí?

Nunca fortuna;  
velo tan sólo que encubriera el llanto.

Oh tú, el empecinado de arrogancia;  
con la altiva mudez,  
ante la fiesta torpe y su ponzoña,  
busca la soledad.

Entierra el paño  
de los viles oficios;  
narra la historia de los faraones;  
cambia la faz por otra ya riente  
y hondero, abate ya cornejas raudas  
que cercaron tu patria de osadía

El incomunicado del escarnio,  
acércate hacia el borde.  
Contempla así tu tierra.  
Salta al abismo de la mar gritando:  
nadie recuerda ya las profecías.

300

y 14

El *jazz* es creación sobre el concierto.  
¿Quién pues va a dirigir la melodía?  
Si el banjo irrumpe en su clamor tronando  
y todos le acompañan, lascivo el banjo es.  
Líder del caos.

Clama la extenuación,  
reina del éxtasis.

Abrazado el acorde cae en las tablas  
y allí reposa su melena húmeda.  
El público se incendia en su alboroto  
y canta.  
A solas la canción siempre es tristeza,  
mas dada en compañía es iracundia.  
Himno se llama la figura,

antorcha.

Y aquél bebiendo un lento alcohol  
yérguese sin saberlo.  
Y precipita  
su enloquecido rostro en la avenida  
de lentos eucaliptos  
donde se inventa el pánico.

Noche has sido, oquedad sobre los mártires.  
Calle abatida y juventud luchando.  
Una ruina vaga y se detiene  
por recoger la música que arpegia.  
Banjo mordaz, deshecho por las balas.



10

TABLAS LUNARES

(1980)

«Ahora mi sed  
será más leve, menos acre la herrumbre.»

EUGENIO MONTALE.

«Ahora conozco mi destino y mi origen.»

GIUSEPPE UNGARETTI.

*«Non omnis moriar.»*

QUINTUS HORATIUS FLACCUS.

«La luna fue la última encarnación del  
espíritu de la Tierra, y la raza humana  
pasaba por el estado de conciencia animal  
en el cuerpo etérico del Señor de la Luna...»

MANLY P. HALL.



I  
GALERÍA DE EXVOTOS

1

301      DESCUBRIMIENTO DE LA NIEVE

Esos volantes copos, cobijados  
en la rosa más pétrea de la ojiva,  
albo yacente en la altitud del templo  
cuaja allí su estertor, quédase en hielo.  
Lo que albergue del pájaro y recinto  
emplumado, es hoy caverna  
del don petrificado de la nieve.  
¿Es grato el frío de la noche torva  
como es bello el descanso en las vedejas  
de ese hálito puro de la escarcha?

Lo hermoso a veces lo será a unos ojos,  
pero a otras miradas será yerta  
esa contemplación.

Tras la ventana cae la nieve absorta,  
ruédase en bultos por las manos niñas,  
blanco es el júbilo.  
Mas no para el nidal de unguido muérdago;  
ya migratoria el ave, se destapa,  
búscase asilo.

Mientras tú matas, sin saberlo nunca,  
el descuidado orden del concierto.

## 2

302

## JAULAR

Cómo remoto, pájaro en custodia  
jaular.

Si encarcelado plumón,  
si agua y grano, tu libertad aleteas.  
¿Habrás otras ramas de abedul al fondo?  
No sabes, no, qué queda en ese aire  
no volado; tal vez respiro de otros que se fueron  
al rubio candel de tales céfiros;  
puede que el júbilo.

Dime, gorgo del alba; quieto  
espanto de verdura; dime amarillo  
pájaro, ¿así la libertad?

Cómo abrirte los pórticos si hay viento  
que encarcela.

Y la histriónica garra  
agazapada y firme va a cubrirte  
los ojos de un letargo.

## 3

303

## LA ARMONÍA DE UN AIRE

Entre el zureo que habita cuando tu cuerpo pasa  
y el hueco que se quiebra como junco si llegas,  
un instante perdura igual que la armonía  
de esa cuerda de cítara tensada por la música.

Lo que llegó se evade; sólo memoria vive.  
¿Qué dejaste, muchacha, flotando en los almendros?  
Un vaho que es ternura sobre su gota ácima.  
Y quien amó ya sabe la angostura del cáliz.

Racimos, los ya prietos, verted zumos.

Bebed

el húmedo goteo de esa vida pasando.  
Detiene el blanco dedo su sortija en la rosa,

acaricia su aroma, que no pétalo  
 y un clamor que le invade se impregna por su túnica  
 y evádesese así el cuerpo, pues sólo lo desnudo  
 deja su laxitud, la eternidad oferente.

## 4

304

## EMISARIO

Oh manado caer, floresta yerma,  
 por la que agujas de hielo enervan tactos,  
 fríos silbantes sobre el emisario  
 que anduvo entre nevados cedros vírgenes  
 por llevarte a la mano aquel exvoto  
 que va a decirte amor del que más ama;  
 pergamino de lluvia, carta cálida.

Habitante lunar de este mal páramo,  
 devuelve la misiva a quien camina  
 al otro albergue donde aguarda el ansia  
 que la loba custodia.

Y se apresura  
 en que amantes no pueblen las distancias.

## 5

305

## TAN SÓLO EL CÁNTICO

Reposo ha sido tal contemplación.  
 Fuese mi dulce hijo corriendo por la orilla,  
 inflamándose en linfas;  
 la potestad marina que el delfín salta y comba,  
 la mano en el amor acariciando  
 la guirnalda que cubre esas sienes heroicas,  
 todo cuanto en bondad es bello si perdura.  
 Sólo así tal recado  
 quien ofrece;

sólo por dádiva  
 el que dáse latiendo con su plexo dorado  
 y oprobio va y recoge  
 mas sonrío por siempre.

Pues fuera su misión tan sólo el cántico.

306

## UN TORCAZ ARREBATO

A pesar del amor,  
esa distancia de los hijos  
contemplas.  
Miras su andar, la fiebre núbil  
que los agita,  
cuando postrado en las columnas,  
sólo sientes el frío.

Si vuelves la mirada a tu yacer,  
te ven misericordes  
aunque tus libros sepan  
y las páginas sálmicas  
musiten oferentes.  
Qué mayor gloria  
para ti.

Inician danzas;  
no son tuyas sus músicas.  
Su acorde trino para ti es hambre  
y en ellos abundancia  
y el cántico de entonces, lares de aquella vida,  
vuélvese blasfemo.

Engendras sólo un tiempo arrebujaado en carne  
caminante,  
no un torcaz arrebatado de tu aire volado.  
Aquí te miran.  
Dime, generación,  
portándome la sangre y no mis mocedades,  
qué abismo nos asiste pese al habla que une  
tanto vástago ausente de primogenitura.

## 7

307

## GENERACIÓN

Los que nacieron de ultramar  
 con la galleta salobre  
 mordida con saliva de otras épocas  
 y el níspero más ácido  
 encubierto en ceniza por menguar su dulzura,  
 abren sus ojos al mapa fenecido  
 de sus tierras.  
 Recorren ya la hacienda;  
 sólo hallan  
 cobijo inerme.

Por ello, ¡oh tú, nada peregrina  
 sobre los campos recorriendo  
 de mi generación, maldita seas!  
 En tus avernos de esponjas,  
 con glaciares sin dioses,  
 danos un Dios que unja  
 con su túnica hilada.  
 Pon señales sobre los cirios de la celebración,  
 y ardidos en tu cera  
 acércanos, acércate al viril,  
 pon ya la harina en boca  
 y así oferente  
 danos contemplación;  
 no las tablas lunares del hastío.

## 8

308

LOS CREPÚSCULOS SEPIAS  
DE MI TIERRA*A Antonio Abad.*

Asomado a los crepúsculos sepias  
 de las tardes de mi tierra,  
 oigo el clamor que elevan los vivientes  
 hasta la soledad.

Envuelven con su sed embreada  
el vocerío que asciende:  
fustígase el silencio.

Evado el cuerpo del alféizar  
con los ojos cerrados.

Fuentes las surtidoras,  
emanación del agua que enmudece  
en su puro manar  
ese clamor extinto, el sonido invasor...  
Heme postrado.

Qué cruel indiferencia:  
olvido de vosotros.  
Solidario no fuera quien ajeno  
su paseo detiene  
y pregunta a quien halla:  
histriones le amedrentan.  
Y el varapalo  
acomoda su burla a la cadera  
golpeada;  
el aye es carcajada,  
tal el zafio alfabeto de la burla.

Cambié las avenidas de avellanos  
por la plaza sin nombre del zaguán.  
Cerca de los glaciares queda escrito  
el testamento en nieve que se evade.  
Nadie pasó, pues huella no ha dejado.  
La huella es sólo el paso más secreto.

## ÉGLOGA PATRIA

Qué sacrilego ha sido el contemplarte  
sin darte amor; poniendo redes,  
cepos de caza, oh tierra la nutricia.  
Paseando baldío junto a juegos  
de tu égloga patria;

cómo dirás la hora si es heraldo  
del tiempo tu cuidado.

Cómo

voy a yacer entre los yeros pastos,  
valles donde soles acunan.  
Quédeme así tormento por compañía,  
lámparas ya sin luz, de espaldas a tu gloria;  
las vesperas por donde ya descienden  
señales que vi solo  
pero no compartí.

Posa plantas infectas la arrogancia,  
lava pecados en aguamanil.  
Qué agua esponja ojos de piedad,  
qué reyerta apaciguas.  
Nunca sin ley, mas con leyes de olvido  
has paseado el cuerpo junto a la redención.  
¿Quién te asiste, pregonero?

Ayes tan sólo de tu boca extinta  
das;  
espigas bien granadas,  
mas sin fermento para el hambre ajena.

10

310

## EL DOMÉSTICO

Quedó solo del bosque, su hueca claridad.  
Parado estaba bajo el sol lumínico  
el doméstico.  
Porta bandeja con los utensilios  
de las abluciones.

Váse luego y retorna  
con manjares envueltos en la plata.  
Una tórtola huera con las plumas  
arrebujadas por ajonjolí.

El trance queda así ya degustado.  
La bandeja es proclama,  
bacía que no yelmo  
sobre tal refectorio;

mas luego será emblema donde porte  
la testa del bautista  
mostrado entre verduras.

¿Sólo así el corazón?

Solo el conocimiento.

11

311

## ATRIBUTOS DINÁSTICOS

Si los objetos de nuestra dinastía  
no son las paternidades,  
sino su revulsión a ellas,  
estos meandros engendrados  
aquí

y allá  
que las linfas del discurrir detienen,  
no atesoran herencias  
pues vivir es nadar contra otras corrientes.  
¿Dejan un agua clara al espejismo  
de poder contemplar lo que acontece?

Nunca han de ver; pues acontecimiento  
es lo que ya bogante raudo vuélcase;  
no como el pescador de caña extático  
que canta o silba mientras caza al vuelo  
y al pez otea en su nadar cegado.

Los reporteros de generación  
atestiguan al hombre,  
mas no a un hombre que busca su canto en las fogatas.  
Pregunto mientras sigue la pesca  
si son iguales que el pescado ciego;  
es aquello que pasa,  
dejando así sus huevas futuras a un letargo.

12

312

## PLAZA DIVIDIDA

Igual que la misericordia  
cuya espada la plaza parte  
en dos.

Y aquí dicen que quedan  
los hediondos afanes  
por humanos.

Y allá el perfumado  
ágape del inicuo.

Y alguien ha de rasgar la frontera  
con un golpe tan sólo a ese sedal  
para que así, vertida torrentera,  
fúndase oprobio con ensalmo  
y el perfume del hombre en su diáspora  
sea la conjunción, el solo arrobo.

13

313

## ACTUALES MOTIVOS DEL LOBO

La hermosa voz agónica del lobo  
estirando su rubia pelambre de la fiebre,  
clama en el caz.

Abreva así la sed, que fustigada  
por el olfato de la sangre joven,  
desespera el sentido.

Nunca cesa

el deseo reptil, la dentellada  
de su hambre esteparia; honda persecución  
y ya balido, última voluntad de quien ofrece  
la trenzada garganta  
para el golpe.

Se regresa al cubil;  
en la lobera  
los ojos bobos de agua del lobezno,  
interrogan.

Fratricida es la pena.  
 El animal da vueltas por buscar su acomodo.  
 Doma la paja mancillada y tiende  
 su jadeo.  
 Cierra así ojos, lame dentelladas  
 y dormido se queda con el instinto presto.

14

314

## BOLERA

En el juego de bolos, acierta aquel que tumba;  
 quien menoscaba solo un poder, quiebra en tercios  
 y espera que buen pulso sea diana en las caríatides  
 que ya nada sostienen, pues cabezas perdieron.

Apacible ejercicio quien el salto practica  
 y cuando va de abismo a despeñar su suerte,  
 alas le nacen para salvar su trayectoria  
 y apacible se queda su aleteo en los élitros.

El ángel tuvo un día menesteres humanos:  
 zaguán con algarrobos que su hambre distrajo,  
 diálogos con otros muertos de la iracundia.  
 Por ello así volaron; aunque no lo recuerdes  
 hoy lápidas inmolan tan forzado coraje.

La bolera es lugar donde el ocio distraes.

15

315

## DEL INCIERTO HOSPEDAJE

Aquella embarazosa situación  
 del hospedaje,  
 en tales galerías de guirnalda y florestas,  
 con galgo parabólico dormitando en la alfombra  
 y el ujier tonsurado en su ocre librea  
 para brindarnos aposento,  
 con trémolo de encajes donde el susurro es lóbrego  
 y los lacrimatorios en las mesas de noche

acogieron salobre una lágrima usada  
que nunca fuera nuestra, sino de antepasados  
mejores avenidos que éstos del viaje.

Miré mi compañía en arropes vaqueros;  
consustancial la trenza al baldaquín dorado  
y púdica en su trance, sin desnudarse apenas  
por temor a que el ojo de buey no fuera sólo  
claraluz de la estancia, sino humanas pupilas  
que de embajadas fueron condestables espías.

Es evidente que el amable trato  
precisa correcciones:  
como encubrir la soledad  
siendo tan sólo huésped de uno mismo;  
rociar en nuca bálsamos a la amante en descuido;  
usar los utensilios privados,  
y alejarse en el sueño  
que depara el abierto cortinaje del bosque.

A la mañana, un avellano  
los cristales golpea.  
Es otra anunciación.  
Se abandona lo estéril,  
deja la mente lúcida el rocío.

No supimos por qué  
fuimos por el camino de Swann.

II  
LAMENTACIÓN DE DIONISIO

*«Alors les déficiences sont nées entre  
l'homme et l'aride ouvrage de bloquer aussi  
le néant.»*

ANTONIN ARTAUD.

316

16-1

Estas ruinas fueron  
alegre campo un día.  
Están las inscripciones tatuadas  
en la gloria del ábside.  
Veo muda estameña  
señalar lo que en piedra aquí se yergue.  
Jamás la gloria hallé,  
pues si de pueblo hablo,  
sólo se glorifica quien pervive  
y no quien muerto yace.

II

Hirsuta testa guarda  
pensamientos ya crueles;  
un sueño queda inmóvil:  
esplendores que han sido.  
Mas nunca esplendor fuera  
sino es áurea la frente.

## III

Por dolerme esta patria  
ya naufragada,  
he de soñar edades  
que si nunca lo fueron jubilosas,  
las pensaré, las soñaré altaneras,  
pues siempre lo real brotó de un sueño.

## IV

Es un vacuo deseo solamente  
pues decrepito vivo y ambiciono.  
Vine de tales tierras,  
cuna de tanta búsqueda;  
islas bogantes eran  
ya en naufragio por siempre fue mi sino.

Si de ruinas hablo,  
tomad asiento aquí, en lo quebrado,  
es diálogo impuesto.

## V

Hablar de dos en dos siempre me ha sido  
monólogo de sordos.  
Tuvisteis que andar en púlpitos clamando,  
y vocerío, estertor de todos,  
pues de tal ronquedad, suben los tonos  
mayores.

Y cuando ya despiertos  
anunciéis la diáspora,  
vocead.  
Que así sea, peregrinaje unánime.  
Sea válido el hablar. Nunca el nosotros,  
y sí el de todos, alfabeto amado.

## VI

No es posible que ya el discurso narre  
acontecer que en la justicia viva  
ya que ésta la inventas  
por ser tan deseada.

Profané tal deseo  
 yacente en los mercados  
 y lo oculté del foro,  
 porque así la semilla fuera lóbrega,  
 y atadas se quedaron las conciencias más nobles  
 por palabras que, vanas,  
 nunca fueron espejo  
 para aquellos discípulos que buscaron por siempre  
 tanta verdad.

## VII

¿Y bien?

Y bien, dice el que aprueba  
 la impuesta ley que enmudeció las voces  
 esperando tan sólo si el azar permitiera  
 que el decálogo un día,  
 fuese como la piedra de ese texto:  
 pretil de los sepulcros.

No decirme clamando  
 que es necesario el método  
 cuando de cosa pública se trata.  
 Que el pueblo no fue unánime  
 ni en su sangre altanera,  
 ni en la profanación del laberinto  
 que urdí, que alcé en sus mentes.

¿Quién agrupa el sentir?  
 Renazca pues la potestad  
 y un país necesario perezca en su renuncia.

## VIII

Dicta quien antepuso sus principios,  
 aguarda en sombra aquél que los rechaza.  
 La unidad es la paz, pues todos cantan  
 un himno de fanfarria en el estadio.  
 Nadie se meditaba su abandono;  
 fuese a la mar quien sabio no esplendía  
 aquí su brillantez, pues quise que ella fuera

maleficio ya inicuo, tráfuga bien pecado  
para que no alumbrase candil en las conciencias,  
como aquel de Laertes,  
agrimensor del trigo que es el hombre.

## IX

Clamé, solo, en acecho,  
para el truhán que aguarda la pedrada  
y enmudeció la voz en negaciones  
de esta sedienta tribu.  
Ahogáronse los justos  
pues esperé el recato, ese gesto del héroe  
de inmolarsse en la plaza  
por ver si así el conforme  
conforma moral nueva.

## X

Nada ocurría.

Decidme

si no fui dios tronante.  
¿No véis la majestad en ese rictus  
neblinoso y anciano?  
¿El aura que ya nimba  
la figura señera sobre el atrio  
de quien salvó su afán?

Por todo el odio que en el fuego impartas,  
sé y es mi gloria, que admiráis secretos  
esta crueldad posesa en mi tiara  
y a cuyo paso claudicó la rosa  
ajena al vendaval, mas sólo mía.

## XI

No fue esa paz que en celo ambicionabas;  
aquí no se ejercita.  
Es un sueño por loco pues ya, dime,  
si el sacrificio puede y justifica  
cambiar a justos lo que en la justicia  
por no serlo se crece y así admítese.

## XII

He sido arruinado en la peor riqueza  
que ya puede quedarnos.

Conciencia es  
lavar las manos aunque limpias fueran,  
santiguar en la puerta tus signos paternos,  
mirarte sobre el mar y ver barcas enjutas,  
no huir cuando así llueve, sino mojar tu pecho.  
Pero nunca aceptar como salmos,  
aquello que es flaqueza en tu ánimo  
y por miedo al embate justificarlo siempre.  
¿Qué paz iguala, dí, la del silencio?  
Aquella sola de inmanente tedio  
o desesperación de los sentidos;  
pues sentir en voz alta era oquedad consigo  
ya que el verbo por siempre mutilaban.

## XIII

Miro el poder yaciendo,  
es igual que ese humo que se expande a lo lejos;  
existe y no fustiga ya que es pavesa ahora  
pues enturbia el paisaje con sus luces.  
Rescuerdo es de algo  
que arde en la memoria.  
Cruel se mantuvo el tiempo  
del navegante por la muchedumbre  
que en tal época fuiste,  
bien preso en tu hornacina,  
meditabundo en harapos, pues la voz,  
oh aquella voz en el cantil,  
lapidaban los himnos heroicos y macizos  
como la arquitectura uniforme de tales monumentos  
a muertos sin custodia.

## XIV

Dime qué herencia queda de tal contemplación;  
miedo tan sólo al cetro enarbolado,  
al buhonero apátrida que vendernos podía  
pues por desconocido era antifaz el rostro  
de cualquier vecindad en su impura gramática;

voz soez del apremio,  
cuerpo esquilmado luego, ya ceniza en la nieve.

## XV

En un olvido de consagraciones,  
en el lecho se guarda cuerpo extinto,  
pero inmortal quedó la vida en cercos,  
la piedra del sepulcro; la inscripción de tal nombre  
testigo es.

Lo contemplan ojos  
ya votivos. A veces riegan lágrimas  
a la esquirra de bronce que le acuna  
para siempre inmortal; es decir, vivo.

Tanta mutilación ya postergada  
no levanta el muñón que fue quebrado  
pues éste es solo seña de una mano  
que algo apretaba entonces;  
o encendía la antorcha que inundó las cavernas  
del justo resplandor de la inocencia.

De tal recuerdo, dime, ¿cómo queda  
la memoria de tantos?  
Borró el destino mentes santiguadas  
y otros huyeron de seguir pensando.

## XVI

Violante de oficio,  
la inocencia quedó marchita y desmayada  
en ríos de esa sangre  
inmolada en las sábanas.  
Más tarde ya, sudarios de himeneo  
de tanta mocedad truncada en espejismos.

## XVII

Aunque mediato fuera el desenlace,  
verdad es que parece que los siglos  
cierran tal efemérides.  
Ayer anduvo entre carrozas.  
Palafreneros,

custodios del boato,  
daban parte a tal trance.

Una mano o sarmiento saluda a quien aguarda  
el cortejo.

Fanfarrias, camaradas,  
colegiales al borde agitan las guirnaldas.

¿Soñé con la quimera?  
Oh realidad, no en balde  
fue verdad;  
como es cierta la hora  
donde el sol no calcina  
y deja así la lengua perpetua de la llama  
que abraza cuanto toca.  
Mas ayer fuera hielo.

## XVIII

Para quien guarda así sus velaciones  
del tiempo que atrás queda como un pozo  
y ahora respira enjuto aire serrano  
por el árbol del pecho, savia es la vaharada  
que de la tierra llega por ser húmeda y nueva.  
Húmeda por las lágrimas que fueron.

## XIX

Busqué tropa que holgara por ser fiesta  
bailando alzados pies en remolino;  
juntarse manos con pañuelos,  
besos sobre el jergón, carcajadas del goce  
y luego ya perplejos de tanta romería,  
irse al sueño volcados los cuerpos de abandono,  
juboncillos deshechos, heridas restañadas  
y la paz que así colma cuando el vino les vence.  
Un murciélago vuela sobre el párpado,  
nadie le vio posarse por la frente dormida.

No hallé más compañía que aquél que pastorea  
bestias en el regazo de la tarde de plomo,  
el laúd manirroto que tañer ya no puede,  
el columpio en el árbol que otro aire menea

y atónitos los ojos que por el tedio indagan  
la ruina maldita que alianzas convoca  
soñando en otro tiempo donde alegre bailarás.

## XX

Ha existido una vez cuernicabra galante,  
hijo de pastor y aldonza y de órgano unguido;  
taciturno en las mieses, mas perplejo en los atrios;  
en seda cubre ausente la tanta desnudez.  
Genuflexiona el torso y así arrastra en el polvo  
mente contrita.

## Arpegia

rezos que en barbas queda, mas le oye el heraldo  
que en vecindad musita devociones.  
Ya le observa quien tanto pregón correveidile  
trae de gleba a mancera, pabellón y bufete  
al pardo dormitorio de las encarnaciones.

Bozal pone al hermano porque profano canta  
y es cántico de feria y alegría de pueblo;  
antifonas musita en voz entrevelada  
aunque su ojo ve sólo pardillo embozo,  
comisura del seno y pezón montaraz.

Su moral se santigua porque es hijo de algo,  
parva pisada en nombre del señor castellano,  
ceremonia en el cruce con la dama en la plaza;  
sonríe así el valido que conquista sus dádivas.  
Qué bolsa cubre en capa, qué indulgencias abona.

Varón de la lisonja con solo un enemigo:  
su memoria recóndita, cuando en las soledades  
observa la pared, blanca de cal tan sólo  
y tú, que te has cubierto los ojos por no verle  
cuando al alba contemplas el rostro en el espejo  
y al lento fango cae la conciencia violada.

## XXI

Tenían largos campos que arar  
y alamares colgando de la carne  
más constreñida y rota; descalza vida  
enjuta entre arañazos; persecución

del águila, fuegos  
por el campo en sudor.

Guerreros

de topacio cruzan pechos con dardos.

El calma la cellisca tan sólo con mirarla  
y florida le queda tanta imagen.  
Otorga la cerviz, escapulario  
de piedad; contempla así su tierra  
y se la inventa joven.  
Cómo mirar postrado lo que yerto se extiende.

Hierve huesos de pájaros;  
nada sobre arrecifes;  
paseando en la plaza su túnica de incendios  
a la estatua le cubre su helado mármol yerto.

El pueblo canta.  
Es triste la salmodia  
de azufres aprendidos.  
Muestra su cicatriz y su cilicio  
mientras ríen de espanto,  
yermos de campo arado,  
sin saber que les cubre un huérfano silencio.

## XXII

De aquella mocedad que el aguanieve flagelara,  
qué dirás, César,  
rémora, ira,  
frustración del olvido,  
hurto de alianzas, metralla en los derribos,  
impávido solsticio,  
el impuesto vestido color de cielo pardo,  
represión y mudez,  
inícuos aforismos,  
retóricas sublimes de nuevos alfabetos  
del tonto apetecible colgando sus guirnaldas  
tras el palio festivo,  
como si fuera fiesta ir descalzo al cortejo.

Oh, no, Dionisio entre los mármoles,  
la herejía  
estuvo en Siracusa como en mi ciego campo.

III  
TABLAS LUNARES

«Dijo habitaría en la tiniebla.»  
(*Paralipómenos*, 6, 1.)

PRIMER INTERLUDIO

17

317

RECUERDO DE LA PATRIA

El anciano oteante  
ve cigüeñas al paso.  
Columbra el cielo y míralo emplumado,  
pajarería heraldo es ese vuelo  
que anuncia la estación.  
Queda el dólmen del cuerpo  
parado sobre el porche.  
Contempla así los cirros.

¿Pasó la mocedad en tal postura  
mirando el alto azogue de las nubes,

la patria de sus vástagos, el trino,  
la abubilla en el hombro?

Vuelve  
de sus arcanos al venero lento.  
Sacro es el fuego, ardida está la mies;  
vierte azufre y el unguento eleva  
al aire allá mecido;  
la pócima del céfiro  
llueve su talismán.  
Quedóse el campo arrebujaado en oro.

Fueron las potestades, y no pájaros  
los que la patria cruzan.

18

318

## DEL HUECO DE UNA IMAGEN

Quando levantas la mirada ciega  
oteando el bullir, que no deviene  
del tránsito vecino, sino de un aguacero  
que cercena la tarde y pone la tiniebla  
colgando como un arpa de los ojos,  
y avanzas solo por las galerías  
por encontrar la puerta, y allí la palpas  
y sus molduras frías callan lo que el silencio  
oculta al aposento.

Y el candil alimentas  
de aceites ocres que una luz de ánima  
alarga en las alfombras; y hurgas en el bolso  
la llave que los óxidos encubren  
y no se encuentra en su lugar,  
como tampoco los pintados óleos  
que un día cobijaste de esplendores,  
y recuerdas entonces su retrato  
y transido te acercas por rozar aquel pómulo  
y sólo un vacuo bastidor  
alberga una tupida araña de ceniza  
que ahuyéntate de espanto, pues no hay rostro  
sino tan sólo el hueco de la imagen;  
y en sagaz rapidez elevas la cerámica  
de un día en Creta, pues allí está la llave,

y lo crees, y abarcas su cóncavo recinto  
topando sólo el nácar de botones antiguos  
depositados entre hollín.  
Y arrodillas tu cuerpo hasta el plexo postrado  
por indagar baldosas, aquella la del gozne  
que abría pasadizos hasta sótanos húmedos  
y al fin el enclaustrado su escalinata cómplice  
te sumerge en angosto laberinto  
y llegas, y es la poza donde gotea un agua  
estancada de larvas.  
Y una maniquí cortado en su cintura, muestra  
las abluciones de su perdición,  
y es el único cuerpo que te habla  
de un pasado vestido en los encajes.  
Y ya desfallecido vuelves a los orígenes  
pues pasaje secreto es sólo el que luz tiene,  
nunca el sótano yerto que la cripta custodia.

19

319

## RETRATO DE UNA DAMA

¿Fuera su niñez más grácil?  
No. Los años pueden vaciar tal ritmo altivo  
en el salto o la comba;  
más tarde en el desmayo  
de su preñez redonda como cántara  
cuando el salón paseaba y el donaire  
dejó estelas flotando sobre el musgo  
del verde dormitorio.

Mientes si la contemplas.  
La inocencia ya nunca virgen fue;  
nunca, por inocente.  
La pureza es aquello que perdura  
una vez que ha pasado.

Aroma es.

Sólo aroma.

El vestigio del reino es un olor  
recordado en tu alto aposento.

Salvado por su atmósfera,  
el perfume perdura.

¿Cómo así se deslía  
vivir de lo soñado?

Viva soñándote.  
Con la frente  
blanca y lenta, pensando  
cómo la tierra llega hacia tu abismo  
para esa sepultura de gladiolos que emergen  
donde yaces; ya carne  
verdecida de húmedos estíos.  
Pues sólo impera la triste realidad  
que es ese medallón,  
y el rubio rizo frío  
que custodia la imagen.

20

320

## DE LUZ AYUNA

Mojado queda el huerto de aguazales.  
Siembra la siempre verde, ya tan pálida  
pues extática luna la pasea.  
Espinado se queda el vellocino erial,  
el silbido entre cañas, uso lóbrego  
de hablar en sortilegios.

Así secreto fuera  
llamar entre los hórreos  
tu nombre de medusa,  
para que a tal llamada  
asome la lucerna y tras el óvalo  
y ya la pañoleta; luego el pecho  
granado entre los miedos, y una mano  
que asida queda por la noche  
y entablada en el viento, ondéase y recoge  
una gota de escarcha, dádiva de la sed.

Criatura en el cuenco mirando lo que grana,  
¿qué ojos en lo oscuro el clamor avizoras?  
Si pongo dedos cálidos donde tu piel se acaba,  
y se avasalla el gozo en los cepos del ansia,

pasarán largos ríos por las ingles floridas,  
mas qué solos los porches donde tiembla la luna.

Nunca ya la negrura nos sirva de cobijo,  
malherido perol que las ascuas entibian.  
Pues alimento es la luz que nunca vimos.

21

321

## REGRESO DEL VIAJE

Ajado queda el tronco, y más la tierra  
que la amó. Nunca ya su madera  
será pérgola; aquella la baranda  
del navío lustrábase en barniz,  
pues fue artesano el banco,  
y navegó su singladura en horas  
de levante iracundo y a dársenas llegó  
tal barca ataviada con gentes y alimentos  
por fecundar antípodas ribazos.

Qué contagio de vida alzábase  
en esa orilla maderal. Qué gozo  
de ver que lo sembrado de una mano  
o la semilla que en volandas fuera  
traída por tal viento, germinase.  
Y ya más tarde su estatura eleva  
en tallo blando y queda como árbol  
para nupcias de pájaros.

Vi los talados dorsos desplomar su eficacia,  
mis hermanos del bosque comunitario  
arrasándose; lucir ya para siempre  
aquellas lluvias, pues mutilado anduvo  
el paisaje torcaz, y ni escañuelos  
sostienen ya las piernas.

Vi

tanta provincia ayuna, que regresado al lar  
contemplo la congoja y he aquí que la patria  
es este cruel paisaje de lápidas vencidas.

322

## DEL USO DEL MARTILLO

El martillo es un signo de cruz;  
 tiene un aire dormido de conjunción del aire  
 pues lo puro se eleva, mas lo abyecto equidista.  
 En la mano que oficia, cumple la gran licencia  
 de taladrar la sien con un clavo de cíclope  
 que allí deja colgada de la inerte madera  
 pues el mártir solloza antes del lapidario.  
 Pudo nacer la alondra de tan loco torcal,  
 criar sus piavolutas en el nido de muérdago  
 que trenzó la destreza.

Mas no fue árbol nunca,  
 sino enhiesto menhir para los sacrificios;  
 por ello cuanto vuela navega tristemente,  
 ya que nació en ceniza y quemado se escapa.  
 En qué música nace la tempestad de ahora  
 que el humano tañer es golpe de iracundia;  
 en qué niño violante las gestas ya se cantan  
 si pasa e incendia al paso los cáñamos del río.

Veo tu voltear de martillo inclemente,  
 rufián de los estadios e invicto en gladiadores,  
 alzado en la peana de quien mata callando  
 la vida que pasaba ausente y carpintera.

323

## SOBRE OFENSAS Y ESTRUENDOS

Pendenciero el linaje que atrona  
 a estallido de látigo.  
 Ha dejado sus ecos  
 flotando en las cavernas.

La tralla  
 del ebrio huracán.

Cuando festejaban  
 el cumpleaños de boda, entre alegría y *champagne*.

devino en hecatombe.

Por ofensas vulgares,  
la interjección nació de petición de baile  
a la más bella.

Lo que duelo en el alba  
a florete y pistola, con padrinos en frac,  
resume el acto,  
mientras en la calesa aguardan los apócrifos.  
Solamente se aturde al fauno en su sesteo.

(Bien lo dijo Ezra Pound, que el caos de las batallas  
no alteraban, en suma, las perdices volando.)

Es evidente; quedaron, no tales perdices,  
sino el hálito pausa que la armónica ala  
dejó como susurro,  
para ocultar los hórridos disparos.

24

324

## ESCENAS DE PERDICIÓN

Quando el reloj de arena  
vacía el polen áureo hacia la esfera  
y el paso así del tiempo entierra el alma  
que ya pensó,  
queda una mano vacua  
apretándose al talle de quien pasa  
ajeno al estertor de aquél, que hundido,  
recuerda ya invidente.

Mas no percibe el tacto  
aunque garra en su carne  
deje sangre parada.  
Qué ajeno hacia el dolor  
sigue el busto inmortal.  
Y piérdese en la broza,  
pues no es camino el que a la nada llega.

## SEGUNDO INTERLUDIO

*A Sultana Wahnón.*

25

325

## PIEDRA SOLA

Esta roca que aquí parada queda  
 desde siempre,  
 ¿cómo vino al lugar?  
 ¿Habitación de un día donde vida fundióse  
 tuvo en sus oquedades?  
 Si objeto es inerme que no vibra,  
 ¿a qué su pesadumbre de montaña?

La llana palma mesetaria es larga.  
 Quien pensare en la anchura,  
 yace angosto.  
 ¿Cumples tal vez de cripta, piedra sola?  
 o eres cobijo de escorpión punzante.

26

326

## DONDE EL SUEÑO ENVEJECE

Donde el sueño envejece, pues contempla  
 que lo soñado se perdió,  
 y no hay recinto donde  
 guardar el ánima,  
 si esa desolación contempla muda  
 como estepa lunar de la memoria  
 que no tendrá más fruto que la muerte,  
 ¿qué hará allá en su Estigia  
 de mapa yermo y lodazal umbrío?

Rozó sus dedos sobre la ventana  
 y abrió; abrió en par,

para que el aire  
comulgante le fuera.

Ojos asoma  
y nada le fustiga.

No es calle.  
Ahora quisiera aquel feroz estrépito,  
el látigo del trueno desolando las bóvedas  
o la cruel carcajada.

Mas es silencio el mundo  
donde carne aterida se arrastra en las alcobas  
y allí queda incorrupta, pues ya es nada  
que en el légamo imprima su huella en piedra yerta.

27

327

## CAUTIVERIO

Donde el yacer no acaba,  
empieza el tiempo.  
Hoja vencida del otoño,  
en el mantillo queda.  
No de alfombra a quien pasa,  
sino de oculta savia.  
Emergerá en el álamo  
y en sus limpios cristales.  
Más tarde,  
un pájaro se ahueca.

Armonía de la muerte.  
Piel vestida,  
estambres surtidores a lo alto.  
En lunares posadas del cobijo,  
zodiacos silentes.

Mas escucha el son  
del remo en el estanque:  
curvo y cerrado cautiverio.

## ACCIDENTE

## I

La cara taciturna, la mordida  
 mejilla, el pensamiento agraz,  
 el lavapiés por linfas bajo el río;  
 peces los ya cautivos en la cesta  
 donde se comba el mimbre;  
 la pedrada en la sien.

Qué montería  
 pasa lejana en su clamor.  
 Qué asedio.

Es cruel la realidad,  
 cóbrase deudos.  
 Vence quien hiende altivo  
 esa caña altanera  
 bajo una piel.  
 Refúgiome en la cal,  
 se vence el cortinaje.  
 Ya lo oscuro preside esta oquedad cerrada.  
 Dase al amor ignoto aunque nunca le viera.

## II

Aunque no viera, sé luz que arpegia.  
 Címbalo suene.  
 La claridad ahóndase en los ojos:  
 se ve lo que se siente.  
 ¿Mas qué color su ámbito ilumina?  
 Sólo el soñado:  
 así la luz.

El ceño en gravedad,  
 el fiel sentido de la vista,  
 ve sólo lo que inventa.  
 Por ello el hombre es vario siendo uno.

29

## 329 VENCEDOR DEL HIPÓDROMO

De allá, de los hipódromos,  
nos llega un belfo hirviente.  
Párase vencedor y al trote obliga  
a domeñar la yerba.

Invicto el alazán golpea en su júbilo  
la oquedad bajo tierra donde queda  
la guarda en soledad de huesos yertos.

30

## 330 SOBRE PIEDADES

En la piedad de los ángeles  
nos queda el testamento.  
Contemplan nuestro juego de bolos;  
esferas volteadas sobre una pared.  
Túmbase el ídolo al disparo cierto.

¡Cómo pasa veloz la tauromaquia!

¿Quién engañó en el trote?

Quien cabalga.

31

## 331 LLUVIA DE PURIFICACIÓN

Para la faz loable de tu lluvia  
que en el sálmico canta,  
un cuenco ofrezco.

Llénese el vaso  
de esponjados racimos.  
Contrito va el maíz por tal bautismo  
bienhechor.

A yerba el mundo huele  
cuando la pierna húndese y profana  
los letargos agrícolas.

¡Oh mi penado! Más allá del agua  
vas trasmutado en la ola que nos llega,  
como mano caída  
que entregara su savia y retrocede.  
Y evade su poder, y vuelve luego  
hasta el confín, al odre,  
a la ortiguera del abismo  
donde fuera pleamar en otras vidas.

Eres ahora unguento,  
ternura así llovida,  
musicada orfandad.  
Oh tú, la fulgurante  
lujuria de otros días.  
Así lavas el rostro y sus presagios;  
evádete en mudez,  
y la pira consume tu mortaja.

## TERCER INTERLUDIO

32

332

## EL PASO DE LAS NUBES

Ese vigía que el heraldo aguarda  
 viniendo a su rescate,  
 avizorantes ojos al infinito otea  
 por si señal de polvo,  
 disparo del anuncio,  
 al fin su alcor despierta.

Fuese contemplación tan larga vida  
 la espectadora calma;  
 silba por si los ecos se aperciben  
 o una vagante tórtola llegase  
 hasta su mano que extendida dona  
 el altramuz.

Nadie anega el retiro  
 del que perdió memoria.  
 Se han de inventar  
 pasados.

Dónde.

Allá.

Serán los lienzos violetas de la tarde  
 que alguien nubes llamó  
 al naufragio que cruza;  
 como un temblor de almas por la nada,  
 arenales en tránsito.  
 Mientras custodios quedan del vacío  
 los cuerpos yertos que la araña envuelve.

333

## CONTEMPLACIÓN DE LA NAVE

Los elegidos han puesto de hinojos  
 los antiguos pecados.  
 En solaz quedan.

Allá el cierzo cuaja  
 el lagrimal del frío.  
 Torva la rueda de la noche pasa  
 con sus astros insomnes.  
 Pardo el búho se agosta  
 y contempla lo oscuro.  
 ¿Quién bate en el pantano a los ángeles rojos?  
 Oímos el silbar.  
 Escúchase el silencio de lo que mudo vuela,  
 una guirnalda quédase en las torres;  
 duerme lo humano.

Por esa piel que cubre la oración  
 del atónito,  
 pasa la majestad,  
 queda la súplica;  
 miren los cielos ya quienes profanan.

Descúbrese el celeste;  
 la luz bogante y plácida  
 detuvo el vuelo de los ojos.  
 Y con duraznos alfombróse el suelo.

334

## EL DISCO DE PHAESTOS

*A José Lupiáñez.*

Mortales van, girantes al naufragio.  
 Escrito queda en Phaestos la hecatombe;  
 límpiese el corazón de aquellas brumas,  
 abreve en agua mansa quien medita  
 y propague los signos.

Vestal que el barro entorchas,  
no ha tiempo a quien contempla;  
tan sólo el porvenir lustra sus lábaros  
y asciende en procesión por los cerrados  
inmolando corderos.

Oh hermanos  
los distantes; oh cánticos blasfemos,  
¿quién los remeda?

Pasó el torcaz ingrávigo  
y nadie le voló.

Fuera tal signo alado  
cual pájaro maléfico. Sólo el reptil triunfa,  
y allí en columnas repta y perpetúa  
el cruel veneno de corrupta muerte.

Un plato en espiral en Phaestos queda:  
lenguas de fuego y peces son el tránsito  
de ese enjuto erial que alberga un cuerpo  
ya profundo.

De tal materia nunca brota oliva,  
sino cántara seca, estéril cueva  
por donde vaga aquél, ánima yerta,  
que no miró los cielos y sus cábalas.

35

335

## FIESTA DEL PERDÓN

«Los que bailaban han ido todos a parar bajo  
el cerro...»

T. S. ELIOT.

En la fiesta hubo arrobos,  
manos acariciantes, tanta ebriedad yacente,  
el diamante colgando del lagrimal,  
alcoholes bien añejos degustados,  
el sexo en par, el seno del ultraje,  
los charoles opacos,  
y lo más triste:  
el adagio sonando que nadie escuchar pudo.

Quien ahora contempla la asamblea  
lúcido por el fresco que le cubre  
las sienes tramontanas,  
allí hace repaso de tal gloria  
ya fenecida;  
ni muerte aún, pues gloria siempre ha sido  
la muerte vertical de quien murióse;  
toma un brocado y oculta así los cuerpos,  
abluciona las frentes, sólo por caridad.  
Vuelve al fresco errabundo;  
solo pasa,  
desmenuza su pan para los pájaros  
y tumbase en la orilla.

(Fuese la hora del crepusculario  
cuando el cielo se abrió;  
llegaron ángeles,  
dejaron su señal en cal hirviente.)  
Testigo solo fue del espectáculo.

## INTERLUDIO FINAL

36

336

## PÁRAMO DEL ÉXTASIS

Entre la multitud  
 hubo sonidos.  
                   Discurrían  
 como arpeggios.  
                   Nadie  
 los escuchó.

En la gran soledad  
 donde el páramo es éxtasis,  
 aquél que en sueños yace,  
 oye el silencio.

37

337

## SOBRE ESCRIBAS

Quien escribe las nuevas escrituras,  
 es mi generación.  
 No las del arrebato, y sí los justos.  
 Nunca el blasfemo, y sí el oferente.

Cómo decirlos, huesos porticados,  
 que es otra melodía y sus emblemas  
 quien va donando los vergeles prietos  
 donde gotean racimos de uvas dulces.

38

338

## ÁURA

Dame tu luz, candil, que alumbres sólo  
 porque mano sostiene así el pabilo;  
 llena el éter que envuelve el cuerpo burdo  
 del latido celeste que desciende;

espónjame en tu túnica,  
arropa el viento frío del deseo  
y dame comunión.

Veré así el paso del cortejo  
jubilar.

Las cansadas cariátides  
dejarán por la tierra su sustento,  
pues la piedra es ya vida si tú unges  
con tu gota de cera iluminada  
el pétreo corazón.

Así se llama, así, el conocimiento  
de tu poder.

Oh misterio  
flotante; oh áura que nos nimba,  
más nunca vista por los ojos nuestros  
hechos de perdición, tal vez de pena.

## LOS SIGNOS

Luego de estos viajes,  
encontré la tabla de la adoración.  
Allí los signos por mí solo entendidos,  
el mensaje en el árbol; oh dedo macerado  
que tu uña en la cera del cuarterón escribe  
y dice:

¿A qué estupor persigues bajo el ala murciélagas  
si el espasmo deviene sólo de ese aleteo?

¿A qué tanta iracundia  
bajo el celeste hálito donde bóvedas giran?

¿A qué tanta invención del dardo alado  
cuya diana es la ojiva de la virgen?

A qué.

A qué el estrépito,  
señor de los ejércitos,  
si aquí es yermo el histrión;  
tanto enemigo inútil,  
silencio sobre el frío;  
la nada en su oquedad;

la luna en sus ajuares tan estériles  
 donde lengua proclama  
 que anduvimos apátridas,  
 con la escudilla presta  
 para escanciar la sopa boba de las renunciadas.

40

340

## ALIMENTOS

¿Cómo encender el fuego aquí  
 donde atmósfera lenta,  
 o venero colgante  
 es granizo?

Si aquellos que se doran a la plana  
 planicie,  
 mirando el astro fijos  
 con lagrimal de oro sobre el párpado  
 frío portan en pecho, helado espasmo  
 sobre la enjuta boca que no atrevese  
 a hablar.

A lo alto mirando  
 ven un dulce aposento para yacer.  
 Otros aires menean entre céfiros.  
 Así la tribu extática,  
 a las luces señalan  
 y éstas descendidas  
 llueven maná, oh pétalos de azúcar,  
 por la boca sedienta.

Los alimentos fueron vagabundos,  
 colgados quedan de las cepas.  
 Quien acercóse hambriento y sació el alma,  
 nunca más menester del hambre hubo.

41

341

## CÁBALA

La Cábala nos dice,  
 que si en fantasmas andas,  
 lo serás.

La caridad nos siembre.  
 La caridad  
 arrope la ceniza del cuitado;  
 su cóncavo tañido,  
 su lapidado corazón.

Ha volado el azor frente a los ojos  
 portando presa.  
 Pasó flotante túnica más tarde  
 del iniciado;  
 la misma estela pura  
 fue la senda.

Pasaron.  
 Nada queda.

En negación se alza la espesura.  
 Puéblase sólo si el silencio es música.

42

342

## TRÁNSITO

Absténganse del llanto cuando muera  
 el cuerpo denso,  
 no ha de morir jamás en el letargo.  
 Si yerto queda el ojo,  
 verá otras praderas en el cuévano  
 de tanta soledad.  
 Nunca es dolor el tránsito,  
 sino júbilo eterno en el Profundo.  
 Compartirá sus frutos en la tal asamblea  
 donde los cereales cubren albos manteles  
 y allí será custodia tanto anhelo.

Contemplará su tierra en la quimera;  
 las vaguadas por donde anduvo un río  
 necesario  
 que ahora bebe en su sed,  
 que porta en brazos,  
 como tributo a la heredad sedienta.

343

## ASCENSIÓN

Los ojos que se cubren al asombro  
de la contemplación  
y el mundo observan,  
agua es donde vagan  
las mercedes, el iris de las sombras,  
ese algibe apresado de la vista  
que llora amarga savia  
cual si plácido fuera por la sed.

Mirador del silencio,  
acércate a este ciego  
contemplar.  
Antorchas cual mazorcas  
poned sobre las córneas del ciego  
que no es aquel que ignora,  
sino quien viendo el pájaro,  
no sigue el estertor que alado bate.

Calienta el maderal el plumón leve;  
albergue fuera la gavilla trenza,  
la almajara hedionda.

De allí eleva  
el ansia sus eclipses.  
Y torvo espacio es  
si no es feliz mirada  
la bogante ascensión de aquél que vuela.

y 44

y 344

## TABLAS LUNARES

Como en los estuarios el agua remansada  
yace agostada de ser mar,  
y su plana inocencia de soles y galernas  
al fin descansa,  
pues letargo es la dársena donde yace el albatros  
de tanta cacería,

así miro mi tierra rodando viajera,  
inmolándose siempre  
en pascuales corderos sobre la pira extinta.

No morirá el rastrojo de mi piel en el juicio  
pues bien muerto me sé,  
si ya distante miro aquel renacimiento  
en que aprisa viví, fuime evadido.  
Para que así en la nada de los otros,  
albergue esta mi casa con las tablas lunares.



## SELECCIONES AUSTRAL

### TÍTULOS PUBLICADOS

1. ANTONIO MACHADO  
POESÍAS COMPLETAS  
*Prólogo de Manuel Alvar*  
424 págs. ISBN 84 239 2001-1  
RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN
2. TIRANO BANDERAS  
*Introducción de Antonio Valencia*  
240 págs. ISBN 84 239 2002-X  
ANTONIO BUERO VALLEJO
3. HISTORIA DE UNA ESCALERA. LAS MENINAS  
*Prólogo de Ricardo Doménech*  
238 págs. ISBN 84 239 2003-8  
JOSÉ BOTELLA LLUSIÀ
4. ESQUEMA DE LA VIDA DE LA MUJER  
*Introducción de Ramón de Garcíasol*  
245 págs. ISBN 84 239 2004-6  
MIGUEL DE CERVANTES
5. ENTREMESSES  
*Prólogo de Francisco Ynduráin*  
184 págs. ISBN 84 239 2005-4  
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
6. SEGUNDA ANTOLOGÍA POÉTICA (1898-1918)  
*Prólogo de Leopoldo de Luis*  
294 págs. ISBN 84 239 2006-2  
JOSÉ ORTEGA Y GASSET
7. LA REBELIÓN DE LAS MASAS  
*Introducción de Julián Marías*  
264 págs. ISBN 84 239 2007-0  
JUAN JACOBO ROUSSEAU
8. CONTRATO SOCIAL  
*Traducción de Fernando de los Ríos*  
*Prólogo de Manuel Tuñón de Lara*  
168 págs. ISBN 84 239 2008-9  
AZORÍN
9. LAS CONFESIONES DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO  
*Prólogo de José María Martínez Cachero*  
181 págs. ISBN 84 239 2009-7  
RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL
10. FLOR NUEVA DE ROMANCES VIEJOS  
262 págs. ISBN 84 239 2010-0  
RAINER MARIA RILKE
11. EPISTOLARIO ESPAÑOL  
*Traducción y prólogo de Jaime Ferreiro Alemparte*  
344 págs. ISBN 84 239 2011-9
12. CANTAR DEL CID  
*Texto antiguo de Ramón Menéndez Pidal*  
*Prasificación moderna de Alfonso Reyes*  
*Prólogo de Martín de Riquer*  
335 págs. ISBN 84 239 2012-7  
MIGUEL DE UNAMUNO
13. DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA  
*Prólogo del P. Félix García*  
271 págs. ISBN 84 239 2013-5

- SALVADOR DE MADARIAGA
14. GUÍA DEL LECTOR DEL «QUIJOTE»  
*Prólogo de Luis María Ansón*  
 215 págs. ISBN 84 239 2014-3
- ANTONIO BUERO VALLEJO
15. LA DOBLE HISTORIA DEL DOCTOR VALMY. MITO  
*Prólogo de Francisco García Pavón*  
 243 págs. ISBN 84 239 2015-1
- EUGENIO D'ORS
16. ARTE VIVO  
*Prólogo de Cesáreo Rodríguez Aguilera*  
 215 págs. ISBN 84 239 2016-X
- CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ
17. SOBRE LA LIBERTAD HUMANA EN EL REINO ASTURLEONÉS  
 HACE MIL AÑOS  
*Prólogo de Julio González*  
 199 págs. ISBN 84 239 2017-8
- JULIÁN MARÍAS
18. MIGUEL DE UNAMUNO  
*Introducción de Juan López-Morillas*  
 262 págs. ISBN 84 239 2018-6
- PLATÓN
19. DIÁLOGOS  
*Traducción de Luis Roig de Lluis*  
*Prólogo de Luis Castro Nogueira*  
 295 págs. ISBN 84 239 2019-4
- RAFAEL ALBERTI
20. POEMAS DEL DESTIERRO Y DE LA ESPERA  
*Selección y prólogo de J. Corredor-Matheos*  
 312 págs. ISBN 84 239 2020-8
- RENÉ DESCARTES
21. EL DISCURSO DEL MÉTODO. MEDITACIONES  
 METAFÍSICAS  
*Traducción, prólogo y notas de Manuel García Morcote*  
 182 págs. ISBN 84 239 2021-6
- RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA
22. GREGUERÍAS (Selección 1910-1960)  
*Prólogo de Santiago Prieto Delgado*  
 213 págs. ISBN 84 239 2022-4
- PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA
23. LA VIDA ES SUEÑO. EL ALCALDE DE ZALAMEA  
*Introducción de Alberto Posqueras-Mayo*  
 219 págs. ISBN 84 239 2023-2
- FRANCISCO DE QUEVEDO
24. HISTORIA DE LA VIDA DEL BUSCÓN  
*Prólogo de Domingo Ynduráin*  
 189 págs. ISBN 84 239 2024-0
- LEÓN FELIPE
25. OBRA POÉTICA ESCOGIDA  
*Selección y Prólogo de Gerardo Diego*  
 262 págs. ISBN 84 239 2025-9
- HAROLD RALEY
26. LA VISIÓN RESPONSABLE  
*Traducción de César Armando Gómez*  
*Prólogo de José Luis Pinillos*  
 365 págs. ISBN 84 239 2026-7
- GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER
27. RIMAS Y DECLARACIONES POÉTICAS  
*Anotador Francisco López Estrada*  
 272 págs. ISBN 84 239 2027-5
- KARK JASPERS
28. INICIACIÓN AL MÉTODO FILOSÓFICO  
*Traducción de María Luisa Pérez Torres*  
 184 págs. ISBN 84 239 2028-3

- RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN**  
 29. FEMENINAS. EPITALAMIO  
*Introducción de Antonio de Zubiaurre*  
 206 págs. ISBN 84 239 2029-1
- ANTONIO GALA**  
 30. LAS CÍTARAS COLGADAS DE LOS ÁRBOLES.  
 ¿POR QUÉ CORRES, ULISES?  
*Prólogo de Enrique Llovet*  
 212 págs. ISBN 84 239 2030-5
- LEOPOLDO DE LUIS**  
 31. VIDA Y OBRA DE VICENTE ALEIXANDRE  
*Prólogo de Ramón de Garciasol*  
 237 págs. ISBN 84 239 2031-3
- JOSÉ LUIS ABELLÁN**  
 32. PANORAMA DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA ACTUAL  
*Prólogo de Vicente Llorens*  
 222 págs. ISBN 84 239 2032-1
- JOSÉ MANUEL MINER OTAMENDI**  
 33. LOS PUEBLOS MALDITOS  
*Introducción de Florencio Martínez Ruiz*  
 160 págs. ISBN 84 239 2033-X
- CARLOS SECO SERRANO**  
 34. GODOY. EL HOMBRE Y EL POLÍTICO  
*Prólogo de Miguel Artola*  
 222 págs. ISBN 84 239 2034-8
- ALEJANDRO CASONA**  
 35. FLOR DE LEYENDAS. VIDA DE FRANCISCO PIZARRO  
*Prólogo de Federico Carlos Sainz de Robles*  
 242 págs. ISBN 84 239 2035-6
- FERNANDO NAMORA**  
 36. DOMINGO POR LA TARDE  
*Traducción y prólogo de Sol Burguete*  
 210 págs. ISBN 84 239 2036-4
- ARISTÓTELES**  
 37. MORAL, A NICÓMACO  
*Traducción de Patricio de Azcárate*  
*Prólogo de Luis Castro Nogueira*  
 340 págs. ISBN 84 239 2037-2
- ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE**  
 38. HISTORIA DE UNA TERTULIA  
*Prólogo de Francisco Umbral*  
 286 págs. ISBN 84 239 2038-0
- FEDERICO GARCÍA LORCA**  
 39. ROMANCERO GITANO. POEMA DEL CANTE JONDO  
*Prólogo de José Luis Cano*  
 220 págs. ISBN 84 239 2039-9
- JOSÉ ANTONIO JAUREGUI**  
 40. LAS REGLAS DEL JUEGO  
*Prólogo de José Luis Pinillos*  
 343 págs. ISBN 84 239 2040-2
- FRANCISCO AYALA**  
 41. LOS USURPADORES. LA CABEZA DEL CORDERO  
*Introducción de Andrés Amorós*  
 340 págs. ISBN 84 239 2041-0
- BALTASAR PORCEL**  
 42. DIFUNTOS BAJO LOS ALMENDROS EN FLOR  
*Prólogo de José Luis L. Aranguren*  
 244 págs. ISBN 84 239 2042-9
- LOPE DE VEGA**  
 43. EL MEJOR ALCALDE, EL REY. FUENTE OVEJUNA  
*Introducción de Alonso Zamora-Vicente*  
 174 págs. ISBN 84 239 2043-7

- WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ
44. EL MALVADO CARABEL  
*Prólogo de Santiago Prieto Delgado*  
238 págs. ISBN 84 239 2044-5
- BERTRAND RUSSELL
45. LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD  
*Introducción de José Luis L. Aranguren*  
226 págs. ISBN 84 239 2045-3
- ÁNGEL PALOMINO
46. PLAN MARSHALL PARA CINCUENTA MINUTOS  
*Prólogo de José Luis Vázquez Dodero*  
253 págs. ISBN 84 239 2046-1
47. LOS LAIS DE MARÍA DE FRANCIA  
*Introducción y traducción de Ana María Valero de Holzbacher*  
239 págs. ISBN 84 239 2047-X
- FRANCISCO AYALA
48. EL JARDÍN DE LAS DELICIAS. EL TIEMPO Y YO  
*Prólogo de Carolyn Richmond*  
338 págs. ISBN 84 239 2048-8
- ALFONSO GROSSO
49. LA ZANJA. UN CIELO DIFÍCILMENTE AZUL  
*Prólogo de Eduardo Mendicutti*  
346 págs. ISBN 84 239 2049-6
- FRANCISCO UMBRAL
50. RAMÓN Y LAS VANGUARDIAS  
*Prólogo de Gonzalo Torrente Ballester*  
246 págs. ISBN 84 239 2050-X
- DANTE ALIGHIERI
51. LA DIVINA COMEDIA  
*Prólogo de Ángel Chiclana Cardona*  
382 págs. ISBN 84 239 2051-8
- ANTONIO BUERO VALLEJO
52. LA DETONACIÓN. LAS PALABRAS EN LA ARENA  
*Prólogo de Luciano García Lorenzo*  
217 págs. ISBN 84 239 2052-6
- MARÍA TERESA LEÓN
53. UNA ESTRELLA ROJA  
*Prólogo de Joaquín Marco*  
192 págs. ISBN 84 239 2053-4
- SALVADOR DE MADARIAGA
54. RETRATO DE UN HOMBRE DE PIE  
*Prólogo de Juan Raf Carballo*  
178 págs. ISBN 84 239 2054-2
- RICARDO GÜIRALDES
55. DON SEGUNDO SOMBRA  
*Prólogo de Juan José Güiraldes*  
254 págs. ISBN 84 239 2055-0
- LUIS MOURE-MARIÑO
56. TEMAS GALLEGOS  
*Prólogo de José María Castroviejo*  
246 págs. ISBN 84 239 2056-9
- LUIS ROSALES
57. RIMAS. LA CASA ENCENDIDA  
*Prólogos de Dámaso Alonso y Julián Marías*  
200 págs. ISBN 84 239 2057-7
- FÉLIX GRANDE
58. MEMORIAS DEL FLAMENCO  
Tomo I. (Ralces y Prehistoria del Cante)  
*Prólogo de José Manuel Caballero Bonald*  
356 págs. ISBN 84 239 2058-5

- FÉLIX GRANDE*
59. MEMORIA DEL FLAMENCO  
Tomo II. (Desde el café cantante a nuestros días)  
438 págs. ISBN 84 239 2059-3  
Obra completa: ISBN 84 239 1999-4
- JUAN JACOBO ROUSSEAU*
60. LAS CONFESIONES  
*Traducción de Pedro Vances*  
*Introducción de Juan del Agua*  
548 págs. ISBN 84 239 2060-7
- GILLO DORFLES*
61. EL DEVENIR DE LA CRÍTICA  
*Traducción de Cristina Peri Rossi*  
*Liminar de Alexandre Cirici*  
270 págs. ISBN 84 239 2061-5
- SÖREN KIERKEGAARD*
62. EL CONCEPTO DE LA ANGUSTIA  
*Introducción de José Luis L. Aranguren*  
189 págs. ISBN 84 239 2062-3
- CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ*
63. CONFIDENCIAS  
*Prólogo de Carlos Seco Serrano*  
251 págs. ISBN 84 239 2063-1
- RAMÓN HERNÁNDEZ*
64. PRESENTIMIENTO DE LOBOS  
*Prólogo de Ángel María de Lera*  
230 págs. ISBN 84 239 2064-X
- GUILLERMO DÍAZ-PLAJA*
65. MODERNISMO FRENTE A NOVENTA Y OCHO  
*Prólogo de Gregorio Marañón*  
372 págs. ISBN 84 239 2065-8
- CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ*
66. ESTUDIOS POLÉMICOS  
*Prólogo de Luis G. de Valdeavellano*  
328 págs. ISBN 84 239 2066-6
- LEOPOLDO ALAS, «CLARÍN»*
67. SU ÚNICO HIJO  
*Edición, introducción y notas de Carolyn Richmond*  
391 págs. ISBN 84 239 2067-4
- GUILLERMO MORÓN*
68. BREVE HISTORIA DE VENEZUELA  
*Prólogo de Demetrio Ramos*  
291 págs. ISBN 84 239 2068-2
- RAFAEL ALBERTI*
69. CANTO DE SIEMPRE  
*Selección y prólogo de J. Corredor-Matheos*  
299 págs. ISBN 84 239 2069-0
- DUQUE DE RIVAS*
70. DON ÁLVARO O LA FUERZA DEL SINO. EL DESENGAÑO  
EN UN SUEÑO  
*Prólogo de Carlos Ruiz Silva*  
275 págs. ISBN 84 239 2070-4
- RAMÓN DE GARCIASOL*
71. SEGUNDA SELECCIÓN DE MIS POEMAS  
*Prólogo de Antonio Buero Vallejo*  
323 págs. ISBN 84 239 2071-2
- JORGE FERRER-VIDAL*
72. VIAJE POR LA FRONTERA DEL DUERO  
*Prólogo de Ramón Carnicer*  
228 págs. ISBN 84 239 2072-0

- FERNANDO DE ROJAS
73. LA CELESTINA  
*Prólogo y edición de Pedro M. Piñero Ramírez*  
360 págs. ISBN 84 239 2073-9
- ÁNGEL MARÍA DE LERA
74. LOS CLARINES DEL MIEDO  
*Prólogo de Ramón Hernández*  
206 págs. ISBN 84 239 2074-7
- MARTA PORTAL
75. PROCESO NARRATIVO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA  
*Prólogo de Leopoldo Zea*  
376 págs. ISBN 84 239 2075-5
- FRANCISCO DE QUEVEDO
76. SUEÑOS Y DISCURSOS  
*Prólogo de Francisco Abad Nebot*  
208 págs. ISBN 84 239 2076-3
- LUIS BERENGUER
77. EL MUNDO DE JUAN LOBÓN  
*Nota previa de Antonio Tovar*  
315 págs. ISBN 84 239 2077-1
- ALFONSO BARRERA VALVERDE
78. HEREDARÁS UN MAR QUE NO CONOCES Y LENGUAS QUE NO SABES (MAMÁ ZOILA). DOS MUERTES EN UNA VIDA  
*Introducción de Florencio Martínez Ruiz*  
303 págs. ISBN 84 239 2078-X
- JOSÉ MARÍA CASTROVIEJO
79. LA MONTAÑA HERIDA  
*Prólogo de Pedro Sainz Rodríguez*  
138 págs. ISBN 84 239 2079-8
- LAURO OLMO
80. LA CAMISA. ENGLISH SPOKEN. JOSÉ GARCÍA  
*Prólogo de Luciano García Lorenzo*  
233 págs. ISBN 84 239 2080-1
- MANUEL AZAÑA
81. LA VELADA EN BENICARLÓ  
*Prólogo de Manuel Andújar*  
*Se incluye la versión teatral de José Luis Gómez y José Antonio Gabriel y Galán*  
231 págs. ISBN 84 239 2081-X
- GABRIEL CELAYA
82. POESÍA, HOY  
*Prólogo de Amparo Gastón*  
249 págs. ISBN 84 239 2082-8
- MIGUEL DELIBES
83. CINCO HORAS CON MARIO (Versión teatral)  
*Estudio introductorio de Gonzalo Sobejano*  
191 págs. ISBN 84 239 2083-6
- GUILLERMO DÍAZ-PLAJA
84. FIGURAS CON UN PAISAJE AL FONDO  
(De Virgilio a Carmen Conde)  
*Prólogo de Miguel Dolç*  
243 págs. ISBN 84 239 2084-4
- ANTONIO GALA
85. CHARLAS CON TROYLO  
*Introducción de Andrés Amorós*  
326 págs. ISBN 84 239 2085-2
- JOAQUÍN CALVO-SOTELO
86. CINCO HISTORIAS DE OPOSITORES  
Y ONCE HISTORIAS MÁS  
*Prólogo de Antonio Valencia Ramón*  
219 págs. ISBN 84 239 2086-0

- JOSÉ LUIS ARANGUREN**  
 87. LA FILOSOFÍA DE EUGENIO D'ORS  
*Prólogo de José Luis Abellán*  
 339 págs. ISBN 84 239 2087-9
- ANTONIO BUERO-VALLEJO**  
 88. JUECES EN LA NOCHE. HOY ES FIESTA  
*Prólogo de Luis Iglesias Feijoo*  
 276 págs. ISBN 84 239 2088-7
- ENRIQUE ROMÉU PALAZUELOS.**  
**LEOPOLDO DE LA ROSA OLIVERA.**  
**ANTONIO MIGUEL BERNAL RODRÍGUEZ**
89. LAS ISLAS CANARIAS  
 289 págs. ISBN 84 239 2089-5
- PABLO NERUDA**  
 90. ANTOLOGÍA POÉTICA  
*Prólogo de Rafael Alberti*  
 509 págs. ISBN 84 239 2090-9
- FRANCISCO AYALA**  
 91. MUERTES DE PERRO. EL FONDO DEL VASO  
*Prólogo de Mariano Baquero Goyanes*  
 329 págs. ISBN 84 239 2091-7
- GUSTAVO FLAUBERT**  
 92. MADAME BOVARY  
*Prólogo de Enrique Tierno Galván*  
 311 págs. ISBN 84 239 2092-5
- HÉCTOR ROJAS HERAZO**  
 93. EN NOVIEMBRE LLEGA EL ARZOBISPO  
*Prólogo de Luis Rosales*  
 340 págs. ISBN 84 239 2093-3
- RAFAEL MORALES**  
 94. OBRA POÉTICA  
*Prólogo de Claudio Rodríguez*  
 240 págs. ISBN 84 239 2094-1
- RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA**  
 95. LA QUINTA DE PALMYRA  
*Edición y estudio crítico por Carolyn Richmond*  
 314 págs. ISBN 84 239 2095-X
- FERNANDO PESSOA**  
 96. EL POETA ES UN FINGIDOR (Antología poética)  
*Traducción, selección, introducción y notas por Ángel Crespo*  
 338 págs. ISBN 84 239 2096-8
- JOSÉ MARÍA MOREIRO**  
 97. GUIOMAR. UN AMOR IMPOSIBLE DE MACHADO  
*Prólogo de Rafael Lapesa*  
 278 págs. ISBN 84 239 2097-6
98. FLORILEGIUM. (POESÍA ÚLTIMA ESPAÑOLA)  
*Selección y estudio por Elena de Jongh Rosset*  
 326 págs. ISBN 84 239 2098-4
- JUAN RAMÓN JIMÉNEZ**  
 99. POESÍAS ÚLTIMAS ESCOJIDAS (1918-1958)  
*Edición, prólogo y notas de Antonio Sánchez Romeralo*  
 399 págs. ISBN 84 239 2099-2
- GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ**  
 100. CIENTO AÑOS DE SOLEDAD  
*Estudio introductorio por Joaquín Marco*  
 448 págs. ISBN 84 239 2100-X
- RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL**  
 101. LOS ESPAÑOLES EN LA HISTORIA  
*Ensayo introductorio por Diego Catalán*  
 241 págs. ISBN 84 239 2101-8

- JORGE LUIS BORGES*  
102. NUEVE ENSAYOS DANTESCOS  
*Introducción de Marcos Ricardo Barnatán*  
162 págs. ISBN 84 239 2102-6
103. ANTOLOGÍA DE LOS POETAS DEL 27  
*Selección e introducción de José Luis Cano*  
406 págs. ISBN 84 239 2103-4
- MARIANO JOSÉ DE LARRA*  
104. LAS PALABRAS  
Artículos y ensayos  
*Selección e introducción de José Luis Varela*  
340 págs. ISBN 84 239 2104-2
- TERESA DE JESÚS*  
105. LIBRO DE LAS FUNDACIONES  
*Introducción, edición y notas de Víctor García de la Concha*  
296 págs. ISBN 84 239 2105-0
- CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ*  
106. DÍPTICOS DE HISTORIA DE ESPAÑA  
*Prólogo de Vicente Palacio Atard*  
230 págs. ISBN 84 239 2106-9
- JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS*  
107. LA QUE NO TIENE NOMBRE  
*Estudio preliminar por Jorge Rodríguez Padrón*  
260 págs. ISBN 84 239 2107-7

## MIGUEL FERNÁNDEZ

Miguel Fernández, nace en Melilla en 1931. Desde muy joven se da a conocer como poeta y crítico en las publicaciones más importantes del país. Fue fundador y director de la revista *Alcándara*. Su primer libro, *Credo de libertad*, publicado en 1958, recomponía desde lo existencial un mundo lleno de claves, conectando con el pasado cultural más reciente. Desde entonces, su andadura literaria ha sido reconocida con premios tan significativos como el internacional «Nueva York» de Poesía, el «Marruecos» de Literatura (poesía y prosa), el «Adonais» 1966, el internacional de Poesía «Álamo», el «Premio Nacional de Literatura» 1977, y más recientemente el «Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla» 1982, que han corroborado la firme trayectoria iniciada con su primera entrega. A ella han seguido otros títulos: *Sagrada materia* (1966), *Juicio final* (1969), *Monodia* (1974), *Atentado celeste* (1975), *Eros y Anteros* (1976), *Entretiempos* (1978), *Las flores de Paracelso* (1979), *Del jazz y otros asedios* (1980). Todos estos libros aparecen reunidos por vez primera en el presente volumen, junto al inédito *Tablas Lunares*, que supone una meditación trascendente e irrenunciable sobre el tema de la soledad (la íntima y la comunitaria), y que insiste en las constantes simbólicas y metafísicas de su producción anterior. Poética, en suma, en la que aflora el esplendor del lenguaje, la versatilidad de las ideas, y la creación de una atmósfera autóctona decantada en el entrecruce de varias culturas. La presente edición va precedida de un prólogo realizado por Guillermo Díaz-Plaja, gran conocedor de la obra de Miguel Fernández



Impreso en España  
Printed in Spain

